

PR

4821

.J3H8





LA CASA DEL PANTANO
POR
FLORENCE WARDEN



NUEVA YORK
D. APPLETON Y CÍA., LIBREROS-EDITORES
1, 3, Y 5 BOND STREET

Nuevo Tesoro de Chistes,

Máximas, Proverbios, Reflexiones Morales, Historias, Cuentos, Leyendas, extractadas de las Obras de BYRON, WALTER SCOTT, WASHINGTON IRVING, PRESCOTT, MOORE, FRANKLIN, ADDISON, COOPER, GIBBON, PALEY, GOLDSMITH, HAWTHORNS, ROBERTSON, STORY, MARSHALL, WYSE, DICKENS, BULWER, HOOK, MACAULAY, BRYANT, POPE, DRYDEN, ETC., ETC., ETC. *Nueva Edición.*

La Casa en el Desierto.

Aventuras de una Familia perdida en las Soledades de la América del Norte.

Por el Capitan MAYNE REID.

Traducida del Inglés por SIMÓN CAMACHO y ANTONIO HERNANDEZ. Con Doce Láminas por WILLIAM HARVEY.

Gil Blas de Santillana

(Historia de).

Publicada en francés por A. R. LE SAGE, Traducida al castellano por el Padre ISLA. Un tomo en 12°. Precio, \$1.25.

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,

Por CERVANTES,

Según el texto corregido y anotado por el Sr. OCHOA. Un tomo de 695 páginas en 12°. Precio, \$1.50.

EDICIÓN DE LUJO, con quince láminas y retrato de Cervantes. Un tomo de 695 páginas en 8°.

LA CASA DEL PANTANO

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

James, Mrs. Florence Alice Rice

POR ✓

FLORENCE WARDEN

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

ANTONIO CUYÁS Y ARMENGOL



NUEVA YORK

D. APPLETON Y CÍA., LIBREROS-EDITORES

1, 3, y 5 BOND STREET

1887

PR 4821
J3 H8

COPYRIGHT, 1886,
By D. APPLETON AND COMPANY.

All rights reserved.

La propiedad de esta obra está protegida por la ley en varios países, donde se perseguirá á los que la reproduzcan fraudulentamente.

PROLÓGO DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA

MISS FLORENCE WARDEN, la autora de LA CASA DEL PANTANO (*The House on the Marsh,*) ha venido á aumentar el número, sin ejemplo en la historia literaria de ningún otro país, de las mujeres que en Inglaterra y en los Estados Unidos se han dedicado á cultivar el género de la novela. Marian Evans, que á semejanza de la eminente novelista francesa, Jorge Sand, adoptó un pseudónimo masculino, el para todos tan conocido de George Eliot, es el astro alrededor del cual fulguran los nombres de muchas novelistas inglesas y norteamericanas.

Este núcleo de mujeres de talento ha dado el ejemplo y el estímulo á su sexo, y que éste no ha sido ni reacio, ni refractario á su influjo lo demuestra la verdadera pléyade de escritoras que aquí y en Inglaterra publican incesantemente obras de ficción. Por otra parte, estos dos pueblos fomentan y alientan, quizás como ningún otro, las aficiones literarias en la mujer, y ésta obtiene el premio á sus esfuerzos para abrirse camino en el mundo por medio del estudio y del trabajo. Aquí todo el mundo lee y lo lee todo; bueno, mediano y malo. La ventaja de esto es obvia, pues así todo, absolutamente todo lo que se produce pasa por el tamiz de la opinión pública, y se hace difícil que suceda lo que en otros países, en que obras de mérito, tal vez verdaderas joyas literarias, quedan sepultadas bajo los montones de manuscritos, ó de libros impresos, que el espíritu pusilánime de los editores rechaza, ó la indiferencia del público relega al olvido.

Sólo por esa avidez insaciable con que aquí y en Inglaterra todo el mundo lo lee todo, se explica cómo las casas editoriales pueden ofrecer diariamente al público un número tan crecido de obras en libros, revistas y publicaciones de todas clases, y cómo las obras que el público acoge con favor se reimprimen, en muchas ocasiones por distintas casas simultáneamente, en tan repetidas ediciones y en ediciones de tal magnitud que algunas veces llegan á contar cien mil ejemplares.

Si por el número de reimpressiones que alcanza una obra y por

la importancia de aquéllas se puede juzgar de los grados de favor con que el público la recibe, es indudable que la opinión de aquél ha sido muy halagüeña respecto á la presente obra de Miss Florence Warden, puesto que son muchas é importantes las ediciones que de ella han salido á luz, tanto aquí como en Inglaterra.

En LA CASA DEL PANTANO no ha pretendido la autora plantear ningún problema social de trascendencia, ni levantar el velo con que la sociedad oculta las llagas que lleva en el seno. Esta novela es la narración sencilla de una lucha, tratada ingeniosamente, entre la inocencia y la perversidad, entre la candidez y la astucia. La acción se desarrolla envuelta en nubes de misterio, cuya trasparencia en algunos puntos sólo contribuye á que la imaginación del lector, ganosa de ver si se realizan sus conjeturas, sostenga el interés hasta llegar al desenlace, á través de algunas superfluidades y detalles no esenciales al desenvolvimiento, ni al contexto de la obra.

Muchos incidentes que le sirven de trama y la índole de varios de sus principales personajes traen á la mente el recuerdo de las novelas *picarescas*, que florecieron en nuestra literatura del siglo XVII, singularmente el “Guzmán de Alfarache” y “El Escudero Marcos de Obregón,” si bien la presente obra no pretende reflejar y ridiculizar, como aquéllas, las costumbres de su época, y por más que entre el estilo de LA CASA DEL PANTANO y el de las citadas narraciones medie la diferencia que no puede por menos de existir, dada la disparidad entre los gustos de los respectivos siglos y países, y dada también la circunstancia de que mientras en aquéllas son unos *pícaros* los que relatan sus propias travesuras, en ésta es una cándida niña, víctima de otros *pícaros*, la que narra los hechos.

El traductor se permite recordar á los lectores la gran diferencia que hay entre las costumbres inglesas y nuestras costumbres; diferencia que corre párejas con la que distingue el espíritu de una y otra lengua, y sirva esta recordación para justificar aquellos conceptos que no resulten en la versión castellana todo lo claros y concisos que requiere nuestro idioma y aquellos pasajes que parezcan más inverosímiles y pecaminosos de lo que prescriben nuestras costumbres.

ANTONIO CUYÁS Y ARMENGOL.

NUEVA YORK, Octubre de 1886.

LA CASA DEL PANTANO

CAPÍTULO I

“Se necesita una institutriz; ha de ser joven.” Con afán recor-té del *Times* el anuncio cuya primera línea transcribo. Tenía entonces diez y ocho años, y mi corta edad había sido el gran obstáculo que me impedía hallar colocación. Pero ese simpático anunciante consideraba los pocos años como una ventaja. Escribí, pues, á la dirección en el anuncio consignada, incluyendo mi retrato y una relación de mis cualidades. Á la semana, me hallaba en camino de Geldham, Norfolk, comprometida á enseñar á “una niña de seis años de edad” por un sueldo de treinta y cinco libras anuales. Había contestado á mis cartas el padre de mi futura discípula, el cual me decía en su última que me esperaría en Beaconsburgh, la estación más cercana á Geldham.

Serían las cinco de la tarde de uno de los primeros días de Agosto, cuando el tren penetró majestuosamente en dicha estación, mientras yo me hallaba sentada junto á la ventanilla del coche, temblando de temor y de emoción. Miré á lo largo del andén, donde había muy poca gente, y no ví á nadie que se pareciese al tipo que yo me había imaginado que tendría mi futuro amo. Había dos ó tres hombres coloradotes y con todas las apariencias de ser labriegos, y á un extremo ví á dos jóvenes tratando de sujetar á un enorme mastín que saltaba con grande agitación á la vista del tren. Me apeé y me dirigí al jefe de estación.

—Ahí está el señor Rayner, señora—me dijo, señalando hacia los jóvenes del perro.

En ese momento uno de ellos estaba mirando como en busca de alguien, y á él me dirigí tímidamente. Al verme, pareció hallarse perplejo; mas luego se quitó súbitamente el sombrero y poniéndose muy colorado, me dijo en tono interrogativo:

—¿Es usted la señorita Christie?

—Sí, señor—contesté, saludándole y sonrojándome á mi vez.

—¿Tendrá usted la bondad de venir á indicarme su equipaje?

Quedé sorprendida y algo turbada al ver que el señor Rayner era mucho más joven y menos reposado de lo que yo me había figurado. Le seguí y le señalé mis baules.

—El *dog-cart* espera afuera—me dijo—permítame usted que lleve su maleta. Atravesamos la estación y, al salir, tres ó cuatro perrazos saltaron encima de él y de mí, saludándonos con demostraciones de alegría.

—¡Abajo, Rover! ¡Quieto, Luke! ¡Fuera, Tray!—exclamó él, levantando la voz.

Había notado, desde las primeras palabras que me dirigió, cuán agradable y melodiosa era su voz, y recordando que en sus cartas había demostrado especial interés en conocer mis aptitudes musicales, llegué á convencerme de que el señor Rayner era aficionado al canto.

Me ayudó á subir al *dog-cart*; me envolvió cuidadosamente con la manta; pero en lugar de subir á ocupar su asiento, fué á acariciar el pescuezo de su yegua.

No podía volver en mí de mi asombro. Es verdad que podía haber calculado que el padre de mi discípula de seis años, no sería un caballero de madura edad y medio canoso, como yo me lo había representado; pero hallar que apenas contaba veinticuatro años, fué para mí una gran sorpresa, y no me pareció bien que, dadas nuestras respectivas posiciones, fuese él tan tímido y considerado conmigo. Él era alto, grueso y fornido. Tenía cabello y bigotes de color castaño oscuro; ojos grises y una expresión de sencillez que, unida á su hábito de sonrojarse, tal vez le hacían, pensé para mí, parecer más joven de lo que realmente era.

Dejó su yegua y se puso de nuevo á mi lado, diciéndome:

—Temo que encontrará usted la vida del campo muy aburrida. Echará de menos el bullicio de Londres.

—No he llevado una vida muy animada,—repuse;—los pobres no disfrutaban de mucha alegría en ninguna parte.

—Pero no se ha visto usted hasta ahora encerrada en una sala de estudios. No comprendo cómo podrá usted resistirlo. Siempre he odiado las escuelas, y en verdad que no he estado en ninguna sin que se me haya dicho que la deshonoraba.

El señor Rayner no demostró gran pena al hacer esa confesión.

—Supongo que sería usted fuerte en el *cricket*, ó que sería muy aficionado á remar, ó que le gustarían las peleas,—me atreví á decir, considerando que me era preciso contestar algo.

—No, no. Recuerdo que una vez dí una paliza á un chico porque me tildó de zote, y eso que él tenía razón. Pero yo mismo quedé sorprendido del daño que le hice, pues siempre llevaba la peor parte en toda pelea. Solían decir que se necesitaba mucho para picarme; y aun cuando estaba picado, no era muy temible que digamos,—añadió riendo.

—Espero que su hija no participará de esa aversión hacia los trabajos escolares,—exclamé con seriedad.

Él se sobresaltó y poniéndose como la grana, preguntóme:

—¿Ha creído usted que yo soy el señor Rayner?

Luego pareció pesarle mi evidente turbación y añadió, bajando la vista:

—Yo me llamo Reade. La señora Rayner envió su carruaje para conducir á usted; pero chocó en el camino con un carro y se le ha roto una rueda. En vista de ello, he puesto mi *dog-cart* á disposición de usted. Espero que no le molestará ir en un vehículo de esta clase.

—Oh, no; de ningún modo,—repuse.

—El caballero que estaba en el andén conmigo es el señor Rayner,—continuó;—su perro se le ha escapado en el momento en que llegaba el tren, y me encargó que atendiera á usted, mientras él sujetaba al mastín rebelde. Pero no comprendo cómo tarda tanto.

Apenas hubo dicho esto, cuando el señor Rayner salió de la estación, soltando su perro al hallarse fuera de ella. Al instante ví que el señor Rayner contaba unos cuantos años más que su compañero y que, aun cuando ambos llevaban sombrero hongo y chaqueta, él revelaba una educación de ciudad, mientras el señor Reade no podía

ocultar la suya rural. El señor Rayner era esbelto, bien formado, con facciones delicadas, y llevaba barba de un color amarillento oscuro. Se acercó, quitándose el sombrero, y me tendió la mano.

—¿Ha estado usted asombrándose de la barbarie de la gente de Norfolk, señorita Christie, é inquiriendo la hora en que sale el primer tren para regresar á Londres? Debe usted dispensarme, pues mi esposa me ha prohibido regresar á casa sin cierto paquete procedente de Londres, que debió de haber llegado á esta estación hace diez días; pero que por alguna causa inexplicable no ha aparecido hasta hoy. Espero que durante esta demora mi amigo habrá entretenido á usted agradablemente.

—La señorita me tomó por usted, señor Rayner,—dijo el señor Reade, sonrojándose de nuevo.

—Para sufrir ahora el terrible desencanto de encontrarse con que el señor Rayner es un vejestorio. Disimule mis canas, señorita Christie, y no dude que puede usted fiarse más de mí que de cualquiera de estos jóvenes de Norfolk. Y ahora, mi querido Lorenzo, si quieres que lleguemos á casa antes que se forme la niebla, será preciso que nos pongamos en camino.

El señor Rayner montó al asiento de detrás; el señor Reade subió al de mi lado, tomó las riendas y arrancamos, con los cinco perros saltando y ladrando en nuestro derredor mientras adelantamos por el camino. Tuvimos que atravesar toda la población de Beaconsburgh; subimos luego por una colina hasta el mercado, que estaba animadísimo por ser día de feria; bajamos otra larga cuesta, poblada por las casas, tristes y viejas, de la nata y flor de esa población provincial; pasamos por delante de una tenería y por un puente atestado de ganado que volvía de la feria, y seguimos después como dos millas por un camino recto y bordeado de sauces, que atraviesa un extenso pantano.

El paisaje no era muy pintoresco; pero como jamás había vivido en el campo, todo era para mí nuevo é interesante.

El señor Rayner se ocupaba detrás de nosotros en repasar cartas y documentos, y el señor Reade, á mi lado, escuchaba con un interés que me halagaba los comentarios que yo hacía sobre la campiña que recorriamos.

—¡Qué verde y hermoso está todo!—exclamé entusiasmada.

—Sí; tal vez un poco demasiado verde,—contestó el señor Reade con tristeza.—Hemos tenido un verano muy húmedo y ahora vamos á tener, me parece, un otoño no menos húmedo que el estío; de modo que este lugar será un eterno pantano.

—Vamos, Lorenzo; no predispongas á la señorita Christie en contra de esta localidad,—interpuso el señor Rayner algo secamente.

Pasamos por una aldea situada en terreno muy bajo, algunas de cuyas casas, según me dijo el señor Reade, quedaban inundadas en invierno. Emprendimos luego la subida de una cuesta, bajamos otra por el lado opuesto de la colina, y entramos en un camino á cuyo lado se extendía de nuevo el pantano.

—Ahí está el *chalet* llamado los Alisos, señorita,—me dijo mi compañero, señalando con la fusta hacia una casa rojiza, medio oculta por la yedra que trepaba por sus fachadas y rodeada de los árboles que limitaban el pantano.

—Pára, Lorenzo; prefiero bajar aquí y tomar el atajo,—dijo el señor Rayner.

Desde aquel punto una senda se dirigía directamente á la casa, á través de varios campos y de un sembrado. Nosotros seguimos por el camino.

—¡Qué hermoso lugar!—dije con entusiasmo.

Mi compañero guardó silencio.

—¡Y qué bonita laguna! Me parece que en ella veo nenúfares,—exclamé llena de emoción ante tan delicioso descubrimiento.

—Pues yo le aseguro á usted que jamás, ni por consideración alguna, tendría esa agua encharcada cerca de mi casa, para que mis hijos jugaran á su alrededor,—dijo él con un tono enérgico que me dejó sorprendida.

No dije nada más, hasta que penetramos en la alameda que conducía á la casa. Entonces mi admiración subió de punto, y tuve que decir:

—¡Qué fresca y deliciosa debe ser esta casa, con la yedra envolviéndola para impedir que penetren en ella los ardientes rayos del sol!

—Sí, señorita; y para impedir que salga de ella la humedad. No he visto podar esa yedra en cinco años, y sin embargo, para que la casa fuese habitable, se debería arrancar esa planta hasta las raíces.

En mi concepto esta casa es peor que un lazareto. Yo no consentiría ni á un obrero que viviera en ella.

—Ningún obrero podrá habitarla, Lorenzo, hasta que termine mi arriendo,—dijo secamente el señor Rayner, saliendo de un caminito medio escondido entre los árboles, y los dos se miraron de un modo que me dió á comprender que en el fondo no eran amigos. Aunque, en verdad, era muy natural que disgustase al señor Rayner el oír calificar de lazareto á su linda morada.

Nos acercamos lentamente á la puerta principal que estaba abierta, y una criada alta, flaca y desaliñada, salió á coger mis maletas.

El señor Reade me ayudó á bajar del coche y se puso á mi lado examinando, según parecía, los arreos de su yegua, mientras yo contemplaba extasiada la casa cubierta de yedra y el pórtico de granito, cuyas columnas ostentaban unas manchas verdosas que, junto con el musgo de color de bronce que cubría sus capiteles, les daban un aspecto sumamente pintoresco. De pronto, mi compañero, aprovechando un momento en que el señor Rayner hablaba con la criada, se inclinó y me dijo en voz baja:

—No consienta usted que la destinen á ninguna habitación cerca de la que ocupa la señora Rayner.

No pude contestar, ni preguntarle por qué me daba semejante consejo, pues en seguida se despidió en voz alta del señor Rayner, y saludándome cortésmente, tomó la brida de su yegua y condujo á ésta por el camino que en pronunciada pendiente atravesaba el jardín y salía á la carretera.

Sentí que se hubiese marchado, pues deseaba preguntarle qué significaba su extraña advertencia, y al mismo tiempo darle las gracias por su amabilidad para conmigo. Por primera vez en aquel día, experimenté una triste impresión, nacida de la soledad en que me hallaba. El señor Rayner que, engolfado en la lectura de sus cartas, se había quedado muy serio y callado en la última parte de nuestra excursión, había penetrado en la casa, olvidándose de invitarme á entrar. La criada había desaparecido con mi última maleta, y yo en vez de seguirla, me quedé contemplando el *dog-cart* y su dueño mientras se alejaban, hasta que una desagradable voz de mujer hizo que me sobresaltara.

—¿No quiere usted entrar? Debo indicarle su habitación.

Fué la criada alta y flaca quien me dirigió esas palabras.

Me volví, sonrojándome, y entré siguiendo la antipática sirvienta. Pasamos un recibimiento de bajo techo, oscuro, fresco y de construcción antigua, tal como anunciaba el exterior de la casa; subimos una escalera de roble; recorrimos varios de esos corredores cortos y complicados que abundan en las casas viejas que han sido ensanchadas en distintas épocas, y entramos, por fin, en un cuarto situado en una de las esquinas de la casa, oscuro, triste y desmantelado, en el cual encontré ya mi equipaje. Me senté sobre uno de mis baúles, los únicos amigos que veía en mi derredor, y me puse á llorar.

—Es muy triste,—pensé en mi aflicción,—que nadie se haya dignado recibirme en el portal de la casa.

Pensé en las palabras del señor Reade y estuve cavilando sobre qué clase de persona sería la señora Rayner.

—¿Es una inválida?—me preguntaba,—¿estará demente? Si no es así, ¿cómo dejó enteramente á su marido el cuidado de entenderse conmigo sobre la futura educación de su hija?

Mis lágrimas fueron secándose á medida que me atormentaba más y más, reflexionando tontamente acerca de un misterio que tan pronto debía esclarecerse. Resultó que no estuve arreglada cuando la criada fué á anunciarme que era la hora del té. Pero no pude ver mi curiosidad satisfecha aquella noche. El té estaba preparado solamente para mí. La criada me dijo que estando el señor Rayner muy ocupado, se había hecho llevar el té á su despacho. ¡Ni una palabra sobre la señora Rayner! ¡Ni un indicio de mi discípula!

Mi desasosiego y mi curiosidad crecieron de tal modo, que, olvidando mi apetito, sólo tomé un bocado y me fuí á la ventana para mirar al jardín.

No eran aún las siete, y la tarde estaba hermosa. Una ligera brisa hacía ondear las copas de los árboles que poblaban los alrededores de la casa. Por un lado del comedor se extendía el césped desde los balcones hasta el pie de los árboles. Abrí uno de aquéllos y salí. Jamás había estado en jardín tan delicioso. La yerba estaba blanda y bien conservada. No había geranios ni verbena;

pero bajo los árboles, contra los muros de la casa y en distintos rincones, se veían matas de rosas comunes, campánulas, madreselvas y otras flores sencillas.

La casa estaba situada en el borde mismo del pantano, al pie de una colina que descendía, cubierta de árboles, hacia el lado en que se hallaba el comedor. Dí la vuelta á la casa, hasta llegar al pórtico adornado con musgo que antes he descrito, desde el cual se vislumbraba el pantano por entre la espesa arboleda. Tomé una senda que atravesaba aquélla directamente enfrente de la fachada principal de la casa, y que me condujo á la laguna que tanto admiré á mi llegada. Aquí la vegetación crecía desordenadamente y sin cortapisa alguna. El agua estaba medio cubierta de nenúfares y de lenteja acuática. Se conocía por otra parte, que los juncos y cañas que crecían en el borde de la laguna habían reducido paulatinamente su extensión. La senda que yo había tomado, seguía por entre los árboles, á algunos pasos de la laguna, hasta el límite exterior del pequeño bosque que circundaba la casa y jardín. Allí, unos cuantos escalones para salvar la cerca ponían esa senda en comunicación con una vereda que seguía el borde del pantano hasta enlazar con la carretera al pie de la colina. Ese fué el atajo que permitió al señor Rayner llegar á la casa antes que nosotros aquella tarde.

Regresaba hacia el jardín y me hallaba cerca de la laguna, cuando oí un sonido quedo y extraño, que parecía salir de la misma tierra bajo mis pies. Examiné el terreno y hallé entre las cañas, al mismo margen de la laguna, á una diminuta criatura de unos dos años, con cara pálida y arrugada, pelo laso y rojo, y con todo el aspecto de un duende en miniatura. Llevaba vestido y delantal blancos; pero muy sucios. Tan cerca estaba del agua, que mientras se mecía, sus pies se hundían en el barro de la orilla.

La presencia de una persona extraña no pareció turbarla, pues continuó su monótono canto y sólo fijó su vista en mí, sin cambiar por eso de posición, cuando le dije que no debía acercarse tanto al agua porque podría caerse en ella y ahogarse. Cesó, empero, su impasibilidad cuando me incliné para cogerla, y me dió buena prueba de su genio con los chillidos y las reconvenciones que me dirigió en un lenguaje infantil que yo no comprendía. Supuse que era la hija del jardinero ó de algún vecino, y no sabiendo qué hacer con

ella, la llevé, sin hacer caso de sus gritos, á la casa, donde me encontré con la criada que ya conocía.

—He encontrado á esta criatura casi metida en el agua de la laguna,—le dije.

—Sí, señorita; no hay medio de apartarla de ese charco. Allí se está solita casi todo el día. Vamos, Mona, ya es hora de acostarte. Mira, sucia, tu delantal.

Diciendo ésto, cogió la criatura de mis brazos, muy complacida sin duda de haberse ahorrado el trabajo de ir á cazarla, y se la llevó, mientras yo me quedé pensando si mi discípula se parecía á su hermanita.

Como la casa no me ofrecía ningún aliciente, volví á salir; esta vez para explorar el terreno que lindaba con el pantano. La yerba crecía allí lozana y sin señales de haber sido cortada en mucho tiempo; de modo que mientras andaba, mis pies se hundían de vez en cuando en charcos ocultos que me mojaban hasta los tobillos. Continué mi camino, sin embargo, con alguna precaución á través de un entretejido de arbustos, tejos y zarzas, hasta que al apartar las ramas colgantes de un agracejo, me encontré á pocos pasos de una ventana, tan oculta por enredada yedra que hasta algunos momentos después no ví la cara de una mujer pegada á los cristales con los ojos clavados en mí. En cuanto ví el demacrado semblante y los ojos grises, grandes, pero sin expresión, de esa mujer, comprendí, por su parecido á la niña que encontré cerca de la laguna, que me hallaba en presencia de la señora Rayner. Me retiré con la mayor naturalidad, procurando aparentar que no me había apercebido de ella, pues hubo algo en su mirada, llena de ansiedad y desesperación, al cruzarse con la mía, que me hizo avergonzar como si la estuviese espionando.

Entré de nuevo en la casa; fuíme á mi habitación; arreglé mis cosas y me puse á escribir á mi madre, dándole cuenta de mi viaje y llegada. No le conté, sin embargo, todo lo que había visto, ni todas las extrañas impresiones que había recibido en aquella primera tarde. Deseaba vivamente comunicárselas á alguien; pero mi madre era una buena mujer de temperamento nervioso, á la que, á pesar de mi corta edad, me había acostumbrado á guiar, en vez de dejarme guiar por ella. Sabía muy bien que la menor indicación de misterio

habría de causarle un tormento, y que luego toda explicación por escrito sería ineficaz para desvanecer sus dudas y calmar su ansiedad. Me limité, pues, á describirle la belleza del lugar, y á ponderar la amabilidad con que el señor Rayner me había tratado.

Acabé mi carta á la luz de una bujía, y cuando la hube cerrado, fuíme á la ventana para contemplar otra vez el paisaje bajo un nuevo aspecto. Mi ventana estaba, según descubrí más adelante, encima de aquélla en que ví á la señora Rayner. Su elevación me permitía ver, por entre los claros de los árboles, toda la extensión del pantano y los montes en lontananza.

Un grito de sorpresa y admiración se me escapó al mirar hacia afuera. Sobre la vasta superficie del pantano, que parecía dilatarse á muchas millas á la redonda, se extendía una blanca niebla que sólo se alzaba á algunos palmos de la tierra; pero era tan densa que, bajo la luz de la luna, parecía un lago de plata. La línea de montes á lo lejos parecía indicar la opuesta orilla de ese lago argentino. La niebla también estaba espesa debajo de mi ventana, sobre la misma yerba que yo había pisado hacía sólo dos ó tres horas.

Cuando más absorta estaba contemplando ese extraño espectáculo, y cuando, por un esfuerzo de la imaginación, me convenía de que eran embarcaciones en que las hadas navegaban los sauces que de aquí y allá surgían del oculto pantano, sentí un escalofrío que me hizo apartar de la ventana y dió un cambio súbito al curso de mis pensamientos.

—¡Qué frío hace!—pensé.—Los padres de mi aún desconocida discípula deben de ser entusiastas admiradores de las vistas pintorescas para vivir en una casa que tan húmeda ha de ser.

CAPÍTULO II

AL día siguiente, cuando sonó la campana que anunciaba el almuerzo, fuí la primera en bajar al comedor con la puntualidad característica de todo nuevo huésped. En señor Rayner entró á los pocos momentos. Estaba guapo, campechano y decidor, aunque algo preocupado. Yo escuchaba sus ocurrencias con la sonrisa que

la cortesía parecía exigirme, como persona aún extraña en la casa, cuando descubrí que la señora Rayner se hallaba con nosotros, sin que ningún ruido hubiese anunciado su llegada. Había entrado como fantasma, y, sin mostrar interés alguno por lo que ocurría á su alrededor, esperaba de pie junto á la mesa. Me alegré de que su mirada entonces no fuese fija, penetrante y llena de ansiedad como la que había clavado en mí la noche anterior y que tanta impresión me causara. Cuando su marido me presentó á ella, me dió la mano con la más absoluta indiferencia.

—Debe de haber sido bonita hace diez años,—pensé al ver su rostro delgado, de blanca y marchita tez y sus ojos grises, faltos de expresión. Se veía en ella cierto aire de gentileza que hubiera aún constituido una gracia, si, empleando el coquetismo tan natural en la mujer, hubiese procurado hacer resaltar su esbelto talle, sus pequeñas manos y su larga y espesa cabellera oscura, que llevaba peinada hacia atrás y sujeta en la partes superior de la cabeza por medio de una trenza que en nada la favorecía.

En esto se abrió la puerta, y entraron las criadas con la criatura que había conocido la noche anterior y con otra niña, bonita, de delicado semblante, ojos azules y cabello rubio, la que me fué presentada como Haidée, mi discípula. El señor Rayner fué el único que habló durante el almuerzo, y lo único que me llamó la atención fué la extraña conducta de la niña menor, quien no cesó de tirar bolitas de pan á su padre, cuando éste no la miraba. En una ocasión en que él pasó cerca de ella para ir á cortar un poco de fiambre, la criatura quiso darle un golpe en la cabeza con la cuchara. Él vió la acción; pero se contentó con reir y decirme:

—Le parecerá á usted increíble, señorita Christie; pero es, sin embargo, verdad que esta niña me tiene un odio profundo.

Creí entonces que hablaba en broma; pero no tardé muchos días en convencerme de que, en efecto, el sentimiento más arraigado de esa antipática criatura era la aversión que sentía hacia su padre, aunque no parecía haber motivo alguno que lo justificase, pues él se limitaba á reírse de ella. Tan fuerte era esa repulsión, que la niña no quería ni siquiera tomar los dulces que él le ofrecía.

—Aún no sabe usted cuán primitiva es la gente con quien usted se ha metido,—me dijo el señor Rayner durante el almuerzo.—Aquí

comemos á la una y media. Si nos propusiésemos tener la comida más tarde, tendríamos nosotros mismos que cocinar nuestros alimentos, como si estuviéramos excomulgados. Aun ahora nos es difícil conservar nuestra reducida servidumbre, compuesta de tres criadas. Dicen ellas que el lugar es húmedo; lo cual quiere decir que está demasiado lejos de la población para que sus *amigos* vengan á visitarlas con la deseada frecuencia. ¿No sorprendió á usted el contenido de mi anuncio?

—Un poco; sí, señor.

—Mi mujer temía que su estilo algo brusco hiciese que se retrajeran muchas jóvenes que podrían convenirnos. Es el caso que la antecesora de usted, institutriz típica de unos cuarenta años de edad, con antiparras y con dentadura saliente, nos había metido el miedo en el cuerpo. No se la podía hacer hablar, lo que era desagradable para mi mujer, que necesita una compañera animada. Si abría la boca era para quejarse de su reumatismo, ó para asegurar que me perseguiría ante los tribunales por haberla traído engañada á un lugar tan húmedo. En vista de todo lo cual, juramos no admitir ninguna otra muestra viviente de la antigüedad.

—¿Qué podía decir contra un sitio tan agradable?—pregunté.

—En conciencia debo confesar, señorita Christie, que en parte ella tenía razón. Algunas veces me ha parecido también que hay aquí alguna humedad; pero mi mujer prescinde de eso, porque se ha encariñado con la casa, ¿no es verdad, Lola?

—Sí,—contesto ella, sin muestra alguna de interés.

—Por eso permanecemos aquí,—prosiguió el señor Rayner.—Los deseos de una dama merecen ser tenidos en consideración, y en este caso concreto hay motivos especiales que hacen que los deseos de mi mujer sean más dignos de ser respetados, pues ha de saber usted señorita Christie, que yo soy un pobre diablo, sin un cuarto y que vivo á costas de mi mujer, ¿no es cierto, Lola?—dijo volviéndose hacia ella con aire risueño.

—No tanto,—repuso ella dulcemente; pero sin mayor animación que antes.

—En realidad, es así,—insistió el marido.—Cuando nos casamos, ella era heredera, y yo un derrochador tronado. Sin embargo, ella puso su confianza en mí, y la única condición que permitió me im-

pusiera su familia fué la de que fijáramos nuestra residencia en el campo, donde no me alcanzase la tentación de malgástar.

Se había expresado con calor y dirigió una afectuosa mirada á su mujer, al terminar esa inesperada y franca confesión; pero ella permaneci6 tan impassible como de costumbre.

El señor Rayner me causaba lástima. Siempre trataba á su esposa con amabilidad; pero lo mismo cuando estaba locuaz y procuraba hacerla sonreir, que cuando, silencioso y preocupado, necesitaba á su vez quién lo animara, ella siempre era la misma mujer impassible, apática, indiferente, que sólo hablaba cuando era preciso, y en voz baja y con muchas pausas. Por extraña costumbre, pronunciaba las últimas palabras de sus frases de un modo que parecían desvanecerse en sus labios; luego, al cabo de unos momentos, y como por esfuerzo, las repetía en voz más alta. Al poco tiempo le cogí miedo; me sobresaltaba al encontrarla inesperadamente, y me hallaba más cohibida en su presencia que si hubiese sido una de esas mujeres de gran talento satírico que dejan tamañitas á las demás. Deseando sacudir esa impassibilidad que empezaba á sumirme en cierta melancolía, propuse á la señora Rayner distraerla con amena lectura durante las pocas horas que mi deber me dejaba libres.

✓ Ella aceptó, y aquella misma tarde entré en el salón y me puse á leer algunos capítulos de *Adam Bede*, mientras ella, sentada en un mecedor, trabajaba lentamente en un bordado. Me detuve al final de cada capítulo, esperando algún comentario, que ella no se dignó pronunciar, y creyendo merecer algún elogio por mi modo de leer, cosa que yo me vanagloriaba de hacer muy bien. Pero ella se coneretaba á darme las gracias, y cuando le preguntaba si debía seguir, me respondía:

—Sí; si no ha de causarle fatiga.

Pronto observé que no escuchaba sino á ratos, y que en vez de trabajar, jugaba distraídamente con la labor. Su mirada, dirigida al jardín, revelaba una profunda tristeza que contrastaba singularmente con la apática indiferencia con que de ordinario veía cuanto la rodeaba.

Continué, sin embargo, la lectura, fingiendo no haber observado su estado de ánimo, hasta que dejó escapar de sus pálidos lábios un suspiro tan hondo y doloroso que mi corazón se inundó de pena, é

involuntariamente dejé el libro para mirarla, mientras mis ojos se llenaban de lágrimas. Ella se sobresaltó, y volviéndose hacia mí, tuvo cautiva mi mirada unos instantes por la fascinación de la suya, que parecía querer penetrar hasta mis más recónditos pensamientos. Ligeramente tiñó sus mejillas, y al través de su vestido se notaba la agitada palpitación de su seno. Iba á alargarme la mano, y creo que en seguida me hubiera llamado á su lado, cuando una voz detrás de ella nos sorprendió á las dos.

El señor Rayner había entrado en la sala tan quedamente que no lo habíamos oído.

—Pareces estar fatigada, mi querida Lola,—dijo afablemente;—sería mejor que fueras á echarte un rato.

Al oír la voz de su marido, la señora Rayner adquirió de nuevo su usual apariencia de escultural impassibilidad, como flor sensitiva tocada por grosera mano. El cambio fué tan súbito que al ver su cara falta de expresión, me creí por un momento que había sido ilusión mía la mirada de profunda tristeza y el gesto de simpatía que me había dirigido.

Me brindé á leer hasta que se durmiera; pero en seguida se negó en un tono que me pareció algo brusco, y dándome las gracias por mi molestia, se envolvió en un pequeño chal y abandonó la estancia apoyada en el brazo de su marido.

Después de este incidente, su reserva hacia mí fué más marcada que nunca. Rehusaba mis más insignificantes servicios ó atenciones y se negó á que leyera para ella de nuevo, so pretexto de que eso embargaba mi tiempo, y de que ella no se encontraba bastante bien para escuchar con la atención debida. Esta conducta me lastimó y me tenía perpleja, y como yo era demasiado joven y tímida para atreverme á persistir en mis atenciones, la distancia entre las dos fué cada día mayor.

Dos días después de la escena anteriormente descrita, el señor Rayner hizo un esfuerzo para borrar esa distancia; pero su intervención fué contraproducente. Haidée y yo estábamos acabando las lecciones del día, cuando él entró en el cuarto de estudios y después de dirigir á su hija algunas preguntas sobre sus adelantos, la envió al jardín.

—¿No es verdad que esa niña se parece mucho, físicamente, á

su madre?—me preguntó.—Pero temo que jamás llegue á igualarla en talento. ¿Se sorprende usted? Es verdad que mi esposa no se da el tono de una mujer lista; pero si la hubiese usted conocido hace cinco años, no dudaría de que lo es bastante.

El señor Rayner se hallaba en esa disposición de ánimo inclinado á ser de tal modo franco, que me confundía hasta el extremo de no saber qué contestar á sus inesperadas revelaciones.

—Le será á usted difícil creer, pues que sólo ha oído á la señora Rayner pronunciar las frases más precisas, que ella era una de las damas de más brillante conversación que yo había tratado; y más tal vez le extrañará saber que mi esposa escribió un libro que causó gran sensación en Londres hará unos cuatro años. Si revelase su pseudónimo, tal vez la miraría usted en adelante con algún temor, pues fué considerada como una de las escritoras de más atrevidos pensamientos y de más enérgica expresión. Muchas personas que la conocían personalmente, miraban con cierto pavor supersticioso á esa pequeña mujer que osaba publicar sus creencias y sus opiniones. Pero nadie sospechaba cuán sensible era el alma de ese ser que poseía tan varonil inteligencia. Teníamos entonces un niño—aquí su voz pareció temblarle un poco—que contaba dos años más que Haidee. Habíamos dejado á los dos en el campo, bajo el mejor cuidado, y pasábamos, mi mujer y yo, una temporada en la capital, pues ella se consideraba obligada á cumplir ese deber para con la sociedad, de la cual era una de las más valiosas joyas. Tuvimos noticia de que el niño estaba indispuerto; pero creímos que no sería nada serio. Le aseguro á usted, señorita Christie,—añadió en tono de mucha sinceridad,—que si mi mujer hubiese podido sospechar la gravedad de la dolencia del niño, hubiera volado á cuidarlo, sin acordarse siquiera del bullicio y de los placeres que dejara en la ciudad. Resultó, empero (aún hoy me duele contarlo), que el niño sucumbió á una cruel enfermedad de dos días, hallándose lejos de nuestro lado. Al regresar de un baile, mi mujer supo la fatal noticia. Se echó en una butaca poseída de un fuerte temblor; pero sin pronunciar una palabra, ni derramar una lágrima. Cuando logramos, por fin, volverla en sí de su estupor, se quitó las magníficas prendas que llevaba,—usted recordará que ella era heredera,—y las arrojó lejos de sí con un estremecimiento de repulsión. Jamás ha vuelto á mirarla siquiera.

El señor Rayner guardó silencio unos momentos, durante los cuales permanecí inmóvil, esperando que él continuase, pues su relación me interesaba demasiado para poder yo hablar.

—Abrigaba la esperanza de que con el tiempo, ella saldría del abatimiento en que cayó; pero en vez de eso, su estado fué empeorando de día en día. Ya dije á usted el otro día que por una de las estipulaciones de nuestra boda, habíamos fijado nuestra residencia en el campo; pues bien, después de la muerte del niño, mi mujer no ha querido ni siquiera poner los pies otra vez en la ciudad. Cuando nació la pequeña, poco antes de venir á este sitio, hubo un cambio en la madre; pero no el que yo me había figurado que ella experimentaría. Había concebido la esperanza de que se despertara en ella de nuevo el interés por la vida, y tal vez así hubiera sucedido si hubiese dado á luz un niño, pues éste hubiera quizás llenado hasta cierto punto el vacío que en el corazón de la desventurada madre ha dejado el que ha subido al cielo. Pero lejos de eso, su apatía ha aumentado constantemente hasta que hoy, como usted puede ver, se excluye del mundo entero y levanta una barrera entre ella y cuantos la rodean; barrera que para muchos extraños se hace insuperable. Deseaba hallar la oportunidad de explicar á usted todo esto, señorita Christie; pues temía que estuviese usted perpleja y quizás ofendida ante la extraña conducta que ella observó el otro día mientras usted le leía. Cuando yo entré, me pareció que estaba usted asustada, y supuse que algo de lo que usted leyera había removido la llaga que ella lleva en el corazón y que iba á producir uno de esos excesos que tanta, tantísima ansiedad me causan.

Comprendí lo que él quería decir; pero no quise mostrar inquietud ante su insinuación.

—Me pareció descubrir en sus ojos,—prosiguió el señor Rayner,—la mirada intensa y fija que los anima siempre que se le recuerda su pasado. En semejantes casos, únicamente yo puedo calmarla en seguida, con el poder de mi cariño, por tanto tiempo puesto á prueba. No crea usted que jamás llegue á obrar con violencia; pero podría expresarse con la incoherencia suficiente para asustar á usted. Y dígame: antes de que yo entrara aquel día ¿había ella dicho algo que causara á usted temor ó extrañeza?

—No, señor; apenas pronunció palabra mientras yo estuve leyendo con ella.

—Y en lo que usted leyó ¿había algo que pudiera haber evocado en su mente algún recuerdo de lo que he contado á usted hoy?

—Creo que no; no, señor; nada.

—Me parece inútil advertir á usted, señorita Christie, que al hablar con ella, evite toda alusión á ese asunto, y toda conversación que pudiera recordárselo; pero sin mostrar ante ella cohibición alguna. Seguro estoy, por otra parte, que una señorita tan juiciosa como usted no ha de amedrentarse ante esta triste revelación, que he creído preferible hacerle, confiando en su prudencia. No he perdido aún la esperanza de que con el tiempo ella recobre la salud y su antigua animación; de que vuelva á tratarse con el mundo y de que se resuelva á abandonar este lugar, pues el cambio habría de serle muy favorable. Le he suplicado que consienta en abandonar esta casa una y otra vez; pero siempre en vano. De ningún modo quiero ser rudo con ella; y por otra parte hay en esa mujer de grande inteligencia, aunque de raquíptico cuerpo, tal fuerza de resistencia que ni yo mismo he podido aún vencer. Si quiere usted seguir mi consejo, no le hable tampoco de este asunto. Uno de mis móviles al buscar una institutriz joven, fué el de procurar compañía agradable para mi mujer, sin que ella se diese cuenta de ello, y de acostumbrarla á ver á su lado una cara joven y animada. Hasta ahora veo que su obstinada reserva ha frustrado mis intenciones en ese respecto. No desespero, sin embargo. Ahora que usted conoce su historia, puede más fácilmente simpatizar con ella y disimular su aparente frialdad. Créame usted; bajo esa capa de indiferencia, conserva un corazón ardiente. En cuanto á mí, señorita Christie, estoy seguro de que podrá usted consagrar un poco de simpatía para el marido condenado á ver á su adorada mitad llevando esta vida de reclusión, y aparentando no tener conciencia del imperecedero cariño que ella debe saber le guarda.

Había tal atracción en el tono de su voz y en la manera en que pronunció las últimas palabras, que de momento más pena sentí por él que por ella, y al darle la mano cuando se levantó para marcharse, le miré sin poderle ocultar la simpatía que me había inspirado. Esto pareció conmoverle, pues como si cediera á involuntario im-

pulso, se inclinó hasta posar sus labios sobre mi mano, y luego, estrechándola otra vez, me dirigió una mirada de afecto y de gratitud, antes de abandonar la sala.

Quedé algo sorprendida ante una demostración que consideré impropia por ser él el jefe de la casa y yo una subordinada suya. Pero me expliqué su conducta considerando que el señor Rayner era un hombre impetuoso, ó sea lo contrario en todo de su mujer, tan fría é impasible, que la unión entre los dos parecía el de la Muerte con la Vida.

Cuando él se hubo marchado, me puse á reflexionar sobre cuanto acababa de referirme, y, aparte mi natural inclinación femenil de culpar á la mujer, me convencí de que la señora Rayner era responsable en primer término de la violenta situación en que se hallaba esa familia. Jamás había visto un marido más atento y sufrido, ni una mujer que exasperara tanto, por lo fría é indiferente. Por lo que había visto, consideré al señor Rayner un hombre sociable, deseoso de inspirar simpatía, y amante de la conversación y del trato con sus semejantes.

Debía ser muy duro para semejante hombre el soportar con paciencia ese destierro á que le condenaban la obstinada reserva de su mujer y su aversión á la sociedad.

Es verdad que él se burlaba de la sociedad que el vecindario ofrecía, haciéndome reír mucho con la descripción de un convite en una de esas casas de campo, al cual se podía adivinar con qué vestido acudiría cada señora; donde la mitad de los caballeros que asistían eran ministros . . . de la iglesia, que monopolizaban la conversación para asuntos clericales, y donde, después de la comida, alguna señorita tocaba insulsamente una pieza de concierto, continuando la sesión musical con alguna canción ininteligible, emitida en hosca voz por uno de los susodichos ministros, quien al merecer de una señora el elogio de que esa romanza se adaptaba muy bien á su estilo de canto, decía modestamente que le sucedía lo mismo con todas las canciones de Santley. Sospeché, sin embargo, que el señor Rayner hubiera deseado poder contar con más extensa sociedad, aun de la clase que los vecinos constituían, con todo y ser tan aburrida, y por el despecho con que se burlaba del ridículo orgullo de los caballeros rurales, supuse que alguno de éstos lo habría desairado.

Hizo tan mal tiempo el primer domingo después de mi llegada, que no pudimos ir á la iglesia. Estuve, pues, cerca de dos semanas sin ver reunidos los habitantes de ese lugar. Pero el día anterior á ese segundo domingo, tuve un encuentro con dos señoritas de la vecindad, que me dejó una impresión harto desagradable. Nos paseábamos, Haidée y yo, aquella mañana por la carretera, cuando un enorme perro de Terranova salió por una abertura del seto y asustó á mi discípula de tal modo que ésta se puso á chillar. Al momento apareció una jovencita, de unos quince años, dueña por lo visto del perro, y dijo que sentía mucho que éste hubiese causado un susto á la niña; pero que no le haría ningún daño. Habiendo tranquilizado á Haidée, las tres seguimos andando un corto trecho, mi discípula y yo por la carretera, y la joven por el campo del otro lado del seto, mientras hablábamos de las cosechas, de su perro y de las probabilidades de hallar moras primerizas.

Al separarnos, y cuando ella sólo se había alejado unos cuantos pasos, oí la voz de otra joven que le preguntaba duramente:

—¿Quién es ésa con quien hablabas, Alicia?

La contestación fué dada en voz baja.

—Pues hiciste mal en hablarle,—repuso la otra.—¿No sabes que vive en la casa del pantano?

CAPÍTULO III

FuÉ tan honda la impresión que me causaron estas palabras: “Hiciste mal en hablarle. ¿No sabes que vive en la casa del pantano?”, que gran parte de aquella noche estuve desvelada, tratando de enlazar en mi mente la patética narración del señor Rayner con el horror que aquella joven desconocida había demostrado hacia cuanto se relacionaba con la casa en que yo vivía. Después de estas reflexiones, me puse á pensar si sería prudente permanecer con una familia en cuyo seno era indudable que se ocultaba algún misterio. Mas cuando el sueño, que se apoderaba de mí, fué calmando mis nervios, me propuse creer que aquellas desagradables frases eran hijas de la prevención de una joven rural de alma mezquina, á quien había de parecer abominable toda falta contra las costumbres con-

vencionales del país. No pude, sin embargo, olvidar el incidente, y su recuerdo me hizo fijar la atención, al día siguiente, en los saludos que el señor Rayner cambiara con sus vecinos.

Aunque la iglesia de Geldham distaba poco de los Alisos, la señora Rayner no se encontraba bastante fuerte para caminar, así es que su marido y ella fueron en el carruaje. Haidée y yo salimos antes que ellos, á pie, y cuando llegamos á la puerta del templo, el señor Rayner ayudaba, solícito, á su mujer á bajar del coche. Nada de particular observé al verles saludar á unos, tender la mano á otros, ó dirigir breves frases á varios de aquellos vecinos, antes de penetrar en la iglesia.

Al entrar en nuestro *pew*,* estaba desocupado el de delante, que era uno de los grandes, llamados de familia; pero cuando me alcé, al cabo de un rato en que estuve arrodillada, ví clavados en mí, con mirada fija y no muy amistosa, los grandes ojos grises de una joven, dos ó tres años mayor que yo, en quien reconocí á la que había dicho, aludiéndome, á su compañera: “¿No sabes que vive en la casa del pantano?” Á su lado, y, por tanto, también enfrente de mí, estaba su hermana menor, con quien yo había hablado el día anterior. Ésta evitaba encontrar mi mirada, y parecía estar algo violenta. Las dos me inspiraron algo como odio; así es que tuve una satisfacción cuando el caballero que estaba con ellas, y que sin duda era su padre, al cambiar de sitio las ocultó de mi vista. Cerca de este caballero había una señora que llevaba manteleta cubierta de encajes y abalorios, y sombrero adornado con lazos amarillos y extravagantes ramos de rosas. El corazón me dió un salto cuando me fijé en la persona que ocupaba el asiento del rincón del *pew*, al lado de las dos jóvenes. Era el señor Reade, mi amigo del *dog-cart*. Me alegré tanto de verle como quien descubre que un fiel aliado suyo resulta ser oficial en el campo enemigo. Hallándome con una familia cuyo trato me ofrecía poco aliciente, había abrigado la esperanza de volver á encontrarme con ese joven, algún día ú otro. ¡Y ahora lo veía al

* En Inglaterra y en los Estados Unidos, la nave de las iglesias está enteramente ocupada, salvo los indispensables pasillos, por unos compartimentos de madera con bancos y reclinatorios, que las familias devotas alquilan por año ó adquieren en propiedad, á fin de tener lugar seguro, fijo y cómodo en que dedicarse á sus prácticas religiosas. Estos compartimentos llámense en inglés *pews*; palabra que no tiene equivalente en nuestro idioma.—N. del T.

lado de esas antipáticas muchachas! Evidentemente era hermano de ellas, pues la mayor le picó con la sombrilla varias veces para despertarlo durante el servicio; pero al empezar el sermón, él se arrellanó con el evidente propósito de dormir durante toda la oración, y cuando su hermana le asestó un tremendo pinchazo para espabilarlo de una vez, él le quitó tranquilamente el arma y la echó debajo de su asiento. Esto último me causó alegría, aunque no pude coger el texto del sermón, que pronunció el ministro durante ese incidente. También me pasó por alto gran parte del sermón, pues me distraje pensando con tristeza en mi nueva vida. Como las peroraciones de un orador sagrado, si no se escuchan con mucha atención, se parecen á las de los demás, me fué fácil cerrar los ojos é imaginar que me hallaba sentada al lado de mi madre en nuestra iglesia de Londres. Luego, al acertar á dirigir la vista hacia el rincón en que se hallaba el joven señor Reade, lo ví con los brazos cruzados, una pierna sobre la otra y con la cabeza colocada hacia atrás. Á no ser improbable, hubiera creído que no dormía, sino que me miraba con ojos semi-cerrados.

Cuando se acabó el sermón y salimos de la iglesia, noté que el señor Reade, padre, dirigió algunas palabras, algo secamente, al señor Rayner, mientras que las dos jóvenes deliberadamente nos volvieron la cabeza. Pero el hermano de aquéllas se quedó atrás y se inclinó para hablar con Haidée, á quien llevaba yo de la mano. Él le pidió un beso, que ella le rehusó, de lo cual me alegré, aunque mi deber era reñirla por su rudeza ó esquividad y decirle que debía aceptar con gratitud la atención del caballero. Pero en vez de cumplir ese deber, me puse á mirar al otro lado, fingiendo no darme cuenta de la pequeña comedia que él estaba representando.

—Vamos Haidée; no deberías olvidar á tus amigos,—dijo él con su voz melodiosa y en un tono de reproche algo demasiado serio para el caso, tratándose de una criatura.

El señor Rayner estaba á poca distancia de nosotros hablando con el ministro de la iglesia, el maestro de escuela y dos ó tres caballeros de la parroquia. Procuraba persuadirlos sobre la conveniencia de fundar una Caja de Ahorros, diciéndoles que esas instituciones fomentan el espíritu de economía, y ofreciéndoles tomar sobre sí la mayor parte del trabajo necesario para organizarla.

Dominaba en Geldham la tendencia á la inacción. No había un ministro de energía bastante para escandalizar á las gentes, asegurándoles constantemente que asistir á la iglesia una vez por semana para dormirse durante el sermón, no es el mejor modo de atender á la salud del alma. La última reunión de la Junta de Gobierno de la parroquia, había quedado reducida á un concurso de ortografía, en el cual fué desechado el Doctor en Teología por haber escrito *committee* con una sola *t*, sin que el acuerdo de la Junta lo convenciera, pues se marchó, asegurando que él tenía razón y que el maestro de escuela, los compañeros de éste y el diccionario estaban equivocados.

Fué curioso observar lo que le pasó al señor Rayner. Los que le rodeaban, le escucharon al principio con indiferencia y aun desaprobaban el proyecto; desaprobación inspirada, tal vez, en gran parte por la antipatía que al autor de aquél tenían; mas luego, fascinados por su manera de argüir tanto como por la fuerza de los mismos argumentos, uno por uno fueron interesándose en el asunto, y, por fin, no sólo acordaron que se fundara la Caja, sino que cada uno ofreció poner de su parte para organizarla. Conseguido este resultado, todos se despidieron con mucho afecto del hombre á quien habían acogido tan fríamente, y quedó disuelta la pequeña reunión. El señor Rayner, animado y complacido con su pequeño triunfo, acompañó á su mujer al carruaje, mientras Haidée y yo emprendimos el camino de casa, á pie, como habíamos ido.

Durante la comida, el señor Rayner estuvo bastante duro criticando el ingenio de la gente rural y de los caciques, llamándolos asnos, bodoques y otras cosas. Se animó mucho y fué gastando chistes sobre esa gente, para hacerme reir. Viendo que yo los apreciaba, su buen humor fué creciendo hasta tal punto que antes de que terminara la comida, yo me decía para mí que jamás había oído á nadie hablar con tanta gracia. Entretanto, creo que la señora Rayner sólo desplegó una vez los labios, para preguntarme:

—¿Desea usted ir á la iglesia esta tarde, señorita Christie?

Debí mostrar contrariedad, porque el señor Rayner en seguida exclamó:

—Pobre muchacha; la idea parece asustarla. Pues sepa usted, señorita Christie, que no entra en las condiciones para vivir bajo este hospitalario aunque húmedo techo, la de que tenga usted que

ir y venir de la iglesia desde la aurora al ocaso todos los domingos, con intervalos de piadosa meditación. Nosotros no vamos más que una vez. La antecesora de usted iba no sé cuántas, porque le gustaba, no porque se la obligara. Supongo, y aun espero, que las aficiones de la excelente señorita Parker no inspirarán emulación á quien se halla un cuarto de centuria más adelantada que aquélla.

Pero yo calculé rápidamente que sería mejor que fuera aquella tarde. En realidad, á mí me gustaba ir á la iglesia, y aunque no hubiese ya tenido esa inclinación, me hubiera hecho preferir la iglesia á la casa, la monotonía y aburrimiento del domingo anterior; que había pasado en la sala con la señora Rayner y Haidée, oyendo á ésta leer uno de los Treinta y nueve Artículos (aunque tenía la seguridad de que ella no lo comprendía, pues que yo misma no podía dominar lo bastante su sentido para esplicárselo á ella); y el resto de la tarde ocultando mis bostezos con un ejemplar de la obra de Goulburn, *La Religión personal*. Así, pues, les dije que me gustaría ir, y me contestaron que no había vísperas en Geldham aquella tarde; pero el señor Rayner me explicó el camino para ir á la próxima parroquia de Gullinsborough, que no estaba á grande distancia.

✓ Era una de esas bochornosas tardes de verano, no menos pesadas porque el sol esté velado de densas nubes. Pero me era agradable el hallarme fuera y sobre todo el estar sola, pues la compañía de Haidée, cuya timidez y reserva no habían aún desaparecido, me tenía muchas veces cohibida. Por cierto que mi impotencia para conquistarme el afecto y la confianza de esa niña, me había costado bastantes lágrimas en mis noches de insomnio. Encontré, por tanto, un alivio en hallarme sola y fuera de la pesada atmósfera de los Alisos. Pasé por frente del portal de un parque, por entre cuyos árboles divisé una gran casa blanca rodeada de un jardín lleno de flores. Á lo lejos, ví á un joven en traje de color claro, con la corbata deshecha y sin sombrero, tendido en una silla de viaje que estaba extendida sobre la yerba, al pie de un frondoso árbol. Tenía un tabaco en la boca y un libro vistosamente encuadernado en la mano. Sobre una mesa rústica que tenía á su lado había una copa medio vacía, con algunos pedacitos de hielo. Una rápida mirada en esa dirección me bastó para reconocer al joven señor Reade, y no pude por menos de sonreirme al pasar el portal. Creo que él me

vió, pues se puso á toser ; pero yo ya miraba hacia otro lado y fingí no oírle. Al doblar la esquina del parque, dí otra mirada hacia la casa blanca y con sorpresa ví al joven corriendo en dirección á ella.

Llegué temprano á la iglesia, en la cual me dieron un asiento muy bien situado, desde el cual podía ver á los campesinos á medida que entraban. Cuando se extinguían los últimos acordes del órgano é iba á empezar el servicio, el joven Lorenzo Reade se adelantó por el pasillo central y entró en su *pew*, dando un golpazo con la portezuela al cerrarla. Había cambiado su traje claro por otro de domingo. Recordando cuán sabroso parecía el refresco que tenía al lado cuando le ví en el parque de su casa, y cuán cómoda debía de ser la silla de viaje en que estaba tendido, consideré que hablaba mucho en su favor el que por segunda vez aquel día asistiera á la iglesia.

Á la hora en que terminó el servicio, el cielo se había puesto muy encapotado, y el retumbar de lejanos truenos anunciaba una tempestad. Al salir de la iglesia cayeron sobre mí algunas grandes gotas, que me hicieron pensar con desconsuelo en la ruina que un chubasco labraría en mi mejor vestido, que era de merino de color de ceniza. Tenía delante de mí media hora de camino, y éste pasaba por campos y prados en los que nada había que ofreciese protección contra la lluvia. Llevaba yo mi paraguas; pero era muy pequeño. Empecé, sin embargo, la marcha, en la esperanza de que la tempestad no se desencadenaría antes de llegar yo á casa. Había dejado ya muy atrás todo punto en que poderme guarecer cuando principió á caer la lluvia á mares, produciendo un estruendo que llenó mi ánimo de pavor. Me detuve para recoger mi vestido; dí una rápida mirada á mi alrededor para asegurarme de que nadie me veía, pues mi aspecto no hubiera sido para ojos extraños ni elegante ni decoroso, y me puse á correr como si se tratara de salvar mi vida. No había recorrido gran trecho, cuando me apercibí de que alguien venía corriendo en pos de mí, y luego oí que el señor Reade me llamaba. Avergonzada de la situación en que me hallaba, seguí mi carrera sin hacerle caso. Pero mi desaire no lo detuvo, y á los pocos momentos me alcanzó y me cubrió con su paraguas grande, en sustitución del mío tan diminuto. Un poco más lejos abrió la puer-

ta de un cercado, á la derecha, y entramos en un campo que tenía un mal camino carretero á lo largo del seto.

—No vamos bien por aquí,—dije;—sé que he de echar por el camino de la izquierda.

—Es que aquí hay un cobertizo para carros que nos cobijará,—repuso él.

Algunos días antes, este extraño encuentro con mi amigo del *dog-cart* me hubiera sido agradable; pero la grosería y la aversión que sus hermanas me habían mostrado, hicieron que me ballara cohibida delante de él. No hice, pues, más que mirar hacia afuera, mientras él, contagiado con mi reserva, tenía clavados en mí sus ojos, sin pronunciar palabra y sin abandonar la posición que había adoptado al reclinarsse contra uno de los lados del cobertizo. Veía,—como se ven muchas cosas, sin mirar,—que desde la baja techumbre de aquél, caían sobre su sombrero grandes gotas de agua; pero no quise advertírselo. Esto duró algunos minutos hasta que el vívido resplandor de un rayo me arrancó, al deslumbrarme, una exclamación.

—Está usted asustada. Permítame que me coloque delante de usted,—me dijo, adelantándose hacia mí.

—Oh, no, gracias; no soy nerviosa—dije con cierto desdén.

En ese instante el estruendo de un horripilante trueno me sobresaltó tanto que casi caí de mi improvisado asiento.

Él nada dijo; ni siquiera se sonrió de mi abatimiento. Se concretó á ponerse enfrente de mí, de modo que su perfil se destacaba sobre el oscuro firmamento. Cuanto más duraba nuestro torpe silencio, más difícil se me hacía pensar en algo qué decir.

—Quisiera que parara de llover,—dije, por fin, neciamente.

—¿Tiene usted mucha prisa para llegar á los Alisos? Pues no está más seca aquella casa que este sitio.

—Pero por lo menos, allí uno puede mudarse el calzado.

—¿Tiene usted los pies mojados? Pero, ¡por Dios, si lleva usted unos zapatitos, que parecen de muñeca, inservibles para un paseo por el campo!—exclamó con ansiedad, y miró vagamente hacia todos los rincones como si buscara un par de zapatos secos.

—¡Oh, no; son más gruesos de lo que parecen! No es eso; sino que el señor Rayner estará con cuidado.

—¡El señor Rayner! ¿Y la señora Rayner, no estará con cuidado?

—La señora Rayner nunca pasa cuidado por nada. Por lo menos . . . quiero decir—baluceé incomodada conmigo misma por haber hablado sin reflexionar,—que ella es tan reservada que . . .

—Que prefiere usted al señor Rayner.

—Sí, señor.

—Creo que lo mismo les sucede á la mayor parte de las señoras.

—Uno no puede por menos de sentir más simpatía por una persona que conversa y ríe; por una persona animada y amable, que por una que jamás habla; que se desliza por la casa como un fantasma, y que mira á uno con frialdad glacial cuando se le dirige la palabra—repuse, hablando con más calor á medida que llegaba al fin de mi pequeño discurso.

—Tal vez ella pretende ser amable,—dijo él.

—Pues debería revelar su pretensión más claramente. Ella no puede creer que sea amabilidad el fijar su mirada en mí, cuando río, como si yo no fuese cosa humana; ni el darme la mano de un modo tan frío y poco cordial que me parece tener en la mía la mano de una muerta; ni el hacer caso completamente omiso de mí, en otras ocasiones, como si yo no estuviera presente. Además, ella sabe que es la primera vez que dejo mi hogar, y algunas veces debe notar que yo no soy feliz.

El joven se inclinó súbitamente hacia mí; pero en seguida y con la misma rapidez se retiró.

Recordé que no debí haber hecho esa confesión á un extraño, y añadí al momento:

—No está bien que yo hable como si me trataran mal, cuando no es así. ¡Si ella no fuese tan impasible! . . .

—Quizás sus propias penas son muy grandes y difíciles de sobrellevar.

—No, señor; no hay tal cosa,—contesté con confianza;—por lo menos tiene un marido cariñoso, una linda casa y cuanto puede desear. Y revela ser muy egoísta al consagrarse exclusivamente al culto de la memoria de su difunto niño, en vez de dedicarse á hacer la felicidad de su viviente esposo.

—¿Su difunto niño?

—Sí. Tuvo un niño, que murió hace algunos años, y jamás ha podido olvidarlo. Esa es la causa de su invencible reserva.

—¿Y cuántos años hace que murió ese niño?—preguntó él en tono de extraña incredulidad.

—Creo que el señor Rayner me dijo que hacía unos cinco años.

—¡Ah! ¿Conque fué el señor Rayner quien se lo contó?

—Sí, señor.

—¿Y la señora Rayner jamás se ha consolado de su pérdida?

—Parece que no. Es extraño, ¿no es verdad? que una mujer de talento como ella, que ha escrito libros y que había sido tan admirada, se haya anulado hasta tal extremo.

—¿Conque también escribió libros? ¿Se lo ha dicho á usted ella misma?

—No, señor; fué su marido.

—¡Ah, vamos! ¿Y no le ha contado á usted nada más, el señor Rayner?

La ironía de su voz era tan patente, que titubeé en contestarle, y le miré como interrogándole.

—De fijo que le habré dicho también que él es un hombre muy desgraciado, que es un marido muy sufrido y habré pedido á usted que le tenga lástima. ¿No es verdad, señorita Christie, que lo ha hecho? ¡Ah! veo en sus ojos que he acertado,—exclamó.

Sentía la sangre arder en mis mejillas; pues me indignaba tener que someterme á ese interrogatorio.

—El señor Rayner jamás hace preguntas impertinentes,—le dije con severidad.

El joven se alejó unos pasos; dijo:—Usted perdone—y para ocultar su turbación, se volvió á contemplar la lluvia, tarareando algo sin entonación alguna.

En seguida me arrepentí; pero mi dignidad me vedó llamarle para retirar el desaire. Sin embargo, deseaba vivamente saber en qué fundaba su gran prevención contra el señor Rayner. Tuve una satisfacción, pues, cuando al cabo de unos momentos él volvió á mi lado espontáneamente.

—Señorita,—principió algo nervioso,—temo que la he ofendido á usted. ¿Puede usted perdonarme si he ido un poco demasiado lejos, llevado por el interés que me inspira una joven que reconoce

no ser muy feliz y que confiesa que es ésta la primera vez que se halla lejos de su familia?

No pude resistir semejante prueba de simpatía y le miré, por tanto, sonriendo, aunque con lágrimas en los ojos, al decirle:

—Oh, no; no estoy ofendida; pero quisiera saber qué motivos tiene usted para pensar tan mal como evidentemente piensa del señor Rayner.

—Quizás yo no tenga razón. En verdad, no tengo pruebas de que él no sea lo que quiere que todo el mundo crea que es; es decir un caballero bien educado, de buen humor, mejor carácter y de vida holgada. Sin duda, no es culpa suya si, á pesar de su ingenio, la naturalidad de sus maneras no resulta ser la naturalidad de un caballero.

Yo no tenía bastante experiencia para poder juzgar por mí misma sobre el particular. Reflexioné por un momento, y luego le dije algo tímidamente:

—¿No quiere usted contarme nada más? Creo que usted puede hacerlo si quiere, y, como me hallo sola en el mundo, desearía tener mayores informes sobre la familia ésa, á fin de poderme guiar en mi conducta.

Pareció titubear un momento; mas en seguida se sentó sobre la otra vara del carro, y me dijo en tono de mucha sinceridad:

—Seriamente, pues, señorita Christie, le aconsejaría que abandonase los Alisos, tan pronto como pudiera, aun antes de encontrar otro destino. Está usted rodeada de más peligros de lo que puede usted imaginarse; tal vez sean más de los que yo mismo me figuro; pero son los suficientes, de todos modos, para que yo le advierta á usted que existen.

Sus últimas palabras fueron pronunciadas en voz baja. Después, quedamos silenciosos, la mirada del joven fija en mí; la mía dirigida llena de ansiedad al cielo, cuando en esto apareció repentinamente delante de nosotros una silueta que obstruyó la luz. Era el señor Rayner. Mi compañero y yo nos sobresaltamos como culpables. El recién venido se había acercado tan quedamente que no le habíamos oído. ¿Nos oyó él á nosotros?

CAPÍTULO IV

À PESAR de la lluvia, el señor Rayner estaba de muy buen humor, y sus primeras palabras ahuyentaron mi temor de que él hubiese oído el consejo que me había dado el señor Reade de que abandonase los Alisos. Al penetrar en el oscuro cobertizo, se fijó en mí antes que en mi compañero.

—Por fin encuentro á usted, señorita Christie. Tuve una idea feliz en venir aquí á buscarla. Pero ¿cómo ha descubierto usted este refugio?

En esto se volvió, y, viendo al señor Reade, exclamó:

—¡Hola, Lorenzo! ¡Ah, vamos; ahora comprendo! Veo que has estado jugando á caballero andante, y que yo he llegado tarde. Sin embargo de lo cual, yo me llevaré la dama. Mi mujer observó que salía usted, señorita Christie, sin su abrigo, y me ha enviado con él para encontrar á usted.

Él me ayudó á ponerme el abrigo, y después me quedé de pie entre los dos, algo confusa ante tantas atenciones, á las que no estaba acostumbrada. Al poco rato la lluvia cesó, y aprovechamos la ocasión para escapar.

Cuando llegamos á la vista del parque del señor Reade, éste quería cortar por un atajo que se dirigía directamente á su casa; pero el señor Rayner le convenció de que no había ventaja en meterse por la larga yerba, empapada con la lluvia; así es que fuimos juntos hasta el portal del parque, donde el joven se despidió de nosotros.

—Es un excelente joven, ése,—dijo el señor Rayner en cuanto se hubo alejado.—Un joven así, franco y sincero, me gustaría tener como hijo de aquí á algunos años. Es guapo, además, y de buen carácter. No hay ninguna muchacha en toda esta comarca que no tenga una sonrisa para Lorenzo.

No consideré esto último una recomendación tan favorable como sin duda se figuraba el señor Rayner; pero nada dije, y él continuó:

—Él vale tanto como el resto de su familia junta. Su padre, un viejo simple, de alma mezquina y engreído; su madre una cursi, que se mantiene viva por la conciencia de su dignidad, como hija, sin una peseta, de un conde; las hermanas, unas nulidades presumidas;

el hermano menor, un zote que estudia en Eton; pero entre todos no han podido echar á perder á Lorenzo. Podrá él tener alguna de sus prevenciones; pero está libre de la mezquindad y estupidez que á los demás caracterizan. Usted no comprende aún, señorita Christie, el carácter de esta gente rural. Le aseguro á usted que hay muchos en esta parroquia que me han excomulgado por mi afición á las carreras de caballos y, lo que para ellos es peor, porque toco el violín.

—¿ Usted toca el violín? Á mí me gusta mucho.

—¿ Sí? pues procure no confesar ese gusto mientras viva en este sitio encantado. Aquí consideran ese arte al nivel del de las brujas. Supongo que la creencia popular es que yo he hechizado los Alisos con mi violín. Algunos rústicos creen que los juncos que rodean la laguna producen sonidos á media noche, si se los toca por casualidad.

—Vamos, señor Rayner, me parece que es usted algo injusto con los rústicos,—dije, riendo.

—Nada de eso; usted misma se convencerá de ello dentro de poco tiempo. De todos modos, si usted no teme ser embrujada, oirá mi violín una de estas tardes, y me dará su parecer.

En esto llegamos á la entrada del jardín, y al seguir el camino que lo cruza, ví una figura de mujer entre los árboles á nuestra derecha. La tarde estaba tan oscura, por efecto de la tempestad, y esa mujer estaba tan bien oculta, que á no tener yo la vista muy fina, no la hubiera descubierto. No pude, sin embargo, conocer quién era; pero supuse que sería la señora Rayner. La idea de que aquéllos ojos extraños estaban fijos en mí, vigilándome, como en la noche de mi llegada, me hizo sentir una impresión desagradable. Me alegré de que el señor Rayner no mirara hacia aquel lado. Él no vió, pues, esa figura y siguió hablando hasta que llegamos á la casa. El señor Rayner me dejó en el recibimiento y se fué directamente á su despacho; yo, antes de subir á mi habitación para mudarme, entré en el cuarto de estudios á dejar el libro de oraciones. Alguien había dejado el balcón abierto, y me dirigí hacia él para ver si la lluvia había entrado. Densas nubes cubrían aún el cielo, de modo que el interior de la casa estaba bastante oscuro. Merced á esta circunstancia pude, sin ser yo vista, ver á la mujer que había descubierto entre los árboles, abriéndose ahora camino entre las ramas cargadas de lluvia y saltando por encima de los cuadros de

flores, para llegar á la fachada principal de la casa. Cuando estuvo bastante cerca para poderla distinguir, ví que no era la señora Rayner, sino la criada Sara. Esta mujer era tan alta y descarnada, tenía ojos tan grandes y de mirada tan fija, y sus maneras parecían tan constreñidas que, sin darme cuenta de ello, le tenía cierto horror. Se hallaba á pocos pasos de mi balcón, tras el cual la cortina me ocultaba completamente, cuando el señor Rayner la alcanzó por detrás y le cogió el brazo. Ella no se volvió, ni dió ningún grito; pero se paró en seco, como si le hubiese faltado el aliento.

—¿Qué hacías entre los arbustos, Sara?—dijo tranquilamente.— Si quieres tomar el fresco en el jardín, debes limitarte á pasear por el césped ó por los caminos, pues con abrirte paso entre los árboles y pisar los cuadros, echas á perder las flores y te perjudicas á tí misma. Si no puedes recordar estas sencillas reglas, tendrás que buscarte otra casa.

Entonces ella se volvió súbitamente.

—¡Yo buscar otra casa!

—Sí, tú; sentiría perder una sirvienta tan antigua; pero muchas veces no conviene conservar una criada demasiado tiempo, especialmente cuando se pone vieja.

—¡Vieja! No siempre he tenido tantos años,—exclamó ella acaloradamente.

—Por eso no has ganado siempre tan buen sueldo como el que hoy percibes. Vamos, entra y véte á preparar el té. Oye; cuida de que el pan no esté demasiado tostado hoy también.

Pude ver que ella le miraba fijamente con sus grandes ojos negros, como tigre en acecho; pero no se atrevió á replicarle y entró, acobardada, en la casa. Esto no me sorprendió, pues el tono frío de mandato en que el señor Rayner pronunció las últimas palabras, insignificantes en sí, me inspiró cierto temor de él, en la convicción de que me hallaba enfrente de una voluntad irresistible; temor que me hubiera parecido imposible que llegara á inspirarme el jovial señor Rayner.

El incidente me dejó algo perpleja. ¿Por qué estaba Sara oculta entre los arbustos como una espía? ¿Cómo la había visto y conocido el señor Rayner cuando parecía que ni siquiera había mirado en aquella dirección? ¿Había algún sentido oculto en las palabras

que mediaron entre los dos? La conducta de la mujer había revelado una pasión reprimida, que no parecía natural se hubiese desarrollado por efecto simplemente de la orden que su amo le había dado, de que se limitara á pasear por los caminos del jardín y de que procurase que el pan no estuviera demasiado tostado. Por su parte, el señor Rayner había empleado un tono de firme decisión, que jamás había observado en él, aun en los casos en que le había visto fuertemente contrariado. Esperé detrás de la cortina hasta mucho rato después que él hubo regresado á su despacho, temiendo que sus ojos de lince me descubrieran, aunque la parte de espía que yo había desempeñado había sido impuesta por la casualidad. Si él me hubiese hablado en el tono que usó con Sara, creo que hubiera huído, ó echado á llorar, ó cometido cualquier otra tontería igualmente impropia de una institutriz joven. Pero nadie me molestó. Cuando me aparté del balcón y subí cautelosamente á mi cuarto, no ví á nadie, ni se oyó más ruido que el del choque de platos en la cocina. Á la hora del té, el señor Rayner estuvo tan animado como de costumbre y declaró, en son de broma, que no consentiría ningún otro día que yo fuera sola á la iglesia.

Aquella noche estuve pensando en el consejo que me había dado el señor Reade, de que abandonase los Alisos; pero pronto me convencí de que la idea era irrealizable, porque, dejando aparte el hecho de que yo no tenía más motivos que las prevenciones y sospechas de los demás para considerar imprudente mi permanencia allí, y de que no veía ni sombra de los peligros á que el señor Reade había aludido tan vagamente, ¿qué razón podía yo dar al señor Rayner y á mi madre para justificar semejante resolución? Esa falta de inventiva en los jóvenes para hallar pretextos es un gran obstáculo á su libertad de acción. Pero aun cuando hubiese podido vencer ese obstáculo, hasta el punto de inventar un motivo plausible para dejar aquella casa, ¿adónde iría?

Mi padre había muerto; mi madre, que había quedado con escasos recursos, aceptó con gusto, al acordar que yo saliera á ganarme la vida, la proposición de ir á ponerse al frente de la casa de un hermano, cuya mujer había fallecido hacía algunos años. No dudaba que mi tío me daría hospitalidad hasta tanto que yo encontrara otro empleo; pero comprendía á la sazón cuán pocos desearían los servi-

cios de “una señorita, de diez y ocho años de edad, que prefería discípulas menores de doce años.”

¡Y qué recomendación la de haber abandonado mi primer empleo al cabo de un mes! Además ¿qué pretexto podía dar? Si decía que la casa era húmeda, la gente diría que buscaba demasiadas comodidades. Y si daba como pretexto, mis sospechas de que la madre de mi discípula estaba loca, me exigirían, para creerlo, pruebas más evidentes que la de decir que ella hablaba muy poco, y que andaba sin hacer ruido. Por fin, si dijera que me había marchado de la casa porque me habían advertido de que el vivir en ella era peligroso, pensarían que yo era la loca. Además de todos esos inconvenientes que se oponían á mi marcha, había cierto inexplicable atractivo para la imaginación de una joven en esa misma atmósfera de vago misterio que envolvía al lugar, sin la cual hubiera sido monótona la vida en cualquier otra familia de la clase media inglesa. Decidí, pues, no hacer caso de advertencias infundadas, y quedarme donde, después de todo, me hallaba muy bien. Á la mañana siguiente estrené un lindo vestido de algodón azul, y cuando me puse delante del espejo observé que tenía mucho mejor semblante que cuando vivía en Londres. Mi palidez había desaparecido; coloreaba mis mejillas un tinte sonrosado, y mis ojos parecían más grandes y expresivos que antes. Después de contemplar con satisfacción, durante algunos momentos, mi mejorado aspecto, me alejé del espejo abochornada de mi vanidad. ¿Qué diría mi madre si viera cuán presumida se estaba poniendo su hija? Sin otra mirada al espejo, ni siquiera para ver si me había puesto bien el imperdible, bajé al comedor. El señor Rayner ya estaba allí; pero no había nadie más. Él dejó su periódico y me saludó con una sonrisa.

—Vamos al jardín, señorita Christie, hasta que se reúna el resto de la familia,—me dijo, y salí con él por el balcón.

El sol, á aquella hora de la mañana, dejaba á ese lado de la casa en la sombra. Los pájaros que piaban entre la yedra, removieron las tupidas hojas al emprender el vuelo, asustados por nuestros pasos; el rocío brillaba sobre la yerba, y las flores exhalaban suavísima fragancia.

—Qué hermoso está esto, ¿verdad?—dijo el señor Rayner.

—¡Hermoso! ¿Si parece el Paraíso! Es decir . . .—Me detuve

ruborizada y temerosa de que mi comparación le pareciese un sacrilegio.

Pero él no hizo más que reírse. Cogí una flor, procurando recobrar el aspecto de seriedad que consideré debía mantener, como el que mejor cuadraba á una institutriz. Cuando levanté los ojos, el señor Rayner aún me miraba y sonreía.

—¿Le gustan á usted las rosas?

—Mucho; sí, señor.

Creí poder hacer esa afirmación sin menoscabo de mi dignidad.

—Sin embargo ¿no le parece á usted que la Beldad*, fué muy tonta en escoger una simple rosa, cuando su padre le preguntó qué quería que le trajese? Siempre he creído que el alarde de humildad afea cualquier carácter agradable en otros conceptos.

Yo me reí.

—¡Pobre muchacha!—prosiguió él.—¡Cuán duro fué su castigo! Si yo me hubiese casado con el príncipe, no creo que hubiera podido olvidar jamás que él había sido una bestia, y hubiera vivido en el constante temor de que mi marido sufriera nueva metamórfosis y volviese á su primitivo estado. Aunque el verdadero cuento nos dice que él nunca dejó de ser bestia; pero que regaló á ella tantos brillantes y le hizo tantas hermosas ofrendas, que la bella princesa pasó por alto su horrible fealdad. Esa es la historia de todos los días.

No hice más que menear la cabeza como negando la verdad de su última aserción. Yo no podía contradecir abiertamente al señor Rayner; pero no quise creerle.

—Vamos á ver, si usted fuese la Beldad, ¿qué pediría usted á su papá que le trajese?

Me sonreí tímidamente.

—¿Un príncipe?

—Aún no—contesté, sonrojándome y sonriendo de nuevo, esta vez con picardía.

—¿Una sortija; un brazalete; un alfiler de pecho?

—¡Oh, no!

* Se refiere á un cuento de hadas muy popular en Inglaterra y América del Norte, titulado *The Beauty and the Beast*, ó sea "La Beldad y la Bestia.—*N. del T.*

—¿Una gramática, pues; una esfera terrestre y una pizarra?

—No, señor; pediría, como la Beldad, una rosa; una magnífica rosa-té. No acierto á pensar en nada más bello.

—La rosa-té es grande y de color amarillento pálido, ¿no es verdad? No se pueden cultivar aquí. ¡Qué lástima, señorita Christie, que no nos hallemos en un cuento de hadas! Entonces la clase de terreno no importaría, y haríamos crecer rosas-té en abundancia.

Nos habíamos acercado al balcón del comedor, tras el cual estaba la señora Rayner, contemplándonos con mirada fija y penetrante. Mantuvo esa mirada, como presa de extraña fascinación, mientras nos adelantamos para entrar, hasta que estando nosotros muy cerca de ella, se volvió como con sobresalto. Cuando nos encontramos en el comedor, su expresión de ansiedad había desaparecido, y ella parecía el ser inanimado de siempre.

El señor Rayner no apareció á la hora de la comida, y no me atreví á preguntar á su señora la causa de su ausencia. Cuando por la noche ví que en su sitio no había cubierto para el té, supuse que habría marchado á alguna parte. Me convencí de ello al ver que á la mañana siguiente tampoco se presentó. Entonces me apercibí de un cambio gradual, pero fijo en la conducta de la señora Rayner. No se convirtió en una mujer locuaz y animada como cualquier otra; pero fué como si una estatua de piedra se hubiese trasformado en una de carne, que sentía la vida en sus venas y tenía conciencia de lo que pasaba á su alrededor. Este cambio había desarrollado en ella un fenómeno: se había vuelto nerviosa. En lugar de estar siempre impasible, se sobresaltaba á cualquier ruido, y su cara, siempre pálida, se coloreaba ligeramente al oír cerrar alguna puerta lejana, ó al percibir pasos en el corredor. Este cambio lo atribuí á la ausencia de su marido; pero no podía decir si esa ausencia era para ella motivo de alegría ó pesar; ni aún si su cambio obedecía á sentimientos relativamente tan fuertes como esos.

Al segundo día de la ausencia del señor Rayner, Sara entró en el cuarto de estudios y me anunció que un caballero me esperaba en la sala. En ella encontré al joven señor Reade.

—He venido á hablar de un asunto con el señor Rayner; pero como me dicen que está ausente, me permito molestar á usted, señorita, con un encargo para él.

—Yo nada entiendo de negocios; especialmente de los del señor Rayner,—contesté, dudando que fuera propio me encargase de ningún asunto del jefe de la casa.—Tal vez la señora Rayner . . .

—Oh, no; no puedo molestarla por cosa tan insignificante, puesto que está delicada de salud. Se trata simplemente de que dos muchachos del pueblo quieren abrir cuenta en la Caja de Ahorros, y yo me he ofrecido á traer el dinero.

Registró sus bolsillos y sacó un penique.

—Debo de haber perdido el otro,—añadió con gravedad.—¿Puede usted darme cambio por una pieza de tres peniques?

Le dejé y volví con dos medios peniques. Había olvidado los nombres de los muchachos y tardó un buen rato en recordarlos. Entonces hice apuntación formal de nombres y cantidades. El señor Reade examinó mi trabajo y me lo hizo rehacer en forma más comercial. Luego él añadió la fecha; escribió de nuevo uno de los apellidos, en cuya ortografía me había equivocado; alisó el papel con el secante, y lo dobló, empleando en todas estas operaciones mucho más tiempo del que creí necesario.

—¿No le parece á usted que es emplear mucho trabajo para una cuenta de dos peniques?—pregunté cándidamente.

El señor Reade, que estaba inclinado sobre el pupitre, se puso á reír; pero en seguida se reprimió, y dijo.

—No se puede ser demasiado cuidadoso, aún con pequeñeces, tratándose del dinero de los demás.

—Es verdad,—dije, sofocada con la idea de que él se estaba burlando de mi ignorancia en cuestión de negocios.

Habló, luego, del domingo anterior, manifestando su esperanza de que yo no hubiese cogido un resfriado, y, por fin, se marchó. Cuando volví al cuarto de estudios, comprendí, por la cantidad de labor que Haidée había adelantado, que la visita había sido bastante larga.

Nada sucedió, después de eso, hasta el sábado, que era el día en que solía escribir á mi madre. Después del té, subí el pupitre á mi habitación. Era más agradable escribir allí que en el cuarto de estudios. Me gustaba la vista que el pantano ofrecía entre los árboles y el murmurio del viento entre los álamos. No había escrito muchas líneas, cuando otros sonidos se mezclaron con el susurro de las

hojas: eran las apagadas voces de un violín. Al principio solo podía percibir algunas notas de la melodía. Luego hubo una pausa, durante la que oí abrir una ventana, y después la hermosa melodía "Aufenthalt," de Schubert, que pude oír perfectamente, detuvo mi pluma, como si me hubiese encantado. Debía ser el señor Rayner que habría regresado. Cuando él me dijo que tocaba el violín, no pensé que lo tocara tan bien. Quise, por tanto, poder escuchar mejor, y cuando murieron las últimas notas del "Aufenthalt," encerré mi carta, aún no terminada, en mi pupitre, y fuíme abajo, cargando otra vez con aquél. La música había empezado de nuevo. Esta vez tocaba el "Ständchen." Me deslicé quedamente por el corredor, con intención de ir á acabar mi carta en el cuarto de estudios, desde donde, con la puerta abierta, podría oír el violín. Pero, al pasar por frente la puerta de la sala, el señor Rayner, sin dejar de tocar, gritó:

—¡ Adelante!

Esto me sobresaltó, pues yo no había hecho el menor ruido. Dejé, sin embargo, mi pupitre en la mesa del corredor y entré en la sala. En ella estaban la señora Rayner y Haidée. La primera tenía, sobre una silla á su lado, un hermoso chal, que su marido le había traído; y su hija sostenía una gran muñeca francesa de cera, á la que, por cierto, no miraba, pues mi discípula nunca hizo caso de muñecas. El señor Rayner, más guapo que nunca, tomado del sol, y con el cabello en desorden, se sonrió al verme, y sin interrumpir la música, me dijo:

—No he olvidado á usted. Allí tiene un recuerdo de su querida ciudad de Londres,—y señaló con la cabeza hacia una tosca caja de madera, que estaba clavada.

La abrí sin mucha dificultad. Era de Covent Garden, y en ella hallé muy bien colocadas entre helecho, musgo y algodón en rama, una docena de magníficas rosas-té. Las estuve contemplando y oliendo extasiada y embriagada por la música y las flores, hasta que el señor Rayner cesó de tocar. Entonces me levanté y dí las buenas noches á la familia.

—¡ Beldad dichosa!—me dijo el jefe de aquélla, sonriendo al abrir la puerta para que saliera.—Usted no tiene que sacrificarse á ninguna bestia, en cambio de esas rosas.

Me reí y abandoné la sala. Cogí el pupitre, y con éste y mis flores me encaminé hacia la escalera. Sara estaba al pie de ella, con una desagradable expresión en su cara.

—¿Conque también usted está hechizada?—me dijo, lanzando luego una carcajada.

En seguida dió una vuelta rápida y se fué hacia la cocina.

Subí á mi habitación, preguntándome: ¿qué significan esas palabras? y ¿cómo conserva esta familia en su servicio una criada tan ruda y desagradable?

CAPÍTULO V

EL día siguiente era domingo. Me acostumbraba ya á esperar ese día con alguna impaciencia, como se espera en el campo todo lo que promete un claro en la monótona igualdad de esa vida. El anciano señor Reade no estaba aquel día en la iglesia, y el joven ocupaba su puesto, dándome, así, la espalda. En vez de apoyar la cabeza en sus manos y sus codos en las rodillas, al llegar á las oraciones, como había hecho la fiesta anterior, ese domingo se volvía, y se arrodillaba enfrente de su asiento, encarándoseme completamente. Esto me turbaba mucho, pues teniéndole allí arrodillado, con la barba apoyada en la mano y la cabeza echada hacia atrás, parecía que me dirigía á mí las respuestas á las oraciones, y no podía yo levantar los ojos del libro ni un minuto, sin que distrajera mi atención, muy á mi pesar.

Después del servicio, mientras estábamos detenidas en los terrenos de la iglesia, oí que el señor Rayner hablaba al médico y á dos hacendados, sobre las carreras de caballos á que él había asistido la semana anterior, en las cuales dijo haber ganado quince libras esterlinas sobre un caballo, cuyo nombre no recordó. Sacó luego del bolsillo un programa de las carreras y pareció sorprendido de tenerlo, diciendo que debió ser ese papel lo que le hizo distraerse durante el sermón. Después preguntó á la señora Reade si su marido estaba enfermo, y no pareció inmutarse ante la frialdad con que esa señora contestaba á sus preguntas.

—Tuve el gusto de tomar *lunch* con un pariente de usted, señora

Reade, en el Hipódromo de Newmarket la semana pasada. Me refiero á Lord Bramley. Creo que él es primo de usted ¿no es verdad?

—Es pariente muy lejano, señor Reade; pero, al fin, emparentado con mi familia,—contestó ella con más afabilidad.

—Pues él da más importancia á ese parentesco del que usted parece atribuirle, porque preguntó muy especialmente por usted y quiso saber si ustedes iban á la capital este otoño. Yo le dije que, en cuanto á los proyectos de ustedes sobre ese particular, nada podía participarle; y que tocante á la salud de usted, podía asegurarle que era perfecta, pues que jamás la había visto con tan buen semblante como la última vez que nos habíamos encontrado.

La señora Reade quedaba hablando con el señor Rayner, cada momento con menos desdén, cuando Haidée y yo nos pusimos en camino, de regreso á casa.

Durante la comida el señor Rayner nos repitió parte de esa conversación, dándonos una excelente parodia de las maneras de aquella señora, y luego otra, cómicamente exagerada, de la humildad con que él había tratado á ella. Siempre estaba extraordinariamente chistoso los domingos. Parecía como si el trato con gente de torpe entendimiento avivara su propio ingenio.

Apenas había salido de los terrenos de la casa, aquella tarde, al dirigirme á la iglesia, cuando el señor Rayner me alcanzó, diciendo:

—No, señorita Christie; no hemos de permitir que usted vaya otra vez sola á la iglesia.

Me sonrojé, y me sentí un poco mortificada, sin saber precisamente por qué. Bien es verdad que sabía tener cuidado de mí misma y no quería estar bajo vigilancia, y menos bajo la del señor Rayner.

—No se enfade usted,—añadió;—ha sido una broma. Quiero ver á Bogget para hablarle de un cercado, y estoy seguro de que lo encontraré en la iglesia. Sin embargo, si mi compañía molesta á usted....

—¡Oh, no! de ningún modo, señor Rayner—exclamé, interrumpiéndole, asustada ante la idea de que él me atribuyese semejante impertinencia.

La impresión que eso dejó en mi ánimo me embargó de tal ma-

nera, que apenas pude conversar desde aquel momento y me concreté á pronunciar los monosílabos más indispensables. Cuando pasamos por delante del parque, ví al joven señor Reade en traje de fiesta, jugando con un pequeño libro de oraciones (los caballeros no quieren llevar libros del tamaño que nosotras tenemos), apoyado contra un árbol y fumando un tabaco. Creo que él nos había visto mucho antes de que yo me fijara en él, porque yo miraba una hoja de roble que tenía en la mano, cuya estructura me explicaba el señor Rayner. Nunca había visto en el señor Reade tal expresión de mal humor como la que entonces tenía su cara, y consideré una lástima que afeara su agradable fisonomía con semejante ceño. Me pregunté si él tendría mal genio, ó si no ¿qué era lo que le había molestado?

Cuando se ve á una persona vestida como para ir á la iglesia y con el libro de oraciones en la mano, parece natural que se espere ver á esa persona en el templo durante el servicio. Por lo mismo, sentí una impresión inexplicable y absurda, rayana en contrariedad, cuando después de una insulsa improvisación del organista, principió el servicio y aún no había comparecido el señor Reade. Siempre que se abría la puerta y entraba algún rezagado, dirigía maquinalmente la vista hacia ella y luego hacia el *pew* que el joven había ocupado en la tarde del domingo anterior, hasta que me dí cuenta de que eso era muy impropio en una señorita.

El calor, esa pequeña tontería y mi arrepentimiento de haberla cometido, de tal modo me distrajeron, que apenas oí palabra del sermón. Es verdad que fué el vicario quien predicó aquella tarde, y sus sermones no eran nunca de los que excitan mucho el interés. Le oí decir que se proponía dar una serie de seis oraciones evangélicas; de las cuales aquélla era la primera; después de eso, sólo le escuché de vez en cuando. Una vez me fijé en el señor Rayner, y él, que siempre parecía el más devoto de los feligreses, estaba profundamente dormido. La iglesia era un pequeño edificio viejo, de sólida construcción normanda y muy oscuro, así es que como el señor Rayner ocupaba el rincón del *pew*, sentado en una actitud que parecía de mucha atención, al principio creí que me había equivocado; pero fijándome más, me convencí de que, en efecto, dormía como un santo.

Terminado el servicio, él se quedó hablando con Boggett, y yo me puse en camino sola. Pero pronto me alcanzó. Me dijo que el sermón había sido bueno en su género, y yo tuve que volver la cabeza para que no me viera sonreír. Mas no fuí bastante lista para el señor Rayner.

—No he dicho qué género, señorita Christie. Pude haber querido decir que ha sido bueno en el género soporífico. Veo que uno ha de estar siempre sobre aviso con personas serias como usted. Jamás he ido á vísperas sin quedarme dormido, y no se me ha descubierto hasta hoy. Ahora se ha perdido el encanto, y en adelante creeré que los ojos de toda la congregación se han de clavar en mí. ¿Está usted escandalizada, señorita Christie?

—No, señor.

—Es que usted no se permitiría escandalizarse de nada de lo que yo hiciera, ¿no es verdad?

Su tono de ironía, encubierta por la seriedad con que había hablado, me infundió cierto espíritu de réplica, y le dije:

—Por supuesto que no, señor Rayner.

—¡Hola! ¿de dónde ha sacado usted esa picardía, el dón más precioso de su sexo, y cómo nos la oculta usted tan cuidadosamente, señorita?

—Yo no sé; no es mi intención ocultar nada,—repuse bobamente.

—Y á usted ¿cómo le gustó el sermón?

—No puedo decir, porque no puse en él mucha atención.

—¡Cómo! ¿Una señorita tan devota, no fijarse en el sermón? Á la verdad que me deja usted sorprendido.

Su tono se había puesto tan serio, y realmente pareció sorprenderse tanto, que creí más prudente hacer una confesión.

—Yo no soy verdaderamente devota,—dije con palabra rápida; —ni he pretendido nunca aparentarlo. Pero yo respeto mucho la religión y la gente religiosa, y espero que algún día los sentimientos que á los devotos animan, se infiltrarán en mi espíritu con más fe de la que hoy siento. Por lo menos, yo así se lo ruego al Altísimo,—terminé diciendo en voz muy baja.

El señor Rayner tomó mi mano con afecto.

—La fe le vendrá; no lo dude,—dijo con gravedad y casi pater-

nalmente.—Prosiga cumpliendo su deber como hasta aquí, y usted recibirá á su tiempo la merecida bendición.

Dijo eso con tal llaneza, sin ningún esfuerzo para imitar el enfático tono del que predica, que me inspiró tanta confianza como hubiera podido tener en un ministro, y tuve la certidumbre de que él ya no abrigaba ninguna sospecha de que yo hubiese intentado ser hipócrita.

Después del té, cogió su violín y me pidió que acompañara al piano la duodécima Misa, de Mozart. El fervor que infundió en esa preciosa música, despertó en mí una exaltación de sentimientos tal como ninguna música sacra me había producido antes. Al terminar la velada, la señora Rayner me dió las buenas noches y abandonó la estancia antes de que yo acabara la tarea que me había encomendado el señor Rayner, de poner los papeles de música en orden. Cuando me levanté de la postura en que los había arreglado, sofocada aún por la impresión de la música, el señor Rayner me tendió la mano, sonriendo al mismo tiempo.

—Es usted la mejor acompañante al piano que he conocido; coge usted perfectamente el espíritu de esta música sagrada. Mañana por la noche veré si es usted tan maestra en leer música profana. Buenas noches, querida.

Y se inclinó en ademán de besarme. Pero yo me retiré ligeramente para evadirle, aparentando haberlo hecho inconscientemente y me fuí, después de desearle muy buenas noches.

En cuanto estuve fuera de la sala, se apoderó de mí una penosa impresión. ¿Qué es lo que yo había hecho? Seguramente había ofendido al señor Rayner, sin esperanza de merecer su perdón, con un acto que debió parecerle una afectada y absurda mogigatería. Parecía como si yo me considerase una mujer de tan grandes atractivos, que éstos habían inspirado en él los deseos de besarme para deleitarse. Siendo así que yo era una niña insignificante, á quien él, sin duda, había querido besar afablemente, como lo hubiera podido hacer si hubiese sido mi padre. Pero, por otra parte, él no era mi padre, ni tenía apenas la edad para serlo, por muy paternal y amable que fuese su conducta para conmigo. Si él hubiese contado cuarenta ó cincuenta años, se lo hubiera permitido sin escrúpulo alguno. Pero si Sara ó la señora Rayner (ninguna de las cuales me

profesaba gran afecto), hubiese entrado inopinadamente y visto al señor Rayner besándome, de seguro que hubiera formado un juicio muy erróneo sobre la intención que ese acto entrañara; juicio que á mí me hubiera causado mortificación suma. Me consolé, pues, con la idea de que yo había obrado, con todo, cuerda y prudentemente; y dije para mí que si el señor Rayner se había molestado, ya no estaba en mí el remediarlo.

A la mañana siguiente el señor Rayner estaba en su usual humor; circunstancia que me alivió de un gran peso. Naturalmente, lo que había sido motivo de tanta preocupación para la joven de diez y ocho años, para el hombre de treinta y tres sólo fué una puerilidad.

Durante el día estuve pensando en si me harían ir á la sala para tomar parte en otra velada musical, según lo había indicado el señor Rayner la noche anterior. Pero á la hora del té, lo ví muy pensativo y le oí decir á Sara que esperaba aquella noche la visita de un caballero, al cual debía hacer pasar á su despacho.

Al volverse para dar esa orden, noté que el pálido semblante de la señora Rayner adquirió súbitamente una expresion de horror, que desapareció al instante, sin dar tiempo á que en ella pudiera fijarse el marido. Me pareció, además, descubrir en Sara una mirada de inteligencia al oír las palabras de su amo, como si ella también supiese algo respecto al caballero, cuya visita aquél había anunciado.

Espero que no se me tendrá por excesivamente curiosa. En verdad, para la persona que lleva vida tranquila en una casa de campo, sobre la cual recaen, con ó sin razón, sospechas de algún misterio, es imposible no fijarse en los pequeños detalles que se relacionen con sucesos inusitados, y muy difícil de detener la mente, ansiosa de buscar el significado de esos detalles.

Procuré no pensar más en ese asunto, que no me atañía; pero no logré alejarlo de mi mente, hasta que me dirigí al desierto cuarto de estudios para dedicarme á la tarea, que me había impuesto para cada noche, de traducir al alemán una página de "La Historia de Inglaterra" por Markham. Anhelaba aprender, para que más adelante pudiera considerárseme una mujer instruída y poder así alcanzar la posición de institutriz para la enseñanza superior; lo que, por

cierto, me parecía en aquella época ambición desmedida. Después de ese trabajo, debía leer un capítulo de la "Historia de Francia," por Guizot; pero esa era ocupación fácil y amena, á la que podía dedicarme en el jardín.

Había ya visto al anunciado forastero, cuando cruzaba yo el corredor después del té. Era un hombre de baja estatura, delgado, con bigote claro, del cual no se podía decir si era joven ó viejo. Aunque sólo llevaba traje gris de viaje, parecía ir muy bien vestido. Me había olvidado de él por completo al terminar mi traducción y, con un pesado tomo de Guizot bajo el brazo, me dirigí hacia la laguna, cerca de la cual, en el rincón más agradable y más oculto por las cañas, me había construído un pequeño "nido." Había en ese sitio un sauce, al que un vecino roble había hecho crecer en posición inclinada. La rama más baja de ese sauce se extendía horizontalmente y me servía de asiento. Me arreglé un respaldo, atando una cuerda entre dos ramas á conveniente altura sobre el asiento, y coloqué un par de ladrillos en tierra, para que mantuvieran mis pies fuera de la húmeda yerba. Podía, pues, estar sentada ahí, y disfrutar hasta tarde de aquellas horas vespertinas. Estuve de esa manera leyendo á Guizot y buscando en el diccionario cuantas palabras me eran desconocidas, hasta que la falta de luz me obligó á cerrar el libro. Pensaba entonces en que era hora de retirarme, cuando oí voces por el lado de la casa, y me pareció que quienes hablaban se dirigían hacia el sitio de mi escondite.

He descrito en otro lugar el camino que se dirigía, por un atajo á través del sembrado, desde la casa á la carretera de Beaconsburgh. Los desconocidos parecían acercarse por ese camino. Quienesquiera que fuesen, preferí dejarlos pasar antes de salir de donde me hallaba. Yo no podía verlos á ellos y sabía que ellos tampoco podrían verme. Cuando estuvieron más cerca, reconocí la voz de Sara; la otra era la de un hombre de más elevada clase. ¿Sería el forastero? Él le hablaba á ella en tono serio; pero con familiaridad: pude comprender ésto antes de oír claramente ni una palabra de su conversación. Sara hablaba en tono de amarga queja. Las primeras palabras que comprendí fueron suyas:

—Yo no aguanto esto por mucho tiempo, y, por tanto, se lo advierto á usted.

—Pues dícelo á él, mi querida Sara, si es que te atreves. Y hazme el favor de hablar más quedo, pues los árboles son excelentes conductores de cuentos y chismes.

Ella continuó en voz más baja, pero en el mismo tono, y por las truncadas frases que le oí, (pues no pude por menos de escuchar,) me enteré de que ella estaba resentida, porque un *él*, para mí desconocido, guardaba demasiadas atenciones á una *ella*, para mí también incógnita. Supuse, sin embargo, quienes serían. Era bien sabido en la casa que Sara tenía un admirador. Éste era un hombre algunos años más joven que ella, que vivía lejos de allí,—creo que oí decir en Londres,—y que la visitaba con alguna irregularidad. El señor Rayner se había interesado mucho en esas relaciones y sacaba de ellas gran partido para divertirse. Por algún medio ú otro, había él descubierto que el tal admirador, llamado Tomás Parkes, se dedicaba á galantear más de lo que era procedente á la doncella, Juana; y el señor Rayner decía que á ésta le saldría mal la cuenta si intentara corresponder á las atenciones del inconstante galán.

Sara, pues, daba rienda suelta á sus celos en esa conversación seria é íntima que sostenía con el huésped de su amo. Este procedimiento me pareció muy extraño. Yo no ignoraba que muchos caballeros suelen tratar con más consideración de lo que es necesario, á mujeres de una clase inferior, cuando éstas son jóvenes y bonitas. Pero las facciones de Sara, que parecían prematuramente ajadas y arrugadas por rudo trabajo y por pasiones fuertes, causaban más bien repulsión que simpatía. Me alegré de que no me fuera posible verla mientras pronunciaba las terribles frases que pude oír más claramente, pues me imaginaba cómo chispearían sus ojos y cómo torcería la boca, según solía hacer cuando se incomodaba.

—Recuerde usted cuánto he trabajado por él; todo lo que he hecho en su favor,—dijo ella.—Nunca hubiera él alcanzado la posición que ocupa, si no hubiese sido por mí. ¿Y cree él que su nueva favorita va á combinar planes y tramar proyectos y arriesgarse . . .

—¡Calla, calla; no hables tan alto! ¿Dónde has dejado tu antigua prudencia, Sara?

—Que la busque él en esa muñeca, con su cara redonda y sus ojos infantiles. ¿Piensa, acaso, que puede utilizarla? ¡Esto es absurdo! Para hacer el trabajo que él requiere, es preciso una mu-

jer robusta de cuerpo y de buen cacumen; no basta semejante chiclea.

—Puedes estar segura, Sara, de que, por muy útil que ella le sea, él nunca ha de comparar sus servicios con los tuyos. Lo que él hace es simplemente divertirse con esa tonta,—añadió el desconocido como para consolarla.

Pero ella le interrumpió en un tono apagado, pero semisalvaje, que me hizo estremecer, á pesar de no hallarme en su presencia.

—¿Que se divierte con ella, dice usted? ¡Simplemente divertirse! . . . ¡Oh, no! Él la mira y conversa con ella, no porque pretenda utilizarla; sino porque gusta de ella; porque la quiere,—dijo Sara silbando como una víbora;—porque la quiere como no ha querido á ninguna de las que le han servido de instrumentos, por más que hayan sido mil veces más hermosas que esa miserable muchacha. ¡Ah! si pudiera estar segura de ésto, él me hallaría su igual una vez para siempre. Pronto destruiría la belleza de esa cara que lo atrae, aunque me llevaran á la horca.

¡Qué mujer tan terrible!—pensé yo. ¡Qué modo de hablar, tan sólo porque Juana era más joven y más bonita que ella, y porque la doncella había tenido la desgracia—pues lo era en realidad,—de llamar la atención del inconsecuente amante de aquella Fúria!

El caballero habló de nuevo; esta vez con mucha gravedad. Tuve que poner toda mi atención para oírle, pues ya habían pasado el sitio en que me hallaba.

—Sara, no cometas ningún disparate,—dijo.—Jaime no es ningún tonto y sabe recompensar servicios como los que tú le has prestado, aunque su trato sea algunas veces un tanto duro. Recuerda que hubiera podido perderte junta con los demás cuando . . .

No pude oír más, pues estaban ya muy lejos. Esperé hasta que sus voces se hubieron desvanecido; salí entonces de mi escondite; crucé el jardín con la rapidez de un gamo; penetré en la casa precipitadamente; subí á mi habitación; cerré la puerta con llave y me eché aterrada en una butaca.

¡Qué terrible tragedia iba á verificarse entre la servidumbre, si las cosas seguían por ese camino! Si la señora Rayner hubiese sido una mujer, en vez de una estatua, yo le hubiera revelado á ella lo que sucedía; pero tal como ella era, hubiese sido inútil el hacerlo.

Al mismo tiempo, no era asunto de índole á propósito para ser contado por mí al señor Rayner ; y no había medio de que llegara á su conocimiento, á no ser que yo misma se lo explicase. Sólo cabía, pues, esperar que Juana tuviese suficiente juicio para no provocar á Sara, y que la Providencia inspirase á ésta más sanos pensamientos é intenciones.

De todos modos, era peligroso tener á semejante mujer en la casa.

Cuando el forastero habló de Tomás Parkes, ¿ por qué le llamaría Jaime ?

CAPÍTULO VI

Á la mañana siguiente, me desperté con esa extraña sensación que generalmente se experimenta cuando en la noche anterior se ha visto ú oído algo desagradable.

Al instante vino á mi mente,—y procuré en vano alejar de ella tal recuerdo,—la conversación que oí en los terrenos de la casa, y el tono vengativo de Sara. Cuando ésta entró á oración, acompañada de la cocinera y de la pobre Juana, dirigí á la primera una mirada escrutadora, y no pude por menos de pensar que era perdonable en Tomás Parkes, ó Jaime según le había llamado el desconocido, (lo que no debía extrañarme, pues un hombre tan depravado podía tener por *alias* una docena de nombres) el que prefiriese la bonita doncella á esa bruja de repulsivo aspecto. Pero tal vez cuando él principió á dirigírsele, ella también era joven y relativamente bonita. En tal caso, él hacía mal en abandonarla solamente porque ella se había puesto flaca y adquirido facciones duras, seguramente por ocuparse en las maldades que él la obligara á cometer. ¿ Qué maldades serán ésas?—me preguntaba yo. Había visto dos ó tres veces á Tomás, joven robusto y fornido, cuya fisonomía revelaba estolidez, y á la par buen humor. Yo lo hubiera tomado más bien por estúpido que por perverso, y ciertamente no lo hubiera juzgado el hombre capaz de dominar con voluntad de hierro á la temible Sara.

Aquel mismo día tuve oportunidad de comparar la impresión que Tomás me había causado cuando le consideraba un hombre bue-

no é inofensivo, con la que me produjo después de estar enterada de sus pésimos antecedentes. Al regresar Haidée y yo de nuestro paseo, penetramos en el bosque por una entrada que caía hacia la parte posterior de la casa. Tuvimos, pues, que pasar por delante de la puerta de servicio. Tomás estaba sentado fuera de ella, en posición tan cómoda como su silla rota se lo permitía. Comía pan y queso, y tenía en frente de sí á Sara y Juana, ambas en el mejor humor. Una tenía en la mano una copa y la otra un jarro. Las dos parecían haberse unido para complacerle, sirviéndole y empleando en su animada conversación chistes harto vulgares, que él no tardaba en recoger y contestar. Hablaban de besos, y creo que iban á demostrar al vivo su significación, cuando Tomás advirtió en aquel momento mi presencia, y retirando con rapidez el brazo con que ceñía la cintura de Juana, se quitó la gorra y permaneció de pie, en actitud y con espresión de apología.

¡Qué extraña contradicción parecía haber entre esta escena y las frases que llegaron á mis oídos la noche anterior! Sara no era de la clase de mujeres que pueden dominarse cuando se hallan entre sus iguales. Y sin embargo, la había visto riendo y gastando bromas de baja estofa con Tomás, en compañía de su rival. ¿Cómo podía ella conformarse, no sólo con resignación sino aún con alegría, en recibir una parte solamente—sin duda la menor,—de las atenciones de Tomás?

Casi me avergoncé del interés que me habían inspirado esas relaciones entre gente ordinaria. Pero Sara era una mujer tan excepcional y su antiguo admirador, por lo que de él había oído y visto, me parecía un hombre tan extraño, que no podía por menos de dar vueltas en mi mente al siguiente problema: En la extraordinaria escena que yo había presenciado, ¿Sara había fingido conformidad y buen humor? ¿ó es que entre la gente baja se llevan las relaciones amorosas bajo otros principios de los que rigen entre personas educadas?

Aquella noche, después del té, cuando hube concluido mi traducción é iba á coger el tomo de Guizot, recordé con cierto remordimiento que en la precipitada fuga de la noche anterior, había dejado el bien encuadernado libro olvidado en mi escondite y expuesto á la humedad. Fuí corriendo hacia aquel sitio, anhelosa de ver si había

sufrido en la intemperie; pero al llegar á pocos pasos de mi "nido," ví allí al señor Rayner hojeando el desgraciado libro.

Si mi conciencia me acusó cuando creía que nadie conocía mi falta, ¿cómo me atormentaría al ver que aquélla se había descubierto? No tuve suficiente valor para encontrar al señor Rayner cara á cara, y me escurría ya para regresar á casa, cuando él me llamó.

¡Qué torpeza lá mía en suponer que podía escaparme á su vista de lince y fino oído! Fuí hacia él pausadamente, y sonrojada por la mortificación, le dije:

—¿Manda usted, señor Rayner?

Después de todo, era una falta muy leve; pero muy desagradable. El señor Rayner, á quien no podía explicar que había estado demasiado absorta escuchando una conversación puramente particular para acordarme de recoger su libro, lo consideraría seguramente una negligencia muy censurable en una persona con cargo de responsabilidad en su casa. Me estaría muy bien empleado —yo me decía,—si él me suplicara que me abstuviese en adelante de tocar ningún libro suyo. Cuando me acerqué á él, volvía las hojas y tenía la mirada fija en el libro. He creído después que el verme mortificada le causaba una pueril satisfacción.

—Lo siento mucho, señor Rayner,—principié en voz muy baja y que parecía ser precursora de algunas lágrimas;—traje aquí ese libro anoche para leer, y me olvidé de recogerlo cuando regresé á casa. Comprendo que fué un descuido imperdonable, y no volveré jamás á coger libro alguno de la librería para leer fuera de casa.

—¿Y por qué?—dijo él, levantando la vista con una sonrisa que ahuyentó mi ansiedad.—Me parece que es obra ésta bastante árida para que pueda aguantar, sin grave perjuicio, un poco de humedad. Si la hubiese usted arrojado á la laguna, nadie más que usted lo hubiera sentido; pues es usted la única que saca esos tomos de su estante. Pero diga usted, ¿cómo es que se está estropeando su preciosa vista en la lectura de obra tan pesada? Ya sé que es muy plausible en usted el hacerlo; pero si trajese aquí una novela ó algún tomo de poesías, creo que correría menos riesgo de quedar una noche á la intemperie.

—Soy tan ignorante,—dije con humildad,—que necesito leer para

instruirme y poder algún día hacerme cargo, de niñas de mucha mayor edad que Haidée, según es mi ambición. Pero no es ésa la única clase de lectura á que me dedico. Esta mañana he hallado tiempo para leer casi por entero el diario de ayer.

—Pues tampoco es muy amena esa lectura. Supongo que no vería usted en él nada de importancia.

—Oh, sí señor; leí la relación de un asesinato en Irlanda; un largo artículo de fondo sobre el estado actual de la complicación de Oriente, y por fin, las últimas noticias referentes al gran robo.

—¿Qué robo?

—¿No lo ha leído usted? Pues es interesante. Unos ladrones penetraron el miércoles en la gran quinta de Lord Dalton, situada en Derbyshire, y se llevaron gran número de objetos de valor. Dicen que la policía está sobre la pista de los ladrones; pero que ninguno de éstos ha sido aún habido.

—¡Ni lo serán! Jamás los cogen, sino por gran casualidad.

—Dicen que el robo fué el resultado de un plan muy bien trazado y ejecutado con suma habilidad.

—Ése es el mismo cuento de siempre, que sacan á relucir para disculpar la impericia y nulidad de la policía ante los robos en que se emplean un poco de arrojo y de destreza.

—Añaden que parece ser obra del mismo que años atrás cometió algunos robos importantes de joyas.

—Y ¿quién fué ése?

—No lo saben. Nunca se le pudo coger.

—Ésa es otra vulgaridad de los periódicos. Creen éstos pasar por muy listos diciendo que la manera como una escala fué apoyada en un balcón y una cantidad de joyas extraídas, se parece al modo como otra escala fué arrimada á otro balcón y otra cantidad de prendas robadas, é inferir de ahí que en toda Inglaterra hay un solo ladrón capaz de burlar la vigilancia de las autoridades. Esto eleva á ese ladrón impune á la categoría de un semidiós, y es, por tanto, muy perdonable que un simple mortal, en uniforme de *police-man*, no pueda echarle la garra.

—Pues yo espero que cogerán al actual ladrón, tanto si es un semidiós como si no lo es.

—Pero ¿y qué le ha hecho á usted ese pobre diablo? Nada tiene

usted que temer de un ladrón de joyas, puesto que usted no tiene ninguna.

—Me parece que los ladrones le inspiran más simpatías que la policía,—le dije, riendo.

—Muchas más, sí, señorita. Yo admiro tanto al afortunado ladrón de joyas, como usted á *Robin Hood* y *Jack Sheppard*, y desprecio tanto al *policeman* de hoy como usted abomina al Alguacil de Nottingham y al carcelero de “Jack.”

—¡Oh! ¡eso es muy diferente!—exclamé con énfasis, pues siempre había considerado á Robin Hood como uno de mis héroes favoritos.

—Sí, ya sé que hay mucha diferencia,—repuso el señor Rayner con malicia.—El traje de Robin Hood era pintoresco y él llevaba arco y flechas; por otra parte la manera en que nos pintan á Jack Sheppard, ataviado con múltiples colores, es capaz de conquistar el corazón de cualquier mujer. ¡Luego, para añadir interés al asunto, la bonita historieta sobre la doncella Mariana! Creo que Jack Sheppard también tuvo su dulcinea, ¿no es cierto? Si no recuerdo mal, fué una remilgada señorita, cuyos blandos reproches por los crímenes de su amante, sólo servían á éste de dulces incentivos para la realización de nuevas hazañas; aunque, en verdad, esos crímenes no causaron á ella gran pena, hasta que por ellos fué él llevado á la horca.

—Pues el mismo aspecto de esos personajes, aunque usted se burle de ello, demuestra su superioridad sobre el ladrón moderno.

—Pero ¿ha visto usted algún ladrón moderno?

—No, señor; mas conozco la facha que tiene. Lléva gorra; su labio superior es ancho y saliente; tiene los ojos muy juntos uno del otro y su amada es del tipo de Nancy Sikes.

—Ya comprendo; usted no tiene simpatías por un criminal á menos que sea guapo, vaya bien vestido y esté enamorado de una mujer bella y bien educada.

—¡Por Dios, señor Rayner!—exclamé en mi exasperación, al ver como tergiversaba mis palabras.—Usted sabe perfectamente que no simpatizo de ningún modo con los criminales. Pero Robin Hood y Jack Sheppard vivieron en tiempos muy distintos de los actuales, cuando las gentes eran menos ilustradas. Además,—añadí con aire

de triunfo, al concebir un nuevo argumento;—yo no sé lo que hicieron los verdaderos “Robin” y “Jack;” pero los personajes que bajo esos nombres nos presentan en poemas y novelas, y que yo no puedo por menos de admirar, sólo robaban á gente rica que podían muy bien pasarse sin una parte de sus mal adquiridas riquezas.

—Mas no todas las fortunas son mal adquiridas,—interrumpió el señor Rayner.

—Lo eran en aquellos tiempos,—continué diciendo precipitadamente;—por lo menos en su generalidad. Y Robin Hood no robaba á los ricos buenos y honrados; sino á los ricachos perversos. Además, usted sabe que él distribuía su botín entre los menesterosos, —añadí, en triunfo.

—No me ha convencido usted, señorita Christie; y he de echar abajo sus argumentos de un solo golpe, como si formaran un castillo de naipes.—Al decir ésto, el señor Rayner meneó la cabeza como poseído de gran pena.—Da la casualidad que conozco la historia de ese Lord Dalton, cuya quinta ha sido robada. Él es uno de los hombres ricos infames, si los hay; mucho más malo que los viejos abades á los que tan duramente trató el bandido favorito de usted. El dicho Lord maltrató á su madre; robó la fortuna de su hermana, despilfarrando su totalidad en poco tiempo; descuidó á su mujer y quiso encerrarla en un asilo de dementes; en un arranque de cólera reventó el ojo izquierdo á uno de sus lacayos; había estafado dinero antes de los veintiún años y ahora tiene grandes deudas contraídas con los principales comerciantes de Londres. Tiene, pues, algo de ladrón. Enterada de esos antecedentes, si descubriese usted que el jefe de los que robaron la propiedad de un rico tan perverso (pues es de suponer que fueron muchos los que tomaron parte en esa hazaña); si averiguase usted que el que trazó el plan y dirigió su ejecución es joven guapo, bien vestido; que hace muchas obras de caridad y que está enamorado de una joven linda y bien educada, debiera usted, obrando según buena lógica, dedicarle tanta admiración como la que le inspira “Robin Hood,” y mucha más de la que siente por “Jack Sheppard.”

—¡Qué absurdo, señor Rayner!—exclamé haciendo coro á su risa.—Es usted muy cruel en burlarse de mi lógica. Quizás no me exprese bien; pero lo que quiero decir es esto: que en aquellos

tiempos las leyes eran injustas é impulsaban aun á los hombres de bien á salirse de ellas; mas ahora que las leyes en conjunto están basadas en sólidos principios de justicia y equidad, solo las desobedece la gente perversa.

—¿Luego á usted no le gustan las personas perversas, señorita Christie?

—¡Por supuesto que no me gustan, señor Rayner!—exclamé asustada ante semejante pregunta, que me dirigió con la mayor seriedad.

—¡Oh! es preciso que conozca usted á alguna de ellas antes de afirmar tan precipitadamente que no le gustan.

—¿Conocer yo á alguna persona perversa, señor Rayner?—pregunté, ya casi sin aliento.

Movió la cabeza con gravedad en señal afirmativa; mas luego noté que se estaba divirtiendo conmigo al verme tan horrorizada.

—Ya sé—añadió,—que no todas las personas malas le serán á usted agradables; así como no le son antipáticas todas las buenas gentes que usted conoce; pero ya verá usted como la persona perversa que le caiga en gracia, ha de gustarle mucho más que cualquiera de las buenas.

—No, señor; estoy bien segura de que jamás tendría simpatía alguna por personas de mala conducta; ni siquiera les hablaría, si pudiese evitarlo.

—Pero es que no puede usted evitarlo. No podrá usted distinguir las de las gentes de buena conducta, sino en que aquellas son, como antes he dicho, más agradables; y cuando llegue usted á descubrir que son malas, les habrá usted puesto demasiado afecto para retroceder.

Era muy poco amable en el señor Rayner el atormentarme de tal modo; y aunque veía que se gozaba en mi indignación, no podía por menos de estar indignada.

—Veo que usted ha formado un juicio muy erróneo de mí,—dije, procurando calmar mi enfado.—La prueba de que no obraría como usted supone, está en lo que me sucedió no hace mucho. Conocí á un sugeto contra el cual jamás había oído nada, y que me parecía un hombre de buen carácter y sencillo; pero luego descubrí que es un pájaro de cuenta, y cuando lo ví después de averiguar eso,

hasta su fisonomía me pareció cambiada; creí ver en ella una expresión de maldad y astucia, y su sola presencia me causó horror.

Me refería con eso á Tomás Parkes y al cambio que creía haber notado en él aquella mañana. Mientras yo hablaba, el señor Rayner tenía fija en mí su mirada penetrante; pero yo no temí que él descubriese á quién yo podía aludir en mi relato bien embozado.

—¿Y qué haría usted si algún día se encontrase como institutriz en una familia cuya moralidad no mereciese su aprobación? ¿Procuraría usted llevar á sus individuos por el buen camino, por medio de sermones sobre la maldad ó yerro de su conducta?

—¡Oh, no; yo no podría hacer eso,—dijo humildemente.—Si me encontrase entre gente muy mala, huiría á la primera oportunidad é iría á casa de mi tío, donde también vive mi madre. Tendría tanto miedo de esa gente que no participaría á nadie mi marcha, ni se lo escribiría á mi familia por temor de que la carta fuese interceptada.

—En fin, hija mía,—dijo el señor Rayner con gravedad;—espero que nunca le llegará el caso de tomar determinación tan extrema; pero la carrera á que usted se ha dedicado tiene sus peligros para una mujer hermosa.

Estas últimas palabras me causaron una conmoción profunda. Era la primera vez que las oía aplicadas á mi persona, y de momento me quedé sin saber qué contestar. Él se había sentado en el asiento que arreglé para mí la noche anterior, y yo me mantuve de pie apoyada contra un tierno olmo, á algunos pasos de él y más cerca de la laguna. Al terminar aquella frase, él se levantó y se dirigía hacia mí, cuando un chillido débil, pero penetrante, que parecía haber surgido de la misma tierra, le causó sobresalto y lo detuvo. Era el único sonido que arrancaba semejante prueba de debilidad humana al señor Rayner, siempre tan sereno y dueño de sí mismo. Ese chillido fué lanzado por su hija Mona, que, tan sucia, andrajosa y escuálida como de costumbre, se había arrastrado por entre el fango y los juncos hasta tomar en silencio una posición cerca de nosotros. Quién sabe desde cuándo estaría allí y cuánto tiempo se hubiera quedado; pero al ver que su padre inconscientemente se le acercaba, no pudo contener, sin duda, esa acostumbrada y poco respetuosa demostración de la extraordinaria antipatía que él le inspiraba.

Á la mortecina luz del crepúsculo ví pasar por las facciones del señor Rayner una expresión tal, que, aunque fué sólo por breve instante, me produjo un efecto muy desagradable. Me hizo recordar el tono en que habló á Sara aquel domingo por la noche en que la cogió en el jardín, y por rápida que hubiese sido la transición con que dió lugar á una ligera risa, su siniestro semblante me había asustado, y deseaba escaparme. Mona me ofrecía un buen pretexto.

—¡Ah, niña traviesa; ven acá!—le dije.—¿Cómo te quedas aquí hasta tan tarde y sin ningún abrigo en la cabeza? Sara debe haberse olvidado de tí. Vamos, sé buena muchacha; ven conmigo y te llevaré á casa.

No sé debido á qué circunstancia, Mona había llegado á mirarme con menos aversión que la que le inspiraban casi todos los demás de la casa. Me permitió, por tanto, que la cogiera en mis brazos sin mucha oposición, y sólo dió otro chillido cuando su padre, al tender la mano para darme las buenas noches, tocó por casualidad su botina. La llevé hasta la casa y allí la entregué á Sara.

Luego fuí al cuarto de estudios, para colocar entre sus morigerados hermanos el tomo calavera que había pasado la noche fuera de casa. Reunida y encerrada toda la familia Guizot, me sentí movida como por extraño impulso de vanidad á dirigirme, con la bujía en la mano, hacia la chimenea y á mirarme en el espejo que había encima de aquélla.

Supongo que ninguna joven puede oirse llamar por primera vez mujer hermosa, sea quien quiera el que se lo diga, sin sentir una impresión halagüeña. Supongo que á la mayor parte de las muchachas les toca la suerte, una vez ú otra, de oirse llamar *bonitas*; pero el otro calificativo implica un grado superior de atracción, y yo no era insensible al dulce halago de oirlo aplicado á mis cualidades físicas. Había llevado con mi madre una vida tan retirada y había tenido tan pocos amigos y conocidos, que no sabía lo que era la lisonja. Al contemplar mis ojos de un gris oscuro, que en aquel momento brillaban más que de costumbre, y al ver mis mejillas coloreadas por la sensación que causa la vanidad satisfecha, cruzó por mi mente la siguiente idea: el joven Lorenzo Reade ¿me considera también... hermosa?

Estaba tan embebida en la tonta contemplación de mí misma, y en los pensamientos que esa contemplación me sugería, que no me fijé en que no estaba sola en la habitación. De repente me sobresaltó, como me tenía bien merecido, una voz irónica que vino á romper el silencio que allí reinaba.

—¡Sí, sí! su cara es bastante bonita ahora, y hace usted bien en aprovecharse contemplándola, pues no la tendrá tan linda por mucho tiempo. Dentro algunos años ese palmito estará lleno de arrugas y de líneas, y no habrá quien la mire por gusto. Entonces se apartará usted con horror del espejo, y pensará con tristeza en esta edad en que es usted bonita y en que los hombres la contemplan . . . ¡los muy necios!

Me volví y estuve observando las duras y odiosas facciones de Sara, que, con Mona aún en los brazos, me lanzaba miradas llenas de despecho al proferir sus rencorosas frases. Me avergoncé de mi vanidad, aunque, después de todo, me parecía bastante inocente; y sentí lástima por ella, pues había hablado en un tono tan lleno de amargura, que no pude dudar de que ella estaba pensando en el cambio que algunos años de ansiedad y rudo trabajo habían labrado en su propia cara. Dije, pues, afectuosamente:

—No dudo, Sara, que todas las mujeres pensamos más de lo que deberíamos en nuestro semblante; pero hay que confesar que el físico es asunto de mucha importancia para toda mujer, pues que influye mucho en el curso de su vida. Usted debe admitir, Sara, que está muy satisfecha de no ser fea.

Reconozco que mi última frase fué pura aunque inocente adulación; pues yo consideraba á Sara realmente fea, y creo que jamás la había visto tan horrorosa como en aquel momento, en que tenía fija en mí su mirada, como si quisiera tragarme. Pero deseaba aplacar su enojo á toda costa, y me alegré, por tanto, de que el anzuelo tomara.

—Bien parece quien obra bien,—dijo con menos encono, y, con un extraño movimiento de cabeza, salió de la habitación.

CAPÍTULO VII

Poco tiempo después del incidente en que Sara, de un modo tan rudo como inmerecido, me echó en cara mi vanidad, principié á sufrir el castigo de mi flaqueza. El aire del campo que, durante el tiempo bueno y seco, había hecho salir en mis mejillas un color sonrosado que jamás habían tenido, me produjo muy distinto efecto cuando, al entrar el mes de Setiembre, la lluvia no cesaba de caer á torrentes día tras día, hasta que desbordándose el río, convirtió el pantano en lago encharcado é insalubre. La atmósfera alrededor de la casa nunca se veía libre de niebla; la laguna había crecido hasta cubrir con sus aguas los ladrillos que yo había colocado en mi "nido" para apoyar los pies; la parte baja del jardín que lindaba con el pantano, se había convertido en charco cenagoso; el musgo que cubría las columnas del pórtico, reverdecía y se hacía más espeso cada día; de la abandonada yedra que ocultaba y adornaba las fachadas de la casa, caían continuamente grandes gotas, como las que suelen anunciar un fuerte chubasco, y de día en día se ensanchaban y adquirían más subido tono las grandes manchas verdosas que afeaban los muros del ala en que el señor y la señora Rayner tenían su habitación.

Por mucho que reflexionase, yo no acertaba á comprender por qué ellos dormían allí. Por las puertas y balcones, sabía que el piso bajo de esa ala comprendía dos habitaciones: una grande y la otra pequeña. La mía también estaba en esa ala, pero en el primer piso; y sobre la mía había una torre con magníficas vistas por encima de los árboles que nos rodeaban. Esa torre, que yo supiese, no estaba habitada. Haidée tenía su camita en un cuarto contiguo al dormitorio de sus padres. En el mismo piso en que estaba mi cuarto, había los de las criadas y otras habitaciones desocupadas. ¿Por qué no se instalaban los dueños de la casa en una de éstas, para salirse de la terrible humedad que debía ser fatal para la delicada señora? Aun durmiendo yo en el piso superior, pronto perdí el color y el apetito por efecto de esa humedad, que al principio me puso muy lánguida y luego verdaderamente enferma. No estando habituada á ese sitio, fuí la primera en revelar el cambio; pero la pobre Haidée

pronto me siguió. Se adelgazó mucho, y la veía más inanimada que de costumbre, hasta que el brillo extraño de sus grandes ojos garzos y el significativo color subido que principió á encender sus mejillas, me alarmaron y me impulsaron á dedicarme á ella con más afecto del que su extraña reserva me había permitido demostrarle hasta entonces. Ella correspondió al cambio en mi conducta como corresponden las niñas sensibles. Un día, poniendo su manecita seca en la mía, me dijo:

—Usted también se pone macilenta como mamá y como yo. Ahora que ha principiado usted á quererme, señorita Christie, partiremos todas juntas á convertirnos en ángeles.

No pude contener mis lágrimas. Había empezado á querer hacía tiempo á esa criatura de aspecto de hada; sólo que su indiferencia para conmigo me había impedido dárselo á comprender. La cogí, pues, en mis brazos, recliné su cabeza, de blonda cabellera, sobre mi pecho, y en esta posición me dió sus lecciones aquel día. Después de eso, sin que mediaran más explicaciones, la simpatía que nos unió fué perfecta.

Pero si, por una parte, el cariño de mi discípula me ofrecía mucho consuelo, por otra me trajo nuevos disgustos; pues en la mirada indiferente de la señora Rayner pude descubrir las amortiguadas manifestaciones de sus celos, cada vez que Haidée venía á reclinar su cabeza en mi falda, ó me pedía que le contase algún cuento de hadas. El sentimiento que me inspiraba esa señora, que en un principio fué de compasión, iba convirtiéndose en antipatía. Si tanto cariño tenía á su hija ¿por qué no entraba en el cuarto de estudios á verla? ¿por qué no la sacaba á pasear durante las horas de descanso, en vez de dejarla conmigo todo el día, hasta que la niña iba á acostarse en el cuarto contiguo al de su madre, precisamente á la hora en que ésta se trasladaba á la sala? Con semejante conducta, era injusto pretender que la niña no compartiese entre otras personas que le demostraban más cariño, el amor que debía á su madre. Y, sin embargo, cuando estábamos todos reunidos á la mesa, la señora Rayner dirigía á su hija miradas intensas que parecían revelar un amor hacia ella profundo y oculto, como si no se atreviese á demostrárselo. Pero ¿qué le impedía manifestarlo, sino el velo de reserva en que ella misma se había envuelto?

El mal estado del tiempo nos impidió ir á la iglesia en dos domingos seguidos; lo que sentí más de lo que puedo expresar. ¡En el campo es tan aburrido el no poder ir á la iglesia! Estuvimos, pues, una quincena sin saber lo que pasaba en la parroquia. No nos fué preciso, sin embargo, esperar hasta el siguiente domingo para obtener noticias. El segundo día después de haber aclarado, nos hallábamos en la sala, tomando el café y leyendo los periódicos de la mañana, cuando oímos las pisadas de un caballo que se acercaba á la casa. El señor Rayner abrió el balcón y salió á la ancha faja cubierta de guijo que se extendía delante de la fachada principal.

—¡Hola, Lorenzo! ¡Bienvenido seas! Ni la paloma al llegar al arca de Noé fué recibida con más alegría. Entra, entra; las señoras tendrán aún mayor satisfacción que de costumbre en verte hoy. No hemos tenido ninguna visita hace días. Únicamente unas sirenas vinieron del mar, por el río, y nos inundaron el jardín.

—Gracias, señor Rayner; pero no puedo entrar, pues estoy muy enlodado. Los caminos están aún en lamentable estado. Sólo he venido á dejar una esquila de la señora Manners para la de usted.

—No seas majadero; entra, aunque estés cubierto de barro.

El joven arrendó el caballo y entró, convencido por las palabras y el tono amistoso del dueño de la casa.

La señora Manners era la esposa del ministro de la parroquia, y solía enviar sus recados por cualquiera de sus seis hijos. Cuando oí, por tanto, la fútil comisión que había llevado el señor Reade á los Alisos, confieso que cruzó por mi mente la idea de que algún otro motivo, igualmente pueril, le había inducido á visitarnos. Pero me ví contrariada en lo que me había imaginado. El joven no sólo dedicó toda su conversación exclusivamente al señor y á la señora Rayner, con excepción de algunas frases dirigidas á Haidée, sino que cuando yo me permití hacer alguna observación, ni siquiera me dirigió la mirada. Esto me molestó bastante. Yo no pretendía que el señor Reade me mirara ó hablara; pero la cortesía, especialmente hacia una señorita empleada en la casa, parecía exigirle que no hiciera caso omiso por completo de mi presencia allí. Decidí, pues, vengarme de él, no haciendo caso de la suya tampoco, y al efecto, cuando Haidée se levantó y salió por el balcón para ir á ver el caba-

llo del señor Reade, yo fuí tras de ella. La muchacha no tenía miedo del animal; fué á buscar algunos terrones de azúcar y poniéndolos sobre su manecita extendida, se los dió uno por uno, miétras le hablaba en un lenguaje que el caballo parecía entender, y del cual yo no comprendí jota.

—¿Quiere usted darle un terrón, señorita Christie?—me preguntó la niña.

Por nada del mundo hubiera yo condescendido en obsequiar de tal modo á un caballo del señor Reade; así es que dejando á Haidée con su cuadrúpedo amigo, fuí á recoger algunas flores para la mesa, pues era el día de renovarlas.

Tenía las manos casi llenas, cuando oí las voces de los caballeros y luego el crujir del guijo bajo las herraduras del caballo, al montarlo su dueño. Me hallaba cerca al extremo de la alameda que desde la casa conducía á la carretera, arrancando unas ramitas de haya, cuando el señor Reade me alcanzó. Yo estaba de espalda, y no me volví á mirar siquiera, hasta que él exclamó:

—Buenas tardes, señorita Christie.

Entonces, volviendo sólo la cabeza, contesté secamente:

—Buenas tardes.

Él había contenido su caballo. Tal vez creía que yo deseaba hablarle. Como yo no podía permitir que él continuase en semejante error, proseguí en mi tarea, sin hacerle más caso. Continuó, pues, su camino hasta la reja que cerraba la alameda, donde se detuvo, y pronto le oí lanzar exclamaciones de impaciencia. Miré hacia allá y ví que estaba tratando de abrir el picaporte con el látigo.

—¿Qué torpeza!—pensé.—¿Qué más que desmontar y abrir con la mano? ¡Y un picaporte tan suave que yo misma, montada, lo abriría con facilidad!

Él continuaba, sin embargo, en sus vanos esfuerzos para abrir; mas á cada tentativa el brioso corcel se movía, ó el látigo se escapaba del picaporte. Excitada por tan torpe lucha, estuve á punto de gritar: —¡Ahora!—cuando veía que el caballo estaba quieto por un momento. Me parecía que de intento dejaba escapar las mejores oportunidades para abrir. Contemplaba, por tanto, esa escena con impaciencia, cuando de repente él dirigió la vista hacia mí, y se cru-

zaron nuestras miradas. No tuve entonces más recurso que el de ir yo misma á abrirle la verja, lo que hice de muy mala gana y sin una sonrisa.

—Gracias; se lo agradezco mucho. No hubiera permitido de ningún modo que usted se tomara tanta molestia, si este caballo hubiese permanecido quieto por un instante.

—No ha sido molestia para mí; no vale la pena de hablar de ello,—dije con frialdad, mientras arreglaba las flores que había recogido.

Se quitó el sombrero y partió, manteniendo su caballo al paso. Cerré la verja y me dirigí por la alameda hacia la casa. Me sentía lastimada y contrariada sin poderme explicar bien el porqué. Aunque supongo que estando empleada en la casa, yo era muy susceptible, y consideré como un desaire el que el señor Reade no me hablara siquiera, cuando estábamos reunidos en la sala.

—Estoy segura de que no hubiera permitido que le abriera la verja, á no ser yo una simple institutriz,—pensé, y ante esa idea se me formó un nudo en la garganta.—¡ Oh, qué tonta he sido en hacerlo! ; Ojalá hubiese consentido que él se desmontara, ó que hubiese saltado por encima la verja ó cualquier cosa antes de servirle yo de lacayo!

Los ojos se me arrasaban en lágrimas, cuando oí de nuevo pisadas de caballo y el ruido del picaporte que se abría. Volví la cabeza, y cuál no sería mi sorpresa al ver al señor Reade á caballo y pasado ya la verja. Esta vez la había abierto sin dificultad alguna. Parecía estar turbado, sin duda por la vergüenza de su anterior torpeza. Saltó del caballo y cogiéndolo de la brida, se adelantó hacia mí.

—Perdone usted que vuelva tan pronto; mas veo que he perdido una piedra de mi sortija, y supongo que debió caer mientras estuve tratando de abrir el picaporte hace poco. Por cierto que lo he encontrado más fácil de abrir desde fuera que desde la parte de adentro.

—¿ Lo cree usted así? Pues nosotros no hemos encontrado ninguna diferencia,—contesté con fingida candidez.

Me dirigió una mirada escrutadora y una media sonrisa, como para averiguar el sentido de mis palabras; pero viendo que yo sostenía su mirada con otra muy seria, volvióse hacia la verja y se puso

á buscar su piedra por entre el guijo del camino. Me consideré obligada por política á ayudarle.

Después de atar la brida de su caballo á una de las barras de la verja, el señor Reade me mostró su sortija, en la que había un hueco del cual faltaba la piedra. Al instante recordé que estando bajo el cobertizo en la tarde de aquel domingo en que nos cogió la lluvia, yo había visto en su dedo la misma sortija y notado en ella el mismísimo hueco. Estaba, pues, á punto de decirle que era inútil buscar, puesto que hacía más tiempo del que él suponía que faltaba la piedra á su sortija, cuando cruzó por mi mente una idea que llevó el rubor á mi cara é hizo palpitar con más violencia mi corazón: la idea de que el señor Reade sabía por lo menos tan bien como yo desde cuándo la sortija carecía de esa piedra. Desde aquel momento se apoderó de mí el espíritu de la travesura. No quise avenirme, por tanto, á hacer ver que buscaba la piedra por más tiempo. Me puse á acariciar el pescuezo del caballo, y dirigía de vez en cuando la mirada á su joven dueño, pensando cuán desairado papel hacía pretendiendo buscar lo que estaba seguro que no había de encontrar. Por fin se alzó, con la cara encendida de haber estado tanto tiempo agachado, y sorprendió en la mía una sonrisa. Él tuvo que morderse los labios para no sonreír también, al decirme :

—No la encuentro; pero no importa; no quiero buscar ya más.

—Pero es lástima perder una piedra tan grande, señor Reade,— dije con valor.—Encargaré al jardinero que la busque, y á Samuel, su hijo, y á . . .

—¡ Oh, no! ¡ de veras que no importa!

—Y á Juanita, la doncella; ella tiene buena vista y podría dedicar una hora ó dos á buscarla,—murmuré mientras él protestaba.

Creo que principió á dudar de mi sinceridad; de modo que sus sospechas y mi malicioso atrevimiento llegó á ponernos en un estado de excitación que hizo, al fin, muy difícil el continuar hablando. Me alegré, por tanto, de que al caérseme unas flores, el señor Reade se inclinara á recogerlas, pues eso nos dió lugar á recobrar un tanto nuestra serenidad.

—¿ Le gustan á usted las flores, señorita Christie?—me preguntó, al entregarme las que habían caído.

—Mucho, sí señor; pero las mejores han pasado ya. Las lluvias las han estropeado todas.

—La lluvia estropea muchas cosas aquí,—dijo adquiriendo de repente un tono de gravedad.—Usted no tiene ni con mucho tan buen semblante como tenía hace dos semanas, y yo lo atribuyo á la humedad de este lugar. Tanto le valdría vivir en una caverna como en esa casa durante la época de las lluvias,—añadió en voz más baja.—¿No encuentra usted que su salud se ha resentido con esta humedad?

Titubeé en contestar:

—Es verdad que el sitio es húmedo; pero eso no es tan malo para mí, pues que soy fuerte, como para la señora Rayner ó para la pobre Haidée.

—Sí, pero ellas no pueden evitarlo, las infelices; mientras que en usted está el querer ó no aguantar este martirio.

—¿Quiere usted decir que yo debiera marcharme?

—No; no quiero decir eso,—dijo precipitadamente.

—Y, sin embargo, eso es lo que usted me aconsejó que debiera hacer,—repuse, mirándolo con sorpresa.

—¿Yo? . . . ¡Ah, sí, recuerdo! Pero ahora que ha puesto usted cariño á . . . á la casa, y á la señora Rayner . . . y á . . .

—¡Nada de eso!—exclamé—¡Ella no me inspira ningún cariño!

—Bien, pues, á Haidée ó á la pequeñita. En algo ó alguien debe usted haber puesto su cariño cuando habla del lugar como si no quisiera abandonarlo,—dijo en un tono de franca sinceridad que rayaba en rudeza.

—Me gusta la casa, á pesar de la humedad; el jardín me encanta, aun cuando está hecho un pantano; quiero mucho á Haidée; Juanita, la doncella, me es simpática, y me gusta el señor Rayner,—dije con la mayor sencillez.

El señor Reade estaba nervioso y, sin duda, para disimularlo, se puso á jugar con la brida de su caballo.

—¿Dice usted que gusta del señor Rayner? Pues nuestras simpatías van por caminos diametralmente opuestos. Yo le considero el hombre más finchado que existe. Es tan egoísta y desalmado que casi me parece un ente excluido de la raza humana.

Esta andanada me dejó atónita y casi enfadada. Yo no podía,

sin protesta, permitirle hablar tan mal de una persona que yo apreciaba y que conmigo había empleado siempre la mayor amabilidad.

—Usted no está en aptitud de juzgarlo tan bien como yo, puesto que vivo en su misma casa,—dije con frialdad.—No puedo decir si es ó no es finchado, pues no sé exactamente lo que eso significa. Pero sí sé que es afectuoso con su mujer, con sus hijas, con los criados y . . .

—¿Que es afectuoso con su mujer, dice usted? Pues yo no veo mucho afecto en el hecho de encerrar á una mujer en el rincón más oscuro y más húmedo de una casa muy húmeda y muy oscura, hasta que se convierte en un espíritu mudo é inanimado, y luego inventar mentiras absurdas para explicar el cambio en ella operado.

—¿Qué quiere usted decir? ¿qué mentiras son ésas?

—Las fábulas que acerca de su mujer le contó él á usted al principio de su residencia en esta casa. Él nunca hubiera pretendido hacerlas creer sino á una joven cándida como usted. Y, por supuesto, que él no pudo sospechar que usted me las repetiría.

—¡Y siento haberlo hecho!—exclamé indignada.—Usted sólo ha conocido al señor y á la señora Rayner durante los tres años que han vivido aquí. ¿Qué pruebas tiene usted, por tanto, de que es falso lo que él me ha contado?

—No tengo más pruebas que las que me ofrece el sentido común, señorita,—replicó excitado.—Es decir, las mismas pruebas que tengo sobre otro hecho del cual estoy igualmente convencido: el hecho de que él está matando á su mujer con tanta seguridad como si le estuviera dando algún veneno.

—¿Cómo se atreve usted á decir semejante cosa? ¡No tiene usted el derecho de insinuarlo, aun cuando lo piense y lo crea! Está usted dando rienda suelta á la expresión del odio más cruel contra un hombre, cuya única falta consiste en no saberse amoldar á la monótona existencia de sus convecinos. Sin duda usted cree con los lugareños, que el tocar el violín es un sacrilegio, y que es una cosa abominable el asistir á las carreras de caballos.

—Si él no hiciera nada peor que eso, mi opinión no le sería más desfavorable que la de usted. Pero creo que usted admitirá que

quien ha vivido á media milla de su casa y le ha tratado durante tres años puede saber algo más acerca de su carácter que una inocente niña que le ha tratado un mes, á lo sumo.

—Pero es que no puede usted juzgar á un hombre imparcialmente hasta que lo haya visto continuadamente en su propia casa. Yo lo he visto en el seno de su familia; le he acompañado al piano; he paseado con él y hemos tenido los dos largas conversaciones: puedo, por tanto, conocerlo más á fondo que usted, quien sólo tiene de él un conocimiento superficial.

La sangre se agolpó á la cara del señor Reade. Estaba verdaderamente incomodado.

—No dudo, señorita Christie, que usted conoce al señor Rayner más á fondo que yo. Yo nunca le he acompañado al piano, ni jamás he hallado especial placer en pasear ó conversar largamente con él. Pero será debido, sin duda, á que él nunca ha puesto tanto empeño en hacérseme agradable como el que pone en hacerse simpático á la señorita Christie.

Dijo éso en un tono tan desdenoso que sentí la sangre arder en mis venas. Traté de contestar, y me faltó la voz. Me volví, pues, rápidamente y lo dejé. Sentía tal coraje, y á la par tal pena en el corazón, que mi dolor hubiera hecho al señor Reade arrepentirse, si él hubiera podido imaginar el daño que sus palabras me habían causado. Él me siguió unos cuantos pasos, tartamudeando excusas que yo estaba demasiado incomodada y lastimada para escuchar y contestar. Le dije, por tanto:

—¡No me hable usted ahora; no puedo soportarlo!

En seguida tomé un caminito lateral y corrí hacia la casa por los senderos del jardín.

Afortunadamente, logré contener mis lágrimas, así es que pude volver á la sala con las flores, antes de que mi ausencia llamase la atención.

La señora Rayner me dijo que la señora Manners preguntaba en la escuela, objeto del viaje del señor Readé, si los artículos que estábamos preparando para la "venta" (especie de feria en pequeña escala, que formaba parte de la fiesta anual á favor de las escuelas,) estarían listos en el término de una semana, puesto que se les debía poner las etiquetas, y se deseaba tenerlo todo arreglado el día antes de

la apertura. Además, la señora Manners deseaba saber si yo tendría la anabilidad de prestar mis servicios en uno de los puestos de venta, y en caso afirmativo si me tomaría la molestia de ir á verla el día siguiente ó el otro, para ponernos de acuerdo sobre la distribución del trabajo.

La idea de la diversión que iba á proporcionarme esa fiesta me causó viva alegría, sin que pudieran desanimarme las advertencias del señor Rayner de que la más agradable impresión que me tocaría recibir allí, sería la de ver los artículos que yo había confeccionado manoseados por viejas y sucias campesinas, que al cabo de mucho tocar y mirar, no comprarían nada; ó la de recibir una ducha de hirviente té, derramado por algún torpe mozalbete, si es que yo iba á asistir á la comida.

Aquella tarde estuve pensando si habría aún demasiada humedad para permitirme llegar hasta mi oculto "nido" y ver si el agua de la laguna había bajado lo bastante para dejar mi taburete de ladrillo en seco. Luego me convencí de que un instinto sobrenatural me había impulsado á ponerme los zapatos de goma y dirigirme á dicho sitio.

Al llegar allí encontré sobre la rama que formaba mi asiento, una cestita de rosas "*Gloire de Dijon*," la más visible de las cuales tenía atada al tallo una esquelita. Ni por un momento dudé de que las flores eran para mí; sólo me preguntaba quién pudo haberlas colocado allí. Miré en todas direcciones alrededor del sitio en que me hallaba, antes de atreverme á coger la rosa que sostenía la esquelita, para deshacer ésta y leerla. Sólo contenía las siguientes palabras:

"Á la señorita Christie, con todo género de sinceras satisfacciones de quien no hubiera querido ofenderla, ni la ofendería de intento por nada del mundo."

No conocía la letra, pero adiviné de quién era. Tal era mi contento en aquel instante, que á tener la seguridad de que nadie podía verme, hubiera besado la esquelita. Pero aunque no se veía nadie por allí, el hecho de haber llegado la cestita con tanta seguridad á mi escondite, parecía indicar la existencia de un agente sobrehumano, al tratar con el cual toda prudencia sería poca. Me limité, por tanto, á meter la esquelita en el bolsillo, y volver á casa con mis flo-

res, las que puse en agua en cuanto me hube escurrido á mi habitación.

El agente sobrehumano no podía seguirme hasta allí, así es que aquella noche dormí con la esquelá debajo de la almohada.

CAPÍTULO VIII

Á LA mañana siguiente bajaba ya vestida para el cotidiano paseo con mi discípula, cuando me encontré con el señor Rayner al pie de la escalera.

—Se está usted poniendo pálida otra vez,—me dijo.—Hemos de buscar el medio de devolver á sus mejillas esas rosas que tan bien sentaban á usted. Temo que trabaja demasiado en esa tarea nocturna que usted misma se ha impuesto.

—Nada de eso, señor Rayner. Me estoy volviendo muy perezosa; hace dos ó tres noches que no he hecho nada.

La verdad era que me había encontrado tan abatida, que no tuve ánimo siquiera para ponerme á escribir, y había perdido las dos anteriores veladas hojeando maquinalmente un libro, del cual no leí ni un solo párrafo.

—Entonces lo que usted necesita es un cambio de aire. La cuestión está en procurárselo sin dejarla abandonar esta casa; porque, en verdad, no podríamos estar sin usted ni una semana. ¿Me tomaría usted por nigromántico si consiguiera un cambio de aire para usted, sin necesidad de que dejase la casa? Pues creo que podré hacerlo. Déme un plazo de dos ó tres días para buscar mi varita mágica, y verá usted entonces cómo el cambio se realiza.

Me reí de esa promesa, considerándola mera chanza; pero al día siguiente encontréme con un trabajador por la escalera, y luego el señor Rayner me preguntó con cierto misterio si había visto su Genio tutelar rondando la casa; añadiendo que ese genio llevaba gorra de papel y blusa sucia de artesano, y que olía á cerveza. El genio ocupó toda la casa durante dos días. Lo ví en el jardín conversando de un modo muy poco *espiritual* con Juanita; me lo encontré en mi habitación tomando la medida de la cama; tropecé con él por el corredor, llevando lo que me parecieron delgadas plan-

chas de hoja de lata y rollos de papel pintado, y supongo que serían del mismo genio las fuertes pisadas que oía en la torre sobre mi cuarto. Después, nada más ví de él; pero continuaron sobre mi cabeza ruidos de golpes y pasos, y varias veces ví á Juana ó á Sara salir de una puerta que nunca había visto abierta antes, y que descubrí daba acceso á una escalera angosta, la cual supuse que conducía á la torre.

Al cuarto día, cuando fuí á arreglarme para el té, hallé mi habitación desmantelada; la cama con la mayor parte de los demás muebles habían desaparecido, y Juanita estaba bajando mis libros del estante. La doncella, al ver mi asombro, se puso á reir, sin que la inmutara el que yo la hubiese sorprendido tomándose semejante libertad.

—¿Qué significa esto, Juanita? ¡Yo no voy á dormir en el suelo! ¿Y qué está usted haciendo con mis libros?

—Yo no sé nada, señorita; obedezco las órdenes del señor,—me contestó, con otra risotada al verme tan atónita.

Me volvía hacia la puerta para ir en busca—no sabía precisamente dónde,—de alguna explicación á ese anómalo estado de cosas, cuando entró Sara, su ceñuda cara ofreciendo singular contraste con la de Juana, toda animación y sonrisas.

—¿Sara, puede usted explicarme qué significa todo esto?—le pregunté.

—El señor Rayner ha dispuesto que se arreglara para usted la habitación de la torre. Tenga la bondad de pasar como pueda aquí hasta después del té, pues el señor Rayner ha encargado que no se la conduzca á usted á su nueva habitación hasta que esté del todo arreglada.

Contesté que estaba bien, y las dos se marcharon. Nada dije, durante el té, del incidente, suponiendo que tal vez se preparaba una sorpresa y que esperaban el momento oportuno para dármela. Así sucedió, en efecto. Me hallaba por la noche escribiendo en el cuarto de estudios, cuando entraron el señor y la señora Rayner, y Haidée, á la que no habían acostado al intento, y me llevaron en formal procesión, primero por la escalera principal, luego por la de caracol, que conducía á la torre que tantas veces había deseado explorar, hasta que el señor Rayner, abriendo la puerta del único

cuarto que aquélla contenía, me suplicó en corto, pero elocuente discurso que tomara posesión de ese aposento, como “la encarcelada princesa de la torre encantada.”

No pude contener una exclamación de alegría. Era una habitación octagonal, cuatro de cuyos lados tenían ventanas con vistas sobre el pantano. En uno de los lados opuestas había una chimenea, en la cual ardía entonces viva lumbre. La alfombra era nueva, así como el papel que tapizaba las paredes. Además de los muebles que ya tenía abajo, había dos cómodas butacas, una á cada lado de la chimenea, una mesa-escritorio y una mampara japonesa. El cuarto tenía un aspecto tan alegre y agradable, que mi vista se dirigía con satisfacción íntima de uno á otro lado, y yo no hallaba palabras con qué contestar al señor Rayner, mientras él me explicaba que allí estaría fuera de la humedad; que había mandado poner hoja de lata debajo del papel en un armario que se consideraba húmedo; que había hecho arrancar la característica yedra, excepto una pequeña parte que ocultaba la fealdad de la chimenea; que podría tener lumbre cuando la quisiese en aquella época y cada día al entrar el invierno, añadiendo, por fin, que esperaba verme recobrar en seguida los colores y el buen aspecto que había perdido.

—No sé qué decir; no sé cómo expresar mi agradecimiento,— dije casi apenada por tanta bondad.

Procuré extender á la señora Rayner mis demostraciones de gratitud; pero ella se mantuvo alejada y en una reserva casi impolítica, como si la hubiesen obligado contra su voluntad á tomar parte en esa manifestación del aprecio en que parecía tenerseme. Ella fué la última de los tres en salir de la habitación y pareció aprovechar el momento en que quedamos las dos solas, para decirme:

—¿No tendrá usted miedo de dormir tan lejos de los demás, ó lo prefiere usted así?

Yo no soy nerviosa; pero el modo un tanto vehemente en que la señora Rayner habló y la mirada penetrante que descubrí en sus grandes ojos, me causaron bastante impresión, y contesté con timidez:

—No, señora; no lo prefiero; mas ¿cree usted que hay aquí algún motivo de temor?

—¡Oh, no! ninguno. . . Espero, señorita Christie, que hallará su

nueva habitación confortable;—dijo con precipitación, dirigiendo la vista todo el tiempo hacia la puerta, hasta que pasando por ella fué en pos de su marido é hija.

¡Miedo! ¿Por qué había de tener miedo? Nunca había temido dormir lejos de todo el mundo; y además, si los ladrones penetraran en los Alisos, no creerían ciertamente hallar cosa alguna de valor en mi pequeña torre. Sin embargo; sentí que la señora Rayner me hubiese sugerido semejante idea. Yo no era tan animosa que no se me pudiese meter el miedo en el cuerpo; tanto era así que desde que se había verificado el robo en la quinta de Lord Dalston, yo tenía buen cuidado de ocultar todas las noches debajo de la almohada mi reloj, mi único brazaletes y mis dos prendedores. Pero estaba tan contenta en mi nueva estancia, que esos vanos temores no me inquietaron por mucho tiempo. Examinando los muebles, descubrí que desplegando la mampara y colocándola de cierta manera, ocultaba por completo la cama y el palanganero, de modo que me dejaba una linda salita de confianza. Luego me senté en una de las butacas, entregándome á los halagüeños pensamientos inspirados por el beneficio que en aquel día me había deparado mi buena suerte.

Me hallaba aún arrellanada en la butaca, con los pies apoyados en un escabel cerca del guarda-fuego de la chimenea y la mirada fija en la lumbre, cuando oí que Sara subía la escalera. Conocía sus pasos y hubiera preferido no oírlos, pues me parecieron de mal agüero en aquella primera noche de estar en posesión de mi nuevo domicilio. Sabía que Sara me detestaba, y ni el hecho de haberme subido carbón para avivar el fuego, pudo hacer menos desagradable su presencia allí. No se me había olvidado la frialdad y mala gana con que ella me había anunciado aquella tarde mi cambio de habitación. Procuré, sin embargo estar amable con ella; le dí, pues, las gracias por su trabajo, añadiendo:

—Es extraño que este bonito cuarto haya estado por tanto tiempo abandonado; ¿no lo ha habitado nadie hasta ahora?

—El señor Rayner tenía aquí su estudio,—contestó secamente.—No sé por qué lo dejó; supongo que sería demasiado alto para él. De eso hace seis meses.

—Está lejos de todo otro cuarto habitado, ¿no es cierto, Sara?

—El mío es el más próximo, y yo tengo el oído muy fino; así,

pues, no tenga usted miedo,—dijo en tono más bien de amenaza que de consuelo.

—En las noches de tempestad, temo que he de encontrar ésto muy solitario; el viento debe silbar alrededor de esta torre de un modo horrible,—le dije, sintiendo mi espíritu abatido por las palabras de esa mujer.

—¡ Oh! me parece que no le ha de faltar compañía,—exclamó lanzando una carcajada sardónica.

—¿ Compañía? La única que es fácil tenga aquí arriba es la de algún ladrón,—repuse en tono lúgubre.

—¡ Algún ladrón! ¿ Qué ladrón? ¿ En qué está usted pensando?

El sobresalto que en ella causaron mis palabras, me asustó á su vez, extrañándome sobremanera que aquéllas produjeran tanto efecto en esa mujer que yo tenía por una de las que más dominio tienen sobre sí mismas. Me halagó, pues, el amor propio hallarme en el caso de tranquilizar á Sara.

—Vamos, Sara; veo que yo tengo más valor que usted,—le dije con una ligera risa.—Yo no temo á los ladrones. Si vinieran, pronto bajarían al ver que aquí no hay nada que valga la pena de llevarse. ¿ Y usted tendría miedo de dormir sola aquí arriba?

No se tomó la molestia de contestarme, sino con un movimiento de cabeza; tenía clavados en mí sus negros ojos como si quisiera, y aun como si pudiera penetrar hasta lo más recóndito de mi alma. Luego, como si hubiese quedado satisfecha del resultado de su escrutinio, adquirió de nuevo su aspecto usual de frialdad y dureza, y contestándome secamente al darle las “ buenas noches,” salió de la habitación.

Esa visita contribuyó á resolver un punto que á menudo había ocupado mi mente: me convencí de que Sara y la señora Rayner, cada una en su manera respectiva, eran sin excepción las dos mujeres más desagradables y antipáticas que había conocido en mi vida. Hecha esta declaración ante mi propio juicio, me acosté y soñé no con ladrones, sino con una persona de muy distinta clase.

El día siguiente fué domingo. En la iglesia había dos forasteras que llamaron la atención de los concurrentes. Eran dos jovencitas de blanca tez y cabello rubio que ocupaban asientos en el *pew* de la

familia Reade, y que evidentemente no habían escatimado gasto alguno en sus tocados, de tan mal gusto como poco apropiados. Al verlas tan *cursis*, observé en mí que eso no me causaba pena y que, por el contrario, sentía cierta satisfacción al notar que una de ellas no era bonita y que la que lo era, tenía la cara manchada de pecas.

El joven señor Reade estaba sentado entre las dos, y sujetaba su libro de himnos de modo que pudiese utilizarlo, á la par que él, la más linda de ellas. ¡Cuánto deseaba que esa atención la hubiese tenido con la otra! Cuando él, sus hermanas y las dos amigas estuvieron fuera de la iglesia, al deshacerse el grupo quedaron juntos otra vez él y la bonita.

Recuerdo haber notado, mientras Haidée y yo regresábamos á casa, que los mosquitos me atormentaron más que en ningún otro día de aquel verano; que el sol estaba insoportable y que el polvo del camino me molestaba tanto como si no hubiese llovido. Era un día terrible.

El señor Rayner nos preguntó durante la comida si nos habíamos fijado en las pollitas de blonda cabellera que fueron á la iglesia con la familia Reade, añadiendo:

—He oído decir que la de los ojos azules es la futura esposa de Lorenzo Reade, y creo que es un buen partido, tanto para él como para ella. Observé en la iglesia que él estuvo muy atento con ella, y que al salir formaron pareja aparte.

Los mosquitos, el calor y el polvo me atormentaron aquella tarde más que nunca.

Al día siguiente el señor Rayner me dijo que me hallaba más pálida aún que antes de mi traslación á la torre, y me amenazó con enviarme otra vez á mi antigua morada si no adquiría mejor semblante de ahí á dos días. Afortunadamente, en ese plazo mejoró el estado de mi ánimo. En nuestro paseo de la siguiente mañana, Haidée y yo pasamos por delante del parque de Geldham. El señor Reade, sus hermanas y las dos rubias jugaban á la raqueta.

Ninguno de ellos nos vió entonces; pero al regresar, noté que el señor Reade, que estaba tendido sobre la yerba entre las dos jovencitas, se levantó y vació su sombrero de las hojas secas y las brizas de yerba con que lo habían llenado sus compañeras. En cuanto á

ellas, estaban demasiado ocupadas con él para fijarse en los que pasaban por la carretera.

Haidée y yo teníamos que ir á la tienda del pueblo, en busca de varios artículos que yo estaba segura de que no había de encontrar en ella. Pero uno de los principios del señor Rayner era el de proteger el comercio local, así es que teníamos que ir una vez por semana á molestar al desagradable viejo, único representante de ese comercio, con pedidos de artículos para él tan exóticos, como bujías, seda de bordar y polvos para los dientes. Hacía algunos minutos que estaba dando golpes sobre el pequeño mostrador, donde había algunas velas de sebo, varias agujas para hacer *crochet*, oxidadas y viejas, y un trozo de repugnante tocino, cuando entró precipitadamente el señor Reade, demostrando gran sorpresa de verme allí. Me preguntó por el señor y la señora Rayner, y le contesté que seguían bien. Hubo luego un momento de silencio, como si él pretendiese que yo continuara la conversación; pero yo no hallaba nada que decir. Se puso, por tanto, á dar vueltas por la tienda; dió una estocada en el queso con la contera de su bastón; derribó un tarro de rapé, que cuidadosamente fué metiendo con el pie, junto con el polvo del suelo, en el tarro, y colocó éste en su lugar. Entré tanto, yo continuaba dando golpes, sin que saliera nadie á despachar.

—Debe estar comiendo; en cuyo caso tendremos que esperar;— dije con resignación, pues conocía las costumbres del dueño de la tienda.

El señor Reade, resignándose también, se sentó sobre el mostrador, y se entretuvo en pinchar el tocino con una de las agujas de hacer *crochet*.

—Es cómodo tener una tienda en el pueblo,—dijo, sin pensar seguramente en lo que decía.

—Sí; muy cómodo, si á uno no le importa lo que le dan, ni cuán pasado está.

Él se rió; aunque no fué mi intención decir nada para hacer reír.

—He venido á comprar . . .—se detuvo y dió una rápida mirada por toda la tienda, hasta que se fijó en un montón de empolvados juguetes, y prosiguió:—unas balas. Creo que eso será bueno para la fiesta de las escuelas.

Yo pensé que era lástima no volviese al lado de su prometida, á continuar el juego de la raqueta, si ése era el único motivo que le había llevado á la tienda. Por mi parte estaba decidida á no entrar en otro *tête-à-tête* con él, y me volví para marcharme; pero él me detuvo.

—Ese viejo no puede tardar ya;—dijo en tono de súplica.—De-seaba preguntar á usted si se encuentra mejor. Me pareció que tenía usted muy mal semblante el domingo pasado.

—¿El domingo pasado?—en ese instante recordé aquellas anti-páticas forasteras.—Nunca me había encontrado mejor. Estoy muy bien, gracias. El señor y la señora Rayner dispusieron mi instalación en el cuarto de la torre, donde la humedad no me alcanza. Ha sido una gran amabilidad de su parte; pues es la mejor habitación de la casa.

—¿La mejor habitación de la casa? Luego el señor Rayner no duerme *en* la casa,—dijo en voz baja, pero con mucha decisión.

Me levanté de la silla, y volviéndome á la niña, que estaba engolfada en la lectura de un libro de cuentos que había encontrado, exclamé:

—Vamos, Haidée.

—No, no; esto es una venganza, y es indigno de usted,—me dijo, bajando aún más la voz.—No vayamos á reñir otra vez. El señor Rayner es un ángel. . . ¡No, no es eso!—exclamó, pues yo me disponía de nuevo á marchar.—Tiene sus defectos; pero se acerca tanto á la perfección como es posible en criatura humana. ¿Con que es usted dichosa ahora en los Alisos?

—Sí, señor; gracias.

—¿Y no tiene usted motivo alguno de disgusto?

—Tengo uno: Sara.

—¿Sara? ¿Es esa una de las criadas, no es cierto? ¿Una mujer alta y seca, que parece ser maligna y astuta? La he encontrado con frecuencia en el camino de Beaconsburgh.

—Sí; creo que sale cuando le parece bien. Es un personaje de mucha importancia en la casa del señor Rayner; de más importancia que la misma señora.

—¡Ya! . . . ¿Y ella es motivo de disgusto para usted?

—Sí, señor; le tengo miedo. Ella me detesta, y cuando le en-

tregaba mis cartas para que las echara al correo, nunca tenía contestación á ellas.

—Y el señor Rayner ¿le tiene afecto?

—¡Tenerle afecto! No creo que le pueda tener nadie; excepto, como es natural, su *admirador*. Ese no cuenta. Pero el señor Rayner la tiene en mucho.

—¿Con que el afecto de un admirador *no cuenta*?

—Por supuesto; toda vez que el ánimo de Tomás Parkes está predispuerto á su favor;—contesté, prefiriendo mantener la conversación sobre ese asunto en el terreno personal.

—¿Y no cree usted que hace honor á una mujer el tener el ánimo de un hombre predispuerto hacia ella?—repuso él, procurando que la controversia fuese abstracta.

—Seguramente el dueño ha de haber concluído su comida;—exclamé por toda contestación á la última frase del joven.

Con esto, dí un golpe recio sobre el mostrador, que hizo salir al viejo, quien juró que era el primer aviso que había llegado á sus oídos.

Sentí que encontrara entre sus géneros algunos de los que yo necesitaba; porque todo lo que tenía era de la peor calidad. Mientras los envolvía, el señor Reade halló ocasión de preguntarme en voz muy queda:

—¿Encontró usted las flores?

—Sí, señor; muchas gracias; fué mucha bondad en usted el enviarlas.

—*Llevarlas*;—dijo, corrigiéndome.—¿Y puedo saber qué hizo usted con ellas?

La imagen de la rubia me recordó mi propósito de ser discreta, y contesté:

—Las puse en agua, hasta que se marchitaron, y entonces las tiré.

—¿Las tiró usted?

—Naturalmente; las flores marchitas no se guardan,—dije sencillamente, aunque me lastimaba el decirlo, porque comprendía que mis palabras le hacían daño á él. ¡Es tan cruel, á veces, el ser discreta! . .

Él nada más dijo; tomó su paquete y saludándome fríamente,

salió de la tienda. Había yo también cogido mi paquete y disponíame á salir, cuando Haidée me llamó :

—Señorita Christie, usted tiene las balas que el señor Reade ha comprado, y él se lleva los ganchos de cortina y la lana para mamá.

Yo no había notado ese cambio.

—¡Qué torpeza en él!—exclamé.

Su paso rápido lo había llevado tan lejos, que tuve que correr un buen trecho tras de él antes de que me oyera llamarle. Nos causó risa la idea de su confusión si ante su familia y huéspedes hubiera sacado un ovillo de lana y unos ganchos de cortina, como el producto de sus compras de aquella mañana; y del efecto que hubiera producido en los Alisos si yo hubiese presentado á la señora Rayner una partida de balas para niños. Luego, arrepentida y ruborosa, dije con palabra rápida :

—Sí guardé una de las rosas, señor Reade; la que llevaba su esquelita.

Y sin mirarle ni darle tiempo á contestar, corrí en busca de Haidée, á quien había dejado atrás. Aunque el señor Reade estuviese comprometido con la rubia, yo no podía por menos de mostrarme agradecida á él por el obsequio de las flores. Llegamos á casa á la hora de la comida.

Mi encuentro con el señor Reade había sido casual. Nada hice que no estuviera bien; nada sino lo que por política debía hacer al dirigirme él la palabra. Y, sin embargo, me alegré de que mi discípula no fuese de aquellas muchachas tontas y charlatanas que persisten en contar á la mesa cuanto ven y oyen en sus paseos ú otras ocasiones.

CAPÍTULO IX

Las injustas acusaciones del señor Reade contra el señor Rayner, no habían podido quebrantar mi fe, ni en la bondad de corazón del último, ni en su amabilidad para conmigo. Pero anhelaba probar ante mí misma que los cargos de aquel joven carecían de fundamento. Consideraba en extremo absurda, por ejemplo, la insinuación de que el señor Rayner dejaba á su familia dormir en la húmeda

casa, en tanto que él pasaba las noches en alguna otra parte. ¿A dónde podía ir él á dormir, sin que lo supiese nadie? Frecuentemente oía su voz ó sus pasos hasta muy tarde; siempre era él uno de los primeros en el comedor para el almuerzo, que se servía á las ocho, y aun en los días más lluviosos no se veía en su ropa señal alguna de haberse mojado.

Muchas veces me ha sucedido que cuando he estado por mucho tiempo reflexionando en vano sobre alguna cosa que he deseado esclarecer, luego he descubierto lo que quería saber, por la más sencilla casualidad. Al día siguiente de mi conversación con el señor Reade en la tienda, estaba cuidando á Haidée, quien no tenía ganas de jugar después de darme sus lecciones, y ella me dijo:

—Señorita Christie, ¿no sueña usted á veces cosas desagradables, que la asustan y que luego resultan ciertas?

—No, hija mía; los sueños son extravíos de la imaginación y nada tienen que ver con la realidad de las cosas, sino por pura coincidencia.

Dije eso porque es la contestacion más propia que sobre ese asunto debe darse á una criatura; pero lo cierto es que yo misma tengo alguna fe en los sueños.

La niña continuó:

—Pues los míos resultan ciertos. Le contaré uno que tuve hace dos noches, si quiere usted acercar la cabeza para que yo se lo pueda decir al oído. No debo decírselo á mamá, porque ella siempre me hace callar y me prohíbe contar lo que veo; pero á usted sí puedo confiárselo, ¿no es cierto? Usted no se lo dirá á ella ¿verdad?

—No, querida mía; nada diré,—le contesté, creyendo preferible que la niña se desahogara conmigo de sus cuitas, en vez de dejarla preocuparse por ellas, á lo que ella tenía cierta propensión.

Con su pequeña mano atrajo mi cabeza á la suya, y en voz tan baja y suave que parecía un susurro, me dijo:

—¿Recuerda aquel día en que llevamos á usted á su nueva habitación en la torre?

—Sí, hijita.

—¡Psit! ¡no levante la voz! Pues bien, aquella noche Juanita me llevó á la cama, como de costumbre, en mi cuartito, y á los pocos momentos me quedé dormida, como siempre me sucede. Luego

soñé que oí á mamita llorar y chillar, y á papá hablando; pero ¡ay! de un modo tan distinto de como él suele hablar, que me causó miedo aun en mi sueño. Creía que era una realidad, y traté de saltar de la cama; pero estaba demasiado dormida. No soñé ya más; sólo al despertar lo recordé todo muy claro. No dije nada á nadie. Á la noche siguiente, temiendo soñar lo mismo, no quería que Juanita me dejase sola; pero al decirle que era porque había tenido un sueño, me contestó que los sueños son tonterías, y que ella quería ir á soñar con su cena. Me dejó, pues, y quedé dormida. Al poco rato me desperté, porque mamá lloraba. De momento creí que tenía el mismo sueño; pero dí golpes con la cabeza contra la barandilla de mi cama para cerciorarme de que no dormía, y me convencí con eso de que estaba despierta. Salté de la cama; fuí con sigilo hacia la puerta y miré por el ojo de la llave, pues había luz en la habitación de mamá. Cuando la luz está encendida, puedo ver muy bien á mamá en cama. Aquella noche no estaba sola, como está siempre; pude ver la mano de papá que sujetaba la palmatoria, y él le hablaba en voz muy bajita. Pero mamá lloraba y hablaba con tanta excitación y de un modo tan extraño, que me asusté. Cuando ella habla de esa manera, tengo miedo; no me parece que sea mi mamita. Luego ví que papá ponía algo sobre su cara, y ella exclamó: “¡No, no; eso no!” Después solo lanzó algunos quejidos y quedó tranquila. Entonces oí que papá salió del cuarto. Al poco rato, llamé: “¡Mamá, mamá!” pero ella no me respondió, y me asusté tanto que creí que mamita había muerto. Mas en eso, le oí suspirar, como siempre hace cuando duerme, y, tranquila ya, me metí de nuevo en cama.

—¿Tuviste miedo de entrar, hijita?

—No podía entrar, porque la puerta estaba cerrada con llave. Siempre lo está. Yo nunca entro en la habitación de mamá; una vez lo hice y ella me dijo . . . me dijo . . .—aquí la voz de la niña se hizo aún más tenue, y sus delgados labios se pegaron más á mi oído, —dijo que jamás debía contárselo á nadie, y yo así se lo prometí. No debo, pues, contárselo ni aun á usted, señorita Christie; pero usted no se molestará, puesto que fué una promesa, ¿no es verdad?

—De ningún modo, querida mía. Si lo ofreciste, por supuesto que no debes contarlo.

Pero yo hubiera dado no sé qué para saber lo que la niña había visto en aquella habitación misteriosa.

La extraña confianza de Haidée despertó de nuevo en mí la primitiva impresión de que alguna sombra envolvía la casa; impresión que desde tiempo atrás había desaparecido ante la tranquila marcha de la vida rutinaria que allí llevaba. El hecho de que la madre cerrara la puerta contra su propia hija; su excitación y manera extraña de hablar; ese "algo" que el marido tuvo que aplicar para calmarla, y el descubrimiento de que él no dormía en el mismo aposento; todos esos detalles contribuyeron á traer á mi mente el recuerdo de la larga conversación que tuve con el señor Rayner, recién llegada yo á la casa, en que él me contó la muerte de su niño, el cambio que esa pérdida produjo en ella y los "arrebatos que ella sufría, y que algunas veces le tenían á él en la mayor ansiedad."

Comprendí en aquel entonces que él temía por la razón de su mujer; pero no habiendo yo observado cambio alguno en su conducta de fría indiferencia, y habiéndola tratado muy poco fuera de la mesa, todo temor y casi todo recuerdo de su probable demencia habían desaparecido de mi mente, en la cual ella ocupaba un puesto muy secundario. Pero la revelación de Haidée me hizo pensar si, realmente, en los asuntos de la casa, habría alguna corriente oculta, de la cual yo poco ó nada sabía. ¿Sería cierto que el señor Rayner, siempre tan risueño, amable y de aparente buen humor, sufría bajo la carga de una mujer, cuya obstinada reserva podía dar lugar en cualquier momento á arranques de locura? ¿Sería, pues, verdad, como parecía demostrar el hecho contado por Haidée, que ese hombre tenía que luchar ocultamente con su mujer, cuando á ella le daba por llorar y gritar, empleando primero la persuasión afectuosa, (pues Haidée dijo que en la segunda noche, cuando su mamá estaba bien despierta, la voz de él era baja y suave,) teniendo, al fin, que recurrir á alguna sustancia con virtud sedativa, para calmar su agitación?

Se me ocurrió luego una idea, que parecía explicar la importancia que á Sara se concedía en la casa. Si la razón de la señora Rayner realmente no estaba sana, ¿tendría su marido á Sara en la casa como guardiana responsable de aquélla, por considerarlo necesario para cuando él se ausentaba? No desconocía yo que las rela-

ciones entre señora y criada no eran muy amistosas. Aunque la última trataba á aquélla con el debido respeto, no era difícil ver que Sara detestaba á su señora; mientras que en los grandes ojos grises de ésta, yo había descubierto, más de una vez, unas miradas de aversión y temor, que me hacían pensar cómo ella consentía tener en su servicio una mujer que tanto le disgustaba. Era evidente que el señor Rayner quería mantener en secreto la desgracia de tener una mujer demente. Tanto era así que ni el señor Lorenzo Reade, que se tomaba un especial interés en los asuntos de los Alisos, había jamás manifestado ni la sospecha de que ella estuviese en semejante estado. De modo que la vida completamente retirada que esa señora llevaba, se atribuía al capricho—y la chismografía local empleaba un nombre más duro—de su marido, siendo así que el desgraciado no era el tirano de su mujer, sino su víctima.

No había otra explicación posible á lo que Haidée me dijo haber visto; á no ser la de que el señor Rayner, aunque amable y de buen carácter en su trato con todo el mundo, y ostensiblemente afable, cariñoso y atento en grado sumo con su mujer, fuese un refinado hipócrita, que tenía á aquélla, con las apariencias de una devoción afectuosa, bajo una sujeción tan sin objeto como fácil por parte de ella de romper. Esta idea me parecía absurda. La otra suposición, por terrible que fuese, era, en mi concepto, más acertada.

Estaba á la sazón demasiado acostumbrada al insulso semblante de la señora Rayner y á sus vagas miradas de temor, enojo ó sospecha, para que pudiese alarmarme ni aun la probabilidad de que ella empeorara. La idea de que tal vez ella no era del todo responsable de sus palabras y acciones, me indujo á perdonarle la frialdad con que me trataba y los celos que revelaba por el cariño que yo me había conquistado en el corazón de su hija. Pero el sentimiento que predominaba en mi pecho no era ni el que me inspiraba la semi-demente esposa, ni el que me merecía el infeliz marido; sino el que profesaba á la misma niña, testigo ignorado de los arranques de desesperación de su madre. Al principio me pareció extraño que esos ataques sólo ocurriesen de noche; mas recordé, luego, la febril agitación que, sin causa aparente, se había apoderado de ella, aquel día en que le leía *Adam Bede*, en la sala, hasta que la entrada de su marido la calmó como por ensalmo; á lo menos, de momento, por-

que ¿quién sabe lo que sucedió cuando llegaron á ese dormitorio, que ya tenía para mí toda la fascinación de una cámara encantada?

El resultado de la confianza de mi discípula, fué un aumento sensible en mi amor é interés hacia ella. Nos hicimos compañeras inseparables, tanto en las horas de clase como fuera de ellas; la animaba á hablar, y pronto adquirió la costumbre de contarme, tanto si la escuchaba como si estaba distraída, esos cuentos interminables sin principio, ni ilación, ni fin, cuya invención y relato constituyen el consuelo de los niños privados de compañeros de su misma edad. Algunas veces, cuando mi atención se desviaba de estas incoherentes improvisaciones, la llamaba súbitamente algún rasgo de la fantasía de Haidée, que me hacía pensar si había sido inspirado por algún hecho presenciado por ella, aunque medio borrado ante su mente por el olvido. Así sucedió un día en que yo estaba ocupada con mi labor, y ella sentada en un taburete á mi lado, con dos ó tres ramitas de roble, en las cuales había algunas agallas que representaban los personajes de su cuento, según pude juzgar por la severidad con que trataba á unas y la dulzura con que hablaba á otras. En el curso de su charla, me llamaron la atención las siguientes palabras:

—Y el Príncipe dijo á la Princesa Christie—heroína de su cuento, bautizada con ese nombre en honor mío:—“Os he traído unas joyas mucho más ricas que las vuestras.” Pero la Princesa Christie se puso á llorar y dijo: “¡No las quiero! ¿De dónde las habéis traído? ¡Ya sé dónde las obtenéis! Sois un Príncipe muy malo, y yo no quiero llevar más joyas.”

Esto me hizo recordar lo que me dijo el señor Rayner de que su mujer, cuando supo la muerte de su hijo, al regresar de un baile, juró no volver jamás á ponerse joyas. Pero en aquella época Haidée tenía pocos meses. Esa parte de su cuento debió ser, pues, pura coincidencia. Pero otras coincidencias de su fantasía tenían más fácil explicación, como se verá en lo que continuó diciendo:

—Y el Príncipe Caramel dijo: “Muy bien; os enviaré otras rosas, si me ofrecéis no tirarlas; y también algunas balas para jugar. Pero es preciso que no lloreis. No quiero una Princesa que llóre. Si lloráis, no os miraré en la iglesia. Si os mostráis contenta, tendreis jamón y mantequilla, y podréis montar el caballo del carnicero

y pasearos por el patio. Luego nos meteremos en una barquilla de hadas y volaremos por encima de los árboles y sobre el pantano; pasaremos por la tienda del pueblo y subiremos á las nubes, donde haremos un nido de golondrinas, y nunca más daréis lecciones.

Así seguía dando expresión á los más extravagantes conceptos, mientras yo, con las mejillas encendidas por el rubor, me daba cuenta de que esa niña tan reservada, había visto y oído más de lo que yo sospechaba, quedando admirada de la mezcla de realidad y fantasía que de ello brotaba en la mente de mi discípula.

Algunas veces ella me decía :

—Cantemos, señorita Christie.

Yo accedía y cantaba alguna canción, mientras ella entonaba un acompañamiento poco adecuado, pero no del todo falto de armonía con el canto. Entretenidas en eso estábamos una tarde, sentadas junto al balcón, cuando apareció el señor Rayner en el jardín.

—¡Seguid, seguid! Hace rato que estoy escuchando el concierto. Es tan agradable como el cantar de los pájaros.

Pero por supuesto que no podíamos continuar ante semejante crítico; así, pues, el señor Rayner, después de quejarse de que se le defraudara, puesto que él se había abonado á toda la serie de esos conciertos, dijo que yo tenía muy bonita voz, y me suplicó que me compadeciera de su aburrimiento y entrara en la sala algunas noches, después del té, á cantar para su solaz y el de su señora.

—Además, nunca ha intentado usted acompañar mi violín en música profana. Creo que la teme usted. La música sagrada es lenta, y usted no puede leer de prisa, ¿no es eso?

Comprendí que quería picar mi amor propio; me reí, pues, é insiné que él había tenido una visita la noche en que debía haber probado mi aptitud en ese ramo; pero que estaba dispuesta á intentar cualquier clase de música, siempre que él quisiese, con tal de que aquella no fuese demasiado difícil.

—Ya sé que hacemos mal en querer robarle las horas después del té, que le ofrecimos serían libremente suyas; pero sería una obra de caridad por su parte si quisiera entrar de vez en cuando y resignarse al fastidio de oirme tocar el violín, ó de tomar parte en nuestra monótona conversación, en vez de encaramarse á su torre, para no ser vista más en toda la noche. ¿Se puede saber qué hace usted

allá arriba? ¿Toma acaso observaciones de la luna y las estrellas? Me parece que está usted demasiado cerca de ellas para obtener una dilatada vista del sistema planetario. ¿O es que atisba usted lo que pasa en los nidos de las más elevadas ramas, y entabla diálogo con sus dueños?

—No hago ninguna de esas cosas tan fantásticas, señor Rayner. Hago mis quehaceres; luego leo algo instructivo, y, por fin, me echo cómodamente en una butaca; me pongo á pensar y disfruto.

—¡Sí, eh! Pues nosotros no podemos permitir que usted disfrute allá arriba, mientras nos aburrimos soberanamente aquí abajo. Así, pues, esta noche puede usted entrar en la sala y participar de nuestro fastidio.

Por tanto, después del té, el señor Rayner sacó su violín, yo me senté al piano, y tocamos primero algunas canciones populares alemanas y luego un gran número de piezas, algunas alegres, otras tristes y otras de expresión dramática ó apasionada, escogidas todas de las óperas que han conmovido la Europa entera durante tantos años, tales como *Los Hugonotes*, *La Traviata*, *Rigoletto*, y las chispeantes de Balfe: *Rosa de Castilla* y *La Bohemia*. El señor Rayner tocaba con el fuego de un entusiasta; y yo, á mi vez, cogiendo el espíritu de su estilo, le acompañé con tal ardor, que él se me acercó con su semblante revelando éxtasis de verdadero músico, y me dijo que nadie le había acompañado jamás como yo lo había hecho aquella noche.

El doctor Maitland, un caballero de edad que, según me dijo confidencialmente el señor Rayner, vivía descansando de sus trabajos con el orgullo de haber rara vez fallado en “matar á su paciente,” entró mientras tocábamos. Era el vecino más próximo de los Alisos, y á menudo iba por las noches á jugar el ajedrez con el señor Rayner, quien siempre le ganaba. Escuchó la música con gran asombro y mucho placer durante largo rato, hasta que supo que yo leía la música de repente, y que sólo había acompañado al señor Rayner una vez. Entonces quedó estupefacto y exclamó:

—¡Por vida de!.... ¡Jamás lo hubiera creído! ¡Si parece que una misma alma anima á los dos!....

Después de lo cual, su asombro evidentemente pudo más en su espíritu que el placer derivado de la música en sí. El señor Rayner

me dirigió una expresiva sonrisa al oír las palabras del doctor, y yo le contesté con una risa, pues me divertía mucho ver el efecto que nuestros esfuerzos producían en un lego en música.

Al terminar, el señor Rayner iba á meter el violín en su caja, cuando observó que en un rincón de ella había un poco de humedad.

—¡ Ah! esto no conviene,—dijo con tanta ansiedad como si se tratara de la salud de un amigo.—Tanto valdría tenerlo en el jardín como en esta cueva,—añadió algo irritado, pues la música siempre le ponía en un estado de gran excitación.—Toma, Sara,—dijo, volviéndose á la criada, que acababa de entrar con las palmatorias.—Lleva esto á mi habitación; con mucho cuidado ¿ oyes?

Su habitación, pues, no debe ser húmeda, pensé; de lo contrario no permitiría que su precioso violín estuviese en ella. Me despedí y llegué al corredor á tiempo para ver á Sara que desaparecía con el instrumento, por el pasillo que conducía al estudio, por la derecha de la escalera principal. Ahora bien, el ala donde se hallaba la habitación de la señora Rayner estaba á la izquierda de la escalera. El señor Rayner ¿ dormía, pues, en el despacho? No podía satisfacer mi curiosidad, siguiendo á Sara, aunque deseaba vivamente aclarar ese pequeño misterio. Conocía bien el piso superior de la casa, y con excepción del cuarto en que Juanita dormía con Mona, el de la cocinera, el de Sara, y la habitación que yo había ocupado, todas las demás tenían trazas de no haber tenido morador en mucho tiempo. De muy mala gana, pues, me dirigí á mi cuarto. Pero al llegar al pie de la escalera de caracol que conducía á la torre, y que estaba á pocos pies del tramo superior de la escalera de servicio, oí los pasos de Sara abajo en el pasillo. Dejé la luz en el suelo y fuí con sigilo á mirar por el ojo de dicha escalera, la que también tenía su correspondiente puerta; pero ésta siempre estaba abierta y sujeta de modo que no pudiera cerrarse. Me causó mucha gracia ver á Sara sacudir la caja del violín con rabia, como si fuese un objeto para ella detestable. Luego sacó un llavín y abrió una puerta cercana al pie de la escalera. Ése, pues, pensé, debe ser el cuarto del señor Rayner. Pero al ver la puerta abierta y á Sara sacar la llave de la cerradura, salir y cerrar de nuevo trás de ella, observé que esa puerta no daba á ningún cuarto, sino al jardín.

En cuanto á este punto, por tanto, las suposiciones del señor Reade eran acertadas. Pero quedaba aún en pie la cuestión: ¿dónde dormía el señor Rayner?

CAPÍTULO X

Fué Mona quién me puso en camino de aclarar el misterio sobre el lugar en que dormía el señor Rayner. Esa niña, de aspecto de duende, lejos de resentir el abandono en que se la tenía, estaba muy satisfecha de la libertad que se le concedía de poder vagar por donde quisiera; libertad de que se aprovechaba para hacer su santa voluntad, para jugar sobre los lechos de flores y para sentarse en el barro, al borde de la laguna, hasta convertirse en el ser más sucio que pueda verse. Acostumbrada á esa libertad, se oponía resueltamente á toda cortapisa ó sujeción. Ese descuido en que se la tenía, no era justo ni caritativo. Si Sara ó Juana la veían cerca de la casa á la hora de la tarde en que podía llegar alguna visita, la cogían sin hacer caso de sus chillidos, y la encerraban en su cuarto. Pero si la niña no se dejaba ver, las criadas se olvidaban de ella, dejándola que se entretuviera cogiendo caracoles ó haciendo otras niñadas en sus escondites favoritos, hasta la hora del té, en que la gana la obligaba á entrar en casa.

El tiempo estuvo muy lluvioso durante el día que siguió al en que dimos el concierto. Me hallaba cerca del balcón tomando las lecciones de Haidée, cuando ví á su hermanita en el jardín, aguantando la lluvia sin nada en la cabeza. La llamé; pero como no me hizo caso, fuí en busca de mi paraguas y corrí tras de ella. Después de mirar en todas direcciones, la ví alejarse resueltamente por un caminito medio oculto entre los árboles, que se dirigía á las cocheras. La seguí sin hacer ruido y sin llamarla, pues sabía muy bien que si notaba que se la perseguía, se lanzaría por entre los árboles, entregándose sólo cuando las dos estuviésemos caladas hasta los huesos.

Las cocheras estaban situadas en terreno mucho más elevado que la casa, cerca de la carretera y rodeadas de árboles. Nunca me había acercado á ese sitio; mas en esa ocasión, siguiendo á Mona,

tuve que llegar hasta el mismo edificio, delante del cual ella se detuvo y se puso á bailar. Luego miró hacia dos ventanas del piso superior, hizo algunas muecas horribles y acabó por tirar á ellas piedrecitas y pedazos de madera que recogía del lodo. Caí sobre ella y la cogí en mis brazos tan de repente, que su sorpresa no le dejó gritar en el primer momento; pero apenas me había vuelto para llevarla á casa, cuando recobrando sus potencias, principió á chillar como un energúmeno. Traté de calmarla y convencerla de que era por su bien; pero en esto, una de las citadas ventanas se abrió, apareciendo en ella el señor Rayner.

—¿Qué pasa? ¡Vamos, señorita Christie; sorprendida en el acto de secuestrar á una criatura!

—¡Ah! señor Rayner; esta niña persiste en estar fuera con esta lluvia, sin nada en la cabeza, y eso no puede serle bueno,—contesté.

—No importa. Parece que no le hace daño. Creo que ya se ha convertido en semi-rana,—dijo el padre, con menos cariño del que consideré hacía al caso.

La niña no tenía la edad suficiente para comprender que hacía mal en detestar á su padre; pero él la tenía sobrada para saber que debía tener más afecto á su hija.

—Pero usted también se mojará los pies, hija mía,—dijo en tono muy distinto.—Suba usted á sentarse al lado del fuego, mientras voy por sus zapatos de goma. Nunca ha visto usted mi estudio, donde paso muchas horas entretenido en pintar y fumar, cuando el tiempo no me permite salir. ¿Le molesta á usted el olor de la trementina ó el humo del tabaco?

Mientras hablaba, sostenía una pipa en una mano y en la otra una paleta cubierta de colores.

—No, señor; pero no puedo subir, muchas gracias; estoy ocupada con las lecciones de Haidée.

—Dichosa ella. Quisiera tener los pocos años de mi hija, para necesitar lecciones; y, sin embargo, en ese caso no tendría los suficientes para sacar el mayor provecho del tiempo que á ellas dedicara,—dijo en voz baja y con una fingida modestia que me hizo reír.

Él estaba tan inclinado fuera de la ventana, que la lluvia le mojaba, y como, por mi parte, tenía trabajo en casa, sin decir más, á ella me dirigí con mi presa.

Fué, pues, á ese estudio adonde Sara había llevado el violín. Nunca había oído hablar de semejante estudio, aunque sabía que el señor Rayner se interesaba mucho por el estado de las cocheras y del establo. Comprendí que ese cuarto de dos ventanas, con su fuego, debía ser un local muy agradable en que pintar, por lo claro, seco y abrigado. ¿Sería allí donde el señor Rayner dormía? De ningún modo; pues en tal caso no me hubiera invitado á subir. No podía creer que él se hubiese arreglado un aposento sano y confortable en ese lugar, en tanto que su familia dormía envuelta en las emanaciones del pantano, al pie de la cuesta. Eso sería indigno del señor Rayner, pensé, recordando el cuidado que había tenido en arreglar una habitación seca para mí, simple institutriz de su hija. Sin embargo, ante las sospechas del señor Reade, anhelaba estar cierta de ello.

Mis deseos de averiguar la verdad crecieron hasta tal punto, que aquella noche cometí la bajeza de dejar abierta la puerta de mi habitación y la que daba acceso á la torre, y de escuchar atentamente por si oía pasos y el ruido de abrir la puerta por la que Sara había salido. Nada pude oír, sin embargo, por más que estuve despierta hasta muy pasada la hora en que los demás debían haberse dormido. Eso me quitó un peso de encima, como si se hubiese probado la inculpabilidad de mi propio padre, acusado de un hecho deshonroso.

Á la noche siguiente se desencadenó una violenta tempestad; el viento agitaba con furia el ramaje de los árboles y azotaba los muros de la torre, produciendo horrísonos silbidos. Como si no bastara el estruendo exterior, la puerta de la escalera de servicio, que siempre estaba sujeta hacia atrás, daba continuos golpes y chirridos por efecto del aire que la movía. Ese ruido era tan molesto que no pude aguantarlo. Había estado leyendo hasta muy tarde y sabía, por tanto, que todo el mundo debía dormir. Bajé, pues, muy quedamente para arreglar aquella puerta. Al llegar á ella, ví una luz muy pálida que se acercaba por el pasillo en el piso inferior. No había oído ningún ruido. Hice un movimiento tan rápido hacia atrás, que se apagó mi bujía. Esperé unos instantes, mi corazón palpitando con violencia, no tanto por saber quién era, como porque no me atrevía á moverme. La débil luz avanzó rápidamente y cuando llegó al pie de la escalera, ví que era de una linterna sorda

que me permitía distinguir con dificultad la figura de un hombre que la llevaba. ¿Iba á subir? Por un momento apenas pude respirar, y tuve que reprimir una exclamación de alegría cuando, por cierto movimiento de cabeza, reconocí al señor Rayner. Él no me había visto; metió una llave en la cerradura de la puerta que daba al jardín; la abrió; sacó la llave; salió y cerró por fuera, todo con tanta agilidad y de una manera tan sorda que un momento después hubiera podido creer que había soñado esa escena misteriosa. Toda ella había pasado tan absolutamente sin ruido, que si hubiese tenido los ojos cerrados, no me hubiera apercibido de nada. Con mano temblorosa aseguré la puerta, y subí á mi cuarto. No solo sentía profundamente que la suposición del señor Reade resultase cierta,—pues ya no podía dudar de que el señor Rayner dormía sobre las cocheras,—sino que se apoderó de mí un vago temor hacia ese hombre que podía deslizarse por la casa tan rápida y sigilosamente como un espíritu.

Pero cuando desperté á la hermosa mañana siguiente, en que el viento ya no batía mis ventanas, y el sol penetraba por ellas, toda desagradable impresión de la noche pasada se desvaneció como un sueño. Y cuando el señor Rayner llevó á la sala, después de comer, su cartera llena de dibujos y bocetos, y ví con cuanta satisfacción recibía mis elogios y mi crítica, (yo no era del todo profana en arte, pues mi padre fué pintor), me hice la reflexión de que no me atañía á mí juzgar sus actos, y dí por sentado que algún motivo poderoso tendría él, que yo ignoraba, para ir á dormir allá arriba fuera de la humedad, así como para todo cuanto él hiciese.

Se propuso pintar mi retrato y lo empezó aquella misma tarde en el comedor, que tenía luz polar, aunque algo débil para el objeto. Dijo que necesitaba terminarlo el día siguiente en su estudio. Yo me opuse á perder otro día de clase; más él contestó que toda la familia iría allí á pasar la mañana, con lo cual no dudaba, dijo, que quedaría yo satisfecha.

Así, pues, á las once de la mañana siguiente, el señor Rayner entró en el cuarto de estudios acompañado de su señora, quien como de costumbre, revelaba en su semblante que se la obligaba, contra su voluntad, á tomar parte en lo que su marido había dispuesto. Los cuatro cruzamos el jardín; entramos en las cocheras por el cuar-

to de guarniciones y subimos al desahogado aposento del piso superior, que tenía un aspecto aún más agradable de lo que yo me había imaginado.

El piso era de madera encerada, y lo cubrían parcialmente dos magníficos tapetes, una hermosa piel de tigre y otra, aún más hermosa, de león con la cabeza disecada. Haidée cogió esta última, se la puso sobre la falda y la estuvo acariciando todo el tiempo que allí permanecimos. En un extremo de la habitación había un tabique, detrás del cual supuse que el señor Rayner tendría su cama. La chimenea estaba encendida, y cerca de ella había algunas butacas deslucidas por constante uso, pero muelles y cómodas. De las paredes pendían diversos cuadros; á un lado había un escaparate de roble tallado, lleno de preciosos objetos y curiosidades; al lado opuesto una mesa-escritorio y en medio, cerca de la luz, el caballete y varias carpetas con gran profusión de dibujos medio acabados y esbozos. En conjunto, ese estudio era de mucho más agradable aspecto que el desmantelado salón de la casa. Esto mismo debió pensar la señora Rayner, al dar una rápida mirada, llena de interés, por toda la habitación, como si jamás la hubiese visto antes. Luego se sentó, sacó su calceta y se puso á trabajar, sin decir palabra. Yo me puse en la posición en que el señor Rayner me había colocado la tarde anterior, con la cabeza ladeada y las manos cruzadas debajo de la barba, y así permanecí mientras él pintaba y conversaba.

—¿Le gustan á usted las vistas que tomé en España?

—Sí, señor; sólo encuentro que se ven en ellas demasiados curas, con sus hábitos tan fúnebres.

—¡No sea usted intolerante! Precisamente esas figuras negras son indispensables en las deslumbradoras escenas españolas, para aliviar la monotonía de tanta luz y de tanto color vivo. Debe usted admitirlas bajo un punto de vista artístico.

—Está bien; pero bajo ningún otro concepto. Me recuerdan la Inquisición y todos me parecen jesuítas.

—¿Y qué mal hay en parecerse á un jesuíta? Yo mismo siento cierta simpatía hacia los jesuítas.

—Vamos, señor Rayner; no puede ser.

—¡No puede ser! Y ¿por qué no?

—Porque el jesuíta es un ser vil y cobarde que siempre trabaja

por debajo cuerda y por medios indirectos, y luego deja que los que le han servido de juguete sufran las consecuencias de la tempestad que él levanta.

—Mas los que le sirven de instrumento ó juguete no sirven para nada más. Es la hábil y atrevida mente del jesuíta la que concibe y coordina el plan; sobre él recae la mayor responsabilidad, y las persecuciones y martirios de que esa orden ha sido víctima, demuestran que la parte del trabajo que el jesuíta desempeña está erizada de peligros. No todo se puede conquistar por la fuerza de los puños. Todo hombre de *pesquis* que se ha abierto camino en esta vida, que ha medrado, ha sido un verdadero jesuíta.

—Pues entonces prefiero los infelices que no logran medrar; que sólo dependen de sus puños,—dije con decisión.

El señor Rayner me miró con una media sonrisa y repuso secamente:

—La mayor parte de las mujeres empiezan con esas ideas.

Me indignó, como indigna á toda joven, que me considerase comprendida entre “la mayor parte de las mujeres.” Nada más dije, por tanto, y permanecí sentada con los labios apretados de enojo. En el pálido semblante de la señora Rayner, que había escuchado con interés nuestro diálogo, noté una expresión de asombro por mi atrevimiento.

Después de dos horas de trabajo, el señor Rayner nos enseñó su boceto, que representaba una hermosa mujer de ojos grises oscuros y un poco más grandes que los míos, con boca de grana, algo menor que la mía; dientes más blancos; cutis más terso; mejillas más sonrosadas y la cabellera color castaño, que llevaba sujeta sobre la cabeza, un poco más lustrosa de lo que la mía era. El retrato, sin embargo, se me parecía algo, y me sentí mortificada cuando la señora Rayner cobró suficiente ánimo para decir á su esposo que me había favorecido, por más que yo ya estaba convencida de ello. El señor Rayner contestó que ningún retrato podía favorecer á una mujer hermosa, y ella, encogiéndose de hombros, se volvió para marcharse. Haidée se dispuso á seguirla; pero al llegar á la puerta, se detuvo para dirigir la última mirada de afecto al león y para ver si yo iba con ella.

—Hace usted una excelente modelo. Da gusto pintar con usted

por lo quieta que se está . . . y por otras razones,—dijo con pausado y deliberado acento mientras, sin levantar la vista, continuaba retocando el lienzo.—¿Con qué recompensaré su sacrificio de estar sentada ahí tanto tiempo sin bostezar ni moverse, como acostumbran hacer las modelos de oficio?

—Con nada; mi recompensa está en el hecho de haber servido á usted de modelo. El verse retratada halaga la vanidad, y el halago, dicen, es suficiente premio para la mujer,—contesté riendo al dirigirme hacia Haidée.

—Pues yo he de buscar premio más positivo que el de la lisonja,—replicó en voz baja, como si hablara consigo mismo, y me despidió con una afectuosa sonrisa.

Aquella tarde, al terminar las lecciones, Haidée me dejó sola en el cuarto de estudios, y á los pocos instantes de haber salido ella, compareció su padre con un pequeño estuche, viejo y gastado, en la mano.

—El pobre artista no ha olvidado su promesa, si tal nombre se merece,—dijo con fingida humildad.—Vea lo que ha ganado usted por haberse estado sin moverse.

Me llevó junto al balcón, y abrió el estuche, manteniendo la vista clavada en mi semblante. El estuche estaba forrado de terciopelo carmesí ya en muy mal estado, y se conocía que no había sido fabricado para la joya que encerraba. Ésta era un dije en forma de corazón, cubierto de lo que consideré los más hermosos brillantes que jamás había visto. Quedé suspensa de sorpresa y admiración, si bien la vista de tan rica joya me inspiró más bien terror que placer.

—Es el medallón más hermoso que he visto,—dije al fin, sin atreverme á dar por cosa segura que era para mí, mientras en mi ánimo luchaba por vencer la esperanza de que no lo fuera.

—¿Le gustan á usted los brillantes?—me preguntó en voz baja.

—Mucho, sí señor; considero un buen brillante la más hermosa de las piedras,—contesté casi sin aliento.

—¿Le gustaría tener la cabeza, y el escote y los brazos cubiertos de brillantes, como una duquesa en corte?—dijo con mucha tranquilidad; pero dé un modo por el cual yo no podía comprender si hablaba seriamente ó en chanza.

Le miré y reí con algún esfuerzo.

—¡Oh, no! No me gustan los brillantes para llevarlos yo misma. Estaría ridícula con ellos. Los brillantes son para las grandes damas; de ningún modo para simples institutrices.

—¿Y acaso no hay institutrices que llegan á ser encopetadas señoras?

—No creo que esa sea la suerte de la inmensa mayoría de ellas.

—Bien; mas sin ser gran señora, ¿no ha de serle lícito á una institutriz el uso de una joya bien y honradamente ganada?

—Sí; si ha sido ganada como usted dice,—contesté, procurando no inmutarme, aunque el corazón me palpitaba con violencia.

—Así, pues, puede usted aceptar esta bonita prenda como premio de servicios prestados á un artista agradecido, y como recuerdo de la agradable sesión que hemos tenido todos juntos en mi estudio.

—¡Oh, no, no! ¡de ningún modo!—exclamé con énfasis, apartando suavemente el estuche que él trataba de poner en mis manos.

—No se ofenda, ni se incomode usted conmigo, señor Rayner; pero la sola idea de poseer un objeto de tanto valor, sería para mí un martirio constante.

Él lanzó una carcajada.

—¡Qué cándida es usted! Á la verdad, me sorprende que una señorita de Londres sea tan poco lista que se le puedan hacer pasar burdas imitaciones por verdaderos brillantes,—dijo, pareciendo gozarse en mi turbación.—Este dije, cuyo valor fabuloso la tenía aterrorizada, vale unos quince chelines. Ni merece siquiera un estuche propio; por eso, como usted ve, lo he colocado en un estuche viejo que contenía antes un prendedor de Lola. No la preocupe, pues, hija mía, el valor intrínseco de la joya. Para mí tiene mucho valor; pero en diferente concepto. Vea usted.

Volvió el medallón, y en el dorso ví un monograma y la fecha 1792.

—¿Qué letras contiene el monograma?

—“R. G. D.”—leí yo.

—“G. D. R.”—dijo él, corrigiéndome.—“Gervás D. Rayner.” Son, pues, mis iniciales, las de mi padre y asimismo las de mi abuelo. Su valor, por tanto, consistió en haber pertenecido á mi abuela. Pero yo tengo muchos otros recuerdos de ella. Mi mujer, por otra parte, tiene muchísimas joyas guardadas en el Banco que jamás ha

de usar. No perjudica, usted, pues, á nadie, aceptando esa prenda, mientras que con ello proporciona una satisfacción á un antiguo amigo . . . pues creo que puedo considerarme ya un antiguo amigo de usted, ¿no es cierto? Durante el té, en plena sesión de familia, me oirá usted participar la recompensa que ha merecido por sus servicios, y no dudo quedará usted satisfecha, ¿no es así, modesta doncella?

—Pero yo no podré nunca ponerme semejante joya, aunque esas piedras, como usted dice, sean falsas.

—Llévela debajo del vestido, y así su brillo no deslumbrará á nadie,—dijo el señor Rayner, inclinándose hacia mí, y riéndose de mis escrúpulos.

La tomé, al fin, con cierta repugnancia que procuré ocultar lo mejor que pude.

Según había ofrecido, durante el té el señor Rayner dijo á su mujer :

—Con la mayor dificultad he logrado que nuestra orgullosa señorita Christie acepte en recompensa á sus servicios como modelo, una chuchería de dos peniques y medio, que ella casi me dió á entender no era digna de llevarse.

—¡Señor Rayner!—exclamé en tono de reconvención.

Había dado á mis escrúpulos el viso de que yo no consideraba la joya bastante buena para mí. Además, hay mucha diferencia entre dos peniques y medio y la cantidad de quince chelines. Sara, que estaba presente, me dirigió una mirada desagradable, como queriéndome decir que una institutriz no debía usar adornos de ninguna clase. La señora Rayner tampoco parecía estar muy satisfecha.

De modo que esa hermosa prenda, que mucha admiración me había inspirado, mas no el deseo de poseerla, era para mí causa de disgusto, más bien que de placer. Además de lo relatado, aquella misma noche me proporcionó otra mortificación. Cuando subí á mi cuarto, me senté en una butaca, dando la espalda á la puerta; saqué el estuche de mi bolsillo y me puse á contemplar la joya. Era, sin duda alguna, muy hermosa, y estuve pensando, mientras la hacía fulgurar en los últimos rayos del poniente sol, que si esos brillantes eran falsos y solo valían quince chelines, era un derroche lo que se pagara por los verdaderos, que costaban tantísimo más, sin mayor

lucimiento. Así estaba, con el estuche á la altura de mi cabeza para que la mortecina luz diera de lleno sobre la joya, cuya posesión al fin me causaba algún placer, cuando oí detrás de mí una voz que dijo:

—Conque esa es la *chuchería* de dos peniques y medio ¿eh?

Por supuesto que era Sara. Me había subido agua, por más que el jarro estaba lleno. Su tono de ironía y la risita burlona con que terminó su frase, me encolerizaron. Cerré el estuche y dije:

—Naturalmente que el señor Rayner no había de ofrecer á nadie un objeto de dos peniques y medio.

—No, señorita; especialmente por servicios como los de usted.

Dijo esto con tanta malignidad que, cuando ella hubo salido, eché el estuche sobre la mesa y prorrumpí en acerbo llanto.

CAPÍTULO XI

CUANDO hube secado mis lágrimas, me puse á reflexionar sobre la conducta de Sara para conmigo y sobre los motivos que podían haberle inspirado el odio que demostraba tenerme. Verdad era que su trato con todos los demás, nada tenía de grato y agradable. Mas había una malignidad en su modo de mirarme, que revelaba un odio especial hacia mí, y su tono adquiría una desdeñosa frialdad al dirigirme la palabra, aunque fuese tan sólo para preguntarme si deseaba más carbón, como si creyese que yo no merecía el lujo de tener lumbre. Su conducta nunca había sido tan descaradamente ruda como en esa noche, y principié á sospechar que la causa de su enemistad debía ser la gran consideración en que allí me tenían, con ser una recién llegada, mientras que á ella, después de tantos años de servicios en la familia, ni se la trasladaba de su cuarto en el primer piso, ni se la invitaba á servir de modelo para pintar su retrato. En una mujer de la experiencia y sentido común que en Sara se suponían, y que, como sirvienta, tan bien se hallaba en la casa, parecía una gran puerilidad el abrigar celos tan mezquinos de una institutriz, la que siempre es considerada como una señora, aun en los casos en que se sabe que no lo es. Lo cual, por cierto, es muy justo, puesto que su trabajo es mucho más difícil é ingrato que el de una criada.

Sara habría estado, seguramente, en alguna casa en que la institutriz sólo merecería desaires y faltas de atención de parte de la familia, y, por eso, consideraba una injusticia el que á mí se me tratase con tanta amabilidad.

La verdad es, pensé luego, que con tantas atenciones me echan á perder, y bueno es que haya quién me recuerde que no me merezco más que los demás, aunque sea tal vez más afortunada. Después de todo, creo que debiera estar agradecida á Sara.

Cambiando el curso de mis pensamientos, recordé la indicación que me había hecho el señor Rayner de llevar el corazón de brillantes debajo del vestido, y realmente era tan hermoso, y estaba yo tan agradecida á él por su bondad (pues suya no fué la culpa de los disgustos que la prenda me había ocasionado), que hubiera querido ponérmelo como él dijo; pero dos razones me hicieron desistir de ello. En primer lugar, si sujetaba la prenda por medio de una cinta, y por casualidad la viese alguien,—la señora Rayner, por ejemplo, y nada digo de Sara,—me hubiera sentido turbada y confusa, cómo quien ha hecho algo de que debe avergonzarse y que reclama disculpas ó explicaciones. Y cuando uno se siente así, es señal casi segura de que no hace exactamente lo que debe. La otra razón era la de que ya llevaba debajo del vestido, pendiente del cuello por una cadenilla de oro, otro recuerdo: una bolsita de cuero, que hice de un portamonedas viejo, con la esquelita del señor Reade, enviada en la cestita de flores que hallé en mi escondite.

Reflexioné que si continuaba poniéndome encima cuantos regalos y cartas recibiera, llegaría el día en que los trofeos colgados sobre mí, serían tan numerosos como los que lleva un indio, aunque nunca fuera mi orgullo el ostentarlos como hacen aquellos salvajes. Decidí, pues, encerrar el deslumbrador corazón en mi pupitre y contentarme con llevar el menos pretencioso dije que ya tenía puesto. Naturalmente que Sara ya había visto este último, por lo menos el exterior de cuero; fué una noche en que me acostaba con un fuerte resfriado, y ella entró con una taza de cocimiento que el señor Rayner le había encargado me subiera. Por la manera como abrió sus grandes ojos negros al fijar su vista en ese objeto, comprendí que hubiera querido saber qué contenía, y yo tuve una gran alegría en que ella no pudiera satisfacer su viva curiosidad.

El señor Rayner me regaló el medallón en un sábado. El día siguiente, al salir de la iglesia y mientras Haidée y yo, como de costumbre, esperábamos que sus padres arrancaran para marchar nosotras, el señor Reade se separó de su grupo y estuvo examinando las lápidas de las sepulturas, hasta que la corriente formada por los que salían nos hizo pasar cerca de donde él estaba. El señor y la señora Rayner se detuvieron ahí de nuevo, para hablar con alguien, y entonces el señor Reade dijo á la niña :

—Haidée, te doy un penique si puedes leer ese epitafio,—y señaló hacia uno en gótico antiguo.—Señorita Christie, creo que usted podría descifrarlo, aunque con dificultad; yo no puedo de ningún modo.

Nos acercamos á la indicada losa, sobre la cual Haidée se arrojó y fué deletreando la inscripción en voz alta y pausadamente, mientras el señor Reade permanecía con la vista fija en la lápida, á un lado de ella, y yo al otro.

Á pesar de su fingido interés en el epitafio, me dijo :

—Parece un siglo desde el martes.

Ese martes fué el día en qué nos habíamos encontrado en la tienda del pueblo. No debía reirme al lado de una sepultura, rodeada de tanta gente. Contesté, por tanto, con gravedad.

—Justos cinco días.

—Sí, pero ¡han sido unos días tan interminables!—dijo en voz más baja.

—No es cierto,—repuse.—Los días se van acortando mucho en esta época.

—Mas ¿no sabe usted cuán largo parece un día, cuando se quiere ver á determinada persona y no se puede? Pero tal vez usted ve todos los días á las personas que más desea ver.

—Á quien más desearía ver es á mi madre, y ella está muy lejos de aquí,—dije con seriedad.

—¡Oh, naturalmente! tiene usted razón; no pensaba en la familia.

—Tal vez estaría usted pensando en las señoritas que había en su *pew* el domingo pasado.

—¿Quién? ¿las señoritas Finche? Se equivoca usted. ¡Con demasiada frecuencia las veo! . . . Y lo peor es que vuelven para la

fiesta escolar. No sé por qué no han de contentarse con sus propias reuniones y fiestas. No, no; yo pensaba en una persona muy distinta . . . ¿No puede usted adivinar quién es ella?

En esto su mirada estaba fija en mí y no en la lápida. Y durante la pausa que siguió á sus últimas palabras, pude oír al señor Rayner decir:

—¿No le parece á usted, señora Reade, que Lorenzo siente una viva admiración por nuestra linda amiga, la señorita Christie?

No pude oír la contestación; pero fué dada en tono desagradable, y un momento después la madre llamó secamente al hijo, diciéndole que le estaban esperando. Sin embargo, todos se quedaron un rato sin moverse, y observé que el señor Rayner conversaba aún con la señora Reade, y que ésta parecía estar muy complacida de lo que él le decía. Sólo pude coger de las respuestas de ella las palabras: “los Bramleys” y “nuestra rama,” por las que me fué fácil colegir que los dos se habían encaramado por el “árbol genealógico” de la familia de aquella orgullosa señora.

Aquella semana había de ser una de extraordinaria animación en la parroquia. La fiesta escolar, que se había pospuesto, primero por enfermedades en el pueblo y luego por el mal tiempo, se verificaba el sábado, y el día antes se celebraba la fiesta de la siega. De esta última, nosotros no disfrutábamos gran cosa; sólo nos tocaba un sermón especial; los himnos en acción de gracias por el resultado de la cosecha (himnos, por cierto, poco apropiados aquel año, en que los labradores refunfuñaban más que nunca por el daño que las recientes lluvias causaron) y algunas mazorcas de maíz con que esos *agradecidos* campesinos adornaban los ventanales y el púlpito de la iglesia. Las señoritas Reade se habían encargado del ornato del templo; pues la señora del ministro estaba atareada con los preparativos para la fiesta escolar y su correspondiente “venta.”

Nuestro paseo de la mañana siguiente fué más largo que de costumbre, y cuando regresamos, Juanita vino á encontrarme con un aire de misterio.

—Señorita Christie, el señor Reade ha estado aquí durante su ausencia y ha pedido ver á usted. Dijo que le traía un recado, y cuando le contesté que usted estaba fuera y le pregunté si quería que dijese algo á usted á su regreso, me contestó que prefería escribirlo,

porque es de importancia. Conque dejó una esquelita; pero ¡ay! señorita, no fué mi culpa; Sara la cogió y la ha entregado al señor Rayner. Yo ya le dije que era para usted; pero no me hizo caso.

Subí á mi habitación muy mortificada por esa nueva ofensa de la odiosa Sara; y lo sentí doblemente por cuanto anhelaba conocer el contenido de la esquila. Sin embargo, en cuanto entré en el comedor, el señor Rayner se me acercó y me la entregó con una maliciosa sonrisa.

—Aquí tiene una cartita de amor que han dejado para usted. Ya sabrá usted de quién la esperaba.

—De nadie, señor Rayner,—dije, sonrojándome.

En esto yo no faltaba á la verdad, pues sabía muy bien que la esquila no podía ser de la índole que él insinuó, sino que contendría algún encargo de la señora Maitland. La abrí en seguida para demostrar que no la creía de importancia. Solo decía:

“Señorita Christie: mis hermanas, en vista de lo mucho que queda por hacer para la iglesia, temen no poderlo acabar. ¿Tendría usted la amabilidad de encargarse de una pequeña parte? Si no tiene usted inconveniente, mañana después del *lunch*, sobre las dos y cuarto, le llevaré la labor.—De usted afectísimo amigo, LORENZO READE.”

Creo que su laconismo me dejó contrariada; pero, por otra parte, fué mejor así, pues pude repetir su contenido en voz alta y con la mayor naturalidad. Luego, estaba á punto de romperla, para probar que no me interesaba; cuando observé que había algo escrito en la página interior. La metí, por tanto, en el sobre y la guardé en el bolsillo, como si fuera maquinalmente.

La comida me pareció larga aquel día. En cuanto terminó, fuíme al cuarto de estudios y saqué de mi bolsillo la esquelita. Lo que había escrito en la hoja interior, era esto: “¿Por qué fué usted tan poco amable conmigo el domingo?”

No había medio de enviarle una respuesta. Tenía que esperar hasta el día siguiente á las dos y cuarto. Pero creo que en vez de dar lecciones á mi discípula, hubiera preferido cantar toda aquella tarde.

No había creído necesario repetir al señor Rayner la hora en que el señor Reade dijo que iría. Á esa hora siempre nos hallábamos

reunidos en la sala. Pero al día siguiente, precisamente el día en que más me importaba haber estado allí, para oír las indicaciones del señor Reade sobre la labor que debía traerme, la señora Rayner me preguntó, apenas hubimos entrado en la sala, si tendría inconveniente en escribirle algunas cartas, que deseaba salieran por el correo de aquella tarde. Me hubiera sentado á escribirlas en la misma sala; pero ella me dijo:

—Sé que no le gustará que la distraigan. ¿Quiere usted que le envíe el café á su habitación ó al cuarto de estudios?

—Á mi habitación, si usted tiene la bondad,—contesté, y fuíme arriba muy disgustada.

Sería una majadería; pero me era muy agradable esa media hora de descanso en la sala, en que tomaba el café, leía los periódicos y escuchaba los chistosos comentarios del señor Rayner á las noticias del día.

Había terminado una de las insípidas cartas, que carecían de toda importancia, cuando llamaron á la puerta y entró Juanita muy agitada, pero con su acostumbrada risa.

—¡Ay! señorita, le traigo un paquete y he hecho á Sara rabiarse. Fui á abrir la puerta al oír la campana, y allí estaba el señor Reade montado, con esto en una mano. Me lo entregó y dijo: “Haga el favor de llevar este paquete al cuarto de estudios; es para la señorita Christie.” Luego se desmontó y lo acompañé á la sala. Ví que usted no estaba en ella, ni tampoco en el cuarto de estudios, y me figuré que estaría aquí. Al llegar al corredor, pensé: esta vez me adelanto á Sara, cuando al llegar al pie de la escalera, ella comparece y me dice: “Dame eso, yo se lo llevaré á la señorita Christie.” “No te molestes; ya lo subo yo,” contesté desde la mitad del tramo. Entonces quiso detenerme; pero fui más ligera que ella; subí volando y aquí tiene usted el paquete, señorita.

Y lo puso sobre la mesa con aire de triunfo.

—Gracias, Juanita,—dije tranquilamente.—No es más que una labor que me envía la señorita Reade para la iglesia.

Esto pareció contrariar á la muchacha; mas en seguida, como si una nueva idea hubiese cruzado por su mente, se puso á reír de nuevo. Corté el bramante y abrí el paqueté, para probar la veracidad de mis palabras. En él había, en efecto, un pedazo de franela

encarnada y algunas espigas de trigo con qué formar sobre aquélla las letras de una inscripción. Pero dentro había una cajita envuelta en papel y una esquila, ambas dirigidas: “Á la señorita Christie.” Á la vista de estos dos objetos, Juanita no pudo reprimir las demostraciones de alegría.

—¡ Ya yo me lo figuraba!—empezó; pero se contuvo y diciendo:—usted dispense, señorita,—se marchó, evidentemente con pesar.

Entonces abrí la esquila, que decía:

“Apreciada señorita Christie: Me permito la libertad de enviarle algunas rosas, que he cogido en un arbusto situado en un rincón donde las lluvias no pueden perjudicar las flores. Espero que no se habrán impregnado del olor de tabaco. No he podido encontrar otra caja en qué enviarlas. Pasaré á recoger la inscripción, si me avisa usted cuándo podré tener el gusto de verla.—Su sincero amigo
—LORENZO READE.”

Las rosas estaban colocadas en una caja de tabacos y conservaron el olor de aquéllos todo el tiempo que las tuve. Pero principié á considerar más agradable ese olor que el perfume de las rosas mismas.

Me sentía tan feliz aquella noche, que tuve una satisfacción cuando el señor Rayner me pidió que le acompañara al piano, y especialmente cuando ví que escogía piezas de ópera, puesto que con la dulce y apasionada música de *Don Giovanni* é *Il Trovatore* podía dar expansión á mis sentimientos. Me pareció que nunca había apreciado tanto esas bellas melodías, ni que jamás había contribuído con tanta eficacia á hacerles justicia, como en aquella noche al acompañar al señor Rayner. Mi ejecución le satisfizo tanto, que alargó la velada suplicándome continuara con: “Una más” y “Otra más,” hasta mucho rato después que la señora Rayner se hubo retirado. Hubiera, por mi parte, continuado hasta media noche. Pocos ó ningún comentario hacía yo entre las piezas, cuando el señor Rayner me preguntaba:—¿ Qué le ha parecido esa?—Pero supongo que le era fácil leer en mi semblante que disfrutaba mucho de la música, pues él se sonreía y parecía quedar satisfecho.

El reloj marcaba las diez y media, hora que los habitantes de los Alisos consideraban muy avanzada, cuando acabamos de tocar el
“*Voi che sapete.*”

—¿Cómo le ha gustado á usted ésta?—preguntó como antes, sólo que esa vez dejó el violín, y acercando su silla á mi taburete, se puso á tocar en el piano la misma melodía.

—¿Conoce usted la letra?—dijo, y cantó en voz baja:—“*Voi che sapete che cos'è amore.*”

—Oh, sí,—dije, orgullosa de poder lucir mis escasos conocimientos del italiano.—“Vos que sabéis lo que es amor.”

Me retiré un poco y él cantó con voz muy agradable todo ese trozo. Ninguna canción de amor me había jamás impresionado tanto como esa. Casi hubiera llorado mientras escuchaba, conteniendo el aliento por no perder ni una nota. Cuando acabó, se volvió hacia mí; yo no me moví, ni dije palabra; entonces se levantó como movido por resorte, fué hacia la ventana, quitó la barra de los postigos y abrió las vidrieras de par en par.

—Me estoy ahogando. ¡Quién pudiera estar en un balcón de Venecia!—exclamó.—Venga acá, señorita Christie.

Me levanté y le obedecí. Me cubrió la cabeza y hombros con un chal y me acercó á la ventana.

—Mire usted allá arriba, hija mía; mire la Luna ocultándose entre el follaje de los árboles. ¿No le gustaría hallarse en Venecia, oyendo á la luz de la luna, esas amorosas canciones en la misma tierra del Amor que ellas ensalzan?

—No deseo hallarme en parte alguna más que aquí,—dije con una sonrisa de felicidad dirigida á la luna.

—¿Por qué?—me preguntó.

Pero yo no podía decir al señor Rayner el por qué de esa preferencia.

—Pues yo daría no sé qué por estar allí, en este momento con la mujer que amo. ¡Allí conseguiría que ella me comprendiese!

Su acento apasionado, á la par que tierno me llamó la atención, y me decidí á ser muy atrevida.

—¿Y por qué no la lleva usted allá, señor Rayner?—dije resueltamente.

Mientras le hablaba y sonreía con la mayor dulzura posible, pues estaba muy asustada de mi propia audacia, observé que su mirada adquiría mayor intensidad y que todo su semblante se demudaba, como por un éxtasis. Comprendí que mis palabras le habían im-

presionado, y continué, por tanto, con anhelo, mientras apretaba nerviosamente la mano con que él sujetaba la mía, temerosa de que mi atrevimiento le ofendiera :

—Perdone usted, señor Rayner, que le hable así; mas usted ha sido el primero ¿no es cierto? Muchas veces he reflexionado sobre esto, y me ha extrañado siempre el que usted no se la llevara. Me parece muy cruel que usted, que tanto anhela el cariño y lo necesita, según usted mismo me ha dicho muchas veces, tenga que llevar una vida de reclusión por la apatía de la mujer con la cual está usted ligado.

Él pareció beber mis palabras como si fuesen un elíxir, y por su mano noté que estaba materialmente temblando. Todo lo cual me infundió más valor y proseguí :

—Estoy segura de que si la llevara usted, aunque le fuese difícil el convencerla y tuviera que obligarla por ésa fuerza de cariñosa persuasión que tan bien sabe usted emplear, y se hallara ella entre gente distinta y viera diferentes escenas, pronto volvería á la vida, para convencerse de que es usted muy superior á otros maridos, y le querría como en otro tiempo le quiso.

Al terminar mi discurso me descorazoné, pues comprendí que había ido demasiado lejos. Su espresión, que antes era de apasionado afán, se transformó en una de sorpresa y perplejidad, hasta que su semblante se cubrió con un ceño siniestro que me dejó helada y llena de pavor y vergüenza. Retiré mi mano de la suya y fuíme hacia el interior de la sala. Él me siguió, tomó de nuevo mi mano, y cuando le miré, balbuceando torpes excusas, ví que su rostro había recobrado su usual espresión serena y afable; aunque me pareció que él estaba algo triste.

—Nada tema, hija mía. No me ha ofendido con haber espresado francamente su idea. Pero usted no sabe, usted no puede comprender—¿cómo había de comprenderlo una niña como usted?—cuán grandes y profundos pueden ser los cuidados y las penas de un hombre, mientras se ve obligado á presentar al mundo una faz serena y risueña. Si usted lo supiera, no dudo que me tendría compasión.

—Le compadezco sin saberlo,—dije con afecto.

De repente levantó la cabeza y rió ligeramente.

—¡Es usted una farsante! Los ojos grandes de color gris deben ser apasionados, y los suyos son tan fríos como un lago en noche apacible de luna. Creo que es usted una ondina. ¡No tiene usted alma!

—¡Vamos, señor Rayner!—dije con tristeza y me dirigí al piano para arreglar la música.

—No se moleste. Ya la arreglaré yo. He retenido á usted hasta demasiado tarde. Buenas noches, ondina.

Casi temí que hubiera querido besarme, y después de ofenderle una vez, no me hubiera atrevido á impedírselo. Le dí, pues, la mano, tomé mi bujía y me marché con un poco de apresuramiento. Tenía coraje conmigo misma por haber estado poco afectuosa con el señor Rayner; no había sido ese mi ánimo.

Pero la verdad es que estuve pensando en el señor Reade durante toda la velada.

CAPÍTULO XII

AL llegar al primer piso, anduve más despacio, procurando no hacer ruido, por no despertar á Mona. Mientras iba por el corredor, me puse á meditar sobre las palabras del señor Rayner y en lo que habría querido significar al decirme que yo no tenía alma.

No será porque crea que no le compadezco,—dije para mí,—pues debe haber comprendido cuán grande es la compasión que me inspira. Tal vez no acierto á demostrarle claramente mi simpatía; pero no podía muy bien decirle más, sin exponerme á caer en una falta de respeto. No debo olvidar que el señor Rayner es no sólo de mucha mayor edad que yo, sino que también es el jefe de la casa en la que yo estoy empleada.

La noche estaba tranquila y no podía haber corriente de aire en la casa, estando ésta toda cerrada. Sin embargo de eso, al abrir la puerta de mi cuarto y entrar en él pausadamente, mi bujía se apagó de repente, como por ráfaga de viento, y pude oír algo como el aliento de una persona que soplabá. Me adelanté rápidamente, algo alarmada, y con la vista traté de penetrar la oscuridad. Pero esto me fué imposible, pues la lumbre se había extinguido, los trasparen-

tes estaban tirados y las cortinas corridas, de modo que no podía entrar ni un rayo de la luz de la luna. Estuve inmóvil unos instantes en el centro de la habitación; luego me dirigí con cautela hacia la chimenea, sobre la cual tenía la fosforera. Pasé la mano por los diferentes objetos que allí había, hasta que tropecé con una pieza de porcelana que al caer y hacerse pedazos hizo un estruendo. Éste no me impidió, sin embargo, oír otro ruido que en el mismo instante se produjo detrás de la mampara que había entre la cama y la puerta. Miré hacia allí y ví el bulto de una persona que salía del cuarto. Corrí para cogerla; pero no encontré á nadie.

Me metí de nuevo en la habitación, temblando de pies á cabeza y sin atreverme á ir, ni en una dirección ni otra, por temor de encontrarme con otros bultos. Cerré la puerta, aunque con pavor ante la idea de que tal vez me encerraba con otros en el cuarto. El crujir de las maderas del piso al ceder en algunos puntos bajo mi propio peso, me llenaba de espanto, como si fuese producido por pasos ajenos. Busqué otra vez los fósforos sobre la chimenea. Mis manos temblaban de tal modo que tardé en convencerme de que la fosforera no estaba allí. Fuíme hacia la mesa y tampoco la hallé encima de ésta. Entonces me dirigí hacia una de las ventanas,—idea que no se me había ocurrido antes,—descorrí las cortinas y subí el trasparente. La luna sólo despedía una pálida luz que las nubes apagaban á cada instante, de modo que en vez de alumbrar mi aposento lo llenaba de sombras, y éstas me amedrentaban más que la misma oscuridad. Una vez más busqué los fósforos, sin hallarlos en ninguna parte.

No podía acostarme con semejante luz, bajo la cual creía ver bultos en todos los rincones y oír ruidos detrás de mí en cualquiera dirección que me volviese. Decidí, pues, vencer mis temores y bajar á encender mi bujía en uno de los pisos inferiores. En la cocina debía haber con seguridad algunos fósforos. Reflexioné que la luz de la luna, que debía penetrar por las persianas, me bastaría para bajar sin hacer ruido.

Bajé por la escalera de servicio, por la que nunca había ido; llegué sin dificultad hasta el pie de ella; tomé por la izquierda y busqué una puerta. La primera era la de una alacena, en la que mi mano tropezó con varias escobas; la segunda estaba cerrada con

llave, pero como ésta estaba puesta, le dí la vuelta y abrí. Esa era, en efecto, la cocina; pero apenas me convencí con satisfacción de esa verdad, oí un ruido que conocía demasiado para equivocarlo: el de centenares de escarabajos huyendo á la desbandada. Prefería hallármelas con una docena de bultos misteriosos que sentir la desagradable impresión de aplastar bajo mi pie uno solo de aquellos insectos. Cerré, pues, la puerta aceleradamente.

No me cabía más recurso que retroceder por el corredor, donde estaba el despacho del señor Rayner, hasta llegar al recibimiento sobre cuya mesa sabía perfectamente que había fósforos.

El único temor que me quedaba era el de encontrar al señor Rayner, caso de que no hubiese aún salido de la casa para ir á su dormitorio. Si lo encontraba, tendría que explicarle el motivo que me tenía rondando la casa á aquella hora. Estaba, de fijo, muy mudada por el susto que había recibido para que mi palidez y temblor se escaparan á su mirada, y tendría, por tanto, que contarle todo lo que había pasado. Él haría pesquisas en seguida, y el resultado de ellas perjudicaría seguramente á alguien de la casa. Pues la única hipótesis que mi espanto me inspiró fué la de que había sido Sara, ó cualquiera de las otras criadas, quien (para darme un susto, ó tal vez para pasar la velada en una de mis cómodas butacas), se había introducido en mi habitación, y quien, por tanto, había apagado mi bujía para poder escapar sin ser vista.

Llegué sin novedad hasta el pie de la escalera que había bajado, y recorría sigilosamente el corredor, cuando oí rumor de voces. Me detuve un momento, luego seguí adelante, hasta que las voces se hicieron más claras y averigüé que procedían del despacho del señor Rayner, por delante de cuya puerta tenía yo que pasar. Por el pequeño rayo de luz que salía al corredor, descubrí que esa puerta estaba entreabierta y al mismo tiempo pude reconocer la voz de Sara. Ésta hablaba en voz baja y áspera, y al acercarme más á la puerta, le oí decir:

—Contra esa necia con cara de muñeca, que apenas ha salido del colegio y ya quiere ser maestra. ¡Valiente institutriz!

—¿No tienes nada más que decirme?—preguntó el señor Rayner muy bajo, pero en tono frío y penetrante.

—Es cuanto tengo que decirle—contestó ella.

Evidentemente ella sufría; casi le tenía lástima.

—Pues la cuestión está pronto resuelta. Puedes marcharte.

—¡Que puedo marcharme! ¡Marchar yo! ¿Sabe usted lo que ha dicho?—dijo ella, olvidando el respeto debido á su amo, y añadió en voz baja, pero que temblaba de ira:—¿Cree usted que se me puede reemplazar á mí tan fácilmente como á semejante juguete?

—Eso es cuidado mío. Me has pedido que escogiera entre los mal pagados servicios de una institutriz y los de una criada, pagados con exceso. Yo he escogido.

—¡Mis servicios pagados con exceso! ¡No es posible pagar demasiado por mis servicios!—exclamó.

—Mientras á tus demás buenas cualidades reunías la de la discreción, te he pagado según ese mérito. Ahora que te dejas llevar fuera de los límites de toda prudencia por pueriles sentimientos de despecho y celos, como cualquier tontuela, ese mérito se ha rebajado hasta el extremo de que yo considere tus servicios excesivamente pagados. Ya no eres una niña, Sara, y desde que lo eras, tu posición ha cambiado mucho y, en gran parte, por tu bien. Si no puedes avenirte tranquilamente á los cambios del tiempo, más vale que te marches.

—¿Y usted me dejaría ir por una advenediza?—preguntó ella acaloradamente.

—Jamás despediré á ningún individuo de mi casa por el capricho de otro individuo de la misma, por muy grandes que hayan sido los servicios del último.

—¿Que hayan sido, dice usted? Mi trabajo no ha concluído todavía, y si no puedo trabajar *con* usted, trabajaré *contra* usted,—prorrumpió ella con gran coraje.

—No tan aprisa, no tan aprisa,—dijo él con calma.—Encontrás un poco difícil la tarea de luchar conmigo, Sara Gooch.

Él hablaba en el tono en que le había oído hablar dos ó tres veces; tono que siempre me hacía estremecer. Mas, luego, cambiándolo en uno festivo y casi afectuoso, dijo:

—¿Vamos, Sara; crees tú que puedes pasarte sin mí, como yo puedo estar sin tí?

Hubo una pausa; luego oí sollozos y exclamaciones de Sara implorando perdón y piedad.

—¿ Por qué es usted tan cruel ? ¿ Cómo puede hablar así de mis servicios, cómo si yo fuese ya tan vieja que no sirviera para nada ? Esa chiquilla, esa niña Christie, que usted antepone á mí, jamás servirá á usted como yo le he servido.

—Los servicios de una institutriz son muy distintos de los de una criada. Y basta ya respecto á la señorita Christie.

—Sí, basta y sobra respecto á esa coqueta, que en su pupitre guarda el regalo de brillantes de uno, y lleva en el seno una esquila de otro, la cual besa furtivamente. ¡ Oh, yo la he visto, la muy . . .

—¡ Absurdo !—exclamó él con energía.—Y aun cuando lo hiciera ¿ qué tengo yo que ver con eso ?

Le oí levantarse rápidamente de la silla y cruzar la estancia. Entonces huí con el sigilo y la ligereza de una liebre.

Llegué temblando y sofocada á la mesa del recibimiento, cogí media docena de fósforos y subí la escalera sintiéndome muy desdichada. Había permanecido al lado de aquella puerta, como encadenada á ella, escuchando la conversación de los dos, y sólo cuando tuve que huir ante el temor de ser vista, me dí cuenta de la baja que había cometido.

Si él hubiese abierto la puerta y me hubiera visto arrojada á la pared á dos pasos de aquélla, ¡ qué triunfo para la rencorosa Sara al ver justificado su odio contra una joven culpable de acción tan vil ! ¡ Y cuánto hubiera variado la opinión del señor Rayner respecto á esa joven ! Él se hubiera convencido de su injusticia en considerar á la institutriz, capaz de espiarle, superior á la fiel criada.

Estas reflexiones me arrancaron lágrimas de remordimiento y vergüenza. Llegué á mi cuarto y encendí la luz. Todo temor había desaparecido ante el último incidente ; de tal modo que olvidé de dar vuelta á la llave. Cuando pude meditar con serenidad sobre lo que había oído, me convencí de que Sara era, en efecto, guardiana responsable de la señora Rayner, y de que, al decir ella que trabajaría *contra* su amo, si éste la despedía, quiso significar que publicaría por todas partes lo que por tanto tiempo se había tenido en absoluto secreto : eso es, que la señora Rayner, estaba punto menos que demente. No me extrañó desde aquel día tanto como antes, el que Sara sintiera tan profundos celos de mí. Había visto cuán violentas eran sus pasiones, y cuán honda la devoción que tenía por

su amo. Comprendí entonces cuán duro había de serle el presenciar las constantes atenciones que se prodigaban á una forastera en la casa; atenciones que ella, sin embargo, no debía esperar, dada su posición, aun cuando sus servicios con la familia hubiesen sido más dilatados y rudos que los de aquélla. Bajo la influencia de esas reflexiones, procuré inducir mi ánimo á perdonarla; pero no pude desechar el deseo de que se marchara de la casa.

Me levanté de la butaca y al fijar la mirada en el pupitre, ví que no estaba en su sitio. Tal vez lo había movido yo al buscar los fósforos; pero recordé que Sara había dicho que yo guardaba una joya en mi pupitre. No obstante, ví que estaba cerrado y yo siempre llevaba la llave conmigo. Abrí la sección superior donde guardaba la prenda, y allí estaba, aparentemente sin que nadie la hubiese tocado. Abrí entonces el cajoncito, con intención de leer una vez más, antes de acostarme, las dos esquelitas que había recibido del señor Reade, una el día anterior y la otra aquel día mismo. Esta última, la que él envió con la caja llena de rosas, ¡no estaba allí! Concebí, rápido como el rayo, una sospecha que me inquietó: ¡Sara la había tomado!

Fué Sara, pues, la que estaba oculta en mi cuarto aquella noche. Por algún medio ú otro, ella había logrado abrir mi pupitre y para apoyar su queja de que yo recibía cartas de un caballero, sustrajo aquella esquelita con el fin de entregársela al señor Rayner, bajo pretexto de haberla encontrado por casualidad, y demostrarle por la letra del sobre, conocida para él, que yo sostenía correspondencia clandestina con el señor Lorenzo Reade. Si ella leyó las dos esquelitas pudo convencerse de que eran de índole bien inocente; pero ¿cómo había de saber ésto el señor Rayner, sin haberlas leído? Estaba muy contrariada y disgustada. Todo se lo hubiera perdonado á Sara, menos el hurto de esa esquila para mí tan apreciada. Derramé más lágrimas por su pérdida, y pensé si Sara se tomaría el trabajo de restituirla, aun profanada por haber pasado por ella su vista.

Me acosté muy fatigada y triste, y por fin quedé dormida con las manos asidas á la bolsita pendiente de mi cuello, que contenía la primera esquila del señor Reade, sobre la cual Sara no podía poner sus manos.

Tal vez por efecto de la agitación de aquella noche, mi sueño fué más ligero que de ordinario. Por eso me despertó un ruido muy sutil; que al principio lo creí hijo de mi imaginación exaltada, y estaba á punto de cerrar de nuevo mis soñolientos ojos, cuando me fijé en que había luz en mi cuarto y que no era la del sol naciente.

Completamente despierta ya y helada por ese nuevo espanto, comprendí por las fluctuaciones de la luz en el techo, que debía producir aquélla una vela detrás de la mampara. Luego la ví adelantarse hacia el interior de la habitación; entonces cerré los ojos y fingí estar dormida. Mis dedos, entresudados y fríos por el horror, sujetaban aún la pequeña bolsa.

¿Quién será?—pensé—¿Sara? ¿Qué va á hacer ahora? ¿Iba á devolver mi carta?

No me atrevía á mirar; pero quedé tan inmóvil y escuchaba con tanto afán, que oía, ó me parecía oír, cada paso que daba el intruso. Se detuvieron, y por el efecto que producía la luz á través de mis cerrados párpados, conocí que la habían levantado para que sus rayos dieran de lleno en mi cara. Tuve, sin embargo, la serenidad de no moverme y fingir el modo de respirar de una persona dormida. Mas, luego, mi corazón pareció pararse, pues observé que la luz se acercaba más y más, y que el vago ruido de una persona que se movía, fué por instantes más perceptible, hasta que la luz brilló á algunos palmos de mi cabeza. No hubiera podido moverme entonces. ¡Estaba casi paralizada de terror! Al mismo tiempo, me apercibí de un olor débil, pero repulsivo, y sentí que una mano tocaba la ropa de la cama.

Á pesar de eso permanecí tranquila. Había forjado un plan en aquellos dos instantes, que parecieron horas, en que la luz se acercaba tanto á mi cama. La mano se deslizó suavemente por debajo de las sábanas hasta llegar á mi cuello, donde mis manos estaban agarradas á la bolsita de cuero. Trató de desasirlas; pero mis dedos se aferraron á mi tesoro con la tenacidad de la muerte. La mano se retiró después de esa lucha; oí destapar un frasco; el desagradable olor se hizo más fuerte y sentí sobre mi cara un pañuelo empapado en una sustancia nauseabunda y sofocante.

Entonces me incorporé; lancé un chillido tan fuerte y tan penetrante como pude; tiré del pañuelo que me habían puesto, y me

encaré con Sara. Ésta se echó para atrás con el semblante lívido de coraje; pero sin pronunciar palabra. Tenía un frasco en la mano y con un movimiento rápido trató de arrebatárselo, aunque en vano, pues fué más lista que yo, y con un paso atrás contra la mampara, lo puso fuera de mi alcance. Al dar contra la mampara, ésta se derribó al suelo, y produjo gran estruendo. Esto desvió mi atención por un momento, que ella aprovechó para lanzarse sobre mí; pero en seguida se oyó otro ruido que producía tanto terror en ella como el que me causaba á mí su voz áspera y odiosa. Era el señor Rayner que desde la puerta gritaba con energía y severidad:

—Sara ¿me oyes? ¡Sal aquí al instante!

Como si fuese por virtud de un talismán, contra cuya influencia ella supiera que era en vano luchar, se dirigió tranquilamente hacia la puerta, y quedé sola.

Salté de la cama, cerré la puerta y caí al suelo detrás de ella, en completa oscuridad, presa de un ataque de llanto nervioso, que no podía reprimir. Al poco tiempo me calmé algo; mas entonces sentí mis piernas y brazos fríos y entumecidos. No tenía fuerzas para moverme y creí morir.

En esto oí un ruido, como la caída de un cuerpo, al pie de la escalera, seguido de un grito de mujer. Un instante después oí una voz que me llamaba.

CAPÍTULO XIII

—¡SEÑORITA CHRISTIE!

Era el señor Rayner que me llamaba en voz baja. No me moví, ni contesté.

—Señorita Christie; ¿está usted ahí? ¿está usted enferma, hija mía?

Oí dar vuelta al botón de la puerta, pero ésta estaba cerrada con llave. Levanté la cabeza y con voz débil y temblorosa, dije:

—No estoy enferma, señor Rayner; muchas gracias.

—Pero su voz está muy débil. ¿Le duele algo? ¿le ha hecho algún daño aquella mujer?

—No, señor, no; nada me duele; sólo estoy asustada. Ya se lo contaré á usted todo mañana; ahora no puedo hablar.

—Pero, hija mía, yo no puedo marcharme á dormir sin estar seguro de que nada le pasa. Póngase la bata y salga, para qué pueda yo convencerme de que usted está del todo bien.

No me hallaba con ánimo de abandonar mi habitación otra vez aquella noche.

—De veras, señor Rayner, que estoy bien; mas no puedo salir ahora, porque estoy muy abatida por el susto.

—Pues voy á buscar un poco de agua con aguardiente y la dejaré aquí fuera para que usted la recoja.

—¡No; le suplico que no lo haga! No me atrevería á salir por ella. Me parece que si abriese esta puerta, Sara entraría de nuevo. Si la viera otra vez esta noche, el susto me mataría. ¡Oh! por favor, señor Rayner, no la deje acercarse!—exclamé y prorrumpí en nuevo llanto.

—No se aproximará á este sitio, hija mía, se lo juro. Voy á cerrar la puerta al pie de esta escalera, y yo mismo vendré á libertar á usted por la mañana. Estará, pues, en completa seguridad.

La idea de que me encerrara no me inspiró mucha fe en esa seguridad que él consideraba completa. Pero le dí las gracias, y al desearle buenas noches, le supliqué por última vez que alejara á Sara de allí. Me levanté del suelo; llegué tambaleando hasta la mesa, encendí la bujía y me acosté sin apagar la luz. Era la primera vez que tuve miedo de la oscuridad. Estuve largo rato despierta y atenta al menor ruido, hasta que la fatiga me rindió y quedé dormida.

Á la mañana siguiente oí al señor Rayner abrir la puerta al pie de mi escalera en el momento que yo abría la de mi habitación, dispuesta ya para bajar. Él quedó esperándome. Cuando me acerqué á él, me miró con ansiedad y pareció quedar espantado ante mi aspecto. Ya había observado yo misma, al vestirme, cuán pálida y desencajada estaba, y la poca espresión y lustre que tenían mis ojos circundados por profundas ojeras.

—No debía de haberse levantado usted hoy. Debí permanecer en cama, y se le hubiera enviado el almuerzo.

Temblé ante la idea de tener más visitas en mi cuarto, estando yo en cama, y no pude pensar en convertirme en semi-inválida, asistida por Sara, sin que sintiera un sudor frío en todo el cuerpo.

—Tome mi brazo, hija mía; apenas puede usted andar. Vamos á almorzar; una taza de café caliente le hará á usted mucho bien. Después entrará usted en el despacho y hablaremos. Pero nada diga en la mesa sobre lo ocurrido anoche, porque mi mujer podría asustarse.

Tomé su brazo, pues realmente no me sentía segura sobre mis pies; él me condujo al comedor y me dejó en una butaca, en vez de llevarme á la silla que solía ocupar durante la oración. Entonces Haidée, que había notado el cambio en mí, me dió dos besos como consuelo, y fué á tocar la campana para que las criadas se apresuraran á asistir al rezo de la mañana. Me aferré á los brazos de mi butaca, y mantuve la vista baja y los labios apretados, á fin de no hacer ninguna involuntaria demostración cuando entrara Sara en el comedor. Pero cuando llegaron las criadas me convencí, sin mirar, que Sara no estaba ahí. Efectivamente, Juanita sirvió á la mesa. ¿Se habría marchado ya? Mi corazón saltó de alegría ante esa idea. Durante el almuerzo el señor Rayner dijo:

—Voy á proponer un día de asueto para hoy. Tanto la institutriz como la discípula tienen mal semblante, y creo que el descansar un día de sus lecciones les hará bien. Siento decir que mis móviles no están del todo exentos de egoísmo. Tengo que arreglar las cuentas de la Caja de Ahorros, y desearía, señorita Christie, que usted me ayudara, si no le sabe mal concederme unas dos horas de su tiempo. No la detendré más que eso.

Consentí con cierto temor. Me tocaba tener una escena con el señor Rayner y anunciarle un propósito que implicaría el empleo de mucho argumento, de mucha persuasión y que hallaría en él mucha resistencia, contra la cual no me consideraba con fuerzas para luchar, abatida como me hallaba.

—¿ Á qué hora me necesitará usted, señor Rayner?

—Cuando esté usted dispuesta.

—¿ Puedo disponer de una hora, después del almuerzo, para acabar un trabajo pendiente? Aunque no importa, si usted prefiere . . .

—Espero á usted en el despacho, dentro de una hora.

Después del almuerzo fuí arriba y encontré á Juanita arreglando mi cuarto. La descubrí varias veces mirándome de soslayo y con una expresión como si su interés por mí hubiese crecido. Debíó

haber oído algo sobre el suceso de la noche anterior, y yo deseaba saber qué era lo que había llegado á su noticia. Ella se preparaba para marcharse cuando yo entré; pero la detuve.

—No se vaya Juanita; veo que le falta poco; puede usted acabar. ¿Conque está usted arreglando las habitaciones esta mañana?

—Sí, señorita; tengo que acostumbrarme á ello.

—¿Cómo es eso?—dije con una sonrisa, para animarla á hablar.

—¿No sabe usted, señorita? Sara se marcha.

—¿Se va Sara?—dije sin poder ocultar mi satisfacción ante tan halagüeña noticia.

—Sí, señorita. ¡Oh! ha habido la de Dios es Cristo! ¡Si la hubiese usted oído! . . . Pero, en fin, se va; y yo por mi parte no lo siento pizca.

—¿Y por qué se marcha?

—Pues qué, ¿no lo sabe usted, señorita?

Ella habló con timidez, mas no me hubiera creído, sin duda, si le hubiese contestado negativamente, y dije:

—Lo supongo; pero ¿qué razones ha dado ella á ustedes?

—Todo lo que dijo se refiere á usted, señorita. Esta mañana bajó toda enfurecida y declaró que no quería continuar en una casa en que tales cosas pasaban . . . Esto es lo que dijo, señorita.—Hubo una pausa, pues la pobre muchacha luchaba con su timidez y con su deseo de desembucharlo todo.

—Siga, Juanita, siga; ya sabe usted que yo misma la he inducido á hablar,—dije.

—Pues bien, señorita; ella dijo un sin fin de cosas contra usted; pero nosotros no hicimos caso, pues la cocinera y yo estamos acostumbradas á las majaderías de esa vieja. Mas luego dijo . . . ella dijo . . .

—¿Qué dijo?

—Que habiendo oído ruido en el cuarto de usted, ella subió, y que . . . que . . .

—Siga, Juanita.

—Y que el señor Rayner llegó á los pocos instantes y no pareció gustarle mucho el encontrarla allí . . .

—Bien, ¿y qué más?—pregunté.

Pero Juanita no quiso proseguir; se puso muy colorada y estuvo

dando vueltas nerviosamente á un paño que tenía en las manos. Mientras estaba contemplando la perplejidad de la muchacha, comprendí súbitamente la terrible verdad sobre el sentido en que Sara había querido explicar el incidente de aquella noche pasada. No hablé por un momento; sentía una extraña impresión que me oprimía el pecho. Luego dije con mucha tranquilidad:

—Supongo que Sara no les habrá contado que intentó robar un objeto que llevo suspendido al cuello; que cuando vió que no podía, me echó sobre la cara un pañuelo saturado con alguna droga para que yo perdiese el conocimiento; que fueron mis gritos los que hicieron subir al señor Rayner, y que éste se mantuvo fuera la puerta llamando á Sara, hasta que ella salió y se fueron juntos. Voy á enseñarle el pañuelo, Juanita.

Lo había metido en un cajón de mi cómoda. Al sacarlo, pude percibir aún el olor del líquido de que había estado empapado. La cara de Juanita adquirió una expresión de asombro, á la par que de franca alegría.

—Estoy tan contenta, señorita, que me pondría á bailar,—exclamó la buena muchacha.—Ella nos dijo que el señor Rayner la había dejado rodar por la escalera, en la oscuridad, y que no le hizo caso, sino que siguió subiendo hasta este cuarto. En verdad, ella está muy magullada; pero le está bien empleado. Nunca puede una creer lo que esa Sara dice. ¡Y que ella nos venga á hablar de las cosas que pasan aquí! . . . ¡Oh! no nos reímos poco, la cocinera y yo!

Así continuó charlando sobre Sara y sus defectos, hasta que concluyó su trabajo y se marchó haciendo una mueca, que quiso ser sonrisa de amistad.

Con que Sara se marchaba, después de haberme inferido la más grave de las ofensas; la de propalar mentiras que atacaban mi reputación. Pero seguramente no se marcharía en seguida, y yo no podía dormir otra noche bajo el mismo techo con ella. Saqué, pues, todas mis cosas y empaqueté mis baúles, según había determinado mientras estuve desvelada la noche anterior. Abrí el pupitre; ¡allí estaba la esquila que me habían robado! Participaré al señor Rayner mi propósito de marcharme—pensé yo,—cuando baje al despacho, y le pediré permiso para ir á tomar el tren esta misma tarde.

Sentía dejar los Alisos y separarme del señor Rayner y Haidée. Había además otra razón que me hacía aún más penosa la idea de abandonar la comarca de Geldham . . . Pero los terrores de la noche que acababa de pasar, me habían producido una impresión tan fuerte, que contrarrestaba todo otro sentimiento. Aun á la luz del día, al dirigir mis miradas hacia los distintos rincones de mi pequeña habitación, sentía cierto horror por haber sido ésa la escena de mi terrible aventura.

Otro motivo me impulsaba á partir cuanto antes. Sara era una criada de mérito, según ella había insistido en hacer constar y según el mismo señor Rayner había reconocido. Yo era el único obstáculo á que ella permaneciese en la casa ; y realmente era preferible que se fuese la que pudiera ser con más facilidad reemplazada. Por otra parte, vinieron á fortalecer mi resolución de marcharme, los bien fundados temores de que, al fin y al cabo, Sara no se iría de la casa. Yo no había recibido sueldo alguno aún, pues mi permanencia allí no contaba dos meses ; pero mi tío me había dado una moneda de oro para un caso de necesidad. Ese caso había llegado. Dejé, pues, mi equipaje arreglado y bajé al despacho, sintiéndome muy nerviosa. Llevaba en el bolsillo el pañuelo de Sara, como cuerpo de delito para probar que mi aventura no había sido un sueño ó una alucinación, como temía que el señor Rayner intentaría hacerme creer.

—¡ Adelante!—dijo el señor Rayner, al llamar yo á la puerta de su despacho.

Se levantó, me condujo á una butaca cerca del fuego y me suplicó que esperara mientras él iba á hablar con Samuel. Se marchó, y yo me dediqué, con precaución, á hacer amistad con su perro, que compartía conmigo el felpudo tendido delante de la chimenea. El perro era de buena índole y mis relaciones con él habían adelantado hasta el punto de que me bajé de la butaca para acariciarle con más comodidad, cuando en esto levanté la cabeza y ví á Sara.

Me alcé, dando un grito que no pude reprimir, y corrí hacia la campanilla.

—¡ No llame!—exclamó.—Por lo menos, espere usted un momento, y escuche. No daré un paso más adelante. El señor Rayner estará aquí dentro de poco y él la detendrá largo rato,—dijo con

voz desagradable.—No puedo hacerle daño. Tampoco me propuse hacérselo anoche, ni quise robarle su esquila. ¿Por qué había de robar un pedacito de papel? Ya ve usted que sé lo que es. Sólo deseaba leerla. Soy muy curiosa, y no me paro en pelillos para averiguar lo que deseo saber, aunque sean cosas triviales. Lo que puse en el pañuelo no le hubiera causado á usted ningún daño; sólo le hubiera hecho dormir más profundamente, á fin de que yo pudiese sacar la esquila. Pero era mi intención restituirla. Siento haber causado á usted un susto, y vengo á pedirle que me lo perdone.

Dijo todo esto en tono frío y áspero que no revelaba ni el menor arrepentimiento por su cruel atentado.

—No, no; no puedo perdonarla; por lo menos no puedo hacerlo todavía. No fué solamente el hecho de querer robar mi esquila y hacerme perder el conocimiento, sino la mirada que clavó en mí, la cruel mirada, como si con ella hubiese usted querido matarme,—dije, poniéndome muy agitada al recordar el siniestro brillo de sus ojos cuando iba á lanzarse sobre mí por segunda vez.—¡Oh, no puedo olvidarlo; no puedo! Y aún ha hecho usted algo peor; ha contado á la cocinera y á Juanita que el señor Rayner subía á mi habitación. Eso ha sido una infamia por su parte, pues sabe usted muy bien que no es verdad.

—Se lo habrá dicho esa chismosa de Juanita,—dijo Sara encolezándose.—No he dicho semejante cosa; pero á ella le gusta hacer un cuento de todo lo que oye. Ya sabe usted, señorita, lo charlatana que es esa chica.

Lo sabía bien; pero no creía á Juanita capaz de haber alterado en gran cosa la relación que Sara hizo de lo sucedido. Hubo silencio durante unos momentos, hasta que Sara prosiguió en tono algo diferente:

—Es usted muy dura con una pobre sirvienta, señorita Christie; y esto no es generoso en usted. No le niego que tenía celos de usted y que quería probar al señor Rayner que usted recibía clandestinamente cartitas de cierto joven. Ya usted ve que se lo he confesado todo. Pero ¿no le parece cruel que quien ha servido bien á su amo y familia durante siete años, tenga que marcharse por disposición de una señorita que apenas ha estado en la casa dos meses?

—No es por disposición mía, Sara; nada tengo yo que ver con eso.

—¿Que nada tiene usted que ver con ello? ¿Puede usted negar que me tiene antipatía?

—Yo nunca le hubiera tenido antipatía, si usted no me hubiese revelado constantemente su odio hacia mí y su repugnancia en servirme. En cuanto á su marcha, la primera noticia que de ella he tenido, ha sido esta mañana al preguntar á Juanita por qué motivo arreglaba ella las habitaciones.

Me sonrojé al decir esto; pero no podía yo confesar á Sara que había oído hablar por primera vez de su marcha la noche anterior, mientras escuchaba fuera de la puerta de ese mismo despacho.

—Entonces ¿usted no quiere que yo me vaya?

—Me es indiferente que se vaya usted ó que se quede, puesto que tengo arreglado mi equipaje y regreso á Londres esta misma tarde.

Sara quedó por un momento sorprendida; mas luego lanzó una sarcástica carcajada.

—Usted no se irá,—dijo.

—Puede usted subir y ver mi equipaje,—repliqué indignada.

—¿Tiene usted inconveniente en decirme, señorita, si ha hablado ya sobre esto con el señor Rayner?

—Aún no; pero voy á decírselo esta mañana.

—Pues si quisiera usted, señorita, antes de marcharse,—(pronunció estas palabras con marcado énfasis)—le agradecería mucho pidiera al señor Rayner que me permita quedar. Á usted, según dice, le es indiferente; pero á mí me importa el quedarme más de lo que puedo expresar.

Por primera vez durante esa entrevista noté verdadera emoción en su voz.

—Mi petición no podrá hacer que el señor Rayner modifique la resolución que sobre este asunto haya tomado. Exagera usted mucho mi influencia en la casa. Estoy segura de que el señor Rayner no hace ni con mucho tanto caso de mis palabras como de las de usted.—Sara me miró fijamente al decirle esto, mas no pareció quedar satisfecha, y yo proseguí:—Eso es muy natural y justo, puesto que le ha servido tantos años y que además es usted de mucha mayor edad que yo.

Por la contracción de su boca comprendí que mis últimas palabras la habían disgustado; pero no había sido mi ánimo dirigirle una ofensa. No obstante eso, después de una corta pausa, ella dijo:

—Pues por lo mismo que no teme usted, señorita, que sus palabras produzcan efecto alguno, tal vez tenga usted menos inconveniente en pedir al señor Rayner me permita continuar en su servicio.

Me encogí de hombros ante su extraña insistencia. Mi intervención,—reflexioné,—no había de influir en su suerte, y puesto que yo me marchaba, lo más probable era que ella se quedaría. Le dije, por tanto:

—Está bien, Sara; se lo pediré.

—¿Lo promete usted, señorita?—dijo, mientras sus ojos adquirían extraño brillo.—Sé que las personas bien nacidas como usted no faltan á su palabra. Así, con que usted me diga: “lo prometo,” sabré que puedo confiar en usted, y que no me guarda usted rencor.

Debía tener verdadero empeño en conseguir lo que pedía cuando se avino á calificarme de “persona bien nacida.”

—Lo prometo,—dije.

En vez de demostrar un poco de agradecimiento al conseguir lo que con tanto afán había solicitado, Sara se irguió con aire de triunfo en cuanto hube pronunciado mi promesa, y salió del despacho diciendo únicamente con frialdad:

—Gracias, señorita.

Al marcharse ella, me pareció como si se hubiese alejado una nube que ocultara el sol. No tardó en volver el señor Rayner. Nada le dije sobre la reciente visita de Sara, ni de mi intención de marcharme, hasta que hube terminado el pequeño trabajo de arreglar las cuentas de la Caja de Ahorros. Esa tarea había servido de pretexto, sin duda, para concederme un día de descanso, puesto que estaba indispuesta. Cuando terminé aquellas cuentas, el señor Rayner me hizo ocupar de nuevo la butaca y me ofreció una copita de vino. Me estaba poniendo nerviosa ante la idea de tener que anunciarle mi marcha.

—¿Han desaparecido los efectos del fuerte susto de anoche, hija mía?—me preguntó con afabilidad.

—Los efectos de sustos semejantes no desaparecen tan fácilmente, señor Rayner,—contesté en voz baja.

—Ya sé que no se puede olvidar en el acto un incidente tan desagradable; pero espero que con algunos cuidados y un poco de amabilidad se logrará desvanecer ese recuerdo por completo de su mente.

—Si se refiere á los cuidados y á la amabilidad de usted,—dije, mirándole con gratitud,—no sé cómo podrá dispensarme más de una y otros de los que me ha prodigado hasta ahora. Pero hay sucesos que jamás se pueden olvidar sino estando lejos de los sitios en que ocurrieron. Por esta razón, señor Rayner,—continué precipitadamente,—yo le suplico no me considere mal agradecida ni caprichosa si le pido que me exima de la obligación contraída con usted, y me permita volver á Londres por el tren de esta misma tarde. Al efecto he arreglado ya mis cosas, y todo está listo, pues creo que si hubiera de dormir otra noche en aquella habitación me volvería loca.

Él se sentó á mi lado y me dijo con tono de gravedad:

—Hija mía, usted no puede hacer eso . . . debe desistir de hacerlo por nosotros.

—¡Pero tengo que hacerlo, realmente, señor Rayner!—exclamé medio llorando.—Usted no sabe, no puede imaginarse cuánto sufrí al sentir la mano de esa mujer deslizarse hacia mi garganta de modo que creí que iba á matarme. ¡Lo creí de veras! Luego creí que la droga en que el pañuelo estaba empapado era un veneno. Ella dice que es simplemente algo para hacer dormir. ¿Es esto cierto, señor Rayner? Aquí está el pañuelo.

Lo saqué de mi bolsillo y se lo entregué.

—Es verdad,—dijo; si bien le ví fruncir el entrecejo.—Es cloroformo que ha sacado de mi botiquín; he echado de menos el frasco esta mañana. No; esto no hubiera causado á usted daño alguno, ni creo que Sara tuviera intención de hacerle daño. De todos modos fué una pasada muy cruel. ¿Sabe usted qué la impulsó á hacerlo?—preguntó, fijando en mí su mirada penetrante.

—Sí, señor; ella misma me lo ha dicho. Quería coger una esquila que recibí de un amigo y que llevo pendiente del cuello.—Me sentí muy sonrojada, pues por lo que oí á Sara contar al señor Ray-

ner la noche anterior, sabía que él estaba enterado de todo lo relativo á esa esquila. Continué, sin embargo, con aparente serenidad: —Ella quería leer esa esquila; pero no pudo arrancármela porque la tenía yo cogida con los manos entrelazadas. Mas ya la he perdonado y le he ofrecido pedir á usted que la deje quedarse aquí. Le he dicho que yo no podía influir para nada en el asunto; pero ella me ha hecho prometer que se lo pediría á usted.

—¿Y por qué piensa usted que su intervenció'n no ha de influir en eso?—dijo con amabilidad.

—Porque no hay razón alguna para que crea lo contrario. Pero de todos modos, yo no hubiera ofrecido á Sara pedir á usted que la dejara quedarse, si yo misma no hubiese estado decidida á marcharme. Es preciso, pues, señor Rayner, que me permita separarme de ustedes.

—Puede usted ir, si así lo quiere; aunque los Alisos parecería más que nunca una tumba sin usted, hija mía, ahora que nos hemos acostumbrado á ver su linda carita y á oír su dulce voz por este sitio tan solitario,—dijo en voz triste y algo tierna que hizo asomar lágrimas á mis ojos.—Pero no puede usted marcharse hoy. Considere usted lo que la gente diría de nosotros, si se propalase el rumor de que la institutriz de nuestra hija había sido tan cruelmente tratada en nuestra casa, que se vió en la necesidad de marcharse sin dar previo aviso. Además, todos esperan ver á usted en la fiesta escolar, y creo que si nuestro joven amigo Lorenzo—no se sonroje, querida—supiera que usted se había marchado, perdería la cabeza y nos acusaría de haberla asesinado. Aún hay más: le sería á usted muy difícil, créame, hija mía, el hallar otra posición, si dejara la primera tan pronto, por cualquier motivo que fuese. No, no; tendrá usted otra habitación, ó Juanita dormirá en la misma que tiene por algún tiempo, hasta que su actual estado nervioso se haya calmado. Entonces, si al terminar los tres meses persiste usted en su propósito, no nos opondremos á su marcha, aunque creo que alguno de nosotros jamás hallará consuelo si usted nos deja tan pronto.

Habló con tanta dulzura, con tanto afecto, al propio tiempo que con esa autoridad inherente al hombre dotado de superior juicio, que me sentí impulsada á ceder. Obligada, no obstante, por mi promesa, tuve que pedir de nuevo al señor Rayner que permitiera á

Sara quedarse también, á lo que accedió en seguida. No muy satisfecha del resultado de mi intervenció en eso, le supliqué luego que consintiera en que Juanita me sirviese, en vez de Sara, en todo lo que fuese posible, durante los primeros días.

No me fué muy agradable ver, más tarde, la amarga sonrisa de Sara al decirme, cuando supo que yo me quedaba:

—Ya se lo dije á usted, señorita.

—He cumplido mi palabra, Sara; he pedido al señor Rayner que usted se quede también,—le dije.

—Luego ¿no debo marcharme, señorita?

De mala gana tuve que participarle que el señor Rayner había accedido á sus deseos.

Al dirigir la mirada á esa cara, en la cual jamás podría ver ya otra cosa que malignidad, se apoderó de mí indecible horror, ante la idea de que me había comprometido á permanecer cinco semanas más en la misma casa con esa odiosa mujer.

CAPÍTULO XIV

APROVECHÉ el asueto que se me había concedido, para trabajar sin levantar mano en la labor para la iglesia. Creí que el señor Reade hubiera ido aquel día á recogerla; pero no fué así. Al día siguiente, jueves, terminé la inscripción y la dejé preparada para entregar al señor Reade; pero tampoco compareció. El paseo de esa mañana con mi discípula fué corto, pues Haidée se fatigaba á la sazón, si nos alejábamos mucho. Pero por la tarde, después de clase, salí al jardín con un libro en la mano, y me dirigí á mi “nido.” El día anterior lo había pasado sin hacer esa cotidiana visita, lo que rara vez sucedía; mas el señor Rayner me había prohibido salir de casa, porque me halló con calentura, efecto sin duda, de la terrible noche pasada.

Encontré á Mona sentada entre los juncos cerca de la laguna, á pocos pasos de mi escondite. Estaba tarareando y jugando con unos palitos y unos pedazos de papel. Al verme, se deslizó por la pendiente de la orilla y se metió en el fango cerca del agua, como para ocultarse de mí. Viéndola desaparecer de ese modo, temí que

cayera en la laguna ó que se hundiera en el lodo que cubría el borde de ese charco, y que luego no pudiese subir por la resbaladiza pendiente. Me abrí paso, pues, por entre los juncos y llegué á la orilla. Allí estaba la niña atareada en enterrar los pedazos de papel en el barro, con ayuda de dos palitos. Cuando me acerqué á ella para hablarle, se echó atrás sobre la espalda, con la cabeza casi en el agua, y se puso á patalear desesperadamente. Esta extraña conducta me hizo creer que Mona tenía conciencia de haber hecho alguna maldad. Me agaché para recoger uno ó dos de los papelitos con que Mona había estado jugando. Había en ellos algo escrito en letra que me era conocida, y pronto pude convencerme de que esa chiquilla había logrado coger una esquila dirigida á mí por el señor Reade.

Entonces me lancé á recoger los demás pedazos, sin hacer más caso del lodo que la misma Mona, y en él me hundí hasta los tobillos. Desenterré los trozos que la niña había metido en el barro y le quité los que aún tenía en las manos. Esto último lo hice muy suavemente para que ella no se encolerizara, aunque en mis manos sentía un impulso nervioso de darle una bofetada. No sé si fué por instinto de venganza que la llevé á la casa para que la lavaran. Volví luego á examinar de nuevo el terreno; allí encontré otros pedacitos de la esquila, y debajo del asiento de mi “nido” hallé un sobre roto, dirigido á la “Señorita Christie.” Regresé á casa y subí á mi cuarto con mi destrozado tesoro. Limpié los pedazos que estaban sucios, y después de mucho trabajo, logré ajustarlos todos en un conjunto bastante inteligible. La esquila, según la combinación que pude hacer de los pedazos, decía así:

“Muy apreciable señorita Christie: Estoy con tanto cuidado respecto á usted, que no puedo por menos de escribirle. ¿Es cierto?”—aquí faltaba un fragmento—“un accidente y que está usted enferma ó se ha lastimado? Si está usted bien del todo ¿quiere tener la bondad de pasar por delante del parque, mañana, en su paseo usual, á fin de que yo la vea y sepa que usted”—faltaba otro pedazo.—“Colocaré la presente sobre el asiento cerca de la laguna, á donde sé que usted va todas las tardes.

“De usted afectísimo amigo,

LORENZO READE.”

Llevaba la fecha del miércoles, y estábamos á la tarde del jueves; se refería, por tanto, al paseo de esa mañana. ¡Qué mala suerte no haber salido la tarde anterior, en que hubiera podido recoger la esquila á tiempo! Me consolé con el propósito de pasar por el parque á la mañana siguiente. Pero tal vez sería ya tarde. Probablemente él no esperaría verme ese día, creyéndome demasiado enferma para salir.

En nuestro paseo de la mañana siguiente, tuve buen cuidado de pasar por delante del parque de Geldham, tanto á la ida como á la vuelta. No ví á nadie la primera vez, y á la segunda, con gran sorpresa mía, ví al señor Rayner con la señora Reade, paseando muy amigablemente por entre los árboles. Había observado ya que poco á poco la orgullosa señora Reade se había acostumbrado á volverse hacia el señor Rayner en busca de conversación, así que salíamos de la iglesia cada domingo, en tanto que sus hijas miraban á los moradores de los Alisos con la misma altivez de siempre. Pero no sabía que el señor Rayner visitara la Mansión de Geldham, y menos que su amistad con dicha señora fuera tan íntima, que permitiera á ésta apoyarse en su brazo, mientras paseaban, y reír con él de un modo más natural y espontáneo del que generalmente le consentían su dignidad y afectación.

Á la noche siguiente fuí á tomar el té en casa de la señora Manners, á fin de tomar parte en una especie de junta para acordar todo lo relativo á la fiesta escolar del siguiente día. La señora Manners, mujer bondadosa y sencilla, me recibió con alguna turbación y me presentó como por compromiso á las señoritas Reade, la mayor de las cuales estuvo más desdeñosa y la menor más torpe que nunca, al tocar ligeramente mi mano, que dejaron caer como si tuviese garras. Me dijeron muy fríamente que agradecían mi trabajo en hacer la inscripción, y que jamás me hubieran molestado, sino que su hermano se había empeñado en ello. Se pusieron á hablar luego con la señora Manners, sobre asuntos del pueblo, haciendo caso omiso de mí por completo. Más tarde entraron dos señoras de pequeña figura y mediana edad, que habían vestido algunas muñecas según moda anticuada, y las destinaban á la "Venta." Estas señoras al saber quién yo era, parecieron tenerme miedo. Las señoritas Reade las trataron con mucha amabilidad, aunque

siempre con aire protector. Después llegó una joven tímida, mejor vestida, evidentemente de más instrucción y de no peores modales que las señoritas Reade, sin embargo de lo cual éstas parecían mirarla desde gran altura. Luego supe que era hija de un notario, y no podía, por tanto, aspirar á la fortuna de tratarse con las señoritas de la Mansión de Geldham, á no ser en la casa del ministro, que era terreno neutral.

No me pareció aquélla una reunión muy divertida. Todos hablaban de asuntos de la parroquia, de visitas domiciliarias, de las clases de doctrina y de la clase de vida que la señora Manners daba á su marido; de todo lo cual yo nada entendía en absoluto. Fuí á sentarme, pues, junto á una mesa cerca de la ventana, sobre la cual había dos álbums de retratos, y me entretuve mirándolos. Cuando entró el señor Manners, hubo un poco de expectación; todos interrumpieron su charla; todos le sonreían y todos parecían esperar que él ofreciera un nuevo tema de conversación. En efecto, dijo que el tiempo prometía estar muy bueno el día siguiente, y todos los concurrentes se apoderaron de ese *nuevo* tema, le dieron vueltas, lo estrujaron y desmenuzaron hasta que no hubo por dónde cogerlo. El ministro, después de dirigir algunas palabras á cada uno, se acercó á mí y me preguntó con mucha amabilidad por qué estaba tan solita en un rincón. Se sentó á mi lado; me dijo los nombres de las personas retratadas en los álbums; me enseñó unas vistas de Suiza y me describió los lugares que aquéllas representaban. Casi sentí que él estuviera tan atento conmigo, pues esto no parecía ser del agrado de las demás señoras.

Fuimos al té, y el señor Manners me hizo sentar á su lado. Él se marchó en cuanto se concluyó el té, y los demás regresamos á la sala. Tuvimos que hacer números en unas etiquetas. He olvidado para qué eran; pero sí recuerdo que algunas señoras se equivocaban, de modo que mientras faltaban algunos números, otros estaban repetidos. La señora Manners me preguntó si quería ir arriba á ver los objetos para la "Venta," pues las demás señoras ya habían estado varias veces. Subimos las dos, pues, y mientras yo miraba los distintos artículos, ella me preguntó, con cierta emoción:

—Ésta es la primera vez que se ha colocado usted ¿no es cierto, señorita Christie?

—Sí señora; es la primera vez.

—La posición de institutriz tiene muchos peligros y dificultades.

—No he tropezado todavía con muchas. Considero que he tenido mucha suerte,—dije sonriendo.

La señora Manners me miró como si quisiera preguntarme más de lo que su poco atrevimiento le permitía; pero se concretó á decir:

—Naturalmente que es más agradable vivir con algunas familias que con otras. Pero en todas partes se presentan ocasiones en que debemos rogar á Dios que nos guíe,—aquí pensé en mi resolución de abandonar los Alisos,—y en que debemos andar con mucha cautela,—estas palabras me hicieron pensar en el mejor modo de tratar á Sara. Solo respondí quedamente:

—Es verdad, señora.

Mi sumisión pareció agradarle, y después de mirarme fijamente unos instantes, exclamó de repente y como para sí misma:

—¡Tiene una cara de franca honradez!—me sonrojé; pero ella no se fijó, y cambiando de tono continuó:—¿Usted no tiene padre y ha vivido siempre tranquilamente con su madre, no es eso? ¿Por supuesto, que usted le escribe á menudo?

—¡Oh, sí, señora!

—¿De modo que puede usted obtener su consejo en cualquier dificultad?

Titubée un momento. Nadie acudía á mi madre para pedirle consejo. Por el contrario, siempre le ocultábamos cuanto pudiera disgustarla, porque ella tenía el sistema nervioso muy delicado y cualquier disgusto le producía ataques muy peligrosos. Contesté, pues:

—En cualquier dificultad, tendría que pensar y obrar por mí misma, señora Manners, porque lo único que ella haría sería llorar y desesperarse. Pero hasta ahora no he tenido grandes dificultades á que hacer frente.

Me miró de nuevo, como si estuviera perpleja, y luego dijo:

—Espero que no considerará mi interrogatorio importuno. El señor Manners y yo sentimos mucho interés por usted, sabiendo cuán joven es y cuán poca experiencia tiene para lanzarse sola al

mundo. Él me dice que tengo á usted abandonada. Pero usted ya lo vé; la señora Rayner es tan . . . reservada y lleva una vida de tan completa reclusión, que es muy difícil cultivar su amistad. Con todo, quiero que tenga usted por muy seguro, querida hija mía, que si en cualquiera circunstancia necesita el consejo leal de una amiga, puede confiar en mí sin temor ni recelo; además de que siendo el señor Manners hombre de experiencia y el ministro de la parroquia en que usted vive, él podría ayudar á usted en todo aquello en que mi juicio de mujer no bastara.

Le dí las gracias con lágrimas en los ojos, porque, aun cuando noté en ella una sombra de reserva y aunque no creía pasar en los Alisos ninguna tribulación de la cual ella pudiera sacarme (pues yo no debía revelar á nadie un secreto de familia como el de la supuesta demencia de la señora Rayner), la buena señora me había hablado de un modo tan sincero y que revelaba tanta ansiedad, que me afectó y le quedé sumamente agradecida.

Bajamos de nuevo á la sala y terminamos la velada con un poco de música. Las dos señoras de edad dudosa cantaron unos dúos en voz delgada é ingrata. Eran apasionadas canciones de amor, cuya letra en italiano no parecían comprender. La hermana mayor del señor Reade tocó uno de los tiempos de la Fantasía en *do* menor, de Mozart, aunque no lo conocí hasta que hubo llegado casi al fin. La otra hermana tocó un *Galop de Salón*, sin levantar el pie del pedal *forte* ni en un solo compás. La señorita Lane, hija del notario, cantó "La pequeña doncella de Arcadia," que la señora Manners dijo le hubiera gustado mucho, si la letra no fuese tan insulsa. Luego tuve que tocar yo, y escogí el "Arabesque," de Schumman. Los concurrentes quedaron atónitos porque lo toqué de memoria. Oí á la señorita Reade decir en voz baja:

—No me gusta su modo de tocar; esa gran diferencia entre el *forte* y el *piano* me parece una afectación.

Mientras tocaba, llegó el señor Reade para acompañar á sus hermanas. Cuando acabé de tocar, él se acercó y me tendió la mano de un modo algo indiferente, aunque antes de soltar la mía la apretó fuertemente, así es que le perdoné las apariencias de frialdad con que me había saludado. Todos tenían fija en nosotros la vista durante esta escena, y todos escucharon atentamente al decirme él:

—Han llegado á nuestra residencia alarmantes rumores sobre el estado de su salud, señorita Christie. Según esos rumores, estaba usted tan enferma que no podría asistir á la fiesta escolar.

—¡Oh, no! no he estado enferma. Sólo fué un susto que me dió la otra noche una de las criadas. Me desperté á media noche y ví á la criada en mi cuarto revolviendo mis cosas. Dí un chillido con toda la fuerza de mis pulmones. Debí resonar en toda la casa, pues el señor Rayner subió al instante, llamó á la criada y le dió un fuerte regaño.

Cuantos se hallaban en la sala escucharon con gran interés esta explicación, y me alegré de que se me hubiera presentado oportunidad para hacerla, pues era evidente que se habían propalado algunos rumores, y yo prefería que se oyese mi versión de lo ocurrido.

La señora Manners expresó sus deseos de que el señor Reade no desertara en el último momento, y él prometió acudir para ayudarnos, aunque advirtiendo que no se debía esperar de él que se encargara de vender limpia plumas ú otras chucherías semejantes.

—Tal vez no parezca bien que lo diga—repuso ella seriamente; —pero en verdad, siento que no nos hayamos concretado á la sencilla costumbre desde antiguo seguida. Sin embargo, desde el momento en que la baronesa Mills nos ofreció una marquesina y se brindó para ayudar á vender, prometiendo además traer un buen número de sus amigos, tuvimos que hacer una diferencia entre éste y los demás años. Luego, la banda de Beaconsburgh . . .—Aquí se detuvo, pues fué el señor Reade, padre, quién ofreció contratarla para la fiesta.

—De eso tiene la culpa mi padre,—dijo el joven, riendo.—Él es un perverso que en su vejez quiere corromper las sencilas y rústicas costumbres de la parroquia.

—¡Lorenzo!—exclamó su hermana mayor en tono de reconvención.

La señora Manners prosiguió :

—Y si la baronesa viene en el factón, traerá un buen número de jóvenes ociosos—la señorita Lane y la menor de las de Reade hicieron un movimiento de atención,—y no habrá nada con qué entretenerlos, pues sólo tenemos un juego de raqueta ; por cierto que tendremos que cobrarles un penique por jugada. Luego esperarán encontrar aquí champagne y . . .

—¡Oh, eso lo traerá la baronesa Mills!—dijo el señor Reade en tono de seguridad, como si él mismo hubiese estado en el faetón con esos jóvenes ociosos.

—Pero la baronesa Mills y su partida no son de la clase de gente á que los de Geldham están acostumbrados á tratar,—dijo la señora Manners de un modo enfático.

—Ciertamente que no,—convino el señor Reade con gravedad.

—De todo harán burla; siendo así que la fiesta, después de todo, es para la gente del lugar. Y yo no quiero que esos señoritos disipados de Londres se pongan á hablar con las doncellas del pueblo.

—No creo que tengan deseos de hacer semejante cosa, señora Manners; en verdad, no lo creo,—dijo el joven.

—Todas las que ayudarán en la comida, son muy buenas muchachas; son las de la primera clase de doctrina.

—¡Ah! ¿son ésas? Entonces puede usted desechar todo temor.

—Ellos querrán divertirse y hacer perder el tiempo á las señoritas dedicadas á la venta, sus hermanas, la señorita Christie y . . .

—Yo los tendré á raya, señora Manners. Las vendedoras no serán molestadas por ningún guasón impertinente. Me dedicaré á protegerlas contra ellos.

La buena y sencilla señora Manners, que había hablado todo el tiempo con la mayor seriedad, principió á sospechar que bajo el grave continente del señor Reade había la maliciosa intención de chancearse, y dijo con severidad.

—Si viene usted, señor Reade, no será para jugar, sino para trabajar y dar buen ejemplo á los demás.

—Así lo haré, señora Manners; pero espero que no todos lo seguirán,—dijo en tono festivo y se volvió á mirarme de un modo que me hizo ruborizar.

En la confusión de la despedida de los concurrentes, él se acercó y me dijo en voz baja:

—Espere; volveré para acompañarla.

Me había ya puesto el sombrero y abrigo; la señora Manners me había dirigido nuevas frases de consuelo como despedida, y yo estaba pensando cómo podría esperar hasta que el señor Reade volviese, cuando en esto sonó la campana, y oí la voz del señor Rayner en el

recibimiento. Me sobresalté y me puse muy colorada. La señora Manners se calló y fijó en mí una mirada penetrante.

—El señor Rayner habrá venido para acompañar á usted á casa,—dijo ella con mucha frialdad.

—Así lo temo,—dije balbuceando.

Ella me miró con más severidad al ver aumentar mi turbación; pero sólo había un camino que tomar, y exclamé:

—¡Ay! señora Manners; el señor Reade ha prometido volver para acompañarme! ¿Qué debo hacer?

—¿Preferiría usted ir con él?

—¡Oh, sí señora; sí!

Un cambio repentino se operó en ella. Me cogió por la cintura y me condujo al balcón.

—Vamos, hija mía; huya por aquí y espere junto á la puerta de la verja que hallará á la izquierda. Siempre entran por ahí viniendo del parque. Temo que esto es un pequeño engaño; pero, en fin, vaya, querida, vaya; él es un buen muchacho.

Atravesé rápidamente el pequeño prado en la oscuridad, temerosa de que el señor Rayner me viese; y me metí en el camino formado por setos de laurel que conducía á la entrada lateral. Ese camino formaba una curva al terminar. Oí que la portezuela se abría; pero no pude detenerme á tiempo, y así que el señor Reade, que también iba corriendo, dió la vuelta, choqué con él. Luego, turbada y casi sin aliento, dije:

—Dispéñseme usted.

Él me había cogido por los brazos y no los soltó, sino que los retuvo suavemente.

—¡Señorita Christie! Por favor no se disculpe usted. ¿Adónde huía?

—Iba . . . á casa—dije titubeando.

—¡Pero si éste no es el camino!—hubo un momento de silencio; luego prosiguió en voz baja:—¿Venía usted á encontrarme?

—No, señor;—dije, medio llorando y desasiéndome de él.

Era muy humillante tener que confesar que iba corriendo para encontrarle.

—¿No? Pues me había hecho la ilusión de que sí venía usted por este camino, sabiendo que yo pasaría por aquí, pues yo he corri-

do como un galgo para no perder la oportunidad de acompañar á usted.

No contesté.

—¿Por qué quería usted ir á casa tan de prisa y sola, cuando yo le prometí volver y acompañarla?

—No quería molestar á usted.

—Esa fué mucha consideración de su parte. Pero si da la casualidad que yo no considere eso una molestia—¿puedo acompañarla á su casa, ya que me hallo aquí? ¿ó prefiere usted seguir su camino sola?

—Prefiero ir sola; muchas gracias,—dije, aunque me partía el corazón tener que decir lo contrario de lo que sentía. Mas consideré que debía ya demostrar firmeza, pues noté que el señor Reade no creía sinceras mis palabras.

Se apartó para dejarme pasar y se quitó el sombrero ceremoniosamente. Mas en seguida hubo en él un cambio rápido.

—¡Pero si está llorando! . . . Vida mía, no ha sido mi ánimo hacerte llorar.

No pude detenerle, y me tuvo en sus brazos antes de que me fuera posible escapar.

—¡Por Dios, señor Reade, suélteme usted!—exclamé, muy asustada.

Pero al mirarle para decírselo, me dió un apasionado beso. Naturalmente que después de esto, no traté ya de desasirme, pues tenía la seguridad de que él me amaba y sabía que con él nada debía temer.

Recuerdo palabra por palabra cuánto me dijo aquella noche, mientras íbamos á los Alisos; pero si tuviera que consignarlo aquí, parecería el mismo cuento estereotipado de siempre, y de ningún modo produciría el efecto que en mi alma causaron esas frases llenas de amor.

No tomamos el camino más corto, sino que dimos una vuelta para que no me mojara los pies en la húmeda yerba. Pasamos de largo la entrada principal de los Alisos y fuímos á la lateral, cuyo camino pasaba por delante de las cocheras. Lorenzo me dejó allí, pues yo no quería que la vengativa Sara me viera con él. Me sentía tan dichosa que no pude contenerme y me puse á cantar en voz baja. Pero al acercarme á las cocheras, cesé por temor de que el

señor Rayner, que podría hallarse en su cuarto, me oyese y me preguntara cómo había regresado y por qué había tardado tanto. No estaba yo en disposición de darle cuenta de todo eso en aquel momento. Deseaba escurrirme á mi habitación, sin ver á nadie, y dormirle sin que nada turbara ó ahuyentara de mi mente el grato recuerdo de Lorenzo y de su último beso. Creí que así hubiera soñado con él.

Pero me llevé chasco. Al pie del muro de la cochera ví á dos hombres; conocí que ni uno ni otro era el señor Rayner. Uno de ellos llevaba una lámpara sorda. Me asusté, pues no hacían ni el menor ruido, y me pareció que andaban como ladrones. Me oculté, por tanto, entre los árboles y los estuve vigilando. Uno de ellos trató cautelosamente de abrir la puerta del cuarto de guarniciones, por donde se debía pasar para llegar al estudio del señor Rayner. Luego se apartaron de esa puerta y tomaron el camino en dirección á la casa; pero á los pocos pasos retrocedieron, yendo hacia donde yo estaba escondida. Andaban con sigilo y muy despacio, como si esperaran á alguien. Yo no temía que pudieran verme, sabiendo que estaba bien oculta; pero deseaba poder salir de allí, para dar la alarma, y no me atrevía á moverme estando ellos á la vista. Cuando estuvieron cerca de mí, me fué fácil ver que uno de ellos era Tomás Parkes, el amigo de Sara, y el otro, con gran sorpresa mía, ví que era el caballero que había visitado al señor Rayner una noche, después del té, y cuya conversación con Sara, en el bosque, me había causado tanta extrañeza, por el tono familiar en que los dos la sostuvieron.

La luz de la luna le daba de lleno al pasar él delante del sitio en que me hallaba, y pude verlo mejor que en la anterior ocasión. Era bajo, esbelto, de clara complexión, y ojos grises. Iba completamente afeitado de cara y su expresión era de imperturbable serenidad. Llevaba en el brazo un sobretodo y una gran bufanda, é iba vestido, como en la otra ocasión en que le ví, con pulcritud. Á poca distancia de ahí dieron la vuelta y se dirigieron de nuevo hacia las cocheras. Cuando llegaron otra vez á la puerta del cuarto de guarniciones, ví á Sara acercarse muy de prisa por el camino de la casa; abrió la indicada puerta; les dejó pasar y entró tras de ellos. Al cabo de un minuto el señor Rayner apareció por el lado que daba á

la carretera, pasó por delante de mi escondite y entró por la misma puerta por la cual acababan de penetrar las tres personas citadas. Esperé unos minutos más, asombrada ante tan extraña escena. Siempre estaba viendo cosas extraordinarias en los Alisos. Pero en aquellos momentos algo más placentero que esas misteriosas visitas de media noche pugnaba por ocupar mi pensamiento, así es que salí de donde me había ocultado y fui corriendo, aunque sin hacer ruido, por la pendiente que conducía á la casa. Juanita, medio dormida y asombrada de que yo llegara tan tarde, me abrió la puerta.

Aunque procuré no pensar en ello, el último incidente de aquella noche echó á perder mis sueños. Es verdad que soñé con Lorenzo; pero también soñé que unos ladrones me arrancaron de su lado.

CAPÍTULO XV

LORENZO me había prometido ir á buscarme temprano el día siguiente, pues dijo que me necesitarían para arreglar las instalaciones.

—Iré con dos de los muchachos Manners y diré que vamos á recoger los bancos que el señor Rayner ofreció para la comida de los escolares,—me dijo.—Luego añadiré que la señora Manners suplica á la señorita Christie que vaya en seguida. Yo me adelantaré con los muchachos; pero cuando nos hallemos fuera de los Alisos, les diré que sigan y yo me quedaré esperándote.

Me extrañó que él no pudiera esperarme en la casa, como cosa muy natural; pero él sabría por qué lo hacía, y nada dije.

Á la mañana siguiente, me puse un vestido blanco, en cuya confección había estado muy atareada durante todos los ratos de ocio que tuve en los anteriores quince días, y me ceñí la cintura con una ancha cinta, de los tintes más pálidos, que había guardado para una gran solemnidad. Bajé al jardín antes de la hora del almuerzo, (pues Lorenzo podía presentarse á cualquier momento), y cogí una flor para colocar en el seno. Á propósito escogí una rosa ya marchita, en la esperanza de que Lorenzo lo notara y me diera una él mismo con que reemplazar á aquélla. Iba á ponerla en agua para

que se conservara hasta el momento de salir, cuando el señor Rayner salió del balcón á mi encuentro.

—¡Hola, señorita Christie! robando mis rosas ¿eh? Ya que se resolvió usted á cargar su conciencia con ese crimen, podía haberlo cometido de un modo que le valiera la pena. Pero no voy á permitir que eche á perder el efecto de ese lindo vestido, ni que atente contra la reputación de mi jardín, llevando una flor tan fea y mustia. ¡Eso jamás! Venga usted conmigo; yo le encontraré algo mejor.

No era esto lo que yo quería; pero me fué preciso seguirle y fingir satisfacción cuando me entregó una preciosa rosa-té tardía, cuyo tallo él cubrió de blando musgo. Lorenzo no se atrevería á indicar que esa flor no era bastante linda para que yo la llevara, y esto es lo que yo sentía.

Después del almuerzo fuí con Haidée al cuarto de estudios; pero no me hallaba en el tranquilo estado de ánimo necesario para enseñar debidamente. Cuando oí el campanillazo de la entrada principal, tomé de manos de mi discípula el libro *Guía al Saber, para los Niños*, y lo mantuve delante de mi vista unos minutos hasta que ella, con timidez, dijo:

—Principia con las palabras: “¿Qué es tapioca?” señorita Christie.

Me avergoncé de mí misma y, haciendo un esfuerzo, tomé el resto de sus lecciones con toda la atención posible é hice un modelo de escritura en mi mejor letra. Estaba pensando que no podía tardar ya en recibir el premio á mi trabajo, cuando, con honda pena, oí los pasos de Lorenzo que se marchaba, seguido de los muchachos Manners, sin que se me hubiese llamado. Me atormentó la idea de que tal vez Lorenzo se había olvidado de mí, y hubiera podido llorar ante la sospecha de que al poco rato él estaría ayudando á arreglar las instalaciones con la bella señorita Finch. Pero luego, cuando la contrariedad se convertía en desesperación, me consolé yo mismo con el convencimiento de que lo que me sucedía era en justo castigo por la manera negligente en que cumplía mis deberes aquella mañana. Fuí á la comida en un humor muy distinto del que me animaba á la hora del almuerzo.

El señor Rayner dijo:

—La señora Manners quería que fuera usted á ayudar en los preparativos para la fiesta de la tarde, señorita Christie; pero no íbamos á permitir que fuera usted á fatigarse arreglando mesas para una partida de niños sucios y revoltosos, y dije, por tanto, que iría usted más tarde.

Sería ingratitud en mí; pero al oír esas palabras sentí hacia el señor Rayner cierta antipatía, aunque, en realidad, lo que él hizo fué darme otra prueba de la bondad y solicitud con que me trataba.

Después de comer, él mismo nos acompañó, á Haidée y á mí (la señora Rayner debía ir más tarde), á la pradera en la que la feria estaba instalada, y donde se debía servir el té á la gente menuda. Hacía rato que ésta estaba allí, cuando nosotros llegamos. También estaban ahí, haciendo compras en los pabellones, algunas de las familias que formaban la aristocracia de aquella comarca. Ví á Lorenzo cerca del mayor, aunque el menos vistoso de los dos pabellones. Parecía estar pensativo y triste, y no se adelantó en seguida á saludarnos, como yo esperaba. ¿Estaba resentido porque yo no había ido más temprano? Bien podía él estar seguro de que yo lo había deseado tan vivamente como él mismo.

Me causó mucha sorpresa el que la hermana mayor de Lorenzo saliera á nuestro encuentro y me dijera:

—Hace rato que le estamos esperando, señorita Christie. Hemos reservado un puesto para usted.

Aunque no habló en tono más agradable que de costumbre, consideré que en ella era una gran amabilidad el dirigírseme de aquel modo, y pensé que tal vez Lorenzo le había hablado de mí y que ella trataba de estar amable conmigo para complacer á su hermano. Entré con ella en el pabellón, que estaba arreglado con un largo mostrador á cada lado. En uno de ellos se vendían juguetes baratos, dulces y toda clase de objetos y refrescos á propósito para los niños. Esta sección estaba á cargo de las niñas de la clase de doctrina, presididas por el ama de llaves de la mansión Geldham. La instalación del otro lado contenía alfombrillas, felpudos, muñecas, nubes de croché, zapatillas, cogines con adornos de estambre y un sin fin de fruslerías útiles, de las cuales se esperaba sacar mucho más de lo que valían.

Pero no se había echado al olvido la costumbre de anteriores años, en que la feria se celebraba principalmente para la gente del pueblo. Así, pues, en un extremo del mostrador habían amontonado ropa interior, vestidos y blusas para niños y gran cantidad de loza barata, alfarería y utensilios de cocina, con lo cual habían contribuido los tenderos de Beaconsburgh. La señorita Reade me suplicó que me encargara de esa sección, seguramente la menos envidiable de todas.

—Hemos escogido esta parte para usted, porque usted dijo que le gustaría tener mucho qué hacer, y sabemos que tiene mucha paciencia. Le aseguro que las viejas lugareñas darán á usted bastante trabajo, pues sólo vienen á examinarlo todo, á revolverlo todo y pretenden llevarse lo que les conviene casi de balde.

También me hubiera gustado vender cosas bonitas; pero naturalmente que alguien debía encargarse de despachar los objetos ordinarios y como, en verdad, deseaba hacerme útil, me puse á examinar los precios de los objetos á mi cargo, pues consideré ese el modo más práctico de empezar á trabajar.

En esto se acercó Lorenzo y me dió la mano con un apretón muy afectuoso; pero solo dijo:

—¿Cómo está usted, señorita Christie? Esperaban á usted aquí algo más temprano.

Sus palabras de pura fórmula y el nominativo: “Señorita Christie,” me dejaron tan helada, que apenas pude contestar. No esperaba que me llamara “Violeta” delante de todo el mundo, como me había llamado en la noche anterior; pero tampoco tenía necesidad de usar mi apellido. Sin embargo, al agacharse para meter una caja debajo del mostrador, me dijo en voz muy baja:

—Tengo que hablar contigo esta tarde. Busca algún pretexto para salir; y yo te estaré esperando. Tengo que darte una mala noticia . . . ; es decir, no sé si para tí será mala.

Su voz se había puesto tan ronca al pronunciar la última frase, que sentí anhelo de arrodillarme á su lado, rodear su cuello con mis brazos y decirle que no se preocupara, cualquiera que fuese la mala noticia que debía darme. Pero tuve que concretarme á decirle, al inclinarme para arreglar unos objetos:

—Por supuesto que será mala para mí, si lo es para tí, Lorenzo.

Levantó la vista y me miró de un modo que casi me hizo olvidar de que me hallaba en público. Al levantarse, sus labios rozaron con mi vestido. Me convencí de que la noticia no era tan mala como podía ser.

En ese momento se produjo mucho ruido y agitación fuera del local. Había llegado la baronesa Mills y parte de su séquito. Entraron en nuestro pabellón y quedé prendada de la belleza y de los encantos de la baronesa. Jamás había visto mujer tan hermosa como lo estaba ella con su vestido color de crema, cubierto de encaje, y adornado con manojos de rosas pálidas, iguales á las que ostentaba en su sombrero. Las señoras que la acompañaban también iban vestidas con suma elegancia, y con una sola mirada me satisface de que, en efecto, como había dicho la señora Manners, no era ésa la clase de gente á la que los habitantes de Geldham estaban acostumbrados á tratar. Ante ellas, todas las del lugar, vendedoras y compradoras, parecíamos desaliñadas y anticuadas. Reían y hablaban en voz mucho más alta de la que nosotras nos atrevíamos á emplear, y recorrían el local con el desparpajo de las que están acostumbradas á que todo el mundo las mire, sin que á ellas les importe ser objeto de la curiosidad pública.

Sólo había dos caballeros para las seis señoras; pero oí á la baronesa decir á la señora Manners que los demás caballeros llegarían más tarde y que tenían orden de comprar todos los objetos que quedaran en los puestos después de cierta hora. La señora Manners objetó á esto que no quería que los caballeros compraran nada que no hubiera de serles útil; que podían comprar casquetes para fumar, petacas bordadas, etc. Pero la baronesa se rió; dijo que la señora Manners era demasiado considerada; y salió de nuestro pabellón para disponer los últimos detalles en la instalación de su marquesina.

Al poco tiempo llegó el *coach* con los caballeros que la baronesa había anunciado. Esto produjo cierta animación entre las señoritas encargadas de los otros puestos. En cuanto á mí, estaba bien convencida de que esos caballeros, á los que tanta importancia se concedía, no querrían ninguno de los artículos de mi instalación. Seguí, pues, tranquilamente atendiendo á las mujeres del pueblo, con las cuales hacía buen negocio. Sin embargo, cuando los caballeros

entraron, uno de ellos, un joven alto con bigote rubio, se detuvo largo rato examinando los objetos á mi cargo y, por fin, pidió el precio de una tetera. De momento creí que se chanceaba; pero cuando le dije el precio de la tetera, pagó su importe y se la llevó. Á los pocos momentos otros dos caballeros penetraron en el local, y se dirigieron directamente á mi rincón; uno de ellos compró unas parrillas y el otro una fuente.

Luego volvió el primero y me pidió el precio de tantos objetos, que no me permitía atender debidamente á mis compradoras. Le dije, por tanto, que en otro lugar encontraría petacas, corbatas y otros objetos para caballeros. Pero él fijó su lente, me miró con mucha gravedad, y dijo que no podía derrochar su dinero en objetos de lujo; que quería cosas de utilidad y me preguntó si tenía tenedores para hacer tostadas. Estuvo tanto tiempo para decidirse entre uno de un penique ó otro de seis, que me atreví á decirle que debía comprar los dos, y que cuando estuviera seguro sobre cuál de los dos le gustaba más, podía regalar el otro. Á esto repuso que eso sería un modo muy extravagante de hacer negocios, y optó por el de un penique.

Cuando se hubo marchado, Lorenzo entró de nuevo, y le expliqué las extrañas compras de esos caballeros. No pareció gustarle mucho, y dijo que eran necesidades.

✓ Pero ellos volvieron en compañía de otros, y al poco rato el primero de todos entró, por tercera vez, y dijo que tenía el encargo de emplear una libra esterlina en los objetos más útiles para una joven pareja que iban á poner casa. Había hecho tan buen negocio con la gente del pueblo y con esos compradores inesperados que no me quedaban ya utensilios y loza por valor de una libra. Compró, pues, todo lo que me quedaba en esos ramos, incluso una ratonera, y completó la cantidad con delantales para niña.

Al poco tiempo volvió con la baronesa Mills, quién pidió á la señora Manners si podía cederle otra asistente, y viendo que sólo me quedaban algunas piezas de ropa, preguntó si podía ir la señorita con vestido blanco que estaba en el rincón. La señora Manners me dirigió una mirada llena de ansiedad, como si me enviara á una cueva de fieras, y me suplicó que acompañara á la baronesa, lo que pareció disgustar á las demás señoritas de ese pabellón.

La otra marquesina parecía un país encantado. Los dos mostradores estaban cubiertos de ricos y bonitos objetos, además de innumerables flores, y las señoras con sus vestidos claros, que atendían á los compradores, prestaban á la escena indecible encanto. Los lugareños no hacían muchas compras en ese local; entraban tímidamente en grupos de dos ó tres, hablaban en voz baja entre sí y volvían á salir. Pero estaban ahí todo el séquito de la baronesa, muchos habitantes de Beaconsburgh é individuos de la mayor parte de las familias acomodadas de la comarca de Geldham. Se hablaba, pues, y se reía mucho, y, en conjunto, esa marquesina era un sitio mucho más agradable que el otro pabellón.

La baronesa, cuyos modales tenían más fascinación que los de cuantas señoras yo había conocido hasta entonces, puso entre mis manos una cesta llena de flores, y me dijo que me paseara por el local y procurara venderlas.

—Pida usted á los caballeros que se las compren,—dijo en voz baja y con una agradable sonrisa.

Pero no me gustaba hacer eso y me quedé en un rincón, hasta que se me presentó el joven alto con bigote rubio, que tantas cosas me había comprado, y me dió media libra esterlina por un simple capullo. No pude por menos de pensar cuán ridículo y absurdo era que hubiese tardado tanto en decidirse entre un tenedor de un penique y otro de seis, cuando estaba dispuesto á pagar tanto por una flor.

Lorenzo me encontró y recorrió conmigo el local, sosteniendo mi gran cesta, y así vendí las flores con facilidad. Fuí muy dichosa, porque Lorenzo me estuvo hablando y contemplando todo el tiempo, mientras paseábamos por entre la gente. Me dijo que todo el mundo me tenía por la joven más bonita de cuantas allí había; lo que naturalmente era una tontería; pero me halagó que él lo dijera. Cuando hube despachado todas las flores, él me dijo:

—Salgamos ahora, y podremos hablar.

Metimos la cesta debajo de uno de los mostradores y salimos del local, dirigiéndonos por un camino cerca de la pradera. El semblante de Lorenzo adquirió una expresión de tristeza cuando le pregunté qué sucedía.

—Tengo que partir, Violeta,—dijo, mirándome fijamente.

—¡Partir tú! ¿Y por qué?—exclamé, con lágrimas en los ojos. No esperaba, en verdad, noticia tan terrible.

—Mi madre ha resuelto . . . por mejor decir, la han persuadido que debe ir á la Riviera, para huir de la temporada de gran humedad que nos amenaza, y yo tengo que ir con ella.

—¿Pero volverás? ¿No tardarás en volver á mi lado, verdad?

—No puedo asegurarlo. No sé lo que puede suceder en mi ausencia. Ignoro los designios y planes de la persona que ha conseguido que me envíen lejos de aquí.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué persona es ésa, Lorenzo? ¿tu madre; tu hermana?

Lorenzo no me contestó y se quedó mirándome con la misma fijeza de antes. Al cabo de unos minutos, me dijo:

—Oye, Violeta; eres una niña tan inocente que no sé cómo decirte lo que debo.

Ante semejante preámbulo, no pude por menos de demostrar mi inquietud. Él se detuvo un momento, para que me calmara, y prosiguió:

—Anoche, cuando te dejé y volví á casa, encontré al señor Rayner que salía de ella.

—¡El señor Rayner! Pues debió ir desde la casa del ministro y vendría directamente de la Mansión cuando me pasó para ir á su cuarto, mientras yo me ocultaba entre los árboles y arbustos.

Lorenzo continuó:

—Fuíme en seguida al despacho, para hablar con mi padre. Ya sabes que existe más simpatía entre él y yo que entre los demás de la familia. Así, pues, le hablé resueltamente de tí y de lo encantadora que eres, y le supliqué que me encontrara ocupación en una oficina ó en una hacienda, sin pérdida de tiempo, pues que quería tener un hogar á que llevarte antes de que termine el año. Mi padre dijo que por tu semblante se conoce que eres muy buena y que le gustaría tenerte por hija; pero ¿qué diría mi madre?—preguntó. Tú sabes que ella le gobierna con mano firme; de modo que él consentiría en cualquier cosa á espaldas de ella, pero á su cara no se atreve á hacerle la oposición. Mi madre tiene arraigadas preocupaciones y quiere que me case con una muchacha rica, “para mejorar nuestra posición en la comarca.” Dije á mi padre, no obstante,

que tengo veinticuatro años; edad suficiente para poder resolver sobre mi porvenir, y que no me curaba de lo que mi madre pudiera decir ó querer. Pero él me suplicó que no la ofendiera y me dijo: “Ella ha estado aquí hace poco, para hablarme de un asunto que tal vez se relacione con el tuyo. Parece que ha resuelto ir á la Riviera y se empeña en que tú vayas con ella. Ahora bien, si tú la acompañas, yo puedo en el interín equipar una hacienda, de la cual puedes tomar posesión en cuanto vuelvas, pues supongo que tu madre no querrá estar ausente más de dos meses. Entonces podrás dedicarte á la agricultura y dar trabajo á Jaime, que, según dice, lo desea mucho. Cuando te hayas separado de nosotros, serás más dueño de tí mismo, y tu madre tendrá que consentir en tu unión con quien más te plazca. Así, pues, nada le digas á ella, ni á tus hermanas,—ya sabes que ellas siempre toman la parte de su madre,—hasta que hayas regresado.” Este plan no me satisface del todo; pero no podía oponerme á los deseos de mi padre, puesto que él ha sido tan bueno conmigo, ni puedo negarme á acompañar á mi madre; pero estoy muy incomodado porque sé muy bien quién la ha persuadido á tomar esta determinación.

—¿Quién ha sido?—pregunté.

—El señor Rayner. ¿No te ha llamado la atención la asiduidad con que él se ha dedicado desde hace algún tiempo á conquistarse la amistad de mi madre, hasta que hoy la domina como ella domina á mi padre? He vigilado su juego y he advertido á mi madre; pero está visto que no puedo luchar con él. Yo no podía acertar qué fin se proponía conseguir con semejante conducta; ahora lo veo claro.

—Pues yo no, Lorenzo. No comprendo por qué estás tan en contra del señor Rayner, cuando él me trata con tanta amabilidad. ¿Por qué había de persuadir á tu madre que se marche?

Lorenzo me miró fijamente antes de contestar:

—Para alejarme de aquí.

—¿Para alejarte? Y ¿por qué ha de querer que te alejes?

—Porque no puede verme y porque no quiere que tú seas mía, Violeta.

—Pues estás muy equivocado, Lorenzo. Él te elogia constantemente.

—Sí; esa es su astucia. Pero te aseguro que no rechazaría nin-

gún medio para impedir nuestra unión, y mientras tú permanezcas bajo su techo, no tendré un momento de tranquilidad,—dijo muy excitado.—Es un hombre perverso . . .

—¡Lorenzo, no debes decir semejante cosa! Yo lo conozco mejor que tú, y sé que es la bondad personificada.

—Eres tan cándida como una niña, Violeta. ¿Cómo puedes presenciar la conducta que observa con su mujer y aún insistir en que él es bueno?

—¿Su mujer? Sí; ya estoy enterada de todo lo que á ella se refiere, . . . pero no debo decir una palabra sobre eso. Puedo asegurarte, no obstante, que él no la trata con crueldad, como tú supones, Lorenzo.

—Pues bien, ya que debo decirlo, ¿qué te parece su conducta para contigo? ¿No demuestra tenerte más cariño y más consideración que á su propia mujer? ¿No ves que te está haciendo el amor?

—¡Lorenzo!—exclamé con estupefacción.—¿Cómo te atreves á decir eso? ¿Qué he hecho para que me juzgues capaz de permitir que un hombre casado me haga el amor? ¿Cómo pudiste decir que me amabas, teniendo de mí opinión semejante? No vuelvo á hablarte jamás.

Me alejé de él rápidamente y llegué á la pradera, donde estaba la gente, antes de que él pudiese detenerme. Se servía el té á los niños, y fuí á ayudar; pero la diversión de aquel día había acabado para mí. Estaba sirviendo pasteles, tan entristecida y excitada que apenas sabía lo que me hacía, cuando se acercaron á mí la baronesa Mills con el señor y la señora Rayner. Aquella señora, que tanto me cautivó, se había, en cambio, fijado en mí con interés, y habiendo suplicado á los dueños de los Alisos que me permitieran ir con ella á su quinta hasta el próximo lunes, obtuvo su consentimiento. Esta invitación, en cualquier otra circunstancia, me hubiera enloquecido de alegría; pero en aquel momento me abrumó de pesar ante la idea de tener que ir con tanta gente, para mí desconocida. Tuve, no obstante, que conformarme, y me enviaron á casa para que, sin pérdida de tiempo, recogiera lo que me fuese necesario.

Mientras empaquetaba un vestido de muselina, que aún no había estrenado, y pensaba que me hubiera gustado tener otro más hermoso para la ocasión, me acordé de repente del dije que poseía, re-

galo del señor Rayner. Convencida de que esa joya, aunque falsa, haría efecto brillando por entre la muselina y encaje de mi vestido, la empaqueté con un pedazo de terciopelo negro para penderla de mi cuello. Apenas estuve lista, cuando Juanita me avisó de que el carruaje de la baronesa me esperaba á la entrada de la alameda.

Pero junto á la puerta de la casa encontré á Lorenzo, con una flor en la mano.

—Violeta, no te marches, te lo suplico, sin dirigirme una palabra. Toma; echa la rosa que llevas y pon esta mía en su lugar.

—Llevaré la tuya,—dije;—pero no puedo echar ésta hasta que esté marchita. Sería una ingratitud de mi parte.

—¿Te la dió el señor Rayner?

—Sí.

Arrancó de mi mano la flor que yo acababa de tomar de él y la arrojó lejos de sí.

—Perdone usted, señorita Christie, mi presunción en suponer que aceptaría la mía después de haber recibido otra del señor Rayner. Buenas tardes.

Se marchó con paso rápido hacia el camino que conducía al sembrado, sin detenerse al llamarle yo repetidas veces. No podía demostrarme para correr tras él, aun cuando me hubiese sido posible alcanzarlo. Fuíme, pues, con lágrimas en los ojos al sitio donde su rosa había caído; la recogí y puse en tierra la del señor Rayner. Tal vez fuí ingrata en eso; pero consideré que debía hacer lo que Lorenzo deseaba, aun cuando él no lo supiera.

Con el corazón oprimido fuí, luego, por la alameda al carruaje que debía llevarme á una visita tan llena para mí de extraños incidentes.

CAPÍTULO XVI

Ocupaban asientos en el coche que me esperaba á la entrada de la alameda, cuatro señoras: la baronesa Mills; á su lado, otra señora de mayor edad, que yo ya sabía se llamaba la señora Cunningham; en el asiento delantero, la señora Clowes, tenida por muy lista; y al lado de ésta, una soltera que contaría algunos años más que yo. Me

coloqué junto á la última, de modo que éramos tres en un asiento ; pero cabíamos perfectamente.

Fuimos primero á la pradera, pues la baronesa quiso dar prisa á su partida para que no llegaran tarde á la comida. Había algunas señoras sobre el *coach*, esperando á los caballeros, que se entretenían en vender á subasta los objetos que quedaban en los puestos. Los lacayos colocaban dentro del *coach* la extraña colección de artículos de todo género que la partida de la baronesa había adquirido. Había también un *dog-cart* ocupado por un caballero que fumaba tranquilamente, y de pie junto al caballo, esperaba también con un tabaco en la boca, el joven alto de bigote rubio, cuyas facciones me eran las más conocidas de entre las de todos esos caballeros. Aquél se acercó á la portezuela de nuestro carruaje en cuanto llegamos, y dijo á la baronesa :

—Van ustedes muy apretadas ahí dentro ; permita usted, baronesa, que lleve á la señorita Christie en el *dog-cart*.

—¿ Y dónde coloca usted á Carlitos ?

—Carlitos puede ir en el asiento de detrás.

La mayor de las señoras dirigió una significativa mirada á la de Clowes, y dijo, riendo :

—Carlitos debe estar acostumbrado ya á que lo coloquen en puestos secundarios.

—Lugar muy adecuado para un marido, señora Cunningham,—repuso el joven.

Después averigüé que el caballero á quien llamaban “ Carlitos ” era el capitán Clowes.

—Conque ¿ quiere usted venir, señorita Christie ?

—No, Tomás ; la señorita Christie está mejor aquí.

—No podría estar mejor que conmigo,—dijo en tono de inocente gravedad.

Todas las señoras soltaron la carcajada.

—Apóyeme usted, por favor, señora Clowes. No me ataquen todas á la vez, precisamente cuando trato de causar buena impresión. Diga con franqueza ¿ podría la señorita Christie disfrutar de mayor seguridad que yendo conmigo ?

Todas miraron con malicia á la señora Clowes, y yo observé que sus mejillas se colorearon ligeramente.

—Ciertamente que no, llevando á Carlitos detrás,—dijo ella, y sus palabras fueron recibidas con una risa general.

Me alegré de que la baronesa no me dejara ir con el caballero, á quien la baronesa había llamado “Tomás,” pues ni á mí me gustaba, ni merecía la simpatía de Lorenzo.

Hay siete millas de Geldham al castillo de Denham. El camino era muy hermoso, aunque solo atraviesa planicies. Las recientes lluvias habían devuelto al verdor de la campiña sus ricos matices, á los que el sol, desde su ocaso, añadía nuevos encantos, enviándoles sus postreros rayos de púrpura y oro. Yo miraba el paisaje y escuchaba la conversación de las señoras; pero decía muy poco. Una dijo que yo estaba callada; otra que Tomás me haría hablar; pero la conversación de esas damas era tan diferente á cuantas había oído, que no hubiera podido fácilmente tomar parte en ella aun cuando hubiese conocido á aquéllas más á fondo. Oí algunas frases que me hubieran parecido pecaminosas si se hubiesen dicho en serio; pero todas las señoras estaban de broma y se reían de todo. Se burlaron mucho de Sir Jonas, que era el marido de la baronesa Mills, y ella misma remedó el modo como él se frotaría las manos, miraría al techo y diría en sus frases entrecortadas:—Espero que . . . se habrán divertido . . . Esas ferias . . . son cosas insulsas, . . . pero reunen á la gente joven.

—Y alejan á los viejos,—dijo la señora Clowes, en tono sarcástico que hizo reir á las demás.

El castillo de Denham estaba pintorescamente situado en la ladera de una colina, cerca de cuyo pie corría el río Doveney. Me instalaron en una habitación, desde cuyas ventanas dominaba una gran parte de los terrenos del castillo con varios invernaderos y glorietas. El río en ese punto se ensanchaba, formando como un pequeño lago. No tenía mucho tiempo en aquellos instantes para lamentar mi rompimiento con Lorenzo y su cruel conducta conmigo cuando fué á darme la rosa; pero sí pude derramar algunas lágrimas y preguntarme si él me escribiría para que le perdonara, y si yo podría divertirme sin él en ese ameno lugar. Luego me puse el vestido de muselina; até alrededor del cuello el terciopelo negro, del cual pendía el hermoso medallón, y coloqué á un lado del encaje, un poco por debajo de aquél, la rosa que Lorenzo echó al suelo y que

yo recogí cuando él se hubo alejado. Así arreglada, me encontré mucho más linda de lo que había creído que yo podía parecer, y no pude por menos de pensar que la vida, al fin y al cabo, no era tan triste. Deseaba, no obstante, que á Lorenzo le fuera posible verme en aquel momento.

Salí del cuarto, y por el corredor encontré á un hombre cuya vista me sobresaltó y me puso fría. Su parecido era tan grande al del sujeto misterioso que había visitado los Alisos, la tarde en que el señor Rayner anunció que esperaba á “un caballero,” y que en compañía de otro hombre y de Sara había entrado en la cochera hacía dos noches, que creí debía ser la misma persona. Pero este hombre se puso á un lado para dejarme pasar con la actitud respetuosa, no de un caballero, sino de un criado. Pasé de prisa, muy impresionada ante semblanza tan notable, pues naturalmente que un amigo del señor Rayner, por grande que fuese la familiaridad con que tuviese á bien tratar á Sara y á Tomás Parkes, no había de ser un criado del castillo de Denham.

En el recibimiento encontré á una criada que me condujo á la sala. No hallando á nadie ahí, me dirigí á uno de los balcones que daban á un invernáculo. Las flores en él eran tan hermosas, su perfume tan embriagador, que entré paso á paso y como atraída por sobrenatural encanto. Me acerqué á una lozana planta cuajada de grandes flores y ví tras de aquélla el rubio bigote y el lente del joven á quien llamaban “Tomás.” Tenía la vista fija, no precisamente en mí, sino en el medallón que pendía de mi cuello. Dió la vuelta, y me dijo:

—Lindo lugar ¿no es verdad? Sir Jonas está orgulloso de sus plantas.

—Jamás he visto otras tan hermosas. Mire usted éstas. ¿Son lirios?

—Creo que esta flor tiene el nombre de *Eucharistis Amazonia*. Si no es eso, es algo parecido. ¿Quiere usted que le corte algunas?

—¡Oh, no! sería lástima destruirlas.

—Por supuesto que no se dignaría usted llevarlas.

—No me atrevería. ¿Cómo tomaría Sir Jonas el que usted estropeará sus preciosas plantas?

—Sir Jonas no lo tomaría á mal; nunca dice nada. Ni aun el

jardinero, personaje mucho más importante, se atrevería á reconvenirme. Soy el niño mimado aquí, señorita Christie; con que seamos amigos, y yo le conseguiré cuanto á usted se le antoje.

—Pues qué ¿acaso somos enemigos?—dije, riendo.

—Ahora no; pero vaya usted con cuidado. Por de pronto ¿sabe usted quién es mi enemigo?—Se detuvo, dirigió la mirada á la flor que yo llevaba y prosiguió:—El hombre que ha regalado á usted esa rosa.

—¿Y quién ha dicho á usted que me la ha regalado un hombre?—dije, sonrojándome.

—No importa quién me lo ha dicho. Soy adivino, y no he de dar á usted lecciones gratis en el arte. Sin embargo, le diré á usted cómo lo he sabido, si me dá esa rosa en cambio de cualquier otra flor que usted escoja en este invernáculo.

—Muchas gracias; pero no quiero cambiar mi rosa, ni deseo que me dé usted lecciones en su arte.

—¡Vaya un orgullo, señorita Christie! Pero supongo que no se debe esperar mucha humildad en una señorita que lleva brillantes tan preciosos,—dijo, fijando de nuevo la vista en la joya que llevaba, como lo había hecho varias veces durante nuestra conversación.

—No son verdaderos brillantes,—contesté, riendo y halagada de momento por su error.—Son de imitación.

Sus facciones adquirieron una expresión de asombro.

—Pues permita usted, señorita, que la felicite por poseer la mejor imitación que jamás he visto del brillante genuino. Me precio de ser buen perito en la materia, y nunca me había equivocado.

Le miraba atentamente, pues él hablaba como si no me creyera.

—Vamos á la puerta,—dije, pues había poca luz á aquella hora.—Si es usted tan buen perito, allí podrá convencerse.

Fuimos á la puerta, y mi compañero bajó la cabeza para examinar mi medallón. Al poco rato hizo un ligero movimiento como de sorpresa.

—Dispense mi curiosidad; ¿hay iniciales en el reverso de este medallón?

—Sí, señor,—contesté, sorprendida á mi vez.

—¿Se puede saber cuáles son?

Vacilé un momento. Si ese caballero persistía en creer que la joya era de brillantes finos y si descubría que me la había regalado el señor Rayner, no dejaría de extrañarle que este señor hiciera semejantes regalos á la institutriz de su hija. Dije, pues, sencillamente :

—Prefiero no decírselo.

—Perdone usted si he sido indiscreto. Sólo he visto otro medallón montado exactamente como ése; pero aquél lo era con verdaderos brillantes. Estaba pensando que tal vez el joyero que montó el fino, lo copió exactamente en imitación, y que ese hermano-gemelo falso ha venido, por alguna coincidencia, á parar en manos de usted.

—¡Qué hermosa debía ser la joya verdadera!

—No lo era más que ésta, se lo aseguro.

—Pues ¿no es lástima que se gaste tanto dinero en piedras finas? ¿Cuánto cree usted que valdría el medallón que usted vió como éste?

—Creo que unas mil quinientas libras esterlinas.

—¡Y usted creía que yo llevaba una prenda de ese valor!—exclamé riendo.—Si el que me la dió, lo supiese ¡cómo se reiría!

—Con que ¿*el* que se la dió, se reiría?

Me sentí mortificada, pues no hubiera querido darle á conocer ni aun el sexo de la persona que me regaló el dije. Él prosiguió:

—No dudo que él estaría satisfecho al ver que sus brillantes falsos pasan por verdaderos.

No contesté y me reí de nuevo.

—¿Alguna de las señoras ha visto ese medallón, señorita Christie?

—No, señor; y á fin de evitar que caigan en el mismo error que usted, voy á quitármelo para que ellas no lo vean.

Tenía ya suelto el terciopelo, cuando la señora Cunningham y otra entraron en el invernáculo. La primera se fijó en seguida en la desgraciada joya.

—¿Por qué se quita eso, querida? Precisamente es lo que necesita para adornar su cuello.

—Porque este caballero me está atormentando con que llevo brillantes finos, cuando son falsos, y no quiero que me importunen más,—dije.

—No haga caso de Tomás, hija mía; no se quite su lindo meda-

llón por él. Realmente parecen finos, no obstante,—dijo, fijando la mirada primero en la joya, luego en mí.—Pero pongáselo y ríase de Tomás.

Me propuse obedecer, y el caballero de quien debía reirme se puso á mi espalda y cogió de mis dedos temblorosos las puntas del terciopelo, para atarlo á mi cuello. No lo hizo, empero, sin intentar ver las iniciales del medallón, separándolo un poco de mi pecho, so pretexto de que el terciopelo estaba torcido. Pero yo estaba preparada para esta estratagema, y cogí el dije, como si temiera que fuera á caerse, de modo que él no consiguió su objeto.

Después de esa primera impresión que había causado mi única joya, vigilaba con cierta curiosidad el efecto que producía en las demás señoras, á medida que algunas entraban en el invernáculo, cuando encontré otras en la sala y, más tarde, al presentarme delante de todos los huéspedes en la mesa. Naturalmente que todos me miraron, por ser la única forastera; pero observé que mientras mi joya llamaba la atención de las señoras, los caballeros se fijaban más en mí y no parecían asombrarse ante mi medallón. Sir Jonas, caballero muy amable, canoso y que parecía tener edad suficiente para ser padre de la baronesa, me dió el brazo cuando nos trasladamos al comedor; y aunque él no hablaba mucho, me animaba para que yo le hablara y le contara cómo había estado la fiesta escolar, y quería hacerme beber mucho más vino de lo que yo deseaba.

Después de comer, estando en la sala con las señoras, algunas de ellas me llevaron á un sofá y jugaron conmigo y me acariciaron como si yo hubiese sido una criatura. Luego me hicieron preguntas sobre mi vida en los Alisos y sobre el “guapo señor Rayner.”

—¿Y es verdad que él es un hombre tan perverso, señorita Christie?—preguntó una.

—Sí, lo es; pues ella se ha sonrojado,—exclamó otra.

Mas yo no me había sonrojado, pues no había de qué. Dije sencillamente:

—No; no es perverso. La gente del lugar le creen malo porque toca el violín y asiste á las carreras de caballos. Él es muy amable.

—¡Oh! en cuanto á eso, no lo dudamos, querida,—dijo la señora Clowes con afectada seriedad.

—Y la señora Rayner ¿también es amable y buena?

—¡Oh, sí! Ella también es muy amable.

Esto no era verdad; pero ya conocía lo bastante á mis interlocutoras para comprender que se hubieran echado á reír si yo hubiese dicho que la señora Rayner no era tan amable como su marido.

Al poco rato, la señora Cunningham me llevó al otro extremo del salón para enseñarme un retrato de la baronesa Mills.

—No es asunto mío, ciertamente, saber quién regaló á usted esa joya; pero ¿tiene usted otras semejantes? En cuyo caso, ¿dónde las guarda usted, hija mía?—me preguntó con gravedad.

—No tengo más que ésta,—contesté, algo sorprendida por el tono en que me habló,—y ésta la guardo en un rincón de mi pupitre.

—Ya lo suponía por la manera descuidada en que iba usted á metérsela en el bolsillo cuando yo entré en el invernáculo esta tarde. Yo tengo un aderezo de mucho valor (que no es más fino que esa joya, sin embargo) de brillantes y ojos de gato, y cuando me acuesto lo escondo debajo de la almohada, de modo que ni aun mi camarera sabe dónde lo tengo.

Demosté mi asombro.

—Créame usted, cuando se viaja y se hace una serie de visitas, como estoy haciendo, en que se tiene que confiar en una camarera descuidada, toda precaución es poca.

—Pero yo no he de tomar tanto trabajo por una joya de imitación,—dije.

Ella meneó la cabeza, riendo, y dijo:

—Pues yo lo haría con imitaciones como la de usted.

En esto entraron los caballeros. Uno de ellos había comprado en la población, aquella tarde, una nueva colección de vales, que ninguna de las señoras quiso tocar antes de repasarlos sin auditorio. Esto contrarió tanto á los caballeros que yo, habiendo hojeado los vales y visto que eran fáciles, me ofrecí á tocarlos. Eran verdaderamente muy lindos, y después de la música difícil que había tocado con el señor Rayner, aquéllos me parecieron como estudios para niños. Al terminar el primero, recibí una ovación. El que había comprado la música estaba extasiado, y los que habían principiado á bailar, se detuvieron para unirse al coro general de alabanzas, lo que me dejó muy avergonzada.

—¿No sabía usted que soy institutriz?—dije, sonrojándome y riendo, á un caballero que estaba á mi lado.

—Sí; pero creíamos que era usted más bien para adorno.

Toqué los demás valeses, y al comparar esa tertulia con la que había encontrado en casa de la señora Manners, pensé cuanto más agradable era hallarse entre gente como la que me rodeaba en aquel instante.

Cuando terminé, el caballero á quien todos llamaban “Tomás” y cuyo apellido averigüé entonces que era Carruthers, me ofreció el brazo, diciendo que no iba á permitir que me convirtieran en víctima toda la noche para la diversión de los demás. Al ver mi vacilación porque otro caballero conversaba conmigo, dijo á éste que él y yo teníamos un asunto importante de que hablar y me llevó á un mirador en el que había cómodos asientos. Me hizo sentar en uno de éstos y se dejó caer en otro á mi lado.

—¡Qué bien toca usted!—díjome, inclinándose para mirarme.—Jamás había visto una joven tan bonita como usted tomarse el trabajo de aprender nada con la debida atención.

La atmósfera de lisonja en que había respirado todo aquel día me había echado tan á perder, que sólo contesté:

—Y ¿por qué las que son bonitas no han de aprender las cosas tan bien como las que son feas, señor Carruthers?

—No diga usted “señor Carruthers;” nadie me llama por mi apellido. Si no se atreve usted aún á decir “Tomás,” no me nombre hasta que haya más franqueza. Reanudando ahora nuestra conversación, debo decir á usted que las mujeres feas tienen que ser instruídas, buenas, amables y muchas otras cosas, si quieren merecer una pequeña parte de la atención que una mujer bonita conquista sin ningún esfuerzo de su parte.

—Sí; pero es muy diferente cuando la mujer ha de ganarse la vida. Si, por ejemplo, una mujer ha de ser institutriz, no le valdrán sus atractivos personales, sino sus conocimientos útiles.

El joven acarició sus bigotes como para meditar lo que debía decir, me miró y luego contestó:

—Sí, naturalmente; no tenía eso presente. Supongo que para enseñar, tendrá usted que saber mucho. De fijo que sabe usted más que cualquier otra señora en esta sala.

—¡Oh, no; nada de eso! Todas ellas son mucho, muchísimo más listas que yo. Yo no puedo hablar como ellas.

—Ni Dios lo permita,—dijo entre dientes, como para sí mismo.
—Lo que saben hacer ellas es emplear un lenguaje frívolo y de doble sentido, con el que ponen de oro y azul á cuantos conocen. ¿No había usted tratado á ninguna de ellas hasta hoy?

—No, señor; á ninguna he visto hasta esta tarde en la fiesta escolar.

—Me gustaría saber si conoce usted á alguno de mis amigos. ¿Conoce usted á los Temples, de la Mansión Crawley?

—No, señor.

—¿Ha estado usted más al Oeste de aquí, en Staffordshire ó Derbyshire?

—Nunca.

Él tenía la vista baja; pero de pronto la levantó, clavándola en mí, y me preguntó en el mismo instante:

—¿Conoce usted á los Dalstons?

—No . . .—respondí vacilante.

—¿No conoce á Lord Dalston, con todas sus excentricidades? Me ha contestado usted como si no estuviera segura de no conocerle.

—Estoy bien segura que no lo conozco,—respondí.—Pero trataba de recordar qué he oído respecto á él, pues el nombre no me es desconocido.

Con gran persistencia, el señor Carruthers continuó poniendo mi memoria á prueba para averiguar lo que yo sabía de Lord Dalston; pero no pude recordar ni siquiera dónde había oído mentar su nombre. Por fin, desistió de su empeño; pero me parece que él quedó en la creencia de que fué por obstinación que no le dije lo que él deseaba saber.

Mucho después de la hora en que los habitantes de los Alisos solían retirarse, nos dispersamos, dirigiéndose cada cual á su respectiva habitación; pero yo me equivoqué de corredor y me encontré en uno que conducía al departamento de los criados. Allí oí una voz, para mí conocida, que decía:

—No tengas tanta prisa. Ella aún tardará media hora, y mi amo también. Nunca me das ocasión ahora para decirte una palabra.

En seguida recordé dónde había oído antes esa voz. Era la del hombre que yo oí hablando con Sara al cruzar los terrenos de los Alisos; era la del misterioso amigo del señor Rayner. Y la persona con quien aquél hablaba y á quien luego dió un beso, en cambio de otro recibido, ¡era la camarera de la baronesa Mills!

Me parecía cosa muy extraña; pero sobre ella no me era posible ya abrigar duda alguna. El respetuoso criado que yo había visto en el corredor aquella tarde y el “caballero” que el señor Rayner encargó á Sara liciera pasar á su despacho, ¡eran una misma persona!

Cuando llegué á mi habitación, tenía mucho sueño y estaba muy preocupada por tan singular descubrimiento; pero antes de acostarme, coloqué ó creí colocar mi hermoso, pero desgraciado medallón en su rincón de mi pupitre, resuelta á no ponérmelo ya jamás.

CAPÍTULO XVII

Á LA mañana siguiente me levanté en cuanto me llamaron, y fui la primera en bajar. De lo último me congratulé, pues deseaba explorar los terrenos del castillo, sin que nadie me acompañara. La mañana era clara y hermosa, de lo cual me alegré mucho, porque la gente acudiría en gran número á la iglesia de Denham, donde se celebraba la fiesta en acción de gracias por la cosecha de aquel año.

Crucé el prado, me metí por los caminitos entre los lechos de flores, contemplé las plantas en los invernaderos, traté de mirar por los cristales, empañados de vapor, de las estufas, que estaban cerradas, y al doblar la esquina de una de éstas, me encontré cara á cara con Tomás Parkes, en traje de fiesta, con una llave en la mano diestra y una cesta de huevos en el brazo izquierdo. Se turbó visiblemente y trató de eludirme dirigiéndose á la puerta de la estufa; pero yo me acerqué á él, y le dije:

—Tomás, ¿no me conoce usted; la señorita Christie?

—¡Jesús! ¡sí, señorita; y es verdad que lo es! ¿Quién hubiera pensado en ver á usted por aquí, señorita?—dijo, llevando la mano á la gorra, con sorpresa torpemente fingida.

—Pero Tomás; usted debe haberme conocido; se ha asustado como si hubiese visto un fantasma.

—La verdad es. . . si usted me perdona, señorita, que no quería que usted me viese,—dijo con humildad.—Verá usted. . . señorita; me han tomado aquí como segundo jardinero y al primero no le gustan los chicos de Londres, y por eso yo no quería que se averiguase que soy de allí. Así es, señorita, que si tuviese usted la bondad de no decir que me ha conocido fuera de aquí, se lo agradecería. . .

—Muy bien, Tomás; no tema que yo le delate,—dije, sonriendo.

—Gracias, señorita;—contestó, llevando de nuevo la mano á la gorra, y se alejó.

Este encuentro y el importante secreto que debía guardar, me hicieron mucha gracia. Como si al decir yo que había visto á Tomás Parkes en los Alisos, debía deducirse necesariamente que aquél era hijo de Londres.

Me dirigía de nuevo hacia la casa, para ver si había bajado alguien á almorzar, cuando al llegar cerca de ella, oí la voz de dos caballeros. Uno dijo:

—Belita está celosa, Tomás.

El otro contestó con un gruñido.

—¿No es verdad que es duro para la jovencita?

En esto oí á la baronesa Mills y me apresuré á entrar. Había ya ocho ó diez personas reunidas. Los dos caballeros más próximos á la puerta, cuyas palabras oí desde fuera, eran los señores Cole y Carruthers.

¿Quién era Belita? Y ¿qué significaba “duro para la jovencita”? y ¿quién era esta jovencita?

Las campanas de la iglesia de Denham, que estaba cerca de ahí, tocaron antes de que terminara el almuerzo, y la baronesa preguntó quién iba al servicio.

—Si otros van, yo también iré,—dijo la señora Clowes, dirigiendo la mirada al señor Carruthers, que se servía una regular cantidad de jalea.

—Procuren formar numerosa partida,—dijo la baronesa.—La gente del lugar se fija tanto en eso de asistir á la iglesia que vale la pena de ir. Luego pueden ustedes hacer lo que mejor les plazca.

Bastante escandalizamos el vecindario con no acostarnos á las diez y con otras malas costumbres. El domingo pasado, de diez y siete que éramos, sólo tres fuímos al servicio.

—¿Usted va, señorita Christie? Sí; por supuesto. Yo también iré, si usted me ayuda á encontrar las oraciones en el libro,—dijo el señor Carruthers.

Cuando los ocho que fuímos, de toda la partida, llegamos á la iglesia, el señor Carruthers se sentó á mi lado y escogió de entre los libros el más grande que pudo hallar. Al anunciarse el texto, me pasó el libro, diciendo:

—Haga el favor de buscármelo.

No le hice caso al principio, pues consideré que era jugar en el templo; pero se puso á hacer tanta bulla hojeando de aquí y de allá su libro, mirando en el de sus vecinos y dejando caer algunos que había en su reclinatorio, que me decidí á encontrarle la página del texto, y tuve que hacer lo mismo con todas las demás durante el servicio, como si él hubiese sido un niño. Estaba muy incomodada con él por semejante conducta, y no quise hablarle cuando salimos. Él se acercó, sin embargo, y anduvo á mi lado, mientras yo hablaba con otro, hasta que, al fin, dijo con humildad:

—¿He ofendido á usted?

—Sí, señor; es usted muy irreverente.

—No ha sido ese mi ánimo; más es tan monótono estar sentado en la iglesia sin poder seguir el servicio, y, por otra parte, es tan desagradable tener que hojejar torpemente el libro, sin poder encontrar las oraciones hasta que el ministro está á la mitad de ellas, que preferí acudir á usted, puesto que sabe encontrarlas al instante.

—Si fuera usted más á menudo á la iglesia, sabría encontrar las oraciones tan bien como yo,—dijo con severidad.

—Sí; pero uno tiene tanto que hacer los domingos por la mañana en la ciudad . . . fumar la pipa . . . y otras, y otras cosas . . . pero en adelante procuraré ir con más frecuencia. No dudo que me hará mucho bien.

—Pues yo no creo que el asistir á la iglesia haga ningún bien á gente como usted,—repuse con gravedad.

El señor Carruthers soltó una carcajada, y dijo que yo hacía

mal en descorazonarle precisamente cuando iba á procurar enmendarse.

En el *lunch* me senté entre él y la señora Clowes. Esta dió cuenta del sermón de un modo que hizo reir á todo el mundo, y dijo muchas cosas chistosas y otras desagradables, según su costumbre. Luego, en voz algo más baja, se dirigió al señor Carruthers, por delante de mí:

—¿Quiere usted que le pase el Jerez, ó es cierto que se concreta ahora á leche y agua?—le preguntó con intención.

—Muy cierto,—dijo él.—Y no puede usted imaginarse cuán delicioso lo encuentro. No es ni con mucho tan insípido como usted creería, y ofrece un cambio muy agradable después de excesivos estimulantes. . . . Permita usted, señorita Christie, que le ofrezca este racimo de uvas.

La señora Clowes volvió la cabeza al otro lado, como si algo la hubiese molestado en la contestación del señor Carruthers.

La mayoría de los huéspedes del castillo pasaron el domingo como si no lo hubiese sido, con la sola diferencia de que nadie salió á paseo ni en coche, ni á caballo; pero algunos fueron á remar por el río; otros jugaron la raqueta; otros se echaron sobre la yerba y leían novelas, mientras muchos, yo entre ellos, se sentaron bajo los árboles á beber *champagne frappé*, que es la cosa más deliciosa que jamás he bebido.

Oí al misterioso sujeto y criado dar una orden á Tomás Parkes y decirle:

—Oye, tú, jardinero; ¿cómo te llamas?

¡Como si jamás se hubiesen visto, ni hubiesen paseado juntos por los terrenos de los Alisos dos noches antes, hasta que Sara les abrió la puerta de la cochera! ¡Qué imbécil ese Tomás con el secreto de su origen! Señalé el otro sujeto al señor Carruthers, y le pregunté si sabía de quién era criado.

—Es mío,—dijo;—y el mejor que he tenido. Hace seis meses que está conmigo, y de algún tiempo á esta parte he dejado de pensar en mis asuntos; él lo hace mucho mejor que yo.

Principié á sospechar que ese criado sería algún pariente pobre del señor Rayner, que tenía que ganarse la vida de ese modo, aunque avergonzado, y que visitaba á sus ricos parientes de incógnito,

para evitarles habladurías sobre lo que cierta gente, como los Reades, por ejemplo, consideraría una gran deshonra. Nada más dije, por tanto, sobre ese individuo al señor Carruthers.

Éste estaba sentado cerca de mí, fumando, é importunándome para que leyera un periódico, lo cual yo no consideraba propio en domingo. Por fin, se puso á leerlo él mismo, en voz alta. Me levanté y fuí corriendo hacia la huerta con el señor Cole, quien me cogió algunas ciruelas. Allí pasamos el rato hasta la hora de comer, jugando con las gallinas y contemplando los peces de los estanques.

El señor Cole había formado un lindo ramillete de flores para adornar el peto de mi vestido, pues estaba decidida á no ponerme otra vez el desdichado medallón; pero el traje no producía la mitad del efecto sin él, y quise ver por última vez cómo lucía al lado de las flores, con intención de guardarlo en seguida. Pero cuando fuí á mi pupitre y saqué el viejo estuche que el señor Rayner me había entregado, ¡hallé que estaba vacío! Nada más faltaba; la moneda de oro que mi tío me dió, estaba en su envoltorio de cuero cerca del estuche; las esquelas de Lorenzo, atadas con su cinta color de rosa, permanecían donde yo las había dejado. Registré el pupitre, mis bolsillos y todos los rincones del cuarto, aunque sabía que era en vano, pues recordaba perfectamente que la noche anterior, aunque rendida de sueño, había estado unos momentos contemplando los destellos que los brillantes despedían á la luz de la bujía, y que luego había guardado la joya cuidadosamente en el pupitre.

Me la habían robado; no cabía duda alguna. Después de buscar inútilmente, me senté temblando y demasiado asustada para poder llorar. Una pérdida misteriosa como esa siempre produce una impresión desagradable, por la idea que inspira de que se está á merced de un poder desconocido, aparte de la certidumbre de que entre las personas que nos rodean hay un ladrón. Mi primer impulso fué el de ir á la baronesa y contárselo. Pero luego desistí de hacerlo, porque si yo revelaba mi pérdida, habría una escena desagradable para todos los criados y cierto disgusto para todos los huéspedes. Además, algunos criados estaban al servicio de aquéllos y no bajo la autoridad de la baronesa. Pudiera ser que mi medallón hubiese sido robado por uno de éstos, y cualquiera de los huéspedes se indignaría

si se acusaba á su criado de latrocinio. Resolví, pues, no decir nada sobre el robo y soportar con resignación esa pérdida, que sentí más de lo que me hubiera podido imaginar. Después de todo, si no podía ponerme esa joya sin llamar la atención de las gentes más de lo que yo deseaba, y sin que causara asombro á todo el mundo el que yo poseyera una joya que ese mundo persistía en considerar de gran valor, mejor era que la hubiese perdido. Principié á creer que ya ejercía nociva influencia sobre mí, como lo demostraba mi íntimo anhelo de ponérmela otra vez.

Bajé, pues, al comedor simplemente con un pedazo de terciopelo atado al cuello. La señora Cunningham me preguntó por qué no me había puesto el medallón, y le dije que me había convencido de que era una joya demasiado hermosa para una joven en mi posición. Oí al señor Carruthers murmurar que lo mismo se podía decir de mis ojos.

La noche estaba muy agradable; había ligera brisa, pero no hacía frío, y después de comer muchos salieron al jardín. Yo les seguí, temerosa de que me hicieran tocar los vales, con todo y ser domin-go. En efecto, uno de los caballeros dijo:

—Vamos á suplicar á la señorita Christie que toque.

Pero la señora á quien él se había dirigido, contestó con cierto enojo:

—No hay necesidad de acudir siempre á la señorita Christie, y ella seguramente ha de preferir que no se la moleste. Esta mañana he hojeado los vales y he visto que son muy fáciles.

—¡Que los ha hojeado, dice!—exclamó el señor Cole, que estaba á mi lado.—Pues ha estado dale que dale en el piano, tratando de sacar esos vales, durante todo el tiempo que ustedes estuvieron fuera esta mañana.

Era ya muy avanzada la noche cuando el señor Carruthers, que había estado jugando al billar con otros, salió con un cigarro en la boca á pasearse por el jardín, y se acercó á la estufa en que me hallaba con Sir Jonas, á quien, por lo visto, yo había caído en gracia. El buen señor insistía en cortarme un racimo de uvas de una de las mejores parras que crecían en la estufa, cuando se presentó el señor Carruthers y dijo:

—La baronesa Mills me encarga que advierta á la señorita Chris-

tie que se expone á coger un fuerte resfriado, si sale de la estufa al aire frío de la noche sin ningún abrigo.

—¡Diantre! Es verdad, hija mía, que se expone. Tráele un abrigo, Tomás.

—Me he anticipado á atender á las necesidades de la señorita, según acostumbro,—dijo el señor Carruthers, y me envolvió, cabeza y hombros, con un magnífico chal de la India, que pertenecía á la baronesa Mills.

—Llévala á casa en seguida, Tomás. Nunca me perdonaría si ella se enfermara,—dijo Sir Jonas con ansiedad, y nos acompañó hasta la puerta.

—Ni yo tampoco—replicó entre dientes el señor Carruthers.—Vamos corriendo, señorita Christie.

Yo no sentía frío y se lo dije á mi acompañante; pero él contestó:

—No le hace; no se puedo uno arriesgar.

Pasó su brazo por debajo el mío y me hizo correr á toda prisa, hasta que doblamos la esquina de un muro que nos ocultaba de la vista de Sir Jonas.

—Ahora iremos en otra dirección,—dijo, y me llevó por un largo camino orillado de árboles frutales, que terminaba en una pequeña verja.

—¿A dónde me lleva usted?

—Vamos á dar un paseo.

—Pero es muy tarde, y estoy hecha una facha.

—No importa. ¿Tiene usted sueño?—preguntó, fijando en mi rostro su mirada.—No; veo que sus ojos están muy abiertos y espabilados, y aquí nadie se acuesta hasta que tiene ganas de dormir, lo que constituye una excelente costumbre. En cuanto al atavío de usted, encuentro que está muy pintoresco . . . algo oriental . . . y le sienta á usted perfectamente. Además, como es ya tarde para que haya nadie por aquí, y está muy oscuro para que la vieran, aunque hubiese alguien, soy el único cuyo parecer debe usted consultar.

Pasamos, pues, la verja, y por un estrecho sendero, trazado sobre la misma yerba, bajamos á la orilla del río. Nos detuvimos al llegar á la casilla donde se guardan los botes, y el señor Carruthers insinuó que la noche era hermosa para un paseo por el río.

—Mire usted; sólo hasta donde el río se ensancha, luego siguiendo ahí por donde la luna riela en el agua, hasta aquel grupo de gigantescos árboles, y de regreso á este punto de partida, ¿no sería una excursión deliciosa?

—Sí; si no fuese hoy domingo,—dije tímidamente.

No se me ocurrió ninguna otra excusa. Él me miró, vacilando sobre qué responder, y por fin, dijo:

—Tiene usted razón. Ya ve usted que respeto sus escrúpulos; aunque no participe de ellos.

—Sacó su reloj, y prosiguió:

—Son las doce menos cuarto. Cuando tenga el bote listo y arreglado para recibir á usted, será la madrugada del lunes, y no habrá inconveniente en que se embarque.

Y antes de que yo pudiera detenerle, se había metido en el bote. Sólo, pues, pude decir:

—Pero es muy tarde, señor Carruthers. ¿Qué dirá la baronesa?

—Ya me encargo de explicárselo á la baronesa, y como usted es una joven tan buena é inocente, nadie pensará mal de sus actos.

No comprendí entonces el sentido de sus palabras como lo comprendí después; pero me causaron, no obstante, cierta intranquilidad. Mas ésta fué momentánea, pues él decía cosas para hacerme reír, mientras preparaba el bote, hasta que el reloj de la vecina iglesia dió las doce.

—Á menos que el reloj adelante, nuestras conciencias pueden estar ahora tranquilas. Déme la mano . . . Ponga el pie aquí con cuidado . . . ¡bravo!

Me hallé en el bote llena de satisfacción, y, sin embargo, dispuesta á llorar á cualquier movimiento de aquél, pues nunca me había embarcado hasta entonces.

—No hay mucho viento; pero creo que habrá lo suficiente para traernos á la vuelta; así, pues, remaré ahora con la corriente hasta allí donde el río se ensancha. Haga el favor de coger los cabos del timón . . . eso es . . . ahora tire del uno ó del otro según le diga.

Saqué los brazos del chal en que los tenía envueltos y, poseída de mi nueva responsabilidad, cumplí las órdenes que él me daba; pero como tuve que gobernar poco, me quedé ensimismada pensando en Lorenzo. Durante los dos días anteriores, me había visto obligada

á conversar casi todo el tiempo; pero en los momentos en que no hablaba, mi pensamiento solía volar hacia Lorenzo, como sucedió en ese instante.

—Usted no está pensando en mí, de fijo,—dijo tranquilamente el señor Carruthers.

Me turbé y tiré del lado opuesto al que debía.

—No importa,—prosiguió sin enojarse.—Sólo que es una ingratitud. Él no está tan enamorado de usted como yo.

—¡Enamorado! ¡Si yo pensaba en . . . la señora Manners!

—¡Feliz señora, cuyo recuerdo puede producir semejante expresión de arrobamiento en el semblante de una niña tan hermosa!

—¿Quién creía usted que era, señor Carruthers?

—Si se lo dijera, me mandaría usted desembarcarla al instante.

—Ni yo lo mandaré, ni usted me haría caso, aunque se lo ordenara.

—Deje que me siente á su lado, y se lo diré. La corriente nos llevará.

Vino á sentarse junto á mí, y dirigió el bote con una de las espadillas mientras estuvo hablándome.

—¿Por qué será que la mujer nunca quiere al hombre que más la quiere?

Esta pregunta sobre un asunto nuevo para mí, me sobresaltó.

—¿Nunca, dice usted?—pregunté con ansiedad.

—Me temo que no,—contestó en voz muy baja y con una expresión de tristeza en su mirada, que me inquietó bastante.

—Pero ¿cómo puede ella saberlo?

—Creo que puede adivinarlo por su mirada, cuando la tiene fija en ella,—dijo, clavando al mismo tiempo la suya en mí de un modo que me produjo visible turbación.

Volví la cabeza al otro lado y él, sin apartar la suya, que tenía muy cerca de mi oído, prosiguió en el mismo tono apenas perceptible:

—Si ella aproxima sus labios á los labios de él, y trata de leer en sus ojos el sentimiento que le inspira. . . .

—¡Así lo hice! . . .—exclamé, volviéndome hacia él, con el corazón palpitante ante el recuerdo del primer beso con que Lorenzo me reveló su amor.

El señor Carruthers se separó bruscamente, acarició sus bigotes y me miró de un modo muy extraño.

—Creo que no ha vivido usted siempre en el campo,—dijo secamente.

Por el cambio en su voz y en su mirada, comprendí en un instante lo que había hecho. Él me hacía el amor, y yo sólo pensaba en Lorenzo. Coloqué mi mano suavemente sobre la suya, y le dije:

—No se ofenda, señor Carruthers. No dudo que todo lo que usted dice será cierto. Pero yo le quiero tanto, que no puedo por menos de creer que él me ama más que ningún otro.

Le dije eso para consolarlo, pues realmente yo no hubiera podido dudar de Lorenzo por nada del mundo. Tomó mi mano y la besó; pero lo hizo de un modo como si no le importara gran cosa. Luego dijo que era hora de regresar, viró el bote e izó la vela. La brisa había refrescado un poco, de modo que llegamos al embarcadero en breve tiempo. Hablamos poco; pero quedamos buenos amigos, pues las encontradas impresiones de temor y deleite que alternativamente me producía el paseo á la vela, sugerían al señor Carruthers chistosos comentarios que me hacían reír.

Cuando desembarcamos, el reloj del campanario dió la media hora. ¡Era la una y media! Quedé horrorizada.

—No importa,—dijo mi compañero.—No se habrán acostado todos. Entraremos por una puerta lateral que yo conozco, y usted puede escurrirse á la sala de lectura. Coja un libro y haga ver que está leyendo. Al poco rato, yo entraré con el señor Cole y otros, y diré que no sabíamos dónde se había usted metido.

—Pero ¿por qué he de hacer todo eso?—pregunté.—¿Acaso he hecho algo de que deba avergonzarme? Usted dijo que la baronesa no diría nada.

—Por supuesto. Tranquilícese . . . yo se lo contaré á la baronesa. Ella no le dirá una palabra á usted, ni hay necesidad de que le diga nada á ella. Pero ninguna de las otras señoras podría haber intentado hacer lo que usted ha hecho con toda inocencia. Además, Sir Jonás la refiría por su imprudencia en exponerse á coger un resfriado.

—Pero no parecería muy inocente si hiciera ver que no he estado fuera, señor Carruthers. Además, yo no estaba sola; yendo con

usted nada debía temer. La baronesa no se habrá retirado, seguramente. Voy á verla.

Me escapé corriendo, antes de que él pudiera detenerme, y encontré en la sala á la baronesa y á la señora Clowes; en el semblante de la primera descubrí una expresión de ansiedad; de enojo en el de la última.

—Hija mía, ¿dónde ha estado usted? Creíamos que se había perdido,—dijo aquélla con voz temblorosa.

—¡Ay! baronesa, lo siento en el alma! He ido á un paseo por el río con el señor Carruthers. Él dijo que á usted no le sabría mal; pero yo debí haber tenido más juicio, siendo la hora tan avanzada.

—Cuanto más tarde mejor . . . me parece, querida,—dijo la señora Clowes en tono mordaz.

Pero el semblante de la baronesa adquiría más benévola expresión, y me dijo con afecto:

—Pero ¿no sabe usted, hija mía, que el señor Carruthers es uno de los hombres más peligrosos? . . .

Se detuvo, pues en aquel momento entró el señor Carruthers y volviéndose á él, le dijo en tono tan severo que me hizo temblar:

—¿No está usted avergonzado, Tomás?

Él contestó con mucha gravedad:

—Tal vez; pero nada importa. Encuentro esta reconvencción muy inoportuna, pues es fácil ver, Estéfana, que para esta niña lo mismo es la noche que el día; y aunque yo hubiese sido el mismísimo Mefistófeles, ningún perjuicio le hubiera ocasionado á ella mi compañía. Ha hecho usted muy bien en venir á la baronesa,—añadió, dirigiéndose á mí, con amabilidad.

Él me dió la mano; la baronesa me besó; me saludó fríamente la señora Clowes y me retiré, sin saber ni aun entonces la gravedad de mi falta contra las conveniencias sociales.

Sir Jonas iba á la capital á la mañana siguiente y debía conducirme á los Alisos, de paso para la estación de Beaconsburgh, donde él tomaba el tren.

Todos los huéspedes—excepto la señora Clowes, que nunca se me acercaba—me despidieron muy afectuosamente, y cuando estaba sentada ya en el faetón, esperando á Sir Jonas, salió el misterioso

sujeto, criado del señor Carruthers, y con respetuosa impasibilidad, me dijo, entregándome mi perdido medallón :

—Creo que esto pertenece á usted, señorita. Se le debió caer por la escalera, pues allí lo he encontrado, y temo que esté un poco deteriorado.

Quedé tan asombrada que antes de que acertara á darle las gracias, él se había alejado. Examiné la joya para ver si realmente estaba deteriorada y ví que, en efecto, faltaba el pequeño escudo en que estaban grabadas las iniciales.

¿Era él mismo el ladrón de la joya y estaba arrepentido? ¿ó no se atrevía á restituirla en persona el que me la había robado? ¿ó se me había caído, en realidad, por la escalera, y sólo había soñado que la guardaba en mi pupitre?

CAPÍTULO XVIII

SIR Jonas me dejó á la entrada de la avenida de los Alisos. Profunda tristeza se apoderó de mí al recorrer esa avenida, viéndome seguida por la odiosa Sara, que llevaba mi maleta y que me hacía la impresión de un carcelero regocijado al recobrar un prisionero fugitivo. En este estado de ánimo llegué á la vista de esa casa del pantano, la cual guardaba aún muchos misterios para mí, no obstante haber residido en ella durante dos meses.

Después de mi corta ausencia, que, sin embargo, me pareció larga, por la experiencia durante ella adquirida, se agolparon á mi mente con mayor fuerza que nunca todas las dudas que me habían preocupado respecto á los moradores de esa casa. Las preguntas que me habían dirigido las señoras en el castillo de Denham y los comentarios con que habían acogido mis respuestas, dieron pábulo á esas dudas é hicieron más difícil su esclarecimiento. La señora Rayner ¿estaba, en realidad, demente? Si lo estaba ¿cómo no había trascendido la noticia á ese círculo aristocrático, tan aficionado á la chismografía, y que tenía historietas que contar de casi todas las familias de aquella comarca? ¿Por qué razón esas señoras habían calificado de “atrozmente perverso” al señor Rayner, que siempre iba á la iglesia y llevaba la vida más morigerada? Seguramente

ellas no consideraban un pecado el tocar el violín, ó el asistir á las carreras de caballos. Y si le creían tan “perverso,” ¿por qué decían todas que darían cualquier cosa por conocerlo? ¿Qué parentesco existía, ó qué relaciones mediaban entre el señor Rayner y Gordon, el criado del señor Carruthers? Y Sara ¿estaba constituída realmente en guardiana de la señora Rayner? Y ella misma ¿no tenía algo de loca? ¿Cómo se habían desvanecido los celos que tenía de Juanita, según había manifestado tan apasionadamente al pasar cerca de mi escondite con el “caballero,” amigo del señor Rayner? ¿Por qué me odiaba ella tanto? ¿Había dominado ese odio? ¿ó de qué sería capaz si ese sentimiento cruel é injustificado se sobreponía á su buen juicio?

Era mejor hablarle que pensar en ella; me volví, pues, y le pregunté cómo seguían la señora Rayner y Haydée. Mi discípula no estaba bien y guardaba cama; pero Sara ofreció ir á preguntar si yo podía entrar á verla.

—Cogió un resfriado el sábado por querer estar hasta tarde cerca de la laguna, pues dijo que allí podía hablar con usted, señorita. ¡Valiente tontería! Pero usted ya sabe que ella está llena de caprichos.

Esta prueba de afecto por parte de Haidée me conmovió y quise ir á verla en seguida; pero Sara dijo que la señora Rayner estaba con ella y no quería que se la molestara. Me dirigí, pues, á mi cuarto, después de haber preguntado á Sara, con fingida indiferencia, si había habido carta para mí, y de haberme ella contestado que no había ninguna.

¡Bien pudiera Lorenzo haberme escrito una esquelita! . . . ¡Lo deseaba tanto! . . . No ha sido tan bueno para conmigo desde que le he confesado que le amo,—pensé con hondo pesar, y me senté al lado de la mesa; dejé caer la cabeza sobre los brazos, y cedí á mis ansias de llorar.

No tuve, empero, mucho tiempo para desahogar mi pena, pues era cerca de la hora de comer, y no quería que el señor y la señora Rayner vieran mis ojos encendidos é hinchados por el llanto; con lo que pudieran creer que no estaba contenta después de la fiesta de que había disfrutado. Creo, no obstante, que el señor Rayner notó algo, pues me observó fijamente y dijo que mi semblante no había

mejorado con la excursión, y que era evidente que la vida de disipación no me probaba. Pero como vió que continuaba pensativa y con voz temblorosa, sólo me hizo dos ó tres preguntas más sobre mi reciente visita, y me dejó tranquila con mis meditaciones, lo cual le agradecí en extremo.

Por la tarde me dejaron entrar á ver á Haidée. Era la primera vez que yo penetraba en el ala izquierda de la casa. El día estaba desapacible, y el corredor y el cuarto mismo de mi discípula me parecieron fríos y húmedos. En la habitación de la niña no había chimenea, y me extrañó que no trasladaran la enferma á otro lugar. Haidée se incorporó en cuanto entré, me cogió del cuello é hizo que reclinara mi cabeza sobre la almohada, al lado de la suya, para que le contara cuanto había hecho durante mi ausencia. Hice una pequeña narración de todo; aunque omitiendo algunos detalles, que no eran propios para sus oídos, (como, por ejemplo, la conducta del señor Carruthers en la iglesia); y dando, en cambio, mayor importancia al hecho de haber dado comida á las gallinas, y á la descripción de las flores y frutas que había visto y con que me habían obsequiado. El señor Rayner se asomó á la puerta una vez, y después de escuchar unos instantes, dijo:

—También quiero que me haga una relación de todo eso, señorita Christie. Pero yo quiero otra edición que no esté revisada y adaptada para el uso de los niños.

Me sentí algo turbada, pues él dijo eso con malicia, y pensé que tal vez no aprobaría que la institutriz se hubiese divertido tanto; pues á la verdad, no había yo estado muy comedida durante mi estancia en el castillo de Denham.

Haidée me suplicó con tanta insistencia que me quedase á tomar el té con ella, que consentí, con tanto mayor gusto por cuanto la señora Rayner, que no había entrado á ver á su hija durante todo el tiempo que yo estuve con ella, parecía haber cambiado su actitud de apática indiferencia hacia mí, por una marcada antipatía.

Durante la hora del té, Haidée me dijo en voz baja:

—¿Quiere usted ir á la puerta y ver si alguien escucha, señorita Christie?

Para complacerla, fuí á la puerta, la abrí y me aseguré de que no había nadie.

—Haga el favor ahora de ir á la otra puerta; á la del cuarto de mamá.

Esta estaba cerrada con llave, pero escuché con el oído pegado á ella y tranquilicé á la niña, diciendo que tampoco había nadie allí. Entonces me hizo seña para que me acercase de nuevo á su cama, y levantó la cabeza para decirme al oído:

—Anoche esa terrible Sara hizo llorar á mamá. La oí á través de la puerta. Mi mamita tiene miedo de esa mujer, y yo también. ¡Psit! Alguien siempre está escuchando.

Pero nadie hubiera podido oír su voz, tan baja y débil que era difícil aun para mí el entender todas sus palabras. La consolé diciendo que Sara no le haría nada, ni á “mamita” tampoco; aunque no estaba yo tan convencida de ello como pretendía, y permanecí con ella hasta que quedó dormida.

Entonces me envolví en un chal y salí al jardín para hacer una visita á mi “nido.” Allí, apoyado contra el árbol que formaba mi asiento, estaba Lorenzo. Dejé escapar un grito de alegría y corrí hacia él; pero él me saludó fríamente y me dijo:

—Buenas tardes, señorita Christie.

Me detuve casi desfallecida; luego en voz baja y ronca, pues apenas podía articular las palabras, le dije:

—Lorenzo, ¿por qué me hablas de ese modo? ¿No te alegras de verme?

—¿Por qué he de alegrarme de ver á usted, señorita Christie? No puedo esperar que la impresión que yo cause á usted sea muy favorable, después de la más amena compañía que acaba usted de dejar.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué compañía puede ser para mí más agradable que la tuya?

—¡Oh! ¡es usted muy amable! No dudo que puedo pasar muy bien como recurso, á falta de entretenimiento más divertido.

—¡Lorenzo! ¿Cómo puedes decir cosas tan injustas? ¿Estás incomodado porque he ido al castillo de Denham y porque me he divertido? No he podido evitarlo, pues todos han estado muy amables conmigo. Pero he pensado en tí constantemente y he deseado con toda el alma que tú hubieses estado allí.

—¿Pensaba usted en mí mientras el señor Carruthers le hablaba

al oído en el invernáculo? . . . ¡Ah! ¡no me extraña que se sorprenda usted! ¿Era én mí en quien usted pensaba cuando estaba sentada en el mirador y el señor Carruthers, reclinado sobre el respaldo de su silla, le hablaba con visible interés? ¿Merecía yo el honor de ocupar su pensamiento cuando seguía usted las oraciones en el mismo libro que el señor Carruthers, durante el servicio? ¿Me dedicaba usted sus pensamientos mientras el señor Carruthers le cogía flores y fruta, y ayudaba á usted á alimentar las gallinas y los peces de un modo ¡ay! tan . . . idílico? ¿Volaba hacia mí su pensamiento mientras hablaba usted de poesía con el señor Carruthers y tocaba los acompañamientos de sus canciones, y . . . ?

—¡Basta Lorenzo; eso no es verdad! Quien cogió flores y frutas para mí, y estuvo conmigo mientras contemplaba los peces fué el señor Cole; no el señor Carruthers. Fué el señor Standing con quien hablé de poesía y á quien acompañé en el piano; no el . . .

—¿El señor Standing? ¡Otra buena alhaja! Veo que escoge usted bien sus amigos, señorita Christie. Me parece que nõ merezco ser admitido en su número. Soy demasiado lerdo.

—¡Eres demasiado rudo!—exclamé, incomodándome ya.—No sé qué pretendes significar al calificarlos de “buenas alhajas;” pero puedo asegurarte que ninguno de esos caballeros, que tratas con tal desdén, hubiera intentado insultarme y causarme pena, sólo porque hubiese hablado con otras personas.

—Sí; ya veo que ha procurado usted no hacer diferencias; pero dudo que lo haya logrado,—dijo con ironía.—No creo que haya dado paseos por el río entre las doce y dos de la madrugada con todos los caballeros del castillo.

—No,—contesté, herida entonces por sus sarcásticos reproches.—No he permanecido allí bastante tiempo para eso.

—¡Ah!—exclamó Lorenzo, más enojado que nunca; tan enojado que intentó hablar varias veces sin conseguir más que balbucear algunas sílabas incoherentes, hasta que, por fin, pudo decir:—No; no estuvo usted allí mucho tiempo; pero lo aprovechó bien, pues la fama de sus hazañas había cundido ya esta mañana por toda la comarca.

—¿Mis hazañas?

—Sí; antes de que llegara usted esta mañana, el señor Rayner tenía ya noticias de ellas.

—¿El señor Rayner? No me sorprende. Lorenzo me miró fijamente.

—El señor Rayner tiene allí un amigo,—proseguí sin atreverme á decir más, pues no debía contar cosas concernientes á la familia con la cual vivía, que ella no quería que se divulgasen.

—¡Ah! ¡más misterios! ¿Con que él señor Rayner envió un espía tras de usted? Lo creo muy bien.

—No dije eso. Por supuesto que él no había de hacer semejante cosa. Y no hay necesidad de que un espía vigile mis actos, pues yo no hago nada de que deba avergonzarme. El señor Rayner sabe esto muy bien y nada me ha dicho de esa conducta, que tú consideras tan censurable.

—¡Oh, no! ¡Al señor Rayner no le importa! ¿Qué le hace á él que usted comprometa su buen nombre saliendo á altas horas de la noche, sola con uno de los calaveras más notorios de la capital?

—Pero ¿cómo podía yo saber lo que él es, Lorenzo?—dije, sin poder sostener la fuerza de ánimo, pues deseaba llorar.—La baronesa Mills me dijo después que la compañía de ese señor es peligrosa; pero ¿cómo podía yo adivinarlo antes? Nadie rehuía su trato; por el contrario, todas las señoras parecían gustar mucho de su compañía, y algunas demostraban estar celosas de que él hablara conmigo. Y él no decía cosas malas; ni con mucho tan malas como las que ellas decían. ¡Lorenzo, no seas cruel conmigo! ¿Cómo podía yo conocer el peligro?

Mis palabras le conmovieron, al fin. Dejó caer la mano con que había estado tirando nerviosamente de su bigote, y se volvía lentamente hacia mí, cuando el reloj de la iglesia principió á tocar las siete.

—¡Oh!—exclamé, é instintivamente dí media vuelta hacia la casa.

—¿Qué hay?—preguntó Lorenzo, amostazándose de nuevo.

—He ofrecido al señor Rayner estar en la sala á las siete menos cuarto, para acompañarle en el piano.

—No se detenga por mí, se lo ruego,—dijo.—Siento haber venido á interrumpir sus meditaciones sobre las delicias de su reciente ex-

cursión. Pero como me marchó para la Riviera pasado mañana y no tendré otra ocasión de ver á usted antes de mi partida, me he tomado la libertad de pasar por aquí esta tarde, para felicitar á usted por haberse convertido en coqueta consumada. Buenas tardes, y adios, señorita Christie. Espero que pasará otra agradable velada con el señor Rayner.

Me tendió la mano, temblorosa por la pasión que le agitaba, y huyó á través del bosque antes de que pudiera yo formular palabra con que detenerlo. Me sentí demasiado abatida para poder llorar. Me dejé caer sobre el asiento y parecióme que toda dicha, y alegría y esperanza habían desaparecido para mí, puesto que Lorenzo me abandonaba enojado é implacable. — Ahí estuve largo rato absorta, con la mirada fija en la laguna, hasta que el mismo señor Rayner salió en busca mía. Viendo la alteración de mi semblante, me dijo con mucha amabilidad que debía estar cansada y que no me exigiría, por tanto, que tocara el piano esa noche; mas yo le dije que prefería tocar. Entramos, pues; él cogió el violín, y yo me senté al piano.

No estaba yo, sin embargo, en vena aquélla noche y tocaba las notas *piano* ó *forte* según estaba indicado; pero sin una chispa de ese fuego que es el alma de la música. Al cabo de un rato, la señora Rayner se fué; sin duda para ver á su hija. Mas, debido al estado de mi ánimo, se me ocurrió que ella se iba porque le molestaba oírme tocar sin sentimiento. Esta idea me arrancó algunas lágrimas que se deslizaron por mis mejillas y cayeron sobre mis manos. El señor Rayner se paró; dejó su violín y me dijo con mucho afecto:

—¿Qué le pasa, hija mía? No ha sido mi intención hacerle sufrir; pero como ví que estaba usted triste, creí que la música la distraería un poco.

—¡Oh! ¡no es nada, señor Rayner! Permita usted que continúe.

—No, no; no soy tan egoísta. Me haría más daño que á usted misma. Venga á sentarse junto á la lumbre, y le traeré á Nap para que se entretenga.

Nap era su perdiguero. El señor Rayner me cogió del brazo; me hizo sentar en una cómoda butaca cerca de la chimenea, y salió de la sala. Yo enjuagué mis lágrimas y me sentí muy avergonzada.

¿Qué pensaría él de la institutriz que, durante una corta ausencia, cometía imprudencias que escandalizaban á la gente, y al regresar, lloraba, no podía tocar el piano y se convertía en una carga para todos? Á los pocos instantes volvió, seguido de Nap, y con una copa y una botella de vino en las manos. Se sentó á mi lado, llenó de vino la copita y me dijo que lo bebiera.

Principié á balbucear para disculparme:

—Señor Rayner . . . siento mucho . . .

—Sí; ya sé. Usted siente mucho que, á pesar suyo, el castillo de Denham le parezca un sitio más alegre que los Alisos, y siente mucho verse obligada á dejar ahí la agradable compañía de un buen número de personas divertidas y de buen humor, para volver á la de una pareja muy digna, pero muy prosaica, que . . .

—¡Oh, no, no! ¡Nada de eso, señor Rayner!—exclamé, alarmada.

—¿No es eso lo que iba usted á decir? No,—hija mía; usted iba á decir algo mucho más cortés, pero ni la mitad tan verídico. Somos todo lo dignos que usted quiera; pero somos insípidos, ¿por qué no lo hemos de confesar? Y ¿por qué no ha de confesar usted que se ha divertido en el castillo de Denham mucho más de lo que le es posible divertirse en esta casa? ¡Si precisamente para eso fué usted allá!

—Pues no debí haber ido.

—Se equivoca usted, hija. Si permaneciera siempre encerrada en este tétrico retiro, pronto tendría usted necesidad de usar muletas y antiparras. Aproveche todas las ocasiones que se le presenten para divertirse, tontuela, y ya verá como después de la reacción del primer momento podrá dedicarse con más afán al trabajo. Y ahora cuénteme todo lo que ha hecho durante su ausencia. Me he prometido un rato de agradable solaz oyendo su relación, aun cuando por otro conducto me han llegado ya noticias de sus actos, señorita gazmoña.

Esto es á lo que Lorenzo, en su obcecación, llamó “espiar;” ¡cuando el mismo señor Rayner confesaba haber tenido noticias de lo sucedido en el castillo!

—He sabido, entre otras cosas, que llevó usted el medallón que le regalé.

Me pareció que esto le había complacido.

—Sí, señor; estaba tan hermoso sobre mi vestido de muselina! . .

Y ¿sabe usted que muchos han creído que los brillantes son finos?

—¿De veras?

—Sí, señor; ya me figuré que usted se reiría al saberlo. Ya ve usted que no fui tan tonta en no conocer la diferencia la primera vez que usted me enseñó el medallón, cuando esas personas que han tenido brillantes y joyas preciosas toda su vida también, se han engañado. Uno de los caballeros, el señor Carruthers, dijo que una vez vió un medallón exactamente igual al mío, pero con verdaderos brillantes y que valía mil quinientas libras esterlinas. ¿Cree usted que eso sea verdad?

—Puede ser muy bien. Unos brillantes de ese tamaño tendrían mucho valor. ¿Á quién dijo que pertenecía esa joya?

—No lo dijo. Y tenía iniciales detrás como la mía.

—¿Qué casualidad! ¿Las mismas iniciales?

—¿Oh! no sé. Supongo que no serían las mismas.

—Creía que él lo había dicho . . .

—No, señor; él quería ver el reverso de mi medallón para averiguarlo; pero no se lo permití.

—¿Por qué?

—Pues . . . diré á usted, señor Rayner . . . si él persistía, como creo, en su opinión de que los brillantes son finos, y hubiese descubierto, por las iniciales, que usted me había regalado la joya, hubiera creído que usted no estaba en su juicio, señor Rayner, en regalar semejante prenda á una institutriz. ¡Mil quinientas libras esterlinas!—exclamé riendo.—¿Eso equivaldría al sueldo de treinta y ocho años!

El señor Rayner también se puso á reír.

—Fué usted muy lista. Si él lo hubiese sido tanto y deseaba realmente conocer esas iniciales, hubiera podido coger el medallón y verlas.

—Sí; mas yo ya no me lo puse después de la primera tarde.

—¿Por qué?

—Porque llamaba demasiado la atención. Verdaderamente esa joya es demasiado hermosa para mí, señor Rayner.

—¡Qué tontería! Nada hay demasiado hermoso para usted, hija mía. ¿No se lo han dicho así sus nuevos admiradores?

Me sonrojé y reí.

—Luego sucedió una cosa tan extraña, señor Rayner,—proseguí con timidez;—que se lo he de contar. El sábado por la noche guardé el medallón en mi pupitre,—por lo menos estoy casi segura de haberlo guardado,—y al día siguiente había desaparecido.

—No importa; le buscaremos otro.

—¡Oh, no! Lo más raro es que esta mañana, pocos momentos antes de partir, el criado del señor Carruthers me entregó el medallón y dijo que lo había encontrado por la escalera. Al examinarlo, encontré que le faltaba la plaquita con las iniciales. ¿No es esto muy extraño?

—No lo es, si se tiene en cuenta que la joya es falsa. Si hubiesen sido verdaderos brillantes, me sorprendería que el criado se los hubiese devuelto. Con todo, niña abandonada; no merece usted tener prendas de ninguna clase. ¿Qué hará cuando tenga joyas finas si no es usted más cuidadosa con las imitaciones?

—Espero que jamás tendré ninguna de aquéllas, señor Rayner.

—¿Lo dice usted de veras?

Titubeé un momento.

—Quiero decir que no veo en ellas suficiente compensación por la ansiedad que causan á las señoras que las poseen.

—Supongo que algunas señoras del castillo llevarían joyas tan ricas que á usted se le irían los ojos tras de ellas.

—No llevaban muchas joyas; pero creo que algunas de las señoras las tienen en buen número y de mucho valor. Una de aquéllas, la señora de un rico comerciante que no estaba allí, tiene magníficos brillantes, según se dijo.

—¿Y cómo se llama esa afortunada dama?

—La señora Cunningham.

—¿Y qué opinaba la señora Cunningham de su medallón?

—No quiso creer que fuese de brillantes falsos y me reconvino por mi negligencia; pero, en verdad, yo . . .

—Supongo que ella es muy cuidadosa con sus joyas—dijo el señor Rayner, interrumpiéndome.

—Sí, señor; no puede usted figurarse las precauciones que ella toma. Tiene un juego de brillantes y ojos de gato que . . .

El señor Rayner hizo un brusco movimiento con el pie y pisó la cola de Nap. El perro se puso á aullar, y me agaché para consolarlo.

—Siga usted; siga,—dijo el señor Rayner, tocando mi brazo con impaciencia.

—¿De qué hablaba? . . ¡Ah! ya sé; de las joyas de la señora Cunningham. Tiene un juego de lo que llaman ojos de gato y grandes brillantes que ella guarda . . .

—¿Que ella guarda dónde?—preguntó él, bostezando como si estuviera muy cansado.

—Lo lleva siempre oculto en su seno.

—¿Es posible?—preguntó de nuevo con mayor interés.

—Es positivo; ella misma me lo ha dicho. Y nadie en la casa, ni siquiera su doncella, lo sabe. Por las noches lo esconde debajo de su almohada.

El señor Rayner se levantó.

—En fin; creo que ni aun la responsabilidad de guardar ricos brillantes debajo de su almohada podría desvelar á usted esta noche, pues debe estar rendida de cansancio.

Fué de uno á otro lado de la estancia, sin objeto determinado y como si estuviera impaciente por irse á acostar. Pero no parecía tener sueño, pues sus ojos estaban muy abiertos, y su mirada era viva y algo inquieta. Me entregó, por fin, la palmatoria.

—Buenas noches, señorita; y que se le reproduzcan en sueños los gratos incidentes de su visita al castillo de Denham. Aunque, en verdad, no se merece usted esa dicha. ¿Quién le manda á usted divulgar secretos que le han confiado?

—¡Vamos, señor Rayner! ¡como si eso le importase á usted! . .
—dije, riendo, al salir de la sala.

—Sí; suerte que es á mí á quien se lo ha dicho,—contestó, riendo á su vez.

CAPÍTULO XIX

TENÍA razón el señor Rayner. Estaba muy fatigada, y por la mañana me quedé dormida; de modo que fuí tarde al almuerzo, el cual fué servido con inusitada puntualidad. Con gran sorpresa, ví que el coche esperaba á la puerta, y que la señora Rayner estaba ya vestida para salir.

—Estamos ya cansados de su compañía, señorita Christie; así es que vamos á dejarla solita en los Alisos,—dijo el señor Rayner al ver mi sorpresa.

Se divirtió un rató inventando distintas versiones sobre su marcha y, por fin, pude averiguar que él iba á Londres por dos ó tres días, y que su señora le acompañaba hasta la estación de Beaconsburgh. Dijo que iba á negocios, pero que al mismo tiempo procuraría divertirse; que iría á los teatros, y tal vez no regresaría hasta el sábado.

—¿Le gustaría á usted venir con nosotros hasta Beaconsburgh? De fijo que tiene usted que hacer algunas compras; puede cambiar sus libros en la Biblioteca, y así la señora Rayner tendrá compañía al volver.

Ella no acogió la proposición con entusiasmo; pero él me dijo que fuera á arreglarme y que estuviera lista en dos minutos. Apenas transcurridos éstos, ya estaba de vuelta al lado de ellos, faltándome la respiración y luchando para ponerme los guantes. Había sobrado lugar para mí en el pequeño asiento delantero del coche; pero me costó gran trabajo disuadir al señor Rayner de que se colocara al lado del cocheró, como quería, para dejarnos más lugar.

Cuando llegamos á la estación, vimos que nos habíamos anticipado mucho. El señor Rayner se puso á conversar ora con el jefe de la estación, ora con los conocidos que encontraba; á todos decía á dónde iba; á los que habían estado recientemente en Londres les preguntaba cuáles eran las mejores funciones á que se podía asistir, y á algunos les pidió que le indicaran un buen hotel, que no fuera muy caro y que estuviese cerca de los teatros. Á mí me dijo, en un momento que me encontraba á su lado:

—Si sucediese algo durante mi ausencia; si Haidée empeorara,

ó si la señora Rayner diera á usted algún susto, telegrafieme en seguida al Charing Cross Hotel. No sé si pararé allí; pero si me envía un parte con esa dirección, llegará con seguridad á mis manos. En mi despacho encontrará usted hojas impresas; así es que en caso necesario sólo tiene usted que llenar una, sin decir palabra á nadie, y dársela á Samuel para que la traiga á Beaconsburgh sin pérdida de tiempo. No olvide que ha de ser Samuel; no se fíe de ninguna de las criadas.

Me extrañó que no confiara ese encargo á la irremplazable Sara.

—¿Qué quiere usted que le traiga esta vez?—me preguntó momentos antes de llegar el tren.—Ya ha pasado la estación de las rosas. ¿Quiere usted otra joya de brillantes falsos que haga juego con su medallón?

¡Oh, no señor, no! Ya sabe usted que no puedo llevarlos, señor Rayner; y que sólo fomentan mi vanidad y mis deseos de poseer más.

—¡Ah, ya lo supuse!—dijo con malicia y como para sí mismo.—Bien, hija mía; nuestros deseos se realizan siempre, cuando son suficientemente vivos y constantes. Traeré á usted unos granates. Ésa es una piedra muy barata y muy bonita.

—Muchas gracias, señor Rayner; pero realmente no quiero más joyas de ninguna clase,—exclamé.

En esto llegó el tren; él se despidió cariñosamente de su mujer, y de mí con afecto; le vimos partir; fuímos luego á la población, para hacer nuestras compras y emprendímos el camino de regreso á Geldham. Esta parte de la excursión fué muy desagradable, pues las únicas palabras que pronunció la señora Rayner fueron, al decir yo que hacía frío:

—Pues debe usted encargar que enciendan la lumbre en su cuarto temprano. El señor Rayner nos hará responsables á todos los de la casa, si usted coge un resfriado durante su ausencia.

Después de esto, cerró los ojos y se durmió ó fingió dormirse. Me puse á pensar, mientras la contemplaba, cuán desagradable y antipática era esa mujer, hasta que sus mejillas hundidas y la expresión de sufrimiento que se notaba en su boca, me conmovieron un poco. ¿Por qué se retraía y se empeñaba en ser desgraciada, en vez de corresponder al amor de su marido y convertir la triste

morada de los Alisos en el sitio alegre y agradable que debería ser?

El día fué muy monótono para mí, pues cuando fuí á ver á Haidée, su madre salió de la habitación inmediatamente, dándome á comprender que deseaba evitar mi compañía. Me ví obligada, pues, á desoir los ruegos de Haidée de que me quedara con ella, y fuí á pasear por los terrenos de la casa, demasiado abatida y preocupada en mis pensamientos sobre Lorenzo y su cruel despedida para poder leer ó trabajar.

La señora Rayner no se presentó á la hora del té. Sara dijo que Haidée estaba peor y que su madre no quería dejarla. La noche era muy fría y como la señora Rayner había dicho enfáticamente á Juanita que encendiera la lumbre de mi cuarto en seguida después de comer, subí á él en cuanto pude tomar el té; me senté cerca de la chimenea y dí rienda suelta á mi tristeza.

Cerca de las siete, Juanita subió para decirme que Haidée estaba peor y que preguntaba por mí continuamente.

—Creo que se va á morir, señorita; de veras lo creo,—dijo la buena de la muchacha entre sollozos.—No me dejan entrar ahí; pero he estado escuchando, pues el señor Rayner se ha marchado, Sara ha salido y en cuanto á la señora, no me importa un comino. He oído á Haidée que la llamaba, señorita. Creo que no sabe lo que se dice, la pobrecita. Deberían enviar á buscar el médico; pero supongo que no lo harán. Á Sara no le importa, ni á la señora tampoco. Eso es lo que hay, señorita.

La pobre muchacha me dirigió una expresiva mirada al ver que me disponía á bajar con ella. Sabía bien que todas las criadas tenían á la señora Rayner por un ser sin voluntad propia, mientras que tenían mucho respeto y sentían admiración por su amo. Las pocas órdenes que la señora daba, las criadas las cumplían como por condescendencia, ó las desatendían del todo, mientras que una sola palabra del señor Rayner hacía mover á cualquiera de ellas como por resorte.

Así, habiendo él dado la orden de que no se molestara á la señora, por hallarse ésta delicada de salud, con ningún ruido de limpieza en el corredor que conducía á su cuarto, nadie se atrevía á penetrar en el ala izquierda de la casa, excepto Sara, que estaba encargada de

dicho corredor con el dormitorio, gabinete y despensa que contenía. Este temor ó respeto era tanto más notable por cuanto entre aquel departamento y el resto de la casa sólo mediaba una puerta mampara con un simple cerrojo, que creo nunca se corría de día. Juanita se creía, pues, una heroína después de haberse arriesgado á pasar por esa puerta; más al llegar á ella de nuevo, la muchacha se detuvo; dirigió una mirada á la puerta y otra á mí, como si el abrirla por segunda vez fuese hazaña superior á su atrevimiento.

—¡Ay! señorita,—me dijo al adelantarme para pasar;—¿y si el señor Rayner estuviese allí? . . .

—El señor Rayner está en Londres,—contesté.

—Sí, señorita, es verdad; pero á veces vuelve tan de improviso que ni que fuese una fantasma. Por supuesto que usted nada tiene que temer, señorita; pero si él averiguase que yo he estado ahí dentro, el miedo me mataría. Cuando él se enfada, habla á uno como si fuera á cortarle la cabeza.

Me reí de los temores de la doncella, y empujé la puerta, que logré abrir con dificultad, pues era algo pesada y Juanita, perdido ya su valor, no se atrevió á ayudarme. Al penetrar en el corredor, sentí un frío tan intenso que mis dientes castañetearon con violencia. Con asombro descubrí que habían dejado abierta la ventana del corredor en esa desapacible noche de Octubre. Me tomé la libertad de cerrarla y volviendo á la puerta del gabinete, llamé muy bajo. Oí la voz de Haidé, aunque no distinguía sus palabras. También oía los sollozos de la madre, que llamaba á su hija. Entré quedamente. La señora Rayner estaba prosternada al lado de la cama de su hija. Al verme, se alzó, lanzando un grito de desesperación. Haidée me reconoció, aunque deliraba por efecto de la fiebre que se descubría en el encendido color de sus mejillas y en el brillo de sus ojos.

Me senté sobre la cama y procuré aquietar á la niña y tenerla bien abrigada, pues el cuarto estaba tan frío como el corredor. La señora Rayner, agarrada á la barandilla de la camita, tenía fijos en mí sus ojos, que brillaban como los de su hija. Me sentí sobrecogida por vago temor. Habíame metido allí, sola, con una niña enferma y una mujer loca. ¿Iba ésta á sufrir uno de sus violentos ata-

ques? Su seno estaba agitado y sus manos se aferraban convulsivamente á los balaustres de la cama, al decirme :

—¿ Con qué derecho ha venido usted aquí? ¿ No está usted cómoda y agradablemente instalada arriba en su torre? ¿ Por qué ha de venir á regocijarse de mi desgracia? Me resigné á la influencia que ejercía sobre mi marido. Luego conquistó mi hija. ¿ No puede dejármela ahora que se está muriendo?

Yo había oído decir que á los locos se les debe hablar como si se les creyera cuerdos. Así, pues, dije :

—Muriendo no está, señora Rayner; no debe usted decir eso. He bajado por si puedo ser útil. ¿ Por qué no se la lleva á su propia habitación? Este cuarto está muy frío. Y ¿ no sería mejor enviar por el doctor Maitland? ¡ Ah! olvidaba que está fuera. Pero podía usted mandar á Samuel que fuera á Beaconsburgh por el doctor Lowe.

Su expresión cambió. Al mirarme mientras yo hablaba, el enojo y la mirada de provocación desaparecieron de sus grandes ojos y sollozando, exclamó :

—¡ No me atrevo! ¡ no me atrevo!

—¿ Puedo llevarla á su habitación, señora Rayner?

—No, no.

—Pues, si usted me permite, la llevaré á la mía. ¿ Sentirá usted tenerla tan lejos, sabiendo que es para su bien? Mi cuarto está tan caliente que no le hará daño el que se desabrigue, lo que no puede evitarse en el estado en que está la pobrecita. Yo la envolveré bien para que no coja frío al trasladarla.

La señora Rayner me miraba con expresión de abatimiento.

—¿ Se atreve usted á hacerlo?—me preguntó tímidamente.

—Ciertamente, si usted consiente.

—Bien sabe usted que mi consentimiento nada vale,—dijo llorando.

—Y no me extraña, mujer sin carácter,—dije para mí. Pero me inspiraba compasión y le pregunté si quería mi cuarto por aquella noche para estar junto á su hija.

Ella se asustó ante la idea. Así, pues, envolví á Haidée en una manta con intención de colocarla en mi cama hasta que subieran la suya á mi cuarto. Sentía cierto temor de tener que dar semejante

orden á la temible Sara, y estaba preguntándome si ella la obedecería ó no, cuando se presentó en el cuarto.

En seguida me dirigí á ella :

—Sara, deseo que haga el favor de subir la camita de Haidée á mi habitación. Hace demasiado frío aquí para ella. Juana puede ayudar á usted si la cama pesa mucho.

Pareció titubear entre insolentarse ó ser sumisa. Optó por lo último.

—¿Y con qué autoridad dá usted órdenes para remover los muebles, señorita?

—Su señora lo manda.

—¡Mi señora! y . . . ¿quién es?

—La señora Rayner.

—¿Es ésa la única autoridad que tiene usted, señorita?

—No,—dije resueltamente.—Tengo más; la del señor Rayner.

Las dos hicieron un movimiento de sorpresa. Sara cogió la camita y, sin decir palabra, salió del cuarto. Me volví á la señora Rayner, y le dije :

—Nada tema por Haidée. Yo la cuidaré con solicitud, y si usted consiente, enviaré á buscar el médico, bajo mi responsabilidad.

La pobre mujer se agachó y me besó una de las manos con que sujetaba á su hija.

—El Cielo la bendiga, señorita Christie,—dijo con voz apagada, y dejándose caer en el sitio que la cama había ocupado, prorrumpió en llanto.

No quiso escuchar las incoherentes palabras con que traté de consolarla, y tuve que salir del cuarto, con los ojos arrasados en lágrimas, para subir la enferma á mi habitación. Tuve que ir despacio, pues la niña pesaba mucho para una mujer pequeña como yo, y cuando llegué á la torre, la cama estaba ya lista, y Sara había desaparecido.

—¿Cómo lo haré ahora para conseguir un médico?—pensé, pues estaba alarmada sobre el estado de la niña.

Era inútil esperar que Sara me prestara más servicios. Bajé al cuarto de Juanita, que en aquel momento iba á acostarse, y le pregunté dónde estaba Samuel.

—En la población,—dijo.

Nadie dormía en las cocheras durante la ausencia del señor Rayner, excepto el viejo jardinero y éste no llegaría á Beaconsburgh antes de amanecer, si lo enviaba á las nueve de la noche. Juanita era demasiado joven para ir tan lejos, sola y de noche; y la cocinera demasiado vieja. Sólo quedaba un recurso; yo misma debía emprender el camino.

—Vaya, Juanita; diga á la cocinera, si no duerme, que le preste su abrigo impermeable, y luego tráigame uno de los velos de lana de Haidée.

Salió, asombrada, para cumplir mis encargos; y al volver, viéndome tan resuelta, me ayudó de prisa y bien á abrochar el abrigo, á ponerme un sombrero de campo y á sujetar el velo de lana, de modo que me pareciese todo lo posible á una lugareña de mediana edad. Luego me arregló el paraguas y me abrió la puerta, riéndose de mi aspecto. Prometió formalmente no abandonar á Haidée hasta mi regreso, y dijo que se encararía con Sara, si ésta pretendía interponerse.

Al oír la puerta cerrarse tras de mí, me asusté de la osadía de mi empresa, puesto que no tenía más que mi paraguas y mi ingenio con que defenderme en las tres y media millas de camino hasta Beaconsburgh. La luna estaba en su cuarto menguante; pero iluminaba muy poco mi camino, pues estaba nublado y de vez en cuando caía algún chubasco. No me disgustaba que así fuese, pues no era tan fácil que se me pudiese conocer, y además el tiempo no era el más á propósito para encontrar trasnochadores por el camino. Encontré dos ó tres campesinos, sólo uno de los cuales no andaba con paso muy seguro; pero ninguno de ellos hizo caso de mí. Había pasado la última casa de Geldham y tenía delante un largo trayecto del camino que subía una cuesta, sin ninguna vivienda á la vista, cuando oí el ruido de un vehículo que venía tras de mí á toda velocidad. Disminuyó ésta para emprender la subida y yo, para estar en carácter, también aflojé el paso, llevando el cuerpo algo encorvado y apoyándome en el paraguas. Pero esto produjo un efecto que no deseaba.

—¡Hola, buena mujer! ¿Queréis montar para subir la cuesta? —gritó el que ocupaba el vehículo.

Mi corazón dió un salto de alegría. Era la voz de Lorenzo. En

un instante me sentí como si fuese otra mujer; mi sangre parecía bullir de pura satisfacción, y me sentí tan inclinada á la broma que apenas pude contener la risa.

—Sí, sí,—contesté en voz fingida.

Esperé que el *dog-cart* llegara á mi lado y monté, con la ayuda de Lorenzo y con pretendida dificultad, teniendo cuidado de mantener mi mano oculta bajo el abrigo.

—¿Estáis lista?—preguntóme, cuando me hube colocado en el asiento á su lado.

—Sí, sí,—repetí, y arrancamos á buen paso.

¡Cuán feliz en hallarme otra vez junto á él! . . . ¡Pero qué cruel el no poder coger la mano que más cerca de mí tenía, apoyar mi cabeza sobre su hombro y decirle cuán apesadumbrada había estado desde la noche anterior, en que él me había abandonado con la terrible amenaza de no volver á verme jamás! . . . Ahora tendrá que verme otra vez,—pensé;—no puede él evitarlo. Estaba nerviosa, tratando de adivinar qué me diría al darme yo á conocer. ¿Estaba aún enojado? ¿Me obligaría á bajar del coche y seguir el resto del camino á pie? ¿Me diría más cosas desagradables é injustas? ¿ó se alegraría de verme y me perdonaría?

Él no estaba en humor de dar conversación. ¿Estará pensando en mí?—me pregunté—¿ó es que con mi disfraz no tengo trazas de serle muy agradable compañía?

Me impacientaba ya, deseosa de que él me reconociese. Yo le miraba á hurtadillas. Ciertamente que no le picaba la curiosidad, ni se interesaba por su compañera. Estaba serio y pensativo. Al poco rato me causó gran satisfacción verle tirar de debajo las mangas, para cubrir sus muñecas, los puños de lana que yo había hecho y que él me había comprado en la feria. Los recordaba muy bien; habíamos tenido que luchar para ponérselos, pues yo los había hecho de un tamaño especial, demasiado grandes para mujer y muy pequeños para hombre. Parecióme que los tocaba con cierto afecto. Esto me dió valor para romper el silencio.

—¿No quieres hablar?—dije en mi voz natural.

Habíamos ya pasado la cuesta y el caballo iba al trote; pero Lorenzo dió á las riendas un tirón tan fuerte que aquél se paró al instante.

—¿Verdad que no volverás á enfadarte conmigo?—dije, ansiosa de obligarle á conservar su buen humor, mientras duraba la primera impresión de regocijo al encontrarse conmigo; pues realmente era regocijo lo que leí en su semblante.

Pasó las riendas á la mano derecha y con el brazo izquierdo me cogió por la cintura y me besó, no obstante el velo de lana. Así hicimos las paces, sin mediar explicación alguna.

Le dije lo que me llevaba á Beaconsburgh, y él me contó lo que le conducía por el mismo camino. Su padre había ido á Londres aquel día para realizar algunas acciones con que comprar una hacienda, á unas cuantas millas de allí, á fin de proveerla de todo lo necesario durante la ausencia de Lorenzo, según lo ofrecido. Aquél debía regresar en el tren que llegaba á Beaconsburgh á las diez, y Lorenzo iba á recibirlo.

—Iremos directamente á avisar al doctor Lowe, y luego vendrás conmigo á la estación, para ver á mi padre,—dijo Lorenzo.

Yo objeté que debía volver á casa con el doctor; pero él, naturalmente, insistió y tuve que ceder.

—¿Por qué quieres una hacienda, Lorenzo?—pregunté mientras esperábamos delante de la estación.

Yo me había quedado en el *dog-cart*, sujetando las riendas, pues mi aspecto algo extraño hubiera llamado la atención, si me hubiesen visto entrar en la estación en compañía del joven señor Reade. Pero él se quedó de pie á mi lado, acariciando mi mano por debajo del abrigo, mientras hablábamos en voz baja.

—¿Por qué quiero una hacienda? Pues para tener un hogar para tí y algo con que vivir. Entiendo algo de agricultura, y además no le hace que pierda un poco al principio.

—Pero ¿por qué querías crear un hogar para una “coqueta consumada” á quien, según dijiste anoche, no querías volver á ver jamás?

—Uno no puede responder siempre de lo que dice á un diablillo provocador como tú,—dijo él, riendo.—¿Supusiste, acaso, que realmente no te volvería á ver jamás?

—No me hubiera importado,—dije.

—¡Ah! ¡ya ves como tenía razón en llamarte coqueta! No me hubieras contestado con semejante mentirilla antes de ir al castillo

de Denham. Iba á verte mañana por la noche. He tenido que pasar todo el día de hoy en Lawley, y tengo que estar ahí también mañana con mi padre; pero por la noche iré á los Alisos y diré resueltamente que deseo ver á la señorita Christie. Con que no dejes de estar en casa.

—No lo prometo.

—Y tendremos una larga y agradable conversación, puesto que, gracias á Dios, el señor Rayner está ausente. Te daré una dirección para que tus cartas lleguen á mis manos.

Estábamos tan embebidos en nuestra conversación, que no habíamos notado la presencia de un hombre, en traje de peón caminero, que se mantuvo muy cerca de nosotros durante la última parte de aquélla. Al terminar la última frase, Lorenzo volvió la cabeza y se apercibió de que el tren ya había llegado.

—¡Diantre! Espérame, mi vida,—exclamó y se fué con tanta precipitación que dió contra el citado hombre, y le hizo caer la gorra.

Cuando volvió en compañía de su padre, el cual me saludó muy afectuosamente, Lorenzo estaba pálido y pensativo.

—¿Sabes quién era aquel hombre con quien topé al separarme de tí?—preguntóme en voz baja.

—¿Aquel peón caminero?

—No era tal peón. ¡Era el señor Rayner!

—¡Lorenzo!—exclamé con incredulidad.

—Te digo que era él; lo juro. ¿Qué hacía espiondo por aquí en semejante disfraz? Él ha llegado en este tren y ha oído seguramente lo que decíamos. Ten presente lo que te digo, Violeta: ya no podré verte más antes de mi partida.

—Pero, Lorenzo, ¿cómo puede él impedirlo? Tú irás á casa y dirás que quieres verme . . .

—Oye, Violeta—dijo interrumpiéndome.—Si no nos hemos visto mañana antes de las siete, no dejes de estar en tu “nido” á las siete y media, sin falta.

—Bien, Lorenzo; así lo haré. Te lo prometo.

Pero mis palabras no lograron tranquilizarle.

—Te digo que todo será inútil, vida mía; completamente inútil. Es preciso despedirnos esta noche, porque ya no nos volveremos á ver hasta mi regreso.

CAPÍTULO XX

DURANTE todo el camino de regreso á Geldham, fué el anciano señor Reade quien sostuvo la conversación conmigo. Lorenzo manejaba, triste y silencioso; me arreglaba el abrigo solícitamente de vez en cuando, y me contemplaba mientras yo hablaba con su padre, pero sin pronunciar palabra. Cuando llegamos á la entrada de los Alisos, Lorenzo saltó del coche; me ayudó con mucho cuidado á bajar; dijo á su padre que prosiguiera con el coche, puesto que él iría á pie hasta su casa, y penetró conmigo en la alameda.

—Violeta,—me dijo con gravedad,—temo que he sido débil en acceder á los deseos de mi padre, pues siento por tí más ansiedad de lo que puedo expresarte. Los Alisos no es sitio adecuado para una joven de tus condiciones. Ahora veo claro lo que no podía ver mientras la pasión me cegaba anoche: que eres tan buena é inocente que la maldad parece impotente contra tí; no obstante . . . mas es precisamente eso lo que te hace tan seductora . . . y no quiero estropearlo, haciéndote ver claro . . . —Él estaba jugando nerviosamente con mi mano y contemplándome con expresión de profunda tristeza. Después de una breve pausa, como si hubiese concebido súbitamente una idea feliz, exclamó:—Oye, Violeta; si durante mi ausencia, cualquier hombre te dice que eres bonita y trata de hacerte creer que te quiere, no lo creas; no le hagas caso, quienquiera que sea, . . . el señor Rayner . . . ó mi padre . . . ú otro cualquiera.

Pero el pobre Lorenzo era más inocente que yo, si creía que no adivinaba lo que él quería decir. Tenía celos del señor Rayner, y no pude convencerle de que eso era un absurdo.

—Está bien, Lorenzo,—le dije; pero no quedó tranquilo. Siguió tratando de justificarse, aunque para mí no necesitaba justificación.

—¿Qué podía yo hacer, cuando mi padre ofrecía hacer tanto por mí, sino seguir sus instrucciones? Pero hice mal, lo sé. Nuestro compromiso debía haberse hecho público desde un principio, y la debilidad de mi padre en no atreverse á hacer cara á mi madre, no es más vergonzosa que la mía en seguir los consejos de aquél. Y ahora me atormenta la idea de que mi debilidad puede redundar en perjuicio tuyo, pues ni siquiera puedo escribirte abiertamente, y si

incluyo alguna carta para tí á mi querido pero atolondrado viejo, de fijo que jamás la recibes.

—¿Por qué no dirigirlas á la señora Manners, Lorenzo? Con ella habría seguridad, y creo que no te importa que ella se entere de nuestras relaciones, ¿no es cierto? Me parece que ella ya ha adivinado algo,—dije sonriendo, al recordar el afecto con que ella me había enviado á la entrada de su finca para esperarle, en la noche del viernes anterior; la primera en que él me dijo que me amaba.

Él acogió la proposición con entusiasmo.

—Es una magnífica idea, mi vida. Iré á verla mañana, antes de almorzar, y le suplicaré que cuide de tí cuanto le sea posible durante mi ausencia. No creo que tenga gran cariño á mis hermanas . . . quisiera, por tí, que ellas fuesen más simpáticas, particularmente Magdalena. ¡Ojalá se casara! . . . pero no creo que ningún hombre sea tan tonto. . . .

—¡Vamos, Lorenzo; es tu hermana!

—No puedo remediarlo, aunque quiera. Alicia, la menor, no es ni con mucho tan mala. El roce con Magdalena es lo único que la echa á perder. Si alguna vez puedes tratarla á solas, verás que es buena y simpática.

Ya había tenido pruebas de eso, y se lo dije á Lorenzo.

—Pero no es prudente confiar en ella, porque se lo contaría todo á Magdalena, y ésta á mi madre. No puedes imaginarte lo que es la tiranía de esas dos mujeres. Mi padre las teme, y yo procuro eludir las. Mi madre cree que en su mano está mi porvenir; pero se equivoca y dentro seis semanas se convencerá de ello, pues si quiere permanecer por más tiempo ausente, tendrá que quedarse sola. Á últimos de Noviembre estaré de regreso en Inglaterra, y antes de que dicho mes termine quiero, querida Violeta, que seas mi esposa.

—¡Ay, Lorenzo! ¿tan pronto?

—¡Tan pronto! Pues á mí me parece que falta un siglo para llegar á ese día. De fijo que encanezco si esperamos una semana más. No sé dónde mi madre querrá parar; pero mañana por la noche te traeré una dirección, á la cual puedes siempre enviar tus cartas. Es la de un amigo mío. He olvidado el número, pero ya te lo traeré, y así recibiré tus cartas con toda seguridad. Si algo sucediera que te alarmase, si te enfermaras ó cualquier cosa así,

escribeme sin demora, y yo volaré á tu lado. Y ahora, vida mía

Nos interrumpió el ruido de un carruaje que se acercaba por la alameda. Era el del doctor Lowe que volvía de la casa. Fuí á la ventanilla del coche y el doctor me dijo que Haidée sólo tenía un fuerte resfriado con calentura; pero que debíamos cuidarla mucho, para evitar que degenerara en algo peor. Ofreció volver por la mañana, pues dijo que la niña tenía el pecho muy delicado; que la humedad de ese sitio era lo peor para ella y que deseaba ver á sus padres, para aconsejarles que la llevaran á otro clima más seco, en cuanto ella hubiese mejorado lo bastante para poderla trasladar.

—Entienda bien que no se la puede mover aún,—dijo.—Está muy bien donde está; la habitación es caliente y fuera de la humedad. Pero la planta baja de la casa me hace la impresión de una cueva.

—¿Qué diría si entrara en el ala izquierda?—pensé.

—Sólo había una criada muy boba allá arriba con la enferma. Me dijo que aquélla era la habitación de usted.

—Sí, doctor.

—Y ¿es verdad que la señora Rayner duerme en la planta baja?

—Sí, señor.

—Pues puede usted considerarse muy afortunada, señorita. Si yo ocupara la casa, instalaría en los bajos á las personas de las cuales quisiera verme libre y reservaría la parte alta para mí.

—La señora Rayner prefiere ocupar la planta baja del ala izquierda.

—Bien, bien; ciertos gustos no se explican; y si la señora Rayner tiene el capricho de querer preparar su propia sepultura, me atrevo á decir que no hay quien tenga mucho empeño en impedirse lo,—dijo secamente.

El doctor era un solterón que disfrutaba tanta celebridad por su rudeza como por su pericia. Yo sabía que él no gozaba de las simpatías del señor Rayner, y por esta razón había titubeado en enviar por él; pero como la fama le tenía por el mejor médico de Beaconsburgh, me había resuelto á arriesgarlo. Pero principiaba á arrepentirme de ello.

—¿Es ése el joven Reade? ¿Es usted, Lorenzo?—preguntó mirando por la ventanilla hacia la sombra de los árboles detrás de mí.

Lorenzo se adelantó.

—Sí, doctor.

—¡Ah! Ha venido á preguntar por la niña enferma, supongo.

—No, señor; he regresado de Beaconsburgh en el *dog-cart* con mi padre y esta señorita, después de avisar á usted, y me despido de ella, pues parto para el extranjero y no la veré más hasta pocos días antes de hacerla mi esposa,—dijo Lorenzo en voz baja; pero con orgullo, colocando una mano sobre mi hombro.

—Su esposa ¿eh?—repuso el doctor con incredulidad.

—Pero es un secreto.

—¡Oh, ya; naturalmente! ¿Con que ésta es la señorita Christie de quien tanto he oído hablar?—preguntó, y deliberadamente puso los anteojos y me miró fijamente, á la pálida luz de la luna.—Vaya, vaya; no se hubiera llevado ella el corazón de los hombres cuando yo era joven.

Los dos nos reímos de su rudeza.

—No dudo que en tiempo de usted, doctor, los corazones eran más duros,—repuso Lorenzo secamente.

—Pues procure que algún otro no ablande el de ella durante la ausencia de usted,—dijo el doctor, dirigiendo una mirada de enojo á Lorenzo.

Dió orden al cochero de andar y cerró la ventanilla brusca-mente.

Lorenzo tomó este incidente como de mal agüero, y cuando le dije que yo debía entrar y que nos veríamos al día siguiente, me abrazó en tal estado de abatimiento que no sabía qué decir para consolarlo.

—Mira lo que el astuto doctor Lowe opina de tu amigo, el señor Rayner, Violeta,—dijo clavando sus ojos en mí con mucho afán.—Óyeme, mi vida; no te fíes de él; no te fíes de nadie durante mi ausencia, y no creas nada de lo que de mí te digan. ¿Qué harías, Violeta, si te presentaran el certificado de mi matrimonio con otra mujer?

—¡Oh, Lorenzo! ¿Acaso te marchas para casarte?

—No, hija mía, no; y si alguien pretende hacértelo creer, ya sabes que es una farsa. Si no recibes cartas y te aseguran que he muerto . . .

—¡Por piedad, Lorenzo! . . .

—También será una mentira. Estaré vivo y soltero durante las próximas seis semanas, á cuyo término regresaré y en seguida se efectuará nuestro enlace. Pero si me necesitas, volveré antes, mi adorada Violeta. ¡Adiós, vida mía, adiós!

Me besó repetidas veces, y arracándose de mis brazos, echó á correr, sin atreverse á mirarme otra vez. Llorando y temblorosa me volví para dirigirme á la casa. Pero la violenta agitación de Lorenzo se había apoderado también de mí, y con paso vacilante seguí la alameda, sin poder apenas distinguir por dónde iba. Cuando llegué al término de aquélla, mediando entre aquel punto y la casa solamente el espacio relleno de guijo, me detuve un momento y me agarré de un abedul, para sostenerme y enjugar mis lágrimas, antes de llamar á la puerta. Había encargado á Juanita que bajara á abrir; cuando oyese mi llamada, y esperaba que no se le hubiese ocurrido á la odiosa Sara esperarme, pues no quería que ella viera mi cara con indicios de llanto.

Mas en el instante que iba á abandonar la sombra de los árboles y dirigirme al portal, me apercibí de una persona que cruzaba el prado en dirección á la parte posterior de la casa. Acababa de salir del caminito que conducía por el bosque á las cocheras. Forcé la vista, pero una nube apagaba la luz de la luna, y sólo pude distinguir que era un hombre y que llevaba algo como un pequeño baúl, al parecer, pesado.

¿Quién podía ser á aquella hora? Era cerca de las doce. ¿Sería Tomás Parkes que iba á visitar á Sara, sabiendo que el amo estaba fuera? ¿Era el misterioso criado, Gordon, que creía encontrar al señor Rayner en casa? ¿Era, tal vez, un ladrón? Pero no era probable,—reflexioné,—que un ladrón llevase efectos á la casa que intentara robar, sino que los sacaría de ella, y el baúl que ese hombre llevaba parecía estar ya bien repleto. Desapareció por detrás de la casa, mas sentí curiosidad por saber lo que sucedería luego y esperé oculta entre los árboles. Á los pocos minutos tuve la satisfacción de verle aparecer en compañía de Sara. La nube había pa-

sado, y la luna me permitió ver entonces que era, en efecto, Tomás Parkes. Hubiera dado cualquier cosa por saber qué había llevado á aquella mujer.

La impresión que, respecto á la perversidad de Tomás Parkes, me había producido la confidencia que oí á Sara tener con el forastero en el bosque, había desaparecido en gran parte de mi ánimo á la sazón; pero ese nuevo incidente la reprodujo con toda su fuerza. ¿Sería verdad que Tomás, el afable Tomás, el de la cara de bobo pero de fisonomía franca, según me había parecido en un tiempo, era, en efecto, un ladrón? Había persuadido, tal vez, á Sara, durante la ausencia de su amo, á que le guardara efectos robados? Había habido algo sospechoso en su manera furtiva de deslizarse en la sombra, á través del prado, cargado con el bulto que me inspiró aquella idea. Pero, por otra parte, ¿no era más probable que lo hubiesen despedido del castillo de Geldham, y que hubiese llevado su propio equipaje, con intención de pasar unos días en los Alisos, hasta que regresara el señor Rayner? La poderosa Sara pudiera atravesarse aún á eso, contando con sus medios de hacerlo pasar mal á los demás de la casa, si no le guardaran el secreto.

Tomaron el caminito de las cocheras, y aproveché la oportunidad para correr hacia la entrada principal, donde llamé tan suave como pude. Á los pocos minutos, Juanita me abrió la puerta.

—Sara ha preguntado dónde estaba usted, señorita; y como yo abrí la puerta para el médico, le he dicho que había usted entrado con él. Ya supuse que volvería usted sin novedad, cuando me dijo el médico que iba usted con un joven,—dijo Juanita con malicia.

Le dije que se fuera á acostar en seguida. Subí con ella, y cuando hubo entrado en su cuarto, fuí á mirar por el ojo de la escalera de servicio. Como no se oía ningún ruido ni se veía luz, bajé con sigilo unos cuantos peldaños. La puerta lateral, por donde el señor Rayner y Sara salían para ir á las cocheras, estaba abierta de par en par, y cerca de ella había una vieja maleta parda. No me atreví á llegar hasta abajo, para examinarla de cerca, como confieso que me hubiera gustado hacer. Pero por lo que pude ver de ella, mientras la miraba desde la escalera, sujetando la bujía por encima de mi cabeza, me pareció que la había visto antes en alguna parte. Volví

á subir y me metí en mi cuarto. Haidée estaba dormida y parecióme que no tenía tanta calentura que cuando me fuí. Juanita había preparado la lumbre de modo que durara toda la noche y había puesto sobre la mesa de noche la bebida encargada por el médico. Habían colocado su camita á la derecha de la chimenea, frente á la puerta, y extendido la mampara alrededor de la cabecera, de manera que no diera á la niña aire alguno de las ventanas. Me encontraba muy fatigada y en el momento que puse la cabeza sobre la almohada, quedé profundamente dormida y no desperté hasta la mañana.

Haidée estaba ya despierta y notablemente mejor.

—¿Cómo has dormido, querida?—le pregunté al sentarme en su cama para besarla.

—Muy bien, señorita Christie. Apenas desperté en toda la noche y cuando no dormía, contemplaba el fuego; lo podía ver estando acostada con la cabeza así. Este cuarto está tan caliente y agradable Quisiera que mamita estuviera aquí arriba. Me gustaría estar aquí siempre, pues creo que tendría sueños bonitos y no los horribles sueños que tengo abajo,—dijo y cerró los ojos como para ahuyentar el recuerdo de algo.

—Estarás aquí hasta que te encuentres completamente bien, hija mía,—contesté, proponiéndome, no obstante, suplicar que la dejaran permanentemente en mi habitación.

—Señorita Christie, ¿no es verdad que á veces se sueña con los ojos abiertos, como si se estuviera despierto? La noche pasada he soñado de esa manera.

—Esto es porque estabas enferma. Cuando una persona está enferma suele soñar de ese modo.

—¿Y lo vé todo muy claro, como si fuese verdad?

—Sí, hija; muchas veces un enfermo se figura que vé á otras personas y que les está hablando.

—Así fué mi sueño. Mientras contemplaba el fuego, soñé que la puerta se abría poco á poco, como si se moviese por sí misma; luego ví la cara de papá y él tenía en la mano algo encarnado y brillante; y cuando la puerta estaba del todo abierta, me pareció que yo me levantaba y que él me miró. En seguida pareció cerrarse la puerta suavemente y no oí nada. Eso fué todo.

—Eso no fué un verdadero sueño, querida mía. Fué una visión. Te imaginaste ver todo eso porque estabas enferma.

—¡ No fué un sueño! ¿ Papá no ha venido en realidad?

—No, hija mía; papá está en Londres. Mira, la puerta está cerrada ¿ ves?

Fuí á la puerta para demostrarle que lo estaba. Haidée quedó pensativa.

—¡ Qué cosas tan extrañas son los sueños! . . . Y el soñar cosas buenas es tan agradable como si pasaran en realidad. Pero soñar escenas terribles . . . gritos, y quejidos y cosas así . . . ¡ qué desagradable!—dijo, y se estremeció.

—No volverás á tener sueños malos mientras estés aquí arriba conmigo, hijita,—dije para tranquilizar á esa delicada criatura de imaginación tan viva.

Pensé para mí que algunos de esos gritos de que la niña hablaba no serían meros sueños, sino realidades de que ella conservaba vaga impresión. Desde la noche anterior, en que había presenciado el verdadero sentimiento que hacia su hija abrigaba la señora Rayner, principié á sentir compasión por ella, y á pensar si no sería posible estrechar nuestras relaciones de algún modo por medio de Haidée, á fin de que, conociéndola mejor, pudiera simpatizar aún más con ella. Su aflicción me había parecido verdaderamente profunda, y jamás la había visto tan abatida y desesperada. Una vez rota la máscara de impasible dominio sobre sí misma, veía en ella un ser tan débil, que no parecía posible que poseyera la fuerza de voluntad obstinada que el señor Rayner me había dicho había en su mujer. Cuerda ó demente, jamás volvería á temerla. Sólo sentía profunda lástima por ella y el anhelo de darle á comprender cuánto deseaba alegrar su triste vida por algún medio ú otro. ¿ Por qué era tan reservada con su marido? ¿ Y si yo, como mujer, teniendo ya cierto derecho á su gratitud, por mi conducta en la enfermedad de su hija, pudiese ganar su corazón por completo, persuadirla á que abandonara Geldham por algún tiempo y, á su regreso, recibir del señor Rayner la grata noticia de que su mujer había desechado su apatía y estaba dispuesta á vivir de nuevo en el mundo real? . . . Esta idea hizo palpar mi corazón con violencia y sentí vivos deseos de emprender mi delicada obra cuanto antes.

Pero aquel día me ví contrariada en mis propósitos. Tuve que almorzar y comer sola, y el té lo tomé en mi cuarto con Haidée, pues Sara dijo que la señora Rayner no estaba muy bien para salir de su habitación. Después del té permanecí junto á la cama de la enferma, á la que comuniqué el buen humor que me causaba la idea de la esperada visita de Lorenzo, así es que estuvo charlando y riendo conmigo de un modo inusitado en ella. Por fin, sonó la campana de la entrada principal y mi corazón pareció suspenderse ante la dicha que me prometía. Pero nadie subió á avisarme, y después de unos minutos de espera, fuíme corriendo abajo, sin poder dominar mi impaciencia. Encontré á Sara en el recibimiento.

—¿Quién era, Sara?—pregunté, pues estaba demasiado excitada para pensar en un pretexto decoroso.

—Era uno de los muchachos Gregson que vino á preguntar por el señor Rayner, señorita.

Me extrañó que ese muchacho llamara á la entrada principal. Mi ánimo no estaba tranquilo, y no quise volver á subir. Eran las seis y media; á las siete y media tenía que estar en mi “nido,” si Lorenzo no me hubiese visitado antes. Esa hora me parecía interminable. Me pareció, además, que se estaba oscureciendo mucho. Cuando el reloj del cuarto de estudios señalaba las siete y veinte minutos me envolví en el chal y había ya abierto el balcón para salir, cuando Sara entró y me detuvo.

—¿Tendría usted la bondad, señorita, de ayudarme con la nota para las provisiones? La señora Rayner no puede hacerlo porque está indispuesta, y se tiene que entregar al cartero mañana temprano.

—¿No le será lo mismo dentro media hora, Sara?—dije, muy contrariada.

—La señora Rayner me necesitará entonces. Sólo la detendré á usted cinco minutos, señorita.

La seguí, procurando contener mi impaciencia. Pero la tarea no pareció realmente ocuparme mucho tiempo. En un cuarto de hora próximamente, me ví libre y fuí corriendo á través del jardín y del bosque, á mi “nido.”

No había vuelto á mirar el reloj, pero observé que estaba más anochecido de lo que parecía corresponder á las siete y media. Sin

embargo ¡Lorenzo no estaba ahí! Y mientras estaba pensando si habría sucedido algo, oí el reloj de la iglesia dar las ocho. ¿Qué funesta equivocación había yo padecido? ¿Se habría él marchado ya? ¿No volvería, realmente, á verle? Un pedacito de papel, no sobre mi asiento, sino debajo de él, oculto entre la yerba, llamó mi atención. Era una hoja arrancada de una cartera. En ella había escrito, en letra de Lorenzo, las siguientes líneas:

“Adiós, mi vida. Recuerda lo que predije anoche, y sírvate esto de aviso, ya que no quieres oír otras advertencias. Á las siete he ido á la casa, y Sara me ha dicho que tú, fatigada de haber velado á Haidée, estabas durmiendo. He venido aquí á la hora convenida, y tú no estás. Sé que es una estratagema y adivino quién la ha dirigido. Cuando me separé de tí anoche, había dos hombres en un *dog-cart* junto á la entrada de los Alisos que dá á las cocheras. Si sucede algo, escribe en seguida. Envía tus cartas á la siguiente dirección:” (aquí seguían las señas de su amigo). “He hablado con la señora Manners. Adiós, Violeta amada. Cuídate estas seis semanas; después cuidará de tí para siempre tu amantísimo,

“LORENZO.”

Besé la esquelá; la oculté en mi seno, y corrí de nuevo hacia la casa, entrando por el balcón del cuarto de estudios. Sara se apartaba en aquel instante de la chimenea. El reloj encima de ésta marcaba las ocho y cuatro minutos. ¡Cómo había volado el tiempo en el intervalo que medió desde que salí con Sara de ese cuarto, hasta que me fuí al “nido”! . . .

CAPÍTULO XXI

EN cuanto Sara abandonó la estancia, me senté junto á la mesa y apoyé en mis manos la cabeza. No deseaba llorar, aunque algunas lágrimas brotaron de mis ojos, al pensar que ya no vería á Lorenzo antes de su partida. Quería coordinar los sucesos de aquel día, á fin de poder deducir su significación. Sólo cabía una hipótesis: Sara había deliberadamente impedido mi entrevista con Lorenzo. El campanillazo que yo oí, había sido el de Lorenzo; y ella,

después de despedirle con una falsedad, había tenido otra preparada para contestarme cuando le pregunté quién había llamado. ¡El hijo de Gregson!.... Ya me pareció extraño que el hijo del carpintero llamara á la puerta principal, y estaba segura, por tanto, que no había ido tal muchacho.

Leí de nuevo la esquila de Lorenzo. Había llamado á las siete, decía. Recordaba bien que después de encontrar á Sara, había entrado en el cuarto de estudios, y que el reloj marcaba las seis y media. Había permanecido allí hasta las siete y veinte minutos y durante ese tiempo la campana no volvió á sonar. Me había llamado la atención lo pronto que se oscurecía. Luego, cuando me preparaba para salir, Sara había entrado, suplicándome que hiciera la nota para las provisiones. Esto me tomó poco tiempo y, sin embargo, al llegar á mi "nido," el reloj de la iglesia daba las ocho.

Sara debió atrasar el reloj del cuarto de estudios.

Al regresar, la encontré cerca de la chimenea. No me cabía duda, pues, que una vez logrado su objeto, acababa de poner el reloj de nuevo á la hora. Esta persecución malvada me causó pavor. ¿Me hallaba segura en esa casa, con una mujer capaz de tomarse tanto trabajo únicamente para impedir que yo tuviera una entrevista de despedida con mi novio?

Había habido una deliberada naturalidad en su manera de contestarme, al preguntarle quién llamó, y de suplicarme que le hiciera la nota, que me causaba más inquietud que el modo salvaje en que me miraba y me hablaba cuando estaba celosa por alguna nueva demostración del afecto con que se me trataba en los Alisos. Era miércoles, y el señor Rayner no regresaría probablemente hasta el sábado. ¿Qué otra prueba de enemistad conseguiría ella darme en esos tres días? Estaba convencida de que ella no dejaría de aprovechar esa oportunidad para demostrarme su malevolencia. Recordaba con qué afán había suplicado quedarse en los Alisos, y empecé á sospechar si le había movido á ello su deseo de jugarme alguna otra mala partida, pues no era probable que Sara me hubiese perdonado el haber sido yo la causa de que el señor Rayner amenazara despedirla. Mas era inútil hacer conjeturas sobre lo que ella pudiese hacer; si se ponía intolerable, yo podía telegrafiar al señor Rayner, y éste hallaría el medio de dominarla.

Me fijé otra vez en la esquila de Lorenzo para distraerme y no pensar más en aquella mujer. Me llamó la atención que Lorenzo en tan cortas líneas, escritas sin duda al vuelo, hubiese creído de suficiente interés el decirme que había visto dos hombres en un *dog-cart* junto á la entrada lateral de los Alisos, al despedirse de mí la noche anterior. ¿Qué significación podía tener para él ese incidente? La tenía para mí, ciertamente; pero era porque había visto á Tomás Parkes atravesar el prado con una maleta y luego volver en compañía de Sara. La mención que hacía Lorenzo de esos dos hombres, avivó mi curiosidad sobre la aventura de la noche pasada. Yo no podía esclarecer el misterio; pero resolví escribir á Lorenzo y decirle lo que había visto, pues si él sabía algo, ese nuevo dato podía guiarle para darle una explicación á todo lo ocurrido. Me hallaba aún contemplando la esquila, cuando Sara volvió á entrar, esta vez para traerme una luz; servicio que raras veces me prestaba. Descubrí en su semblante una expresión de contrariedad y alarma, cuando su rápida mirada cayó sobre la esquila, y al llegar á mi cuarto tuve la precaución de aprender de memoria las señas á que debía dirigir mis cartas, antes de guardar esas líneas de despedida junto con la primera cartita de Lorenzo, que aún llevaba pendiente del cuello.

Á la mañana siguiente recibí una carta del señor Rayner. Había ido al teatro "Gaiety" la misma noche de su llegada á Londres, y me enviaba un programa, roto y estrujado, de la función, con algunos comentarios que no me interesaron gran cosa, puesto que, habiendo ido sólo una vez al teatro en mi vida, no conocía á los artistas de que él me hablaba. En vista de eso, tuve que reirme de la idea de que Lorenzo hubiese visto al señor Rayner aquella misma noche en traje de peón caminero. En esa carta, fechada á las cuatro de la tarde del miércoles, me decía, además, que por la noche iría al "Criterion," donde esperaba divertirse más que en el "Gaiety." Decía que había escrito á la señora Rayner y que en esa carta incluía sus afectos para Haidée; pero que hallándose ésta enferma, me enviaba otra remesa para que yo también se los diera. Luego me hacía un encargo que hubiera preferido no me hubiese encomendado. Durante el almuerzo dije á Sara:

—El señor Rayner me hace un encargo para usted en una car-

ta que acabo de recibir. Dice así: “Diga á Sara que no olvide lo que tiene que hacer durante mi ausencia.”

Al levantar la vista, después de leerle ese párrafo, ví que se había puesto lívida y que el antiguo odio contra mí resplandecía en sus ojos. Sentí que el señor Rayner no le hubiese escrito directamente, en vez de obligarme á darle un recado que tal efecto producía en ella.

—Está bien, señorita,—dijo, y yo me quedé pensando qué sería lo que ella debía hacer.

Pasé la mayor parte del día á la cabecera de Haidée. No ví á la señora Rayner, pues no se presentó ni al almuerzo ni á la comida, y Sara dió las mismas respuestas á mis preguntas que el día antes me había dado: que la señora Rayner no se encontraba en disposición de salir de su cuarto. Tampoco podía recibir á nadie, dijo Sara cuando pregunté si podía yo entrar y leerle algo para distraerla. Debía perder mis esperanzas de captarme las simpatías de esa señora, y reconocer que ella no quería, ó Sara no me dejaba romper el hielo de reserva que nos separaba. Yo podía, no obstante, demostrarle que no la olvidaba, y, habiendo concebido una idea feliz, fuí á buscar un cuchillo y una cesta y salí al jardín á coger algunas flores para ella.

Eran sobre las cuatro de la tarde; la yerba y las hojas estaban aún mojadas, pues había llovido durante toda la mañana, y del pantano se elevaba ya la niebla. Apenas quedaban flores; pero buscando en los rincones más apartados del jardín, metiéndome por entre los arbustos y descubriendo las flores rezagadas y ocultas entre las ramas, logré reunir cantidad suficiente para formar un buen ramillete de otoño. Volví con ellas á casa y se me ocurrió que producirían mejor efecto colocadas en un hermoso búcaro que había sobre una repisa en la sala. Iba á entrar, pues, con el vestido aún recogido, el cuchillo en una mano y la cesta en el otro brazo. Apenas abrí la puerta, ví que había allí un caballero, de pie delante el balcón, mirando hacia el jardín. Retrocedí al instante, en la esperanza de escaparme antes de que me viera; pero él se volvió y me detuvo.

—¡Señorita Christie!

Era el señor Carruthers.

—Me han dicho que usted estaba fuera.

Otra falsedad de Sara,—pensé.

—No, señor; estaba en el jardín.

Ya no tenía más remedio que quedarme, y mientras él hablaba, quité el alfiler con que me había recogido el vestido.

—Me alegro mucho, muchísimo de ver á usted. Tiene usted muy buen semblante. Temo,—dijo sin soltar mi mano,—que no ha echado muy de menos á ninguno de nosotros.

—Considere usted que mi conocimiento con la gente del castillo sólo era de dos días.

—¡La gente del castillo! ¡Como si me importara cuán poco haya usted echado de menos á esa “gente!” Al decir que temo no haya echado de menos á ninguno de nosotros, quiero significar que no me haya echado de menos á mí.

—Pero si no he conocido á usted más tiempo que á los demás . . . —dije sonriéndome.

—Pero me ha conocido mejor que á los otros.

—No estoy muy segura de eso.

—¿No ha conversado conmigo más que con los demás?

—Sí.

—¿Y no paseó conmigo más á menudo que con los otros?

—También.

—¿Y no le gustaba yo más que ningún otro de allí?

—Creo que sí.

—Eso es muy tibio. No concibo por qué razón no le gusto á usted, cuando usted á mí me gusta tanto.

—No me ha comprendido usted, señor Carruthers. Sí me es usted muy simpático; pero . . .

—¡Vamos, ya lo ha estropeado todo con ese desagradable “pero”! ¿No me encuentra usted guapo? Le aseguro que se me considera uno de los hombres más guapos de la capital.

—¿De veras?

Esto se me escapó sin pensar, pues creía que hablaba en broma. Luego averigüé, con sorpresa, que era verdad; pero no lo supe entonces, pues él parecía estar de muy buen humor, y dijo:

—Ésa es la segunda estocada; pero no he de dejarme vencer.

¿Me cree usted bueno?

—No, señor.

—Pero ¿por qué, señorita Christie?—dijo, fingiendo desesperarse.

Mi principal razón en no considerarle “bueno” era la de que, á haberlo sido, no me hubiera malquistado con la baronesa Mills, llevándome en bote por el río, á hora tan avanzada de la noche, pues él sabía, según demostró después, que eso era mal visto. Pero hubiera parecido poco generoso recordárselo, cuando todo había ya pasado, y me concreté, por tanto, á decirle:

—Por el modo en que hablaban con usted y de usted, comprendí que no le creían muy bueno y que usted no deseaba que le tuvieran por tal.

—Pero voy á enmendar desde que usted me hizo un sermón el domingo.

—¡Oh, no; usted no enmendará!—dije, meneando la cabeza.—Usted lo dice sólo porque le divierte ver cómo me hace creer cuanto se le antoja.

—¿Juzga usted á los demás con la misma severidad con que me juzga á mí, señorita Christie?

—Sí, señor,—contesté con gravedad.

—¿Á ese caballero que regaló á usted la rosa encarnada, por ejemplo?...

Dijo eso en tono de fingida timidez, sin levantar la mirada del suelo, como si no osara encontrar la mía. Me sonrojé, á pesar mío, y creo que él lo adivinó sin verme.

—¿O es que él... tal vez... él nunca hace nada mal hecho?

—Oh, sí, señor Carruthers,—exclamé, al concebir una buena idea, pues consideré que ya se había chanceado de mí bastante.—Él hizo muy mal, por ejemplo, en creer que había motivo para tener celos de ninguno de los caballeros que traté en el castillo de Denham.

El señor Carruthers levantó la cabeza y me miró fijamente. Me parece que, á la par que divertido, estaba un poco mortificado, aunque reía con aparente buen humor.

—¡Jamás vuelvo á hacerle el amor, joven ingrata!—exclamó.

—¡Hacerme el amor! ¿Es esto á lo que usted llama hacer el amor?—pregunté, soltando la carcajada.

—No es esto, ni con mucho, lo mejor que yo puedo hacer; y tendré mucho gusto en demostrarle...

—No se tome la pena, gracias; le creo á usted bajo su palabra, —dije, riéndome de nuevo.

Ya había aprendido á contestarle en su propio estilo, y creo que le sorprendía un poco ver mis progresos.

—Veo que es usted demasiado lista al quite para mí,—dijo meneando la cabeza, y, cambiando súbitamente de tono, me preguntó: —Y bien ¿no quiere usted enterarse de lo que pasa en el castillo de Denham?

—Sí, señor; aunque no ha habido tiempo para que haya pasado mucho; yo me marché el lunes y estamos á jueves.

—Pues ha habido tiempo, no obstante, para suceder una gran desgracia,—dijo con gravedad.—Unos ladrones penetraron en el castillo anoche y robaron todas las joyas de la baronesa, de las señoras Cunningham, Carew y otras, además de una gran cantidad de vajilla de plata y oro.

Durante todo este tiempo habíamos estado de pie delante del balcón, y yo jugaba con las flores que había recogido. Después que él me hubo comunicado esa sorprendente noticia, continué retorciendo maquinalmente entre mis dedos una de las más hermosas de aquéllas, sin saber lo que me hacía.

—¿Anoche, dice usted?—pregunté por fin, en voz apagada por el espanto.

—Sí, anoche. Mas siéntese usted,—me dijo con amabilidad, acercándome una silla.—Esa noticia parece haberla abrumado. ¡Hija mía, sus labios están lívidos! Voy á llamar por . . .

—No, no;—exclamé irguiéndome.—Me encuentro muy bien; no tema que vaya á desmayarme. No, no llame. Haga el favor de contármelo todo. ¿Cuándo lo han descubierto? ¿Han cogido á los ladrones? ¿Saben . . .?

—Espere, espere; no puedo contestar todo á la vez. Los ladrones no han sido habidos y no se sabe nada de ellos. Se ha descubierto el robo esta mañana.

—¿Esta mañana? ¿Quién lo ha descubierto? y ¿cómo ha sido?

—No se impaciente y se lo contaré todo. Esta mañana se ha encontrado una escalera de mano debajo del balcón del gabinete de la baronesa. Habían abierto el balcón rompiendo desde fuera uno de los cristales. La doncella de la baronesa fué quien dió la alarma

lanzando un grito al ver el balcón abierto, cuando entró en el gabinete, después de llamar á la baronesa. Ésta salió; las dos se asomaron al balcón y vieron la escalera de mano. El gabinete tiene dos puertas. Los ladrones habían descerrajado y dejado abierta la que no da al dormitorio, á fin de penetrar por ella en la casa. Pero á primera vista parecía que no habían tocado nada. El tocador estaba cerrado; una caja fuerte de lata en que la baronesa guardaba la mayor parte de sus joyas, estaba en su lugar en el armario, también cerrado con llave. Pero al examinarla, vieron que habían forzado la cerradura y que estaba vacía. Todas las joyas, con sus estuches, habían desaparecido. En esto entró el primer jardinero á preguntar si había ocurrido algo, pues dijo que había ido al pabellón de las herramientas con uno de los sub-jardineros llamado Parkes. . . .

—¿Tomás Parkes?

—Sí; él guarda la llave de ese pabellón.

—Al llegar allí encontraron la puerta descerrajada y echaron de menos una lima y una escalera de mano. Naturalmente que al instante corrió la alarma por toda la casa y se descubrieron las demás pérdidas, una por una, Ahí está lo misterioso del caso. Todo se había efectuado con tal método y habilidad, hasta el extremo de que las puertas cerradas con llaves se hallaron en el mismo estado, que sólo después de detenido examen se echaron de menos los efectos robados. Tanto la baronesa como la señora Carew encontraron sus tocadores cerrados; mas, al abrirlos, descubrieron que se había extraído lo de más valor. Sir Jonas y el despensero fueron juntos á examinar el cofre en que se guarda la plata. También estaba cerrado y en el momento de abrirlo, se felicitaron de que se hubiese salvado del robo; pero al sacar la parte de uso frecuente que estaba encima, encontraron que había desaparecido la vajilla de oro y algunos candelabros y vasos de plata. Pero la pérdida que más atención ha llamado, ha sido la de la señora Carruthers. Esta señora entró en el comedor á la hora del almuerzo, pálida, sin poder hablar apenas y mostrando en la mano unas guijas y un pedazo de algodón en rama. Declaró que siempre llevaba consigo un precioso juego de brillantes y ojos de gato, envuelto en algodón y cosido en un pedazo de gamuza; que largo rato después de haber descubierto sus otras

pérdidas, se le ocurrió descoser la gamuza para asegurarse de que había salvado su mayor tesoro, y que las joyas habían desaparecido, ocupando su lugar las guijas que tenía en la mano. La pobre mujer estaba tan impresionada y afligida que le costó mucho esfuerzo para contarle. Dijo que dormía con ese tesoro oculto debajo de su almohada, y que nadie sabía dónde lo guardaba, pues que nunca se lo había dicho á nadie.

—Eso no es exacto, señor Carruthers, pues ella me lo contó á mí.

—Así dice ella,—repuso el señor Carruthers, mirándome fijamente.—Pero usted, de seguro, no habrá repetido semejante cosa á nadie que pudiese hacer mal uso de esa noticia.

—¡Oh, no! La única persona con quien he hablado de eso es con el señor Rayner.

—¡El señor Rayner!—exclamó.—Me parece que no podía usted haber escogido peor persona á quien confiar el secreto.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que él es el hombre más hablador que conozco. Lo he encontrado varias veces en Newmarket. Es un sujeto bastante listo y agradable; pero es el último hombre á quien confiaría un secreto que no quisiera fuese repetido acto continuo á un tercero.

—¡Oh! estoy segura que él no iría á contar semejante cosa á nadie—dije con convicción.—Aun me riñó por haberle hablado de eso y dijo que esas confidencias no se repiten á nadie, quien quiera que sea.

—Está bien,—dijo, tranquilizándose.—Entonces diré á la señora Carruthers que usted no ha revelado su secreto á nadie. La pobre señora está medio loca y ha sido ella quien me ha enviado para averiguar si usted había repetido lo que ella le confió, en presencia de alguien que pudiera haberse aprovechado de esa noticia. Yo creía que ella sólo se figuraba habérselo dicho á usted; pero deseaba algún pretexto para venir y así he logrado mi objeto, prestando, á la par, un servicio á la señora Carruthers.

No hice caso de la lisonja que sus últimas palabras implicaban; estaba demasiado interesada en lo del robo.

—¿Y no se tiene sospechas de nadie?—pregunté con voz temblorosa?

—Hasta ahora nada sabemos, y á cada instante se sospecha de una persona distinta. El robo estaba tan bien preparado y se ha realizado con tal discernimiento, pues los ladrones sólo se han llevado lo mejor de cada cosa, que al principio se sospechó que los criados habrían sido cómplices. Pero mi criado, Gordon, que tiene muy buen sentido, indicó que, en justicia para todos ellos, se les debía registrar sus baúles en seguida. Esto se hizo, pero sin hallar ninguno de los objetos robados. Naturalmente que esto no prueba que alguno de ellos no estuviese en connivencia con los ladrones, cualesquiera que éstos sean. Ha habido un pelotón de peones trabajando en las obras del ferrocarril, cerca de allí, hace unos quince días. Se encontró en el jardín la gorra de uno de ellos, y ha sido identificada; pero parece que los amigos del peón á quien pertenece, pueden probar que pasó la noche, borracho, en la población. De modo que hasta ahora nada sabemos absolutamente. Gordon me ha dicho que no cree que ni los peones ni los criados hayan tenido participación alguna en el robo é hizo notar cuán parecido ha sido éste al que se efectuó, no hace mucho, en casa de otro amigo mío, Lord Dalston, donde yo había permanecido hacía poco tiempo. Mi criado cree que todo esto es la obra de un ladrón de oficio, quien probablemente habría obtenido datos de algún criado despedido del castillo. Yo le indiqué que un criado despedido hace algún tiempo, no podía haber dado detalles tan precisos como, por lo visto, tenían los ladrones respecto á las joyas de algunas señoras que sólo están allí de visita. Pero no pude convencerle. En cuanto á lo sucedido á la señora Cunningham, parece obra de magia, porque ella es muy precavida. Supongo que su doncella descubrió el secreto de algún modo ú otro, y se lo diría Dios sabe á quién.

—Eso será—dije distraídamente.

Trataba de relacionar lo que acababa de oír con lo que ya sabía. El señor Carruthers se levantó.

—Ya que he visto á usted, no hay necesidad de molestar á la señora Rayner.

—¡ La señora Rayner !—repetí en el mismo tono distraído.

—Sí; la criada me dijo que usted estaba fuera; pero que podía ver á la señora Rayner. Yo no quería que fuera molestada, pues sé que se la considera una inválida; pero ella insistió.

—Espere un momento,—dije al tenderme él la mano.—¿Está usted seguro, señor Carruthers, que el robo se realizó anoche?

Antes de terminar mi pregunta, su mirada se divertió de mi rostro para fijarse en algún objeto detrás de mí.

Volvíme y ví que Sara y la señora Rayner, más pálida é impasible que nunca, estaban en la sala. Todas las puertas en los Alisos se abrían sin el menor ruido. Ellas habían entrado sin que yo me apercebiera y me habían oído. Al ver la cara de Sara me sentí sobrecogida de temor, y mi sospecha se convirtió en certidumbre, pues sabía que me hallaba sobre la verdadera pista.

CAPÍTULO XXII

EL asombro que causó al señor Carruthers la entrada y aspecto de fantasma de la señora Rayner, le impidió contestar mi última pregunta; pero me propuse aprovechar otra oportunidad para dirigírsela de nuevo. Él manifestó á la señora Rayner que sentía haberle causado la molestia de recibirle, cuando era evidente que estaba indispuésta, y dijo que había pasado para dar cuenta á la señorita Christie de un gran robo que se había efectuado en el castillo de Denham, que ella acababa de visitar. La impasible indiferencia con que ella escuchó la relación del robo, sin volver sus grandes ojos pardos, sólo podía explicarse por su padecimiento físico. No hizo ningún comentario hasta que el señor Carruthers terminó; entonces, volviéndose á él, le preguntó con una vaga expresión de alivio:

—¿Luego, no ha habido ninguna desgracia personal?

—¡Oh, no! No ha habido ningún encuentro. Desaparecieron los ladrones como espíritus, sin dejar rastro.

—Siento que no hayan sido cogidos. Mi marido está en Londres desde el martes, y estoy muy intranquila durante su ausencia,—dijo ella como quien repite una lección.

Durante todo este tiempo, Sara permaneció al lado de su señora con un frasco de sales en la mano, como si estuviese preparada para el caso de que aquélla se desmayara. Yo no encontraba, sin embargo, que la señora Rayner tuviese peor semblante que de ordinario.

Cuando el señor Carruthers se despidió, le acompañé á la puerta donde le esperaba su *dog-cart*; pero Sara, cuyo deber al lado de su señora parecía haber terminado repentinamente, nos siguió de cerca, y no tuve, por tanto, ocasión de insinuar á aquél mis sospechas sobre los autores del robo. Cuando se hubo marchado, reflexioné que era mejor que no hubiese revelado á un extraño lo que pudiera implicar á una criada de la casa en que vivía, hasta haberlo consultado con el señor Rayner.

Para desahogarme y calmar la agitación producida por la creencia de que estaba sobre la pista de un importante secreto, escribí á Lorenzo. Escribir una carta con Sara rondando por la casa, era cosa que requería mucha cautela, como los sucesos me probaron luego. Tan convencida estaba de eso, que me concreté á darle cuenta de la visita del señor Carruthers y del robo del castillo. Sólo añadí, al terminar, que tal vez esto tendría relación con lo que él había visto, sobre lo cual yo tenía algo más que decirle. Ofrecí hablarle más extensamente en cuanto tuviera ocasión de ir á Beaconsburgh para llevar la carta yo misma al correo, y luego le dije otras muchas cosas, tal vez de menor importancia, pero mucho más agradables.

El cartero pasó á recoger las cartas á las seis de la tarde. Le esperé en el balcón del cuarto de estudios. Cuando Sara le hubo entregado las cartas, yo salí corriendo, como si hubiese terminado la mía en aquel instante, y la metí en la balija que él tenía aún abierta. Sara no pudo ver la dirección, y me felicité por el éxito de mi estratagema. Pero debía haber supuesto que no era tan fácil frustrar los designios de Sara. Esperé en el portal hasta que el cartero dió la vuelta al llegar á la carretera, y entonces volví al cuarto de estudios, muy agitada por mi propia audacia. Miré por el balcón y ví que Sara corría detrás del cartero. Salí volando y llegué á la carretera á tiempo para ver que el cartero cerraba de nuevo la balija y proseguía su camino, mientras Sara se metía una carta en el bolsillo. Sabía muy bien que esa carta era la mía y me fuí resueltamente hacia Sara.

—¿Por qué ha sustraído usted mi carta, Sara?—pregunté, andándoseme la garganta de coraje.

—No es la carta de usted, señorita. ¿Para qué había yo de

querer su carta?—dijo, mirándome con insolencia.—Es una para mi hermana, en la que he olvidado de poner el número de la casa.

No me cabía duda de que esto era una mentira; pero no podía probarlo, pues no me fué posible ver si realmente era la mía que ella se metió en el bolsillo, y mi convicción moral no bastaba. Ella sabía esto perfectamente, y se adelantó victoriosamente hacia la casa. Regresé al cuarto de estudios y lloré amargamente por la tiranía á que estaba sujeta bajo esa odiosa mujer.

Me consoló la idea de que eso no duraría mucho. Resolví contar al señor Rayner todo lo que había visto en la noche del martes; que Lorenzo—aunque tal vez no le diría que fué Lorenzo—había encontrado un *dog-cart* junto á la entrada lateral y que Tomás Parkes había tratado de eludirme en el castillo de Denham. No me atrevería á insinuar mis sospechas respecto á Gordon, pues que parecía ser amigo suyo. Pero con mi pensamiento ocupado de nuevo en lo relativo al robo de joyas, no pude por menos de recordar el de mi dije y su extraña devolución por ese hombre. Luego, la circunstancia de que hubiese tratado á Tomás Parkes como si le fuese desconocido, cuando yo los había visto juntos una noche en los Alisos, me pareció ahora sospechosa. Me alegré de haber sido tan precavida en mi carta á Lorenzo, de modo que Sara habría sacado poco de su lectura, y me pregunté cuándo hallaría ocasión de ofrecer algún pretexto para ir á Beaconsburgh, á fin de echar una carta al correo con mis propias manos. Me pareció muy cruel que se me impidiera desahogar mi corazón con Lorenzo; pero supuse que cuando el señor Rayner regresara, esa mujer no se atrevería á molestarme más.

Peró á la mañana siguiente tuve el disgusto de recibir otra carta de aquél, en la que me decía que no podía regresar hasta el lunes. Me contestaba la carta que yo le había escrito el miércoles, y me decía que en vista de que el tiempo estaba malo y las neblinas muy densas, según yo le manifestaba, sería mejor que la señora Rayner abandonara la planta baja y se la instalara en el primer piso.

“No dudo que le será difícil—decía la carta,—el persuadirla de que deje su propia habitación; pero estoy con tanta ansiedad, pues me ha parecido que está más pálida que nunca, y estoy tan convencido de que le probaría mucho el dormir en un piso más elevado,

que suplico á usted, mi estimada señorita Christie, emplee toda su influencia para inducir la á trasladarse. Dígale que es sólo por algún tiempo; que volverá á su antigua habitación en cuanto pasen los fríos; dígale que yo lo deseo y dígale, en fin, cuanto usted cree que pueda convencerla. Tengo mucha fe en la habilidad y diplomacia de usted y espero de ellas el resultado más lisonjero. Con esta fecha escribo á Sara encargándole que prepare la habitación grande que está desocupada en la parte de delante del primer piso.”

Esta carta me causó gran regocijo. De momento me hizo sentir enojo contra la señora Rayner por su persistencia en no corresponder al cariño de su marido. Pero al recordar su desesperación en la noche que Haidée estuvo enferma y la profunda melancolía que ya había aprendido á descubrir bajo su aspecto de impasibilidad, la compasión dominó todo otro sentimiento en mi pecho, y me regocijé de la ocasión que se me presentaba de hacer algo por ella. Siempre se la había supuesto muy encariñada con su habitación en la planta baja, y el mismo señor Rayner escribía como si fuese difícil empresa conseguir que ella se trasladara; pero la cariñosa carta de su marido y su propio amor hacia Haidée me ofrecían dos armas que resolví emplear como mejor pudiera.

Durante la comida, en la que tampoco tuve compañía, estaba calculando cómo podría arreglármelas para poder hablar con ella, cuando la ocasión se presentó por sí sola, como respondiendo á mis deseos.

—La señora se halla mejor y tomará el té aquí con usted esta tarde, señorita,—dijo Sara.

Ésa sería, pues, mi oportunidad. Luego reflexioné, sin embargo, que no podría estar muy elocuente con ella durante el té, espuesta continuamente á la presencia de nuestra tirana, Sara. Después de comer fuí á sentarme, no obstante la humedad, en el rústico asiento de mi “nido” y me dediqué á combinar astutos planes para hacer entrar á la señora Rayner en la sala ó en el cuarto de estudios á fin de tener un *tête-à-tête*, sin que aquélla nos molestara. Mientras estaba ahí, oí pasos de alguien que venía de la casa por el caminito. Los árboles conservaban bastantes hojas para impedirme ver á través de su ramaje. Pero cuando los pasos se alejaron, salí de mi es-

condite y, apartando algunas ramas, pude ver á Sara que salvaba el seto, para salir á la carretera. Volví á casa y pregunté á Juana dónde estaba Sara. Me dijo que aquélla había ido á Beaconsburgh para hacer algunas compras. En efecto, cuando la ví, llevaba una maleta.

Me pareció que podía respirar con más libertad. Ya tenía una oportunidad para hablar con la señora Rayner. No me atrevía á penetrar en el ala izquierda sin permiso. Tal vez ella dormía ó deseaba que no se la molestara. Decidí, pues, reconocer antes el terreno. Fuí al jardín con mi cuchillo y cesta, como para coger flores. Corté unas cuantas y dí la vuelta por delante del balcón de la sala, á través de la húmeda yerba, hasta el ala izquierda. Me había puesto los zapatos de goma; pero de nada me sirvieron, porque me hundía en los charcos hasta los tobillos.

Seguí, sin embargo, adelante por entre montones de hojas caídas, hasta el grupo de sombríos tejos y laureles que crecían delante de la ventana del cuarto de la señora Rayner. No me había atrevido á acercarme á ese sitio desde mi primera tarde en los Alisos, en que por casualidad había llegado hasta allí, y había descubierto el pálido rostro de aquella señora detrás de la ventana de lo que debía ser su habitación. De nuevo aparté las ramas del agracejo, ya casi deshojado, y por segunda vez miré hacia la lóbrega ventana, casi oculta por la yedra que parecía cubrirla más que cuando la ví por vez primera. No había nadie mirando detrás de los cristales. El agua de un tubo de desagüe descompuesto, había formado un charco debajo de la ventana, que me impedía acercarme á ésta. Pero fuí lo más cerca posible y me puse á cantar y á romper ramitas de tejo, como si no me diese cuenta de dónde me hallaba. Mi astucia dió buen resultado. En el momento en que una rama que yo había tirado hacia abajo recobraba su posición, la señora Rayner apareció á la ventana con expresión de asombro y de alarma. La saludé con una sonrisa, é hice ademán de ofrecerle las flores. Yo quería que abriera la ventana; pero ella no parecía estar dispuesta á hacerlo. Permanecí allí, no obstante, hasta que, por fin, llevó la mano, aún recelosa, al cierre. Cuando la ventana estuvo abierta algunas pulgadas, empecé á hablar, tocando un punto sobre el cual sabía que simpatizábamos:

—Sara ha ido á Beaconsburgh. La he visto marchar y espero que estará largo rato.

Había presumido bien. Ella abrió con más confianza la ventana, que estaba un poco por encima del nivel de mi cabeza, y ví que estaba enrejada por dentro.

—Haidée está mucho mejor hoy, señora Rayner, y creo que mañana podría bajar un rato al comedor, si se enciende la chimenea. Ella ha preguntado por qué no subía usted á verla, y le he dicho que no estaba usted muy bien, así es que la pobrecita está con mucha ansiedad.

—Déle mi cariño,—dijo la señora Rayner con una vaga sonrisa.—Yo no podría hacer por ella todo el bien que usted le ha hecho. Gracias, señorita Christie.

Había en sus palabras una triste expresión de impotencia que me conmovió.

—Estoy muy contenta porque ella está mejor,—dije, metiéndome en el charco, al ceder al impulso de acercarme más, para alcanzar con la mano el poyo de la ventana.—Creo que el haberla trasladado arriba, le ha probado. La parte baja de esta casa es muy húmeda, como usted sabe; el doctor Lowe también lo ha dicho.

Ella pareció encogerse ante estas palabras; pero dijo:

—Ha sido usted muy buena para con mi hija. Creo ha sido mejor que la hayan llevado arriba.

—También me lo parece. ¿No encuentra usted su cuarto muy frío en este tiempo, por efecto de la niebla del pantano, señora Rayner?

—Si . . . algo frío . . . ahora.

—¿No estaría usted mejor en una de las habitaciones del otro piso, mientras dura el tiempo húmedo?—pregunté tímidamente.

Ví que la respiración se le hacía fatigosa y que se coloreaban sus mejillas como cuando estaba agitada.

—¿Alguien ha encargado á usted que me dijera eso?—me preguntó en voz baja.

—Cuando escribí al señor Rayner, le dije que habíamos tenido neblina el martes por la noche, y esta mañana he recibido carta de él, en que me dice que cree es perjudicial para usted el dormir en la planta baja, durante el tiempo de las nieblas, y que ha encargado á

Sara prepare para usted la habitación grande que está desocupada en el otro piso.

En vez de aparecer agradecida por esa nueva prueba de la solitud de su marido, se puso muy agitada, hasta el extremo de no poderse dominar; temblaba y se agarraba convulsivamente de las barras en el interior de su ventana, y ví que su frente se bañaba en sudor por efecto de una fuerte emoción, que parecía terror.

—¡ Al fin ! ¡ al fin ! ¡ He estado aquí demasiado tiempo !—exclamó casi faltándole la voz.

Consideré que el efecto de obligarla á abandonar esa habitación contra su voluntad sería tan funesto para su temperamento nervioso que contrarrestaría todo el bien físico que pudiera producirle el cambio. Veía de nuevo en sus ojos la mirada intensa que dos veces antes había visto, y temí que fuera víctima de un violento ataque, mientras yo me hallaba á la parte de afuera de su ventana enrejada é impotente, por tanto, para prestarle auxilio alguno. Díjele, pues, con afecto :

—Por supuesto que el señor Rayner no querrá que usted se traslade, si usted realmente no lo desea.

—¿ Sabe usted lo que significan sus deseos, cuando Sara es la encargada de realizarlos ?

Me quedé mirándola, asombrada. Su terror era tan grande que me lo comunicó á mí, y por el momento casi me convencí, como la pobre señora, de que se fraguaba una conspiración contra ella. Pero sus siguientes palabras me devolvieron la serenidad.

—¿ También usted está contra mí ?—preguntó con voz lastimera.
—Siempre lo he creído; pero ¡ ha sido usted tan buena para con mi hija ! . . . ¡ y no sé de quién fiarme ! ¡ no lo sé !

—Puede confiar en mí, señora; de veras,—dije con sinceridad.
—No hubiera indicado á usted que abandonara ese cuarto, si hubiera podido suponer que le causaría tanto pesar. En verdad, no sabía que le tuviese usted tanto apego.

Ella se estremeció. Hubo un momento de silencio, durante el cual ella tenía fija en mí su mirada escrutadora. Pero yo no tenía por qué temer esa mirada, así es que la sostuve con serenidad, y ella se tranquilizó un poco.

—Señorita Christie,—dijo, por fin, en voz muy baja;—usted

tiene influencia aquí. La noche en que Haidée estaba tan mala, usted hizo que Sara le obedeciera. Si es verdad que puedo confiar en usted, déme esta prueba: procure que me concedan el plazo de un día. Déjeme permanecer en mi propia habitación hasta mañana.

Su voz fué apagándose, de modo que apenas pude percibir sus últimas palabras.

—Lo intentaré,—dije.—¿Y quiere usted, señora, que haga quitar las hojas caídas de aquí? No puede ser muy sano el tenerlas amontonadas debajo de su ventana.

—No, no; déjelas; no importa,—dijo apresuradamente.—Debe usted estar metida en el agua. Va usted á coger un resfriado. ¡Vaya; y que el cielo la bendiga!

Cerró la ventana, como si tuviera miedo y desapareció en el cuarto. No pude ver dentro, porque la ventana estaba más alta que mi cabeza y volvíme, temblando de frío, para entrar en casa y mudarme el calzado, que estaba completamente mojado. Estaba muy impresionada y tuve que derramar lágrimas de compasión por esa pobre mujer desolada, por la cual tan poco podía yo hacer.

Á la hora del té, ella entró en el comedor y como Sara estaba allí, hice ver que no la había visto antes aquel día. Creí preferible que su astuta guardiana no supiese que yo había descubierto un medio de comunicarme secretamente con ella. Así, pues, durante el té repetí á la señora Rayner que había recibido carta de su marido y que éste consideraba prudente que ella se instalara en el otro piso el sábado.

—¡El sábado!—exclamó Sara con acritud:

—Sí,—contesté, algo asustada ante mi falsedad.—¿Desearía usted trasladarse hoy, señora Rayner, ó prefiere esperar á mañana?

—Mañana,—dijo ella, dirigiéndome una mirada de reconocimiento.

Me volví á Sara.

—Ya daré cuenta al señor Rayner, si ha habido alguna mala interpretación de sus deseos,—dije con la mayor naturalidad que me fué posible; pues era embarazoso el tener que dar órdenes en presencia de la señora de la casa, por insegura que fuese la razón de aquélla.

—Está bien, señorita,—dijo Sara, con sorpresa mía.

Por segunda vez el nombre del señor Rayner había obrado en ella como un hechizo, y me maravillaba de que una mujer que á tanto se había atrevido para impedir mi comunicaci3n con Lorenzo, se aviniera tranquilamente á recibir mis 3rdenes.

Despu3s del t3, la se1ora Rayner, á su vez, me caus3 una sorpresa, haci3ndome una advertencia que revelaba en ella observaci3n profunda. Se puso á mi lado cerca de la chimenea, mientras Sara levantaba la mesa, y cuando 3sta sali3 por un momento del comedor, me dijo en voz muy baja y sin mover la cabeza:

—¡Cuidado! Ella odia á usted y es mujer temible.

Levant3 la vista; pero Sara ya hab3a entrado de nuevo, y el semblante de la se1ora Rayner hab3a adquirido ya su usual impasibilidad.

Estaba tan acostumbrada á vivir en continuo temor de Sara, que esa advertencia no me hizo especial impresi3n, y me fu3 á acostar sin tener ni m3s ni menos miedo que de costumbre á las maquinaciones de esa mujer abominable.

Por la noche me despert3, sin tener conciencia de causa alguna que me cortara el sue1o. Al instante qued3 completamente desvelada. V3 que Haid3e dorm3a con sosiego y que la lumbre estaba apag3ndose, y me propuse a1adirle m3s carb3n.

En el momento de incorporarme, me pareci3 oir, fuera de mi cuarto, algo demasiado vago para que se pudiera llamar ruido. Me qued3 quieta y escuch3 con atenci3n. Nada o3 por algunos momentos; luego un ruido sordo, como el de alg3n objeto que fuese arrastrado cautelosamente de un pelda1o á otro. Despu3s de esto, ning3n otro ruido pude percibir. La escalera de la torre no estaba alfombrada y en un tiempo hab3a sido encerada; pero la cera hab3a desaparecido con el tr3nsito y jam3s se hab3a renovado. Salt3 de la cama con cautela; encend3 la buj3a, aplicando un f3sforo á las ascuas de la lumbre, para no hacer ruido; me ac3rqu3 á la puerta y pegu3 el oido al ojo de la llave. Á los pocos instantes o3 de nuevo el mismo ruido sordo. Tal vez era Nap, el perro del se1or Rayner, que buscaba un pelda1o m3s c3modo que los dem3s en que tenderse; y sin embargo, todos eran sobrado angostos para que aqu3l lo intentara.

Perro 3 persona, era evidente que se deslizaba escalera abajo

paulatinamente. Cuando parecía hallarse á seis ó siete peldaños de la parte superior, recobré valor y resolví dar un susto al intruso, fuese humano ó irracional. Todas las cerraduras en los Alisos estaban en muy buen estado, y ninguna puerta rechinaba al abrirse ó cerrarse. Dí vuelta á la llave, sin producir el menor sonido; abrí de repente la puerta, dando un fuerte golpe con el pie en el suelo, y alcé la luz por encima de mi cabeza. Haidée lanzó un chillido. Yo me había olvidado de ella.

Mi plan produjo efecto. Una persona que estaba agachada en la escalera, se incorporó súbitamente. Era Sara.

En el mismo instante que reconocí su cara, con expresión salvaje de espanto, su pie resbaló y ella cayó hacia atrás lanzando un grito de terror. La escalera tenía una vuelta. Desde la puerta, donde me hallaba sobrecogida y temblando, ví sus descarnadas manos tratando de agarrarse á la barandilla para salvarse en aquel rincón; pero le faltaron las fuerzas y oí un porrazo y luego un gemido. Sara había caído de cabeza hasta el fondo.

Por un momento quedé apoyada contra la pared sin poderme mover; luego me adelanté temblando de tal modo que apenas pude encontrar el primer peldaño para bajar. En el segundo, mi pie resbaló, y me hubiera caído, á no ser porque iba muy despacio á causa del estado de agitación en que me hallaba. En el siguiente peldaño también resbalé y en el otro tropecé con una cuerda que estaba atada de lado á lado.

Una sopecha me detuvo, y me senté. Pasé la mano por el peldaño; estaba resbaladizo y lo mismo estaban los demás. Esa escalera estaba oscura aun de día. Si hubiese bajado á mi paso de costumbre, nada hubiera podido salvarme. Era una trampa armada por Sara, si no para acabar conmigo, por lo menos para lastimarme seriamente. Ella estaba ensebando la escalera cuando le oí; y, asustada ante mi súbita aparición, se alzó; su pie resbaló en el plato de sebo que usaba, y cayó víctima de la trampa que preparaba para mí. Al darme cuenta de esta terrible verdad, oí otro quejido y un murmullo que no pude entender.

Con el corazón oprimido y casi sin fuerzas, me deslicé por la escalera, figurándome y temiendo el espectáculo que, sin duda, debía presenciar al pie de aquélla.

CAPÍTULO XXIII

EL resto de la escalera, desde donde Sara había resbalado y caído, estaba en su estado usual. Al pie de aquélla yacía Sara casi como una masa informe, con el brazo retorcido debajo de la cabeza y ésta bañada en sangre. Gemía con los ojos cerrados, y no me reconoció al abrirlos para mirar á su alrededor.

El ruido de la caída había hecho salir á Juanita de su cuarto y, al enterarse de lo ocurrido, fué en busca de la cocinera, mujer de más edad y más experimentada, cuyo auxilio fué muy útil en esa ocasión. Era más de las doce; pero aun á esa hora me fué preciso enviar á Juanita al pueblo para que dijera á Samuel que fuera á Beaconsburgh por el doctor Lowe. Entretanto la cocinera manifestó que creía que el brazo de Sara estaba fracturado, pues se desmayó al tocárselo, y habiendo descubierto que la sangre manaba de una gran herida en la cabeza, se puso á vendarla lo mejor que pudo. Yo fuí á buscar cognac que apliqué á sus labios, pero no logré que lo tragara. Después de esto, nos quedamos sentadas en el suelo, á la pálida luz de una bujía, la cocinera sosteniendo la cabeza de Sara sobre su rodilla, y yo un poco más atrás, para evitar que me viera si recobraba su conocimiento. Era muy desagradable estar allí, cerca de la repugnante mancha de sangre, oyendo los quejidos de esa desgraciada mujer, que no creíamos viviera hasta que llegara auxilio, mientras yo pensaba en el terrible castigo que su maldad había atraído sobre ella; sin atreverme á hablar, para decirle que la perdonaba, por temor de que mi voz produjese funesto efecto sobre su razón extraviada. Así permanecemos, temblando no tan sólo de frío, si que también de horror, hasta que se oyó la campana de la entrada principal resonar por la silenciosa casa. Juanita, que no se había atrevido á subir de nuevo desde que hubo regresado de la población, fué á abrir la puerta y oímos pasos por la escalera.

Era el doctor Lowe. Lo primero que hizo fué pedir más luz. Juanita trajo un quinqué y el doctor le hizo seña de que se retirara. Me preguntó si yo era impresionable, le contesté negativamente, y dijo que sujetara el quinqué mientras él hacía el reconocimiento. Después me dijo que yo tenía mucho nervio; pero la verdad es que

sólo el temor que él me inspiraba me mantuvo firme allí mientras, con la cabeza vuelta á un lado, oía los gemidos de Sara. La cocinera había acertado; el brazo que Sara tenía retorcido debajo de la cabeza estaba fracturado, y el doctor dijo que tal vez el espinazo también había sufrido daño. Cortó su largo cabello negro y vendó la cabeza. Ésta había recibido una grave herida que podía afectar el cerebro. Luego arregló el brazo y lo vendó fuertemente. Terminadas estas operaciones, pusimos un colchón al lado de Sara; la colocamos con cuidado encima de aquél, para conducirla á su cuarto y la dejamos sobre su cama.

—¿Quién se queda á velarla?—preguntó el doctor.

—Yo me quedaré,—dije; mas añadí titubeando:—si . . .

—¿Si qué?—preguntó él, volviéndose hacia mí bruscamente.

Lo llevé un poco aparte, y le dije:

—¿Cree usted, doctor, que la vista de alguien á quien ella detesta puede hacerle daño?

Él me dirigió una mirada penetrante al contestarme:

—No; ella no podrá reconocer á nadie; pero le advierto que estará muy agitada. ¿Cómo ha sucedido esto?

—Ella cayó escalera abajo.

—La escalera conduce á la habitación de usted ¿no es eso? ¿Qué hacía ella allí á semejante hora de la noche? ¿Por qué no me dice usted la verdad y me evita el tener que hacer conjeturas tontas?

Le conté lo sucedido, y por todo comentario, me preguntó:

—Y de todo esto ¿no saca usted la deducción de que debe abandonar esta casa en cuanto le sea posible?

—No permaneceré aquí mucho tiempo,—contesté con una sonrisa, al pensar en la promesa de Lorenzo.

—¡Ah! ¿cree usted que ese joven de la Mansión va á casarse?..

—Sí, señor.

—Pues yo le digo con franqueza que no quisiera por esposa ninguna mujer de esta casa.

—Usted no tomaría por esposa ninguna mujer de ninguna parte, doctor. Si no fuese así, tendría usted más en cuenta la mujer misma que el sitio en que ella se hallara; lo mismo que hace Lorenzo.

—No tiene usted pelillos en la lengua; compadezco á Lorenzo cuando llegue á casa tarde alguna noche.

Me preguntó por Haidée; pero no pude dejarle subir porque la escalera no estaba aún limpia. Así, pues, me dió instrucciones sobre lo que debía hacerse con Sara y se marchó.

Ya había lumbre en el cuarto de Sara; pues, por lo visto, no se la trataba tan mal como ella pretendía. Me senté en una silla al lado de la chimenea, dispuesta á velar hasta la madrugada, en que la cocinera había ofrecido reemplazarme. Al poco tiempo Sara principió á agitarse, como había predicho el médico. Movía la cabeza de un lado á otro; trató de levantar el brazo, que estaba vendado y fuertemente sujeto en su lugar, y se quejaba y lamentaba incoherentemente. Después quedó muy tranquila y supuse que se había dormido. Creo que yo también dormité unos minutos, hasta que me desveló un grito apagado y ronco de Sara.

—¡Jaime!—exclamó en el mismo tono.

Ella había logrado volver la cabeza de modo que sus grandes ojos negros, encendidos por la calentura, estaban clavados en mí. Mi corazón latía agitadamente, pues supuse que ella me había reconocido; pero, sin apartar la vista, volvió á exclamar:

—¡Jaime!

Luego en voz muy queda, añadió:

—Te persiguen, Jaime. Es por lo del talón. Debes huir esta noche. Vé al lugar de costumbre. Yo los despistaré y te daré aviso.

À esto siguieron más exclamaciones y palabras murmuradas entre dientes; luego volvió á hablar con coherencia.

—Es muy arriesgado, Jaime. Lo haré, si quieres; pero es ponerte en peligro y á mí también . . . Está bien; . . lo pasaré.

Después prorrumpió con vehemencia:

—Vas á dar un mal paso, Jaime Woodfall. ¿Por qué quieres casarte con una señora? Su dinero no es tanto, después de todo; y en cuanto á su palmito, te digo que es la cara de una tonta. Cualquiera hombre me miraría á mí dos veces antes que á ella una; y sólo tengo veinticinco años. Además, yo te he seguido y te he sido fiel á través de tiempos malos y buenos . . . ¿Por qué no te casas conmigo?

Mientras seguía dirigiéndome reproches, súplicas y amenazas, yo no podía por menos de pensar que ella se encontraba de nuevo ante incidentes remotos de su pasada historia; incidentes, según pude

juzgar, de índole poco edificante. Era evidente que ese Jaime Woodfall, que ocupaba todos sus pensamientos, había sido un hombre muy perverso, y que Sara le había ayudado en todas sus maldades.

—No vayas por eso, Jaime,—dijo una vez en tono de súplica.—Será por la vida si te cogen, y te vigilan hace algún tiempo. Hay muchos medios más seguros que ése para hacer dinero.

Hubo otro rato de silencio; luego pronunció unas frases que me helaron de terror.

—Los muertos no hablan, Jaime. ¿De qué sirve la vida de un viejo, que tanto miedo tienes de tocarlo? Has hecho muchas cosas más arriesgadas, ¿por qué, pues, eres siempre tan cobarde ante ésa?

Después de eso, á duras penas pude permanecer contemplando á esa fiera. Me parecía ver sangre en sus ojos salvajes y me estremecí al humedecer sus labios y al tocar su frente, ardiente por la calentura. Siguió desvariando por el mismo estilo, citando otros nombres que jamás había oído, pero sin hacer mención de mí ó del señor y la señora Rayner; ni siquiera de Tomás Parkes, hasta que exclamó con enojo:

—Jaime está loco con esa muchacha Christie, Tomás; y dice que se casará con ella por encima de todos los obstáculos, y que yo lo he de arreglar . . .

¡Qué terrible confusión había en su mente al asociar mi nombre con el de su amante de otro tiempo! Súbitamente vino á mi memoria el recuerdo de aquella noche en que hallándome escondida en mi “nido,” había oído la conversación que Sara tuvo con el misterioso amigo del señor Rayner que después resultó ser el criado del señor Carruthers. Recordaba bien que ella había manifestado celos al hablar de un tal “Jaime.” ¿Era aquél el mismo hombre? ¿Cómo nunca había aparecido? Yo había creído entonces que se refería á Tomás Parkes y que era de Juanita de quien tenía celos; pero, después de todo, ella se avenía bien con Juanita y yo era la única persona en la casa contra la cual su enemistad tomaba un carácter peligroso. ¡Y en su delirio decía que ese Jaime quería casarse conmigo; cuando yo jamás lo había visto! . . .

Su fantasía recorría de nuevo el presente, pues las siguientes palabras que llamaron mi atención, fueron éstas:

—Esto pesa mucho Tomás.... Jaime podía haberte ayudado un poco.... Hay mucha agua en la cueva; pero no perjudicará las joyas y limpiará la plata.... Vamos....

¿Era el robo del castillo de Denham lo que ocupaba su mente? Me contuve el aliento para oír mientras ella seguía:

—Tomás, esa miserable muchacha Christie de algún modo ú otro lo ha oído.... Jaime está tan ido con ella que no quiere escucharme, y si yo no lo impido, será su perdición....

¡Otra vez mi nombre mezclado con el de ese desconocido Jaime! Parecíame que mi razón iba á extraviarse como el de esa desdichada. Me agarré á los brazos de la butaca, como por vano esfuerzo, para asegurar el cuerpo y fijar la mente, mientras escuchaba sus desvaríos. Me desesperaba no poder descubrir quién era ese Jaime Woodfall. Me levanté y me acerqué á la cama, atraída, á mi pesar, por sus palabras:

—Cuidado Jaime; te arriesgas demasiado.... No faltará un polizonte bastante hábil para reconocer al falsificador Jaime Woodfall en el ladrón de joyas....

En aquel instante, mientras escuchaba con el mayor afán, esperando oír el nombre, se abrió la puerta y la enferma, distraída por el ruido, exclamó:

—¿Qué es eso?

Era la cocinera que fué á relevarme. La tensión que habían sufrido mis nervios durante aquellas horas, fué demasiado fuerte para mí, y la reacción muy violenta. Caí al suelo desmayada.

Á la mañana siguiente, desperté tarde, con dolor de cabeza y con la sensación desagradable de haber pasado alguna terrible aventura. Á Haidée, que se había alarmado mucho por mi salida del cuarto cuando asusté á Sara, y por el ruido de la caída de aquélla, le hice una relación muy atenuada de lo sucedido. Luego bajé la escalera con mucho cuidado; pero Juanita, por encargo de la cocinera, la había ya limpiado y no había peligro.

Nunca más, sin embargo, pude bajar esa escalera de noche sin extremecerme.

Telegrafíé al señor Rayner para darle cuenta del accidente, (sin mentar, por supuesto, la causa,) en cuanto terminó la visita del médico. Éste dijo que Sara tenía congestión cerebral y que requería

una enfermera entendida. Antes de la hora de comer, recibí un parte del señor Rayner que decía así:

“Lamento mucho el accidente. Procure que esté bien cuidada. Ya he enviado una buena enfermera.”

Ésta llegó en el tren de la tarde. Era una mujer de mediana edad, muy callada, cuya sola presencia infundía respeto, aunque en mí llegaba á ser temor.

El susto de la noche pasada había puesto á Haidée algo calenturienta; consideré, por tanto, prudente que no bajara aquel día. Se levantó, no obstante, y se sentó cerca á la lumbre. Yo me quedé con ella gran parte del día. Poco antes de comer, oí unos pasos ligeros y desconocidos por la escalera. Llamaron á la puerta, y entró la señora Rayner. Al verla á la plena luz de mis cuatro ventanas, me impresionó tristemente el cambio notable que había ella sufrido desde la primera vez que la había visto, hacía dos meses. Sus mejillas estaban tan pálidas y descarnadas, sus ojos tan hundidos y sus labios tan lívidos y secos, que me parecía estar viendo la cara de una muerta. No se ocupó del incidente de la pasada noche, más que con estas palabras:

—He oído que Sara está enferma. He tenido que ir yo misma á buscar mi almuerzo esta mañana. Espero que ya estará mejor.

Pero la expresión que noté en su cara por el alivio de una sujeción odiosa, desmentía sus palabras. No se había atrevido ni aun á visitar á su hija mientras aquella arpía estaba suelta. Sentí que yo hubiese sido la causa de la desgracia que Sara había sufrido; pero no podía tenerle mucha lástima, puesto que en su delirio se había mostrado tal cual ella era: una mujer cruel y vengativa.

Cuando nos llamaron para la comida, á la que la señora Rayner dijo que me acompañaría aquel día, yo bajé primero, á fin de dejarla á solas con su hija. Al pie de la escalera de la torre, donde habían colocado un felpudo para ocultar la mancha de sangre, encontré á Mona, tan sucia como de costumbre, jugando con un manojo de llaves. Eran las que Sara guardaba de varios departamentos de la casa. Consideré que estarían más seguras en mi poder que en manos de la niña, y se las quité, por tanto, no sin una lucha y muchos gritos por su parte. No había tenido mucho roce últimamente con Mona, porque cuando sus padres no iban al comedor, ella comía con

Juanita en su cuarto, lo cual prefería, pues no implicaba tanto lavar y peinar.

Pensé en el disgusto que tendría Sara si supiera que yo me había incautado de sus llaves, y me alegré de haberlas encontrado cuando, más tarde, Juanita vino á decirme que la señora Saunders, la enfermera, no podía beber la cerveza del cuñete y que quería "*stout*" en botella.

—La cocinera pregunta qué hemos de hacer, señorita,—dijo Juanita.—La enfermera se empeña en que se le dé lo que pide.

—¿Y dónde están las botellas del "*stout*," Juanita?—pregunté, pensando en las llaves.

—No sé si están en la cueva,—pero el señor Rayner tiene la llave,—ó en la alacena de la despensa.

—La despensa está en el ala izquierda, ¿no es verdad?

—Sí, señorita.

—Está bien, Juanita. Yo tengo las llaves de Sara é iré á ver si encuentro el "*stout*."

No me gustaba encargarme de esa tarea; pero no se debía contrariar á la enfermera, y consideré que era preferible atreverme á penetrar yo misma en los dominios de Sara, que enviar á Juanita.

—¡Ah, señorita! si tuviera usted la bondad de sacarnos velas y azúcar.... De ambas cosas encontrará allí, porque Sara trajo de Beaconsburgh ayer.

Ofrecí hacerlo; encendí una vela; abrí con vago temor la puerta que daba acceso al ala izquierda y entré en esa parte de la casa reservada para la señora Rayner. Sentí mucho frío al cerrarse la puerta tras de mí. Estaba poniéndome muy nerviosa después de las recientes aventuras, y me producía desagradable impresión el apagado golpe de esa mampara al cerrarse. Sabía que la primera puerta á la derecha era la de la despensa. Con mano temblorosa probé las llaves, hasta que encontré la que abría. Estaba tiritando. Hacía más frío que en ninguna otra parte en ese gran cuarto, en el que sólo se veían estantes y alacenas, cascos y cajas, leña y pedazos de madera. No pude por menos de pensar cómo se enojaría Sara si supiese que yo estaba en ese sitio, en que ningún otro individuo de la casa se atrevía á entrar, y al cual se atribuía, por tanto, más importancia de la que merecía, pues era una despensa ordinaria y la

primera alacena que abrí sólo contenía jamones, jarros de encurtidos y otras provisiones; todo menos las velas y el azúcar que yo buscaba. Abrí otra alacena, miré en todos los estantes; pero no hallé ni azúcar ni velas.

Por fin me fijé en un saco negro de viaje que estaba en el suelo; me pareció que era el mismo que Sara llevaba en la mano cuando salió para Beaconsburgh el día anterior. Tal vez,—pensé,—no ha sacado de ahí las provisiones. Lo cogí; pero en seguida observé que en una de las tablas del piso, en el mismo sitio en que estaba el saco, había una pequeña argolla. Si yo no hubiese estado muy alerta en ese extraño lugar, no me hubiera apercibido de esa argollita. Pasé mi dedo por ella, y ví que levantaba una trampa.

La levanté sólo unas pulgadas, y la dejé caer de nuevo; no porque no tuviese curiosidad por saber lo que allí había, sino porque también tenía miedo. Una trampa ignorada en una casa en que se experimentaban tantas sorpresas, inspiraba interés, á la par que pavor. Por fin recobré valor y, poco á poco, la abrí por completo; no sin que me asaltara la terrible duda de si contenía algún muelle que la cerrara de nuevo, una vez hubiese yo bajado por la escalera de mano que veía á mis pies.

La corriente de aire frío que salía por el escotillón casi me impedía respirar. Sujeté la luz por encima de la abertura y pude ver que á unos tres pies de profundidad la escalera estaba viscosa y verdusca, y que á cuatro pies había agua. ¿Sería un pozo? De súbito cruzaron por mi mente las palabras que Sara había pronunciado en su delirio la noche anterior: "Hay mucha agua en la cueva." Busqué algo con qué sondar la profundidad del agua, y hallé una varita de las que sirven para asegurar las persianas. Bujía en mano, me aventuré con mucha cautela á bajar la escalera. Estaba segura.

Cuando llegué al último escalón que estaba seco, que era el cuarto desde arriba, ví que era una cueva bastante grande, á un lado de la cual había estantes para botellas que estaban carcomidos y devencijados. Las paredes por encima del nivel del agua estaban verduscas. Á lo alto había una pequeña reja, desde la cual descendía un reguero asimismo verdusco, como si el agua cayera por allí continuamente. Oí las gotas caer á cortos intervalos. Con horror observé que la cueva se extendía á la izquierda por debajo de la habi-

tación de la señora Rayner. ¿Sabía ella que tanto le valía vivir encima de un pozo que en aquella habitación? Sondé el agua; había de tres á cuatro pies. Luego miré por entre los escalones y me pareció ver algo detrás de la escalera. Con la vara empujé un objeto blando, que se movió al tocarlo. Miré por un lado de la escalera, y sobre una mesa, cuya parte superior estaba á unas ocho ó diez pulgadas por encima del nivel del agua, ví la maleta parda con la que Tomás Parkes había atravesado el prado, y la misma que yo había visto luego detrás de la puerta de servicio. Entonces recordé dónde la había visto anteriormente: escondida en un armario de la habitación que yo había ocupado en el castillo de Denham. La reconocí por una etiqueta en italiano marcada "TORINO," que en aquella ocasión había observado.

Estaba á mi alcance, pasando yo los brazos por los escalones. Con mano temblorosa la abrí, pues ni siquiera estaba cerrada, y de un montón de objetos relucientes de que estaba llena, saqué un brazalete, en forma de serpiente, que llevaba la baronesa Mills el domingo que yo estuve en su finca. Llena de estupefacción, lo metí de nuevo en la maleta; cerré ésta con dificultad, y me sujeté á la escalera, abrumada por ese descubrimiento.

La cabeza se me iba, como en la noche anterior, cuando Sara estuvo á punto de revelar el nombre supuesto de Jaime Woodfall. Se me escapó la vela de los dedos, cayó aquélla al agua, produciendo un chisporroteo, y quedé en completa oscuridad.

CAPÍTULO XXIV

Dí un grito al caerse la vela y, cerrando instintivamente los ojos, como para ocultarme á mí misma la verdad espantosa de que me hallaba á oscuras, subí la escalera y salí de esa tenebrosa cueva. Eran las siete, y por la pequeña ventana enrejada que había á lo alto de la despensa, sólo entraba luz suficiente para poder ver que esa ventana existía. Pero una vez sobre el piso de aquel cuarto, me arrastré con cautela alrededor de la abertura, hasta encontrar la trampa, y al cerrarla sentí un gran alivio. Luego busqué á tientas la salida, tropezando con cajas y bultos, y sin poder apenas reprimir

un chillido á cada nuevo obstáculo, hasta que, por fin, llegué á la puerta. No la había cerrado con llave por dentro, así es que un instante después de haber dado con ella, me hallé en el corredor. Por fortuna, al descubrir la maleta negra, me había metido las llaves en el bolsillo, y, después de probar torpe é impacientemente durante unos minutos, acerté con la que correspondía á aquella puerta y la cerré. Me deslicé por el corredor, y creo que en mi vida había experimentado tal sensación de alivio y reconocimiento á la Providencia, como en el instante en que la mampara se cerró tras de mí, y me hallé otra vez en el recibimiento alumbrado aún por la luz del día.

Me dejé caer en una silla, fatigada y abrumada por las impresiones que había recibido en el ala izquierda, y no me fijé, hasta después de largo rato, en una carta que había sobre la mesa á mi lado, cuyo sobrescrito, en letra de la señora Manners, estaba dirigido así: "Srta. Christie—Los Alisos." Abrí el sobre; pasé la vista rápidamente por su afectuosa esquelá, en la que me decía que había hallado la adjunta en el correo de Beaconsburgh el día anterior, y llevé á mis labios varias veces la carta de Lorenzo, antes de abrirla. La carta decía:

"NIZA, viernes.

"MI AMADA VIOLETA: Esperaba encontrar una carta tuya aquí, á mi llegada; pero sé que no es culpa tuya si me he visto contrariado, ni te culparé aun cuando no reciba carta en toda una semana, pues jamás volveré á dudar de mi amada. He tenido prematuramente la batalla con mi madre y he ganado la victoria. Me proponía, como tú sabes, comunicarle mi resolución después de prepararla con habilidad; pero ella misma precipitó el desenlace. Interrumpimos el viaje en París, donde pasamos la noche de ayer. En cuanto llegamos allá, abrí mi pupitre y escribí una cartita á mi Violeta, sólo para decirte que durante todo el viaje, lo mismo mientras me paseaba por la cubierta del vapor, que cuando estaba sentado en el coche del ferrocarril, no hice más que pensar en tí y en la última vez que pude contemplar tus hermosos ojos grises, llenos de amor, durante nuestro paseo en coche, en la noche del martes.... ¡me parece ya tanto tiempo!.... Salí del cuarto un momento, para encargar la comida, y dejé la carta sobre la mesa, dirigida á tí y cerrada, á pun-

to para incluirla en otra dirigida á la señora Manners. Cuando volví, encontré allí á mi madre; había roto el sobre y estaba leyendo la carta. Entonces hubo una escena. Yo pedí mi carta, ella la hizo pedazos y los echó á la lumbre. Pronunció unas palabras respecto á tí que dieron al traste con mi prudencia, y yo le advertí que estaba hablando de mi futura esposa.

—“Tu futura esposa,—dijo ella, irguiéndose con soberbia y ahuecando la voz de ese modo con que siempre anonada á mi padre,—es la señorita Langham de Greytowers.”

—“Está usted mal enterada, mamá. En un asunto de esta índole, siempre es mejor informarse directamente de la persona interesada. Su futura hija política es la señorita Violeta Christie, la mujer más hermosa en Norfolk y aun fuera de allí. En cuanto á la señorita Langham, si usted está empeñada en que sea su hija política, y si á ella no le importa esperar, puede usted reservarla para Juanito.”

“Esperaba oír otras muchas tonterías; pero su asombro la embargó tanto, que mi discurso resolvió la cuestión. Ahora, aunque recibe mis atenciones con extremada frialdad y nuestro trato es, por tanto, desagradable, ella sabe que ha perdido el dominio sobre su hijo mayor. Sólo siento, vida mía, que la promesa hecha á mi padre me impidiera decírselo antes de salir de Inglaterra, pues principio á creer que este viaje *para su salud*, no ha sido más que un engaño, una intriga, (pues han mediado dos personas) para alejarme de tu lado. Tendré, sin embargo, que aguantar, de un modo ú otro, durante los dos meses que le prometí acompañarla. Ella me exigirá el cumplimiento de esa promesa.

“Pero estoy con gran cuidado por tí. No quiero apenarte con la relación del sinnúmero de vagas sospechas que acoge mi ánimo para atormentarme; pero te suplico, mi dulce bien, que me des cuenta de los incidentes más insignificantes que ocurran en los Alios. Ruego á Dios que tengas poco que decirme. Nuevamente te encarezco que cumplas mi encargo solemne. No entregues tus cartas á nadie, para que las lleve al correo; ni las entregues tú misma al cartero; llévalas á mi hermana menor, para que ella me las remita. Ella enseña en la clase de doctrina. Pide á la señora Manners que te envíe á mi casa con algún pretexto el domingo; habla á Mag-

dalena á solas, y ya verás como ella hace lo que tú le pidas. Dile que no olvide la promesa que me hizo en el invernadero, y que yo no olvidaré la mía.

“Guarda esta carta donde nadie la pueda encontrar; no en tu pupitre; si es que no quieres romperla. Ya tengo vivos deseos de volver á contemplar tu bello rostro. No puedo recordar la impresión de sentir tus manecitas alrededor de mi cuello, sin que las lágrimas se asomen á mis ojos. Creo que me darán tentaciones de arrojarme al mar, si no puedo verte antes del tiempo fijado. Adiós. El Cielo te bendiga. Escríbeme; no lo olvides. Cuídate bien hasta que te halles de nuevo en brazos de tu amantísimo

“LORENZO.”

Me dió nueva vida, me produjo profundo é indecible regocijo el leer esas líneas, el besar la firma, el ocultarlas en mi seno y sentir el orgullo de poseer el tesoro más precioso que el mundo podía ofrecerme: la primera carta verdaderamente extensa del hombre que yo amaba.

Fuí al comedor, saqué la carta otra vez y me puse á besar cada línea. . . ¡Estaba loca de alegría! Había llegado de ese modo á la mitad de la segunda página, cuando de repente la barra que sujetaba las persianas salió de su puesto y osciló de un lado á otro, casi sin producir ruido. Escondí apresuradamente la carta otra vez en mi seno, con la mirada fija en las persianas, pues estaba demasiado asustada para poder comprender la causa de eso, cuando una de aquellas se abrió suavemente, y un hombre penetró en el comedor, antes de que yo pudiese llegar á la puerta. Con una exclamación de alivio, corrí hacia él.

—¡Ay, señor Rayner! ¡qué susto me ha dado usted! Creía que era un ladrón.

—Querida hija mía; yo entro por aquí muy á menudo, para no tener que estar media hora dando porrazos en la puerta. Pero no hubiera entrado, evitándole así este susto, si hubiese sabido que usted estaba aquí. Suponía que todo el mundo estaría ocupado con las dos inválidas. Y usted ¿cómo está, querida?

Estaba tan contenta de verle otra vez y saber que había en la casa alguien en quien confiar y buscar apoyo, que reía y lloraba á

un mismo tiempo, mientras él tomaba mis manos, me daba golpecitos de afecto en la espalda y me decía que no convenía dejarme en los Alisos otra vez durante su ausencia, y que yo iría con él.

Me reí, y le dije:

—¡Oh! hago demasiado falta aquí, para poder marchar. ¿Qué hubieran hecho sin mí, primero con la enfermedad de Haidée y después con la desgracia de Sara? Como la señora Rayner nunca está bastante bien para dar disposiciones, yo tuve que hacerme cargo de la casa en gran parte y espero que usted no se incomodará cuando sepa todo lo que he hecho.

—No, hija mía; estoy muy seguro de que no me incomodaré,—dijo el señor Rayner tomando un pedazo de fiambre del aparador: en los Alisos no se servía una verdadera cena; pero después del té había fiambres y bizcochos en el aparador.—¿Cómo está la señora Rayner?

—No está ni mejor ni peor; hoy se ha trasladado al primer piso.

—¿Hoy?

—Sí, señor; ella sentía tanto dejar su propio cuarto, que me permití la libertad de decir á Sara que yo respondería ante usted por la demora en hacer la traslación. ¿Ha sido demasiado atrevimiento en mí?—pregunté tímidamente.

—No,—dijo él con mucha amabilidad, haciéndome sentar en una silla á su lado, cerca de la mesa.—Le doy amplio poder para hacer uso de mi autoridad siempre que lo juzgue necesario.

—Gracias, señor Rayner. ¡Ah!... ¡me olvidaba!... no sé cómo lo tomará usted.... encargué á Sara que llevara la camita de Haidée á mi cuarto, pues el gabinete del ala izquierda era muy frío para ella, estando enferma. Luego, envié á buscar el doctor Lowe. ¿Hice bien? Había oído decir que él es el mejor médico de Beaconsburgh.

Pregunté esto con algún temor, pues sabía que el señor Rayner no tenía muy buena voluntad al doctor Lowe; pero él estaba de demasiado buen humor para hallar falta en nada.

—Cuanto usted ha hecho, está bien y siempre lo estará para mí; así, pues, no se intranquilece sobre lo que yo pueda decirle, hija mía. ¿No tiene más noticias que darme? Quiero que me dé detalles sobre

el accidente de Sara y que me diga si se alarmó usted mucho cuando supo lo del robo del castillo de Geldham.

—Tengo mucho que contarle,—dije, titubeando;—pero no quiero contárselo esta noche. Son noticias todas ellas malas y desagradables, y no he de destruir la satisfacción de la primera noche de su regreso. Ya es en sí bastante desagradable el volver y hallar su casa llena de inválidos, como un hospital. Pero ahora que usted está aquí, todo volverá á su estado normal.

El señor Rayner se rió y pareció estar muy complacido. Puso su mano sobre la mía, que tenía encima la mesa, y me dirigió una mirada llena de afecto.

—¿Lo cree usted así, hija mía? ¿Está usted tan contenta de volver á verme?

—Sí, señor; mucho. No puede usted imaginarse cuán aburrido es este sitio cuando usted está ausente. No hay nadie con quien hablar ó reír, y uno se desliza por la casa como si fuera en un monasterio de trapenses, sin atreverse á quebrantar el sagrado mutismo.

—Gracias, querida; esa es la bienvenida más expresiva que se me ha dirigido en algunos. . . . años,—dijo él, algo conmovido.

Me retuvo largo rato charlando y haciéndome una relación de lo que él había hecho en Londres, hasta que me entró mucho sueño, y le dije que debía ir á acostarme, á fin de poderme levantar á tiempo para el almuerzo. Aun así, el reloj dió las once antes de subir yo á mi cuarto. Durante el almuerzo, á la mañana siguiente, apenas se habló de otra cosa que del robo del castillo de Geldham. El señor Rayner había leído los detalles en los periódicos, además de la suscinta cuenta que de ello le dí en una carta; pero él quiso saber la versión que había llegado hasta nosotras y si estuvimos muy alarmadas. La señora Rayner, como de costumbre, dijo muy poco; y yo conté todo lo que el señor Carruthers había referido, sin hacer mención de los incidentes sospechosos que yo había observado, hasta tener ocasión de relatárselos á solas. No tardó en presentarse la oportunidad.

Después del almuerzo, entré en el cuarto de estudios con el propósito de aprovechar la hora y media que tenía antes de salir para la iglesia, en dar principio á mi carta para Lorenzo. Pero sólo había escrito estas palabras: “Mi muy querido Lorenzo,” cuando el

señor Rayner entró, sonriendo con tanta malicia que me hizo sonrojar. Escondí mi carta en seguida, así es que no sé como pudo adivinar lo que yo estaba haciendo.

—¿Estorbo?—preguntó.

—¡Oh, no! Sólo escribía una esquela para pasar el tiempo.

—Pues vengan ahora esas “noticias malas y desagradables,” demasiado abrumadoras para que yo pudiera oirlas anoche.

—¡Ay! señor Rayner; no sé cómo empezar y me parece poco leal el contárselo ahora, puesto que la persona á quien principalmente se refiere no está en disposición de defenderse.

—Bien, hija mía, confíe en mi benevolencia,—dijo con gravedad. —Supongo que se refiere usted á Sara. ¿Ha molestado á usted otra vez?

—Sí, señor. Pero no es eso lo peor. Si no fuera más que eso, nada diría á usted hasta que ella estuviese bien y pudiese contestar. No soy tan inhumana que abrigue contra ella sentimientos de venganza cuando su vida está en peligro. Pero he de decirle otra cosa, porque creo debería hacerse algo, y usted sabrá lo que se puede hacer.

—Dígame antes cómo la ha molestado á usted y cómo sucedió el accidente.

—Ella detuvo una carta mía, corriendo tras del cartero y sacándola, con algún pretexto, de la baliija.

—¿Cuándo fué eso?

—El miércoles.

—Ese es el acto más atrevido de que tengo noticia. Sabía que esa mujer le tenía á usted mala voluntad; pero uno tiene que perdonar muchas cosas en antiguos sirvientes, y nunca pude imaginarme que ella se atrevería á tanto.

—¡Oh! señor Rayner; no se enoje usted con ella, ó no tendré valor para contarle lo demás.

Fué preciso que él me hiciera varias preguntas y que adivinara ciertos detalles para que pudiera obtener una relación del accidente ocurrido á Sara y de las consiguientes sospechas sobre las causas que lo produjeron. El señor Rayner palideció cuando le dije que yo había resbalado al bajar la escalera, y que había encontrado una cuerda atada de lado á lado de aquélla. Levantó la vista y miró ha-

cia afuera, por el balcón, con tal ceño y con una expresión de coraje tan terrible y furioso que instintivamente retiré mi silla de su lado. ¡Y aún tenía tanto que decirle! Sólo con la cabeza vuelta á un lado, pude relatar en voz baja las cosas sospechosas que yo había oído y visto, y que relacionaban á Sara y Tomás Parkes con el robo del castillo de Geldham: el haber visto á Tomás Parkes cruzando el prado con un bulto; el haberlo visto salir de la casa en compañía de Sara; el que se hubiese visto á dos hombres en un *dog-cart* junto á la entrada lateral—no dije quién los había visto, pero supongo que el señor Rayner lo adivinó;—el haber visto la vieja maleta detrás de la puerta de servicio; el descubrimiento, por fin, de esa maleta en la cueva y el haberla reconocido, así como la joya que al acaso saqué de ella, como pertenecientes al castillo de Denham.

El señor Rayner escuchó con profundo interés, pero revelando alguna incredulidad.

—¡Querida hija mía, eso es imposible! por lo menos, con toda el alma espero que así resultará. Reconozco que la pobre Sara es la mujer de peor genio y más vengativa que existe. ¡Pero la cómplice de ladrones! . . .—Se levantó; se puso á pasear por el cuarto; me interrogó y quedóse, luego, muy pensativo. Á los pocos momentos, continuó:—¡No se atrevería! Ella me tiene miedo; y el meter efectos robados en mi casa sería una libertad más grande de la que se tomaría ni aun una criada antigua; digo, me parece.

—Pero señor Rayner; usted estaba ausente. Tal vez ella contaba sacar esos efectos de la casa antes de que usted regresara,—insinué.

—Y ese Tomás Parkes, también; un muchacho que aprecio mucho y á quien he fiado mucho dinero algunas veces. . . .—continuó como para sí mismo, sin escuchar apenas lo que le dije.

Me extrañó que el señor Rayner no me pidiera las llaves de la despensa, para ir á cerciorarse por sí mismo de la veracidad por lo menos de una parte de mi relato; pero yo no quise indicárselo, temerosa—¡cobarde de mí!—de que me hiciera bajar con él á aquella terrible cueva.

—No diga usted á nadie ni una palabra de esto, hija,—dijo, por fin.—Quiero esclarecer este asunto por completo. Podrá ser que algún pillo astuto haya logrado engañar á ambos para que inocente-

mente le ayudasen. Pero ¿no ha dicho usted que vió á Tomás Parkes con la maleta el martes por la noche?

—Sí, señor.

—¡Pues si el robo fué el miércoles!... No, no; puede usted estar segura de ello; cuando Sara pueda hablar, nos dará una explicación satisfactoria á todo eso. Entretanto, yo indagaré y tranquilizaré su ánimo, hija mía, en cuanto pueda.—Otra vez quedó un rato callado; luego sacudió la cabeza, como para alejar todo pensamiento desagradable, y en su tono festivo usual, dijo:—Y ahora yo tengo una noticia para usted, que espero no hallará ni mala, ni desagradable. ¿Le gustaría á usted dejar los Alisos por algún tiempo y pasar unas semanas en la costa del Mediterráneo?

Le miré con tal asombro que le hizo reír.

—Me mira usted como si me creyera un mago, capaz de trasladarla, contra su voluntad, á los últimos confines de la tierra por un simple movimiento de la varita mágica. Me explicaré. Tengo que ver sin pérdida de tiempo, á uno de los fideicomisarios de la señora Rayner, sobre un asunto importante. Él reside en Mónaco, que está, como usted sabe, cerca de Niza, donde, según carta que recibí el otro día de la señora Reade, se encuentra ella con su hijo Lorenzo. Pero seguramente ésta es noticia vieja para usted y, de todos modos, no es de importancia.

Dijo eso con tanta malicia que no pude por menos de sonrojarme mucho, y me alegré que él prosiguiera:

—Teniendo que ir personalmente, consideré que el cambio habría de ser favorable para la salud de mi mujer, y esta mañana he empleado todos los recursos para persuadirla á que me acompañe; pero ha sido en vano, como suponía. Mas para Haidée el cambio es absolutamente indispensable, según ha dicho el doctor. Como yo no puedo atender á la niña por completo, estuve pensando quién podría hacerlo y he decidido que sea usted.

—¡Oh! pero...—principié á balbucear, resaltando aparente, aun para mi escaso entendimiento, la imposibilidad de viajar á través de toda la Europa, sola, con el señor Rayner y Haidée.

—Óigame, y ya verá con qué habilidad lo he arreglado todo. Haidée va para cuidar de su papá; la señorita Christie va para cuidar de Haidée, y la *señora* Christie vá para cuidar de la *señorita* Christie.

—¡Mi madre!—exclamé.

—Sí. Fui á verla ayer y le propuse el plan sin olvidar de añadir algunas palabras respecto á nuestros amigos de Niza. Ella tuvo una gran satisfacción, y fué en seguida á consultarlo con su tío de usted. Ya hemos convenido en que la encontraremos en la estación á nuestra llegada en Londres, el viernes próximo.

—¡El viernes próximo!—exclamé muy turbada.—¿Y dejar á la señora Rayner aquí completamente sola?

—Á menos que usted pueda conseguir que nos acompañe. Usted es capaz de engaitar á un pájaro á que abandone su nido, y verdaderamente creo que tiene usted más influencia con ella que yo.

También me lo parecía; pues muchas veces me había extrañado que ella fuese tan obstinada con él, cuando conmigo siempre parecía tan débil como una niña.

—Tome, hija mía;—dijo, sacando una carta de su bolsillo y poniéndola en mis manos.—Parece que no se puede dar cuenta de todo lo que le he dicho. Lea esto.

Era una carta en letra de mi madre. La abrí, sin poder vencer mi asombro. Decía:

“MI QUERIDA VIOLETA: Tu buen amigo, el señor Rayner, está esperando; y no sé cómo expresar mi sentimiento de gratitud por su generosa proposición. Él me encarga que te escriba y procure persuadirte á que vayas; pero no creo que necesites mucha persuasión. También me ha encargado que te compre por su cuenta un surtido completo de trajes y que los lleve á la estación de *Liverpool street*, donde he de esperaros el viernes; aunque, en verdad, no me es agradable emprender un viaje en viernes. ¡Loado sea Dios que nos envía tan buenos amigos! No tengo tiempo para extenderme, pues el señor Rayner espera. Con afectos de tu tío y primos, espera con anhelo verte pronto tu cariñosa madre

“AMY CHRISTIE.”

¡Mi querida madre! Era muy de ella el no ver nada extraordinario en esa proposición; el aceptarla como la cosa más sencilla y el dar gracias á Dios por ello con la mayor naturalidad, cuando á mí aún me tenía intranquila. Leí la carta dos veces y después dí

las gracias al señor Rayner por los trajes que le había encargado para mí.

—¡ Ah ! ¿ hace mención de eso ? Yo le dije que no lo hiciera, — dijo él, riendo.

— Usted no conoce á mi madre. Cuando tiene algo que decir, no puede callárselo. Ella está retratada en esta carta. Aunque ha hecho dos cosas que jamás había hecho: ha puesto fecha en la carta y se ha abstenido de añadirle una postdata.

CAPÍTULO XXV

Al salir de la iglesia aquella mañana, tuve ocasión de hablar á la señora Manners, y le pregunté con timidez si podía darme algún recado para llevar por la tarde, á la señorita Magdalena Reade.

— Lorenzo me ha dicho que se lo suplique á usted, — dije en voz baja. — Él quiere que mi próxima carta vaya en una de su hermana. No dice por qué lo quiere así; pero me lo encarga con mucho encarecimiento.

— ¡ Dios mío ! — exclamó la buena señora, con ansiedad. — Es sensible que los jóvenes no puedan comunicarse sin estas estratagemas. No sé si el señor Manners lo aprobaría . . . pero, en fin, prometí á Lorenzo ayudarles . . . y como no hay maldad en ello . . . vamos, lo haré. Venga esta tarde, después de vísperas, á la rectoría y le daré un paquete de impresos para que los entregue usted á esa señorita.

Le dí las gracias; pero ella ya se había vuelto para reconvenir á una anciana sorda y baldada, por no asistir con más frecuencia á la iglesia, y prometerle que al día siguiente le enviaría un tarro de gelatina. Me encaminé hacia donde se hallaban el señor Rayner y su señora. Aquél aconsejaba al anciano señor Reade que enviara su vajilla de plata, que era considerada de mucho valor, al banco de Beaconsburgh para mayor seguridad.

— Los robos de joyas parecen ser epidémicos; y apostaría á que no hemos llegado aún al último de esta serie, — dijo él. — Primero tuvimos el de la finca de Lord Dalston; ahora el de la de Sir Jonas. Pero nunca se detienen después del segundo. ¿ Recuerda usted cuando, hace algunos años, se verificaron cinco grandes robos en el

término de seis semanas? No me extrañaría que ahora sucediera lo mismo.

—No creo que intenten nada contra mi pequeño tesoro; no les valdría la pena,—dijo el señor Reade, con imperturbable buen humor.—Si Lorenzo estuviese aquí, tal vez le encargaría que lo llevara á Beaconsburgh; pero yo no puedo cuidarme de eso personalmente, y si lo hiciera cargar en un carro para enviarlo, lo más probable es que volcara en una zanja. Así, pues, tendré que correr el riesgo de dejar la plata en el viejo cofre en casa. He entregado un trabuco á Williamson; aunque creo que esa arma le causa más pavor á él que á un ladrón, y yo duermo con un revólver á la cabecera de mi cama. Es cuanto puede hacer un hombre precavido.

—¿Cree usted que cogerán á los ladrones, señor Rayner?—preguntó Gregson, el carpintero del pueblo, de quien se decía que tenía escondido en alguna parte quince libras esterlinas y unas dulceras de plata. Él se volvió con ansiedad al señor Rayner, el cual naturalmente siempre tomaba la principal parte en toda discusión.

—No hay ninguna probabilidad,—contestó el señor Rayner con decisión.—¿Cómo han de cogerlos? Podrían ser habidos si los que los persiguen fuesen sus iguales en perspicacia; pero no es así. El *detective* tiene el defecto común á todas las inteligencias vulgares: la falta de ingenio. El ladrón, si es lo bastante hábil para realizar con éxito grandes robos de joyas, tiene las aptitudes de un general. Cuanto más atrevido, más seguro es su triunfo. El *detective*, ó agente de policía secreta, á pesar de constantes fiascos, se cree infalible. Si yo fuese ladrón, realizaría los robos bajo las mismas narices del *detective*. Este ser astuto nunca abrigaría sospechas de quien osara subírsele á las barbas.

—Es muy fácil hablar,—dijo un lugareño espabilado, que sin duda creyó que el señor Rayner iba demasiado lejos;—pero si tuviera el *detective* delante, creo que sería usted tan valiente como cualquiera de nosotros.

El señor Rayner rió con bastante buen humor y le dijo que tal vez tenía razón. Luego oí al lugareño jactarse de haber acorralado al señor Rayner, el cual, dijo aquél, era muy presumido y no creía que fuese más listo que cualquiera de ellos, con toda su charla.

Durante la comida, el señor Rayner hizo nuevos esfuerzos para

persuadir á su mujer á que nos acompañara á Mónaco, y me suplicó que uniera mis instancias á las suyas, lo que hice de todo corazón. Pero á cuánto le decíamos, ella contestaba con firmeza y frialdad que no le gustaba viajar, que no se sentía con fuerzas para ponerse en camino y que prefería quedarse en los Alisos. Luego añadió, en el mismo tono de cotorra, que creía que el cambio nos haría mucho bien á Haidée y á mí, y que era mucha amabilidad en mi madre el avenirse á acompañarnos.

Después de comer, subí á mi cuarto y abrí con cautela la puerta. Haidée dormía junto á la lumbre. Me senté, pues, á continuar la carta para Lorenzo, que apenas había empezado.

Le dije, primero, cuán feliz su carta me había hecho; luego, cumpliendo su encargo de contarle cuanto pasara en los Alisos, le dí cuenta detallada de cómo Sara había impedido nuestra entrevista el miércoles por la tarde; de cómo ella sustrajo mi carta el jueves; de la visita del señor Carruthers para referirme el robo verificado en el castillo de Denham; del accidente que Sara sufrió el viernes, á media noche; de sus desvaríos sobre un malvado que ella llamaba Jaime Woodfall; del regreso del señor Rayner y de su intención de llevar á Haidée, á mi madre y á mí á Mónaco, dentro pocos días.

La esperanza de ver á Lorenzo había ya acallado todo otro pensamiento respecto al viaje, y anhelaba que llegase el viernes para ponernos en camino.

Le dije, además, que tenía graves sospechas acerca del robo; que se las había confiado al señor Rayner; que éste, aun cuando no les daba la importancia que para mí tenían, me había encargado que no las repitiera á nadie, hasta que él hubiese depurado el asunto, y que yo así se lo había prometido.

Mi carta terminaba así:

“Desecha, pues, mi querido Lorenzo, toda inquietud sobre mi seguridad, puesto que Sara, la única persona que me quería mal, está demasiado enferma para moverse y en peligro, pobre mujer, de perder, si no la vida, por lo menos su razón, según dice el doctor. Además, el señor Rayner ha prometido no ausentarse por más de un día, ni para divertirse, ni para atender á negocios. Parece haber una extraña fatalidad en relación con sus ausencias, pues los dos

grandes robos que tanto han alarmado á todo el mundo últimamente, el de la casa de Lord Dalston y el del castillo de Denham, se han realizado estando el señor Rayner fuera de aquí y hallándonos, por tanto, sin un hombre en casa que nos defendiera de los ladrones ó ahuyentara nuestros temores. Creo que tu prevención contra el señor Rayner debería desaparecer, ahora que, gracias á él, nos veremos pronto; pues cuando nos hallemos en Mónaco, tú vendrás á verme ¿no es verdad? Mi madre tiene vivos deseos de conocerte, aunque ella nada sabe respecto á nuestras relaciones, pues no me atrevo á confiarle ningún secreto. Pero creo que el señor Rayner debe haberlo adivinado, porque continuamente me dice cosas para mortificarme y hacerme sonrojar. Y ya ves como él no trata de influir en mi ánimo contra tí, como tú suponías. Pero aunque él lo intentara y aunque lo intentara todo el mundo, año tras año, jamás lograrían que variara el corazón de tu siempre amantísima.

“VIOLETA.”

En contestación á las preguntas del señor Rayner, yo había dicho durante la comida que no iría á las vísperas; pero no indiqué que iba á la vicaría. Estaba segura de que me sonrojaba si lo decía. El señor Rayner adivinaría que esa visita tenía algo que ver con Lorenzo, y yo no quería que me atormentara más sobre eso. Así, pues, cuando dieron los cinco, y supuse que habían terminado las vísperas, me puse el sombrero y abrigo; besé á Haidée, que ya estaba despierta; bajé la escalera con sigilo y salí por el balcón del cuarto de estudios, que ya no temía dejar abierto desde que el señor Rayner había regresado.

La señora Manners salió á mi encuentro en el recibimiento de la vicaría; me condujo á la sala y me entregó un paquete de opúsculos. En varios de éstos había ella escrito con lápiz los nombres de los miembros de la parroquia para los que creía más adecuado cada tema; como, por ejemplo: “La advertencia del borracho—Señora Nabbitts” y “El coste de una cinta—Elisa Mojer.” Yo debía entregar esos impresos á la señorita Magdalena Reade, para su distribución en la parroquia durante la semana.

—Dígale que se fije en que he marcado algunos para determinadas personas,—dijo la señora Manners al entregármelos, y yo me pregunté cómo tomarían esas personas semejante atención.

Me pareció que, á pesar de su repugnancia por las estratagemas, la señora Manners se regocijaba con el pequeño misterio de que estaban rodeadas nuestras relaciones. Me besó con mucho afecto al despedirme, y me encargó que le avisara cuando Sara estuviese en estado de podersele leer algo que ella le enviaría, y cuya lectura le haría mucho bien. Ofrecí avisarle, pero espero que no fué impiedad en mí el creer, como no pude por menos, que Sara era demasiado malvada para que los buenos libros de la señora Manners pudiesen producir mucho efecto en su espíritu.

Salí por la entrada lateral del jardín de la vicaría, donde me había encontrado con Lorenzo aquella noche feliz que tan remota me parecía, aunque, en realidad, solo habían trascurrido ocho días. Mi corazón palpité más de prisa y contuve el paso; pues me parecía que Lorenzo iba á aparecer. Pero, por supuesto que no apareció, y yo me apresuré á cruzar el parque de la Mansión.

La niebla se hacía muy densa, aunque sólo eran las cinco y media, y yo sabía que debía darme prisa, pues me exponía á perder el camino, con todo y ser corto el trayecto de la Mansión á los Alisos.

Llamé á la puerta y pregunté por la señorita Magdalena Reade. El criado que abrió y que yo estaba segura debía ser Williamson, el que tenía miedo del trabuco, me hizo pasar á la sala. No había nadie en ella, pues todos estaban al té.

Ésa era la primera vez que entraba en casa de Lorenzo; y estaba tan agitada entre la satisfacción de hallarme en la casa en que él vivía, y la mortificación de pensar que algunos, por lo menos, de sus moradores, si lo supiesen todo, me considerarían una intrusa importuna, que me dejé caer en una butaca y me oculté la cara con las manos. Me consolaba, sin embargo, la idea de que estaba sentada en una butaca que él, sin duda, había ocupado. Luego me puse á calcular cuál sería su butaca favorita, y fuí á sentarme en otra que me lo parecía, para ver si algún instinto me daba á comprender que había acertado. No estaba bien convencida de eso, cuando se abrió la puerta y entró la señorita Reade.

Era una joven de unos diez y seis años con cara poco expresiva, pero no desagradable. Me tendió la mano con timidez, pero no con frialdad.

—La señora Manners me ha suplicado que entregue á usted

estos impresos. Ella ha marcado algunos con los nombres de determinadas personas, para las cuales los cree especialmente adecuados.

—Muchas gracias; es usted muy amable en tomarse tanta molestia,—dijo ella.

—Oh, no es ninguna molestia,—contesté.

Hubo unos momentos de torpe embarazo; luego añadí en voz muy baja:

—Lorenzo, su hermano, me ha encargado que viniera á ver á usted y suplicarle . . . que incluya una carta . . . mía para él . . . en otra de usted. Me encarga que le diga que no olvide usted su promesa y que él no olvidará la suya. Esto lo ha subrayado.

Al instante desapareció toda reserva de su parte y se puso tan agitada como yo.

—¿De veras? ¿Luego no lo ha olvidado?—dijo ella en voz muy baja.—Supongo que ya sabe usted á qué se refiere. Se trata de procurar que el señor Reynolds venga á pasar el invierno con nosotros. ¡Oh! procure usted que mi hermano cumpla su promesa. Si usted lo hace, yo haré por usted cualquier cosa . . . que no me ponga en conflicto con Alicia y mamá.

—Lo haré. Se lo recordaré en mi próxima carta ó cuando lo vea. Le diré: “No olvides de invitar al señor Reynolds para el invierno.” ¿Bastará eso?

—¡Oh, sí! Así estará muy bien. ¡Pero falta tanto tiempo aún! . . .—dijo la joven, suspirando.

Me pareció que era muy niña para estar enamorada, cuando aún vestía de corto y llevaba el cabello en trenza; pero yo tenía que ayudarle, en cambio del servicio que deseaba me prestase.

—He traído la carta,—dije con misterio.—¿Usted le escribirá pronto?

—Tengo una carta terminada ya para él. Incluiré la de usted, y la entregaré á un caballero que está aquí y que sale para Londres en seguida después del té. Le suplicaré que la lleve al correo en cuanto llegue.

—¡Muchísimas gracias!—dije; y, temblando por el temor de que la antipática Alicia se apoderara de ella, entregué mi carta á Magdalena, despidiéndome de ella al poco rato.

La niebla era tan densa que pensé si el aludido caballero, porta-

dor de nuestra carta, podría encontrar su camino á Londres aquella noche, y aun si yo encontraría el mío á los Alisos. Sabía que me era preciso seguir el paseo de carruajes al cruzar el parque. Pero antes de llegar á él, me extravié por los caminitos del jardín y me metí en un cuadro de flores. Estaba reflexionando que me sería preciso volver á la casa y pedir vergonzosamente que me acompañaran á la entrada del parque, cuando oí voces á mi izquierda, y me precipité hacia aquel lado, á través del césped y de los cuadros de flores. No podía ver á las personas que hablaban, porque me separaba de ellos un seto ó algo; pero conocía que eran las voces de un hombre y de una joven de la clase baja. En la creencia de que por lo menos uno de los dos sería criado de la Mansión y, por tanto, que podría indicarme el camino, iba á hablarles á través del seto, cuando unas palabras del hombre me contuvieron.

—Ya estoy aburrido de vosotras, las muchachas de Norfolk; sois demasiado despegadas.

Era la voz de Tomás Parkes.

—Sí; para semejantes veletas como vosotros,—contestó la muchacha con grosera coquetería.—Estabas haciendo el amor á esa horrible Sara, de los Alisos, y ahora que ella está enferma, pretendes hacérmelo á mí. ¡Buen novio harías tu! . . .

Mas ella no fué tan esquiva como esas palabras prometían. Me pareció, por las sospechas que ya tenía de Tomás Parkes, que en la conversaci6n que entablaron, él lograba con poca dificultad adquirir noticias respecto á las costumbres de los moradores de la Mansión, y se me figuró que hablaba como si ya hubiese obtenido de ella muchos datos. Al poco rato oí que se besaron, y él se marchó, prometiendo volver á verla el miércoles. Inspirada por súbita idea, me dirigí no á la entrada del parque, sino á la Mansión, lo que era más fácil.

Pedí de nuevo por la señorita Magdalena Reade, y esta vez ella salió de la sala en cuanto me anunciaron, y me encontró en el recibimiento.

—Todos están ahí dentro. Vamos al salón de lectura,—dijo ella en voz baja.

—¿Puede usted dejarme escribir en mi carta una cosa que había olvidado?

—¡ Oh, sí! Aquí está,—dijó y la sacó de su bolsillo.—Escriba aquí; le daré una pluma . . . Pero . . . ¡ qué pálida está usted! . . . ¿ Le ha sucedido algo?

—No, señorita, no; gracias.

En media hoja de papel que metí cuidadosamente entre los pliegos de mi carta, escribí estas palabras:

“ Un sujeto que estaba en el castillo de Denham y sobre el cual abrigo fundadas sospechas, está ahora rondando la Mansión y ha de volver aquí el miércoles por la noche.”

Puse un nuevo sobre á mi carta y me metí en el bolsillo el que había roto, para que no fuera visto por ahí. Luego supliqué á la señorita Reade con encarecimiento que la enviara sin pérdida de tiempo, puesto que había en ella algo de suma importancia, y ella me dijo al oído:

—No olvide . . . que venga el señor Reynolds á pasar el invierno.

Esta vez hice que Williamson me acompañara hasta encontrar el paseo de carruajes, y con lentitud y mucha dificultad regresé á los Alisos.

Entré con sigilo por el balcón del cuarto de estudios, y no bien estaba dentro cuando oí que se abría la puerta del despacho del señor Rayner, y después las voces de éste y de Tomás Parkes por el corredor que conducía al recibimiento. El señor Rayner hablaba á aquél en su tono amable y amistoso de costumbre, y dije para mí, por tanto, que sería inútil referirle lo que acababa de oír, puesto que, después de todo, nada de particular tenía en sí, y sólo adquiriría importancia al relacionarlo con las sospechas que yo tenía de ese hombre; sospechas que el señor Rayner consideraba infundadas. Así, pues, cuando Tomás Parkes se hubo despedido y marchado, y el señor Rayner vuelto á su despacho, me fuí corriendo á arreglarme para el té, durante el cual me sentí turbada como si hubiese cometido una falta; pero nada dije sobre mi visita, ni de sus resultados.

El señor Rayner me retuvo aquella noche en la sala, para acompañarle en el piano, hasta después que su mujer se había retirado á la habitación que ocupaba entonces en el primer piso. Me describió las bellezas de la costa mediterránea, y dijo que yo sería allí más

feliz de lo que había sido en mi vida; lo que me fué fácil creer, al recordar cuán cerca estaría de Lorenzo. Preguntóme si no anhelaba ver los lindos vestidos que él había encargado á mi madre me procurara, y dijo que yo estaría como una princesita, si me portaba bien y hacía lo que me mandaban.

—No tema usted que deje de hacer eso, señor Rayner,—dije, sonriendo.—Pero no debe usted darme vestidos demasiado elegantes, pues no me hallaría en ellos.

—Pronto se acostumbrará usted á ellos,—dijo, con una extraña sonrisa.—No hay nada á que las mujeres se acostumbren más fácilmente que á los vestidos bonitos, y á las buenas joyas, y á la dulce holganza, y á los . . . besos.

Ciertamente que me gustaban los besos de Lorenzo; pero el tono en que el señor Rayner había dicho eso, me lastimó é hizo subir la sangre á mis mejillas con sensación desagradable. Él vió el efecto que sus palabras me habían producido y se levantó aceleradamente para acercarse á donde me hallaba, á punto de encender mi bujía.

—Parece que está usted mortificada, hija mía, y no tiene usted motivo para estarlo. ¿No sabe usted que todas esas cosas son prerrogativas de toda mujer hermosa?

—Pues son prerrogativas de las que muchas de ellas no disfrutan nunca, señor Rayner,—repliqué, sonriendo.

—Esas son únicamente las tontas,—repuso él en un tono que no pude comprender.—En fin, ya le explicaré todo eso durante nuestro viaje á Mónaco.

Él parecía estar muy agitado, como solía después de toda velada dedicada á su violín; y sus ojos azules, en los que uno creía ver el alma de la música, relucían y chispeaban mientras tenía mi mano en la suya.

—No le sorprenda lo que le he dicho esta noche. Usted me ha traído buena suerte y ha de disfrutar también de ella. Este viaje la llevará á los brazos de un amante que le dará todo cuanto le citado y mucho más . . . ¡mil veces más!

Esto era muy cierto, pensé al separarme de él precipitadamente, sonriente y abochornada, para subir á mi cuarto. Pero ¿se refería él á lo que yo creía? Yo hallaba más dicha en el hecho de que Lo-

renzo me prefería á toda otra mujer, que en la posesión de los vestidos más hermosos y las más ricas joyas que jamás haya usado la más encopetada princesa. Y aquella noche me dormí con las manos debajo de la almohada, y en ellas la última carta de mi amado.

Haidée salió de mi habitación al día siguiente, por primera vez desde su enfermedad, y pasó la tarde junto á la lumbre del comedor. Poco después de comer, el señor Rayner entró, con botas de montar puestas, y me preguntó, sonriendo, si tenía alguna carta para el correo. Dijo que él iba á Beaconsburgh y que si se la entregaba, llegaría á su destino un día antes que si la ponía en la balija para que se la llevara el cartero.

—No, gracias, señor Rayner; no tengo ninguna carta,—dije sonrojándome.

—¿Ni una línea.... á Niza.... para avisar que usted va á Mónaco?...—preguntó él con malicia.

—No, señor,—contesté, meneando la cabeza.

—¿Usted misma llevó al correo aquella de ayer, señorita Christie?—me preguntó Haidée en voz baja, al abrazarme.

El señor Rayner oyó sus palabras.

—¿Ayer?—preguntó con viveza.

—Yo... entregué ayer... una esquila á la señorita Reade para que la incluyera en la suya,—contesté, muy turbada.

Un cambio muy extraño se verificó en el señor Rayner. La sonrisa no desapareció de su semblante, pero éste se puso lívido en un instante.

—Está bien, querida,—dijo en su tono de costumbre, sólo que me pareció notar en éste un zumbido áspero, y sin decir más, salió del comedor.

—¿He hecho mal en decirlo?—preguntó Haidée, adivinando que pasaba algo anormal.

—¡Oh, no, hija mía!—contesté.

Temía haber molestado al señor Rayner por haber ido á la Mansión, sin decir palabra á nadie, de un modo que debía parecer furtivo y astuto, y sentía que Lorenzo me hubiese obligado á enviar mi carta por ese conducto.

Por la noche, durante el té, el señor Rayner nos participó que en el correo de Beaconsburgh había hallado una carta que le obli-

gaba á emprender el viaje á Mónaco un día antes del que había fijado.

Así, Haidée y yo debíamos estar listas para marchar el jueves por la mañana.

CAPÍTULO XXVI

EL martes por la tarde me hallaba en el comedor, ayudando á Haidée á vestir su muñeca, cuando sonó la campana de la entrada principal y á los pocos instantes entró Juanita con expresión de espanto en su semblante, y dijo que un caballero quería ver á Sara.

—Le he dicho, señorita, que Sara está enferma; pero él no lo cree y no quiere marcharse. El señor Rayner no está en casa, y si quisiera usted hacer el favor de salir á hablarle. . . .

Me levanté y le seguí al recibimiento, dondó hallé no un caballero, sino un hombre decentemente vestido, que me ofreció sus excusas por haberme molestado.

—Usted perdone. . . . ¿ es usted la señorita Rayner ?

—¡ Oh, no !

—¿ La señora Rayner ?

—No, señor. La señora Rayner está delicada de salud, y temo que no podrá recibir á usted. Yo soy la institutriz. Si quiere usted dejar algún recado para el señor Rayner, yo se lo daré, ó si prefiere usted escribirle una esquela, le será entregada en cuanto regrese.

—Gracias, señorita,—dijo.

Pareció, no obstante, titubear.

—¿ Quiere usted esperar al señor Rayner ? Él volverá dentro de una hora.

—Gracias. ¿ Puedo hablar con usted á solas un momento, señorita ?

—Sí, señor; pase usted por aquí—dije, y abrí la puerta del cuarto de estudios.

Él me siguió y cerró la puerta.

—Soy hermano de Sara Gooch, que sirve en esta casa. . . .

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza.

—He estado en el extranjero, donde con mi trabajo me he gana-

do una buena posición, y ahora quiero que mi hermana deje de servir; pero no quiero que las demás criadas sepan que yo soy hermano de Sara. Tal vez sea orgullo; mas no dudo que usted me lo dispensará, señorita. ¿Tendría usted inconveniente en hacerla venir, sin decir que es su hermano que quiere verla?

¿Cómo podía darle la noticia de su enfermedad?

—¡Ay! prepárese usted á recibir malas noticias. Lo siento vivamente....—dije titubeando.—Ella está enferma....muy enferma.

Con sorpresa ví que su semblante adquirió expresión más de incredulidad que de pena.

—Ella estaba perfectamente el viernes por la tarde.

—Sí; fué víctima de un accidente el viernes por la noche. Se cayó por la escalera y se lastimó gravemente. Si espera á que llegue el señor Rayner, puede usted hablar con él. Sara es una sirvienta muy antigua en la familia; se la considera mucho y se la trata muy bien; puedo asegurárselo.

Sin embargo, me pareció que él demostraba más curiosidad que ansiedad por su hermana.

—Luego ¿hace mucho tiempo que ella está con la familia? Perdone usted, señorita; pero he estado ausente tantos años que ella es para mí como una desconocida, y me ha costado trabajo el dar con ella. Me alegro mucho que se la tenga en tan buena opinión.

—Oh sí; el señor Rayner tiene puesta toda su confianza en ella.

No quería decir nada desagradable respecto á Sara, hallándose ella enferma, especialmente á su propio hermano, por más que su afecto hacia ella no parecía muy vivo.

—¡Ah! ¡eso es una gran cosa! Todos los de nuestra familia hemos procurado siempre llevar alta la cabeza, y, por tanto, esas noticias no podían ser para mí más agradables. Pero supongo que he de pretender en vano que ella vaya á vivir conmigo. Ella era una joven bonita, y no dudo que tendrá intención de casarse y vivir con sus ahorros, en cuyo caso nuestra separación continuaría como hasta aquí. ¿Puede usted decirme, señorita,—si no es molestar á usted demasiado y no lo considera una libertad de mi parte el preguntarlo,—si ella tiene un novio?

Titubeé. La fría curiosidad de ese hombre me parecía tan dis-

tinto del afectuoso interés natural en un hermano, que principié á dudar si hacía bien en darle los informes que él pedía. Mis dudas, no obstante, eran tan vagas y sus preguntas tan sencillas, que al decirme él :

—Perdone usted ; es muy natural que una señorita como usted no se ocupe de gente de nuestra clase....

Yo exclamé, en seguida :

—¡ Oh, no crea usted eso, le suplico ! Sé que Sara tiene un admirador....

Me contuve, pues nada favorable podía decir respecto á Tomás Parkes.

—¡ Ah ! Espero que sea un hombre honrado y laborioso, y que será un buen marido.

Él demostraba ya más interés y tenía fija en mí su mirada escrutadora.

—No me está bien el hablar contra un hombre en su ausencia,—dije pausadamente ;—pero....

Por fin, su interés creció de punto, y esperaba con visible impaciencia mis siguientes palabras, cuando en esto el señor Rayner entró quedamente en la estancia, sin que la campana de la entrada principal hubiese anunciado su llegada. Dirigió una mirada interrogadora al hombre á quien me disponía á presentar como el hermano de Sara ; mas éste, anticipándoseme, dijo tranquilamente :

—De *Scotland Yard*, caballero.

—¿ De *Scotland Yard* ?—preguntó el señor Rayner ; pero el nombre no parecía serle tan nuevo como lo era para mí.

—Sí, señor ; vengo en busca de una mujer llamada Sara Gooch, que, según informes recibidos, está sirviendo en esta casa. ¿ Tengo el honor de hablar con el señor Gervás Rayner ?

¿ Por qué no confesará que es su hermano ?—pensé.

—Sí, señor ; así me llamo. Pero ¿ qué quiere usted con mi criada Sara Gooch ?

El hombre me miró y el señor Rayner le dijo.

—Siga usted. No importa que esta señorita esté presente ; á ella le interesa tanto como á mí cuanto se refiere á esa mujer. ¿ Qué quiere usted con mi antigua sirvienta Sara ?

—Hay sospechas de su complicidad en el robo del castillo de

Denham. Tenemos noticias de que algunos de los efectos robados han pasado por sus manos.

Me sobresalté. Ese hombre no era, pues, hermano de Sara; sino un individuo de la policía secreta, que, por medio de un engaño, trataba de obtener de mí algunos datos. El señor Rayner lo miró de hito en hito por algunos momentos, como si no hallara qué decir; luego, en voz baja exclamó:

—¡Imposible!

—Siento hacerle perder la confianza en una antigua criada; pero hay pruebas.

—¿Y qué pruebas tiene usted?—preguntó el señor Rayner con empeño.

—El viernes por la tarde, entre las cuatro y media y las cinco menos veinte, su criada Sara Gooch fué vista en el acto de entregar el contenido de una maleta negra á un hombre en Beaconsburgh. Esto no infundió sospecha alguna. Dicho sujeto tomó el siguiente tren para Londres, en coche de segunda. Pasado Colchester le acometió un accidente; fué sacado del tren en la siguiente parada; se registró su maleta, para averiguar su dirección, y se halló en ella una gran cantidad de joyas, de lo cual se dió cuenta á la policía de *Scotland Yard*. El hombre se escapó; mas al hacer pesquisas, se hallaron testigos que aseguran positivamente que la caja de hoja de lata que contenía las joyas, le fué entregada en una de las calles de Beaconsburgh por una mujer que ha sido reconocida como Sara Gooch.

Recordaba haber visto á Sara atravesar el sembrado con la maleta negra, al dirigirse á Beaconsburgh el viernes por la tardé. Pero yo me hallaba demasiado sobrecogida de terror para poder hablar, aun cuando no hubiese deseado escudarla, una vez caído el golpe, tanto como el mismo señor Rayner deseaba probar su inocencia.

—¡Pero no puedo creerlo!—exclamó el señor Rayner.—Ella es una mujer ruda; pero siempre la he hallado muy honrada.

—Tal vez se le ha inducido á ello,—insinuó el *detective*.—Es sorprendente lo que una mujer es capaz de hacer por su amante, y Sara Gooch tenía uno de no muy buenos antecedentes.

El señor Rayner me dirigió una mirada rápida, y me sentí culpable, pues realmente fuí yo quien dió al *detective* ese dato.

—¿Sabe usted cómo se llama?—preguntó el señor Rayner.

—No estoy preparado para decirlo en este momento; pero tenemos sospechas,—dijo prudentemente el hombre.

El señor Rayner no demostró incredulidad; pero ya conocía su semblante lo suficiente para adivinar que no creía lo que aquél le había dicho.

—Sabiendo que las joyas pasaron por manos de Sara Gooch, lo principal ahora es averiguar cómo las obtuvo ella. He de suplicar á usted que me permita ver á esa mujer é interrogarla. Cogida de sorpresa, tal vez lo confiese todo.

—Usted la verá,—dijo el señor Rayner con gravedad,—y podrá juzgar si está ella en disposición de contestar á pregunta alguna. Voy á preguntar á la enfermera si puede usted verla ahora mismo. Señorita Christie, ¿quiere usted tener la bondad de subir y ocupar el puesto de la señora Saunders, mientras ella sale á hablar conmigo?

Subimos los tres juntos, sin hablar apenas; dije á la enfermera que saliera á ver al señor Rayner, y me quedé en su lugar. Sara, cuyo aspecto era más repugnante que nunca, con el contraste del vendaje blanco sobre su cara amarillenta y su negra cabellera, volvía la cabeza de un lado á otro, y débilmente se quejaba y murmuraba. Las únicas palabras que se podían distinguir, parecían referirse al dolor que sufría. Se abrió la puerta; volvió á entrar la enfermera, y el *detective* se asomó para ver á la enferma. Una sola mirada al demacrado rostro y labios secos de ésta, hubiera podido convencerle de que su enfermedad no era una farsa; pero antes de retirarse, estuvo contemplándola y escuchando sus incoherentes palabras durante algunos minutos. Salí del cuarto en cuanto pude, pues el cadavérico semblante de esa mujer culpable, me causaba muy desagradable impresión.

—Ya usted ve,—decía el señor Rayner al llegar yo al corredor,—que por hoy ella no puede dar cuenta de nada. Espero, y realmente lo creo, que en cuanto esté en disposición de hacerlo, podrá justificarse de toda culpa, excepto tal vez de la de haber pasado inoportunamente los efectos robados de manos de un pillo á las de otro, sin tener ella ni la más remota idea del crimen en el que se le hacía tomar parte. Yo haré cuanto me sea posible para ayudar la acción

de la justicia. El médico vendrá temprano mañana y él podrá decir á usted cuándo es probable que la infeliz mujer recobre el conocimiento. Entretanto, puede usted pasar aquí la noche. Señorita Christie, ¿quiere usted hacer el favor de decir á la señora Jennings que prepare la habitación contigua á las que ocupamos mi mujer y yo?

El nombre de "señora Jennings" me dejó perpleja por un momento; pero luego recordé que era el de la cocinera, y extrañé que no me hubiese dado ese encargo para Juanita. ¡Las habitaciones que ocupaban él y su mujer!... ¿Dormía, pues, el señor Rayner en la casa desde el traslado de su mujer al primer piso?

La cocinera refunfuñó mucho cuando le dí la orden. Quiso saber por qué se revolvía la casa de arriba abajo y por qué el señor Rayner había enviado á Juanita á la hacienda de Wright, para pagar la cuenta del maíz, precisamente el día en que había un huésped y, por tanto, más que hacer, dándole permiso, además, para quedarse hasta el día siguiente, si se espesaba la niebla, lo que era evidente que había de suceder. Añadió, luego, que el señor Rayner sabía perfectamente que no era necesario decir dos veces á Juanita que se quedara, hallándose allí ese joven meloso, Pedro Wright, y que, por tanto, la doncella no volvería hasta el día siguiente después del mediodía, si no más tarde.

Así continuó la cocinera, hasta que el señor Rayner apareció inopinadamente, y aquélla, espantada, cesó en sus murmuraciones.

—Temo, señora Jennings, que al dar permiso á Juanita, sin reflexionar, para que pase la noche en la hacienda, si la niebla se espesa, he proporcionado á usted mucho trabajo. He pedido, por tanto, á la señora Saunders que se encargue de los quehaceres de arriba, hasta que Juanita regrese, y en cambio espero tendrá usted la bondad de velar á Sara durante los ratos en que la enfermera esté ocupada.

Esto hizo callar á la cocinera en seguida. Fué un castigo justo por refunfuñar, pues ella hubiera hecho cualquier cosa antes que velar á Sara, aun durante sus momentos de sosiego. Después me dijo que la enfermera era muy buena; que en cuanto Sara se ponía un poco excitada, la señora Saunders se apercebía de ello é iba á relevarla de la desagradable obligación de escuchar los desvaríos de la inválida.

Dejé al señor Rayner hablando con la cocinera y volví al lado de Haidée, en el comedor. Á la hora del té, el señor Rayner entró con el *detective*, á quien ya llamaba “señor Maynard” y trataba como á un huésped distinguido. El señor Maynard hablaba con bastante animación cuando el señor Rayner le incitaba, y estaba extremadamente atento, tanto conmigo como con la señora Rayner, cuya frialdad parecía imponerle. Él se retiró temprano á su habitación, y cuando la señora Rayner subió á la suya, me quedé en la sala á poner en orden los papeles de música, según me había encargado el señor Rayner.

—Los sucesos de hoy me han trastornado más de lo que usted puede imaginarse, querida;—dijo él, pasando una mano nerviosamente por sus cabellos.—Esa Sara me ha parecido siempre honrada. . . . y, sin embargo, no sé qué creer.

—Acuérdese usted de la maleta que encontré en la bodega,—insiné con timidez.

El señor Rayner se sobresaltó.

—¡Dios mío, me había olvidado de eso! Mejor dicho, lo había alejado de mi mente como una alucinación producida en la de usted por el estado de su ánimo después de la desgracia de Sara y de haber visto al pobre Tomás Parkes atravesar el prado cargado con un bulto. ¿Dónde están las llaves de la despensa?—preguntó él muy agitado.—Hemos de bajar á la bodega ahora mismo y. . . . ¡Dios nos ampare si lo que yo creí una alucinación de usted resulta ser verdad!

Con mano temblorosa saqué las llaves, que llevaba conmigo, y muy á mi pesar, lo acompañé al ala izquierda. Él tomó las llaves; pero estaba tan nervioso que no acertaba con la que correspondía á la puerta de la despensa, y yo tuve que abrirla. Allí estaba la maleta negra á un lado de la trampa, donde yo la había dejado cuando descubrí la pequeña argolla en el suelo. Pasé el dedo por ésta y levanté de nuevo la trampa, no sin un estremecimiento de horror, al recordar mi última visita á ese sitio. El señor Rayner bajó apresuradamente mientras yo sujetaba la bujía para hacerle luz.

—No, hija mía; no veo nada,—dijo, después de mirar en todas direcciones.

—Mire por entre los escalones; está ahí detrás,—dije.

El señor Rayner miró por entre los escalones; luego por ambos

lados de la escalera; extendió el brazo y, por fin, levantó la cabeza para hablarme, esta vez con expresión de gran alivio.

—¡Gracias á Dios; usted se había engañado!—exclamó.—No hay nada.

—¿No hay una mesa?—pregunté sorprendida,

—No; no hay más que agua.

—Tal vez el nivel del agua ha subido y la ha cubierto.

—Baje y vea usted misma. ¿Tiene usted miedo de bajar?

—No; no tengo miedo,—contesté, algo desconfiada.

Él subió y tomó la palmatoria para que yo bajara. Por el número de escalones que quedaban fuera del agua, conocí que el nivel de ésta no había subido. Miré por entre aquéllos, y por uno y otro lado de la escalera. ¡La mesa y la maleta habían desaparecido! Al levantar súbitamente la cabeza, me pareció ver en la cara del señor Rayner, descompuesta por la fantástica y trémula luz de la bujía, una sonrisa burlona que afeaba horriblemente sus hermosas facciones.

—Déjeme subir,—dije secamente.

Me alargó la mano y cuando llegué, temblorosa y vacilante al último escalón, él me cogió en sus brazos para sostenerme. Pero me hallaba tan disgustada con el horror de ver que mi relato no hallaba corroboración, y con la idea que cruzó por mi mente al ver el semblante del señor Rayner, que me deslicé de sus brazos y salí corriendo de la despensa; seguí el corredor; abrí la mampara, y fuí á apoyarme en la mesa del recibimiento para reponerme. El señor Rayner estuvo á mi lado á los pocos instantes, y casi inconscientemente le dejé que me condujera á la sala. Me trajo agua con ron, que me hizo beber; me mojó la frente y me dijo con afecto que no me asustara, pues pronto estaría fuera de ese tétrico lugar y me hallaría entre risueños paisajes, que me harían olvidar la lobreguez de esa casa sepulcral, donde se me trastornaba la cabeza.

—Pero yo ví positivamente la maleta cuando bajé la primera vez,—dije en tono lastimero.

—Sí, hija mía; ya lo sé,—contestó él.

Pero yo ví que no me creía, y las lágrimas brotaron de mis ojos.

—¡No llore usted; no llore! Va usted á estropear esa linda cara, si llora,—exclamó el señor Rayner, algo incomodado.

Sabía que á él le disgustaba ver cualquier cosa fea ó lastimosa. Esto era debido, según él, á su naturaleza de artista. Así, pues, contuve mis lágrimas en cuanto me fué posible, y procuré sonreír.

—Así me gusta verla: la hermosa niña de siempre;—dijo él, deteniéndose delante de mí, pues se había estado paseando por la habitación mientras yo lloraba.—Una vez nos hallemos fuera de aquí, no volveremos á mentar para nada á Sara. Pero hasta que marchemos, ó hasta que se vaya nuestro respetado amigo, el señor Maynard, temo que ella habrá de ocupar mucho nuestra atención. Ella no estará en condición para ser interrogada por él mañana ni por mucho tiempo, si es que llega á estarlo nunca,—añadió con gravedad.—Entretanto él procurará inventar alguna patraña y acriminar á cuantas personas pueda, sólo para hacer ver á sus superiores que no ha perdido aquí el tiempo. Y en cuanto á nuestra pobre Sara, de fijo que la deja sin reputación alguna.

—Pero yo creo, señor Rayner, que Sara no ha sido siempre tan buena mujer como usted supone. Por lo que le he oído decir, creo que ella, cuando era joven, tenía amigos muy malvados que la obligaban á cometer toda clase de maldades, y por esto no me sorprende tanto como á usted que ahora haga cosas perversas.

—¿Ha dicho usted eso al señor Maynard?

—No, señor; yo sólo contesté á sus preguntas. Él me dijo que era hermano de Sara; y, naturalmente, no quise predisponerle contra su hermana. Pero quisiera hacer á usted una pregunta, señor Rayner. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de Jaime Woodfall?

Él estaba sentado junto á mí en el sofá, con la cabeza vuelta al otro lado. No me contestó en el acto. Luego dijo con pausado acento:

—¿Ha hecho á usted esta pregunta el señor Maynard?

Al dirigirme esta pregunta, volvió muy despacio la cabeza hasta que su mirada se encontró con la mía.

—¡Oh, no! Oí á Sara pronunciar ese nombre mientras deliraba la primera noche; la del viernes,—contesté.

—¡Ah! ¿Era amigo de Sara?

—Sí, señor. Creo que ella debía estar enamorada de él cuando era joven, y él debe haber sido un hombre muy perverso, que la obligaba á hacer cuanto quería. Lo más curioso de todo esto es que

ella mezcla el nombre de ese sujeto con los de las personas que ahora conoce,—dije, bajando la voz.

—¿Cómo?—preguntó el señor Rayner.—¿Con qué nombres mezcla el de Jaime Woodfall?

—Con el mío,—contesté, sonrojándome ante la sola idea.—En su desvarío, ella decía que este falsificador, (pues dijo que él era falsificador,) Jaime Woodfall, estaba enamorado de mí; que quería casarse conmigo y que pretendía que ella ayudara á preparar mi enlace con ese ladrón de oficio.

—¿Dijo ella que Jaime Woodfall era ladrón de oficio?

—No; lo he deducido por lo que ella dijo. ¿Ha oído usted hablar de él, señor Rayner?

—Sí, he oído hablar de él y creo que aún vive.

—Pues en este caso, no dudo que Sara está aún enamorada de ese hombre, y que él es el autor de este gran robo,—exclamé muy agitada.—¿No podría usted conseguir, señor Rayner, mientras el *detective* está aquí, que Sara le revelara dónde se halla ese Jaime Woodfall, para que lo cojan?—pregunté casi sin aliento.

El señor Rayner meneó la cabeza, y dijo:

—Temo que no, hija mía. Si ese Jaime Woodfall es el mismo á quien yo me refiero, nunca lo cogerán vivo.

CAPÍTULO XXVII

El señor Rayner durmió aquella noche en el gabinete que comunicaba con la habitación grande, ocupada entonces por la señora Rayner. Le encontré cuando él salía de aquél por la mañana, al bajar yo á almorzar. Emplé el tiempo, hasta la hora de comer, en empaquetar y prepararlo todo para el viaje que debíamos emprender el día siguiente.

Me extrañaba no haber tenido más noticias de mi madre, la que, como era natural, debía estar en la mayor agitación de espíritu ante ese suceso importante. Yo le había escrito el lunes una extensa carta que metí en la balija, sin temor de que fuera extraída, puesto que mi enemiga Sara estaba enferma. Era muy agradable pensar

que pronto me reuniría con mi madre y que á los pocos días volvería á ver á Lorenzo ; pero también debía mirar ese viaje bajo otro punto de vista menos risueño, que de vez en cuando, en medio de mis ilusiones, me causaba pena.

Á pesar de su obstinada resistencia á abandonar los Alisos, me parecía algo cruel el dejar á la señora Rayner en ese tétrico lugar, (cuya lobreguez y humedad debieron, sin duda, contribuir al estado de morbidez en que se hallaba,) sin más compañía que la de una niña semi-salvaje, que no le tenía cariño alguno, dos criadas, una enfermera y una enferma que deliraba. Había notado en ella últimamente ligeros síntomas de excitación nerviosa, cuando se hacía mención del proyectado viaje, y algunas veces observé que fijaba en mí su mirada, como si deseara decirme algo que no se atrevía á pronunciar. La extraña conducta de la pobre señora me tenía, pues, más perpleja que nunca.

El médico, cuyo diagnóstico esperaba conocer el señor Maynard, no se presentó aquel día hasta poco antes de la hora de la comida y su opinión fué muy poco consoladora. No creía probable que Sara recobrase jamás la razón, y no era fácil, en su concepto, que ella pudiese salir de su cuarto más que para ser trasladada al manicomio. Al oír ésto, el *detective*, que había pasado toda la mañana haciendo averiguaciones, abriendo los baúles de Sara, por indicación del señor Rayner, y registrando todas las dependencias que estaban á cargo de aquélla (aunque no creo que penetrara en el ala izquierda, donde estaba la despensa,) sin haber podido descubrir nada, manifestó su intención de regresar á la ciudad aquella misma tarde. Pero el señor Rayner le instó para que se quedara, diciéndole que lo llevaría á la población de Denham, donde lo presentaría como amigo suyo que había ido á pasar unos días en los Alisos, y sobre el terreno mismo del reciente robo podría él hacer averiguaciones sin que nadie sospechara su misión, y tal vez obtener algunos informes que le evitarían la humillación de haber hecho el viaje en balde.

—¿Está usted bastante fuerte en asuntos de ferrocarriles para poder pasar por ingeniero, ó inspector, ó cualquiera cosa así?—preguntó el señor Rayner.—Ya usted sabe, por supuesto, que han recaído sospechas en un pelotón de peones que están trabajando en la línea cerca de allí ; pero aunque varios *detectives* han estado entre

ellos desde entonces, ninguno ha sido lo bastante listo para descubrir cosa alguna.

Al principio, le disgustó al señor Maynard la idea de mezclarse en una parte del trabajo que ya se había confiado á otros; pero parece que le picó el amor propio la insinuación de que su viaje hasta entonces resultaba infructuoso. Y el señor Rayner, guiñando el ojo me dijo al oído en el recibimiento, cuando el señor Maynard estaba ya sentado en el *dog-cart*, que había picado al hombre de tal modo que estaba resuelto á descubrir algo; no importaba qué, fuese verdadero ó falso. Dijo que regresarían pronto, porque ya se estaba formando la niebla, y que como compensación al señor Maynard por haberle detenido, tendríamos comida á las seis y media en vez del acostumbrado té á las cinco y media. Con el mejor humor me dió unos golpecitos en la espalda; me encargó que no me fatigara á fin de estar bien el día siguiente; dijo que tenía un regalo para ofrecerme durante el viaje, y fué á ocupar su asiento en el *dog-cart*.

Volví al comedor, donde la cocinera se ocupaba en levantar la mesa, pues Juanita, según aquélla había predicho, todavía no estaba de vuelta. La señora Rayner estaba sentada cerca de la lumbre, con Haidée en su falda.

—¿Le apena á usted la idea de separarse de ella tan pronto?—le pregunté, arrodillándome á su lado, en cuanto la cocinera se marchó.

La señora Rayner me miró fijamente y dijo en voz baja:

—No, no tengo pena por ella; sino por usted.

—¡Por mí, señora Rayner!—exclamé sorprendida.

—¡Psit!—dijo muy quedo. Quitó los brazos de alrededor del cuello de su hija y le dijo que fuera á jugar. Haidée obedientemente fué hacia el balcón, junto al cual se hallaba su muñeca.

—El advertir á usted vale tanto como exponer mi miserable vida, —prosiguió, cogiéndome la mano que había colocado sobre su rodilla y apretándola nerviosamente.—Tiene usted buen corazón y es tan cándida como un niño. . . . ahora lo veo,—añadió dirigiendo la mirada vagamente en todas direcciones.

Principié á temer un ataque de histérico. Le supliqué que no hablara, si había de fatigarse, y le pregunté si quería que fuera por Agua de Colonia. Ella meneó la cabeza.

—No padezco de histérico; no tenga usted miedo,—dijo, volviendo hacia mí sus grandes ojos, como para reprocharme.—Sólo quiero decirle que si al llegar á Londres mañana, no encuentra usted á su madre en la estación, insista en ir á su casa á buscarla, antes de continuar el viaje. No se meta en otro tren sin ella, bajo ningún pretexto. Llame á la policía; promueva un escándalo en la estación; haga cualquier cosa antes que meterse en otro tren sin su madre.

—Pero ¿cómo podría hacerlo?—dijo tímidamente.—Yo no podría insistir contra el señor Rayner. Él no escucharía. Usted sabe bien que cuando él manda que se haga una cosa, adquiere tanta autoridad, que no se puede por menos de hacerla.

—¡Inténtelo!—dijo con firmeza.—Creo que usted tiene el poder de hacerlo, si logra cobrar el valor de intentarlo. Usted ha contrariado sus deseos como nadie se hubiera atrevido á hacerlo: al enviar por el doctor Lowe y al llevar á Haidée arriba. Inténtelo otra vez. No se trata ahora de la seguridad de Sara, ni de la de Haidée; sino de la suya propia. ¡Por Dios, inténtelo!

Se reclinó en la butaca, su cara y manos cubiertas de sudor, por efecto de la violencia de su sentimiento y de su poca acostumbrada vehemencia. Sin embargo, su voz no había pasado de un susurro que no se hubiera podido oír desde el extremo opuesto de la habitación. Levantó de nuevo la cabeza y leyó en mi mirada con penetración inesperada.

—No estoy loca, señorita Christie,—dijo tranquilamente.—Tómeme por loca, si encuentra usted á su madre esperándola en la estación de Londres. De lo contrario, recuerde mi aviso; tal vez me habrá costado la vida.

Apartó mi mano y otra vez se reclinó como si deseara descansar. Yo me quedé arrodillada á su lado, sin saber qué pensar: si creerla demente ó cuerda; si debía seguir su consejo ú olvidar sus palabras por... pero no, no podía creerlas vanas, pues no me cabía duda de que ella había hablado muy en serio al pronunciarlas. ¿Qué había, pues, en esa advertencia? ¿Quería hacerme desconfiar de su marido? Ella no había hablado como una mujer celosa; revelaba demasiada frialdad para que yo pudiera creer que abrigaba celos. ¿Qué extraño capricho era el suyo respecto á nuestro viaje? Si

mi madre no estuviese en la estación á nuestra llegada, lo que era fácil, pues ella raras veces llegaba con puntualidad á ninguna parte, siempre quedaría Haidée conmigo. Naturalmente que yo indicaría la conveniencia de esperarla; pero si ella no llegase pronto, el señor Rayner probablemente enviaría por ella ó iría él mismo á casa de mi tío á buscarla. ¿Qué debía yo temer con el señor Rayner, mi mejor y más cariñoso amigo, después de Lorenzo? ¿Por qué había de preocuparme un capricho de esa pobre mujer enfermiza y de imaginación exaltada?

Sin embargo, la impresión que sus palabras me causaron fué tan profunda, que tomé la determinación de suplicar al señor Rayner que me permitiera coger un coche é ir yo misma en busca de mi madre, si ella no se presentaba poco después de nuestra llegada, pues suponer que ya estaría allí aguardándonos, era esperar de ella demasiado.

La señora Rayner apenas habló durante el resto de aquella tarde; pues parece que la poco usual vehemencia con que se había expresado, agotó sus fuerzas.

La neblina que nos había envuelto durante algunos días, se hizo tan densa á medida que la tarde avanzaba, que tuvimos que hacer encender las luces mucho más temprano que de costumbre, y ya estaba bastante oscuro cuando, cerca de las cuatro y media, llamaron á la puerta principal. La cocinera entró y dijo que un muchacho del pueblo quería hablar con la señorita Christie. Salí al recibimiento y encontré un muchachito, para mí desconocido, de unos diez años, quien me dijo que la señora Manners, que estaba en la escuela, lo había enviado para suplicarme que fuera á verla en seguida, pues deseaba hablarme sobre la "repartición." Ésta era una distribución anual de ropa y dinero entre los pobres de la parroquia, que se hacía en Noviembre.

Me pareció extraño que la señora Manners deseara hablar conmigo sobre esto, puesto que yo no hacía visitas domiciliarias. Pero, por supuesto que yo debía ir, y entré de nuevo en el comedor para decírselo á la señora Rayner.

—No vaya, señorita Christie,—dijo ella en el acto.—Es un ardid, una trampa; la señora Manners nunca envía recados sino con sus hijos. No vaya.

—No me gusta dejar de ir,—dije, titubeando.—Puede ser para algo de importancia, y la señora Manners ha sido muy buena para conmigo. Permítame usted que vaya, señora Rayner.

Ella se encogió y se reclinó otra vez al presentarse la cocinera, para decir que el muchacho tenía encargo de la señora Manners de suplicarme que me diera prisa.

—Por supuesto que puede usted ir, señorita Christie,—dijo la señora Rayner con indiferencia.

Subí á mi cuarto, y á los pocos momentos bajé dispuesta ya para salir. El muchacho tenía orden, sin duda, de acompañarme, de lo cual me alegré mucho, porque la niebla era muy densa, y él seguramente conocía mejor que yo las revueltas del camino. Aun así, él tuvo que andar despacio y sin apartarse del seto. Me estuvo instando constantemente, sin embargo, para que me diera prisa y volvía de vez en cuando la cabeza para ver si yo aún iba detrás de él, y yo trataba de seguirle tan ligera como me era posible.

La escuela distaba media milla de los Alisos, y se hallaba entre las primeras casas de la población. Al tropezar contra un mojón que yo sabía que se hallaba cerca del punto á que nos dirigíamos, el muchacho exclamó:

—¡Cuidado, señorita! Por aquí.

Y cogiendo una punta de mi abrigo, me hizo entrar por un camino que arrancaba á la izquierda.

—Vas mal, muchacho,—dije.—Sé que hemos de seguir por la carretera, y no por este camino que va á la hacienda de Dunning, á media milla de aquí.

—Vamos bien, señorita,—contestó él.—Temo que nos atropelle un coche por la carretera, hallándonos tan cerca de la población. Siga usted, señorita; vamos bien.

El muchacho estaba muy impaciente, y yo le seguí, no sin alguna desconfianza. Habíamos adelantado trabajosamente por ese camino una buena distancia, cuando el rapaz se detuvo y silbó.

—¿Por qué haces eso?—pregunté vivamente.

Pero el chico, á quien perdí de vista por haberse adelantado unos pasos, silbó de nuevo. Estuve unos momentos inmóvil y temblando de pavor.

—¡Pues no está él aquí!—exclamó de mal talante el muchacho.

—¿ Él? ¿ quién?—pregunté, alarmada.

En aquel instante oí el crujir de ramas y á través de la neblina ví confusamente, á unas cuantas varas de mí, el bulto de un hombre que se abrió paso por el seto y se dejó caer del sembrado al camino. Ahogando un grito de terror, volvíme y corrí no sé adónde. Sin duda era Tomás Parkes ó Gordon que me había hecho acudir por medio de un engaño, para castigarme por mis revelaciones, de las que Sara le habría informado.

Oí al muchacho decir :—Gracias; luego los pasos del hombre que se acercaba á donde yo me hallaba. Mi única esperanza era la de que tal vez podría ocultarme en la espesa neblina, agazapándome debajo del seto, hasta que él hubiese pasado; pero con terror ví que él andaba con tanta lentitud y cautela como yo misma. Llegué al seto y me arrodillé entre sus ramas con la cara casi metida entre zarzas. El hombre pasó de largo; pude ver vagamente su figura al pasar. En mi alegría, se me escapó un suspiro de alivio; él se volvió, acercóse á tientas hasta dar conmigo y me hizo levantar, todo sin pronunciar palabra. Cerré los ojos y me estremecí de espanto. De momento me encontré demasiado abatida por la ansiedad de esos terribles instantes, para poder luchar. Sólo pude intentar débilmente apartarlo, exclamando:

—¡ No me haga daño!

—¡ Hacerte daño, mi vida! ¡ Mírame! ¡ Dios me perdone; casi te he matado con el susto!

Le miré, lanzando una exclamación de júbilo y le eché mis brazos al cuello. Era Lorenzo, cuya cara estaba tan desfigurada y ennegrecida que apenas se le podía reconocer; pero él me dijo al besarme una y otra vez, que eso no debía preocuparme, puesto que había viajado día y noche, sin descansar ni un minuto, desde que recibí mi carta el día anterior por la mañana.

—¡ Y, gracias á Dios, he llegado á tiempo!—exclamó, estrechándome de nuevo entre sus brazos.

—¿ Á tiempo de qué, Lorenzo? Dentro de dos días hubiera estado cerca de tí.—dije, sorprendida.—Mañana por la mañana debíamos partir.

—¿ Mañana por la mañana? ¡ Unas cuantas horas más y te hubiera perdido!—exclamó el pobre Lorenzo con tal expresión de

agonía y á la par de alivio, que al verlo en ese estado, no pude contener mis lágrimas.

—¿Perderme Lorenzo? ¡Por Dios, dime qué quieres decir!

—¡Ay, Violeta! ¿Eres aún tan cándida que puedes creer que ese hombre te hubiera llevado á mi lado?

—¿Por qué no?—pregunté en voz baja.

—Porque él también te ama,—dijo Lorenzo, entre dientes,—si el sentimiento que ese hombre es capaz de abrigar, aun por tí, merece el nombre de amor. Tu inocencia no te hubiera protegido por más tiempo. ¡Oh! yo fui un tonto, un ciego en abandonarte nunca por mi padre, ó mi madre ó por nadie en el mundo. Pero yo no lo sabía todo hasta que tu carta tan dulce como ingenua, abrió mis torpes ojos.

—¡Ay, Lorenzo! ¡qué cosas tan terribles estás diciendo!—exclamé, temblando de pavor aun en sus brazos.

—No importa, vida mía; ahora ya estás segura,—dijo cariñosamente.—No fué mi ánimo causarte un susto. Debía de haberte avisado hace tiempo; pero se me resistía el....

—¡Pero, Lorenzo; si mi madre va con nosotros!.... ¿No te lo decía en mi carta? Yo recibí una de ella....

—¡Que ella jamás ha escrito! En camino de Londres, telegrafíé á tu madre que me esperara en la estación de Charing Cross, y allí me dijo que nunca había visto al señor Rayner y que no tenía la menor noticia de tu viaje á Mónaco.

Ese golpe fué demasiado para mis agotadas fuerzas, y me desmayé en sus brazos. Cuando volví en mí, observé que él había cargado conmigo y me había llevado un buen trecho del camino. En cuanto empecé á suspirar, me dejó en pie y me dió agua con ron de su cantimplora.

—Á cada rato necesito ahora de ese estimulante,—dije, tratando de sonreír, al recordar que últimamente el señor Rayner me lo había tenido que dar varias veces en que yo estuve á punto de desmayarme.—Pero tú eres el único que me ha hecho perder del todo el sentido,—añadí.

El pobre Lorenzo lo tomó como un reproche y me detuvo otra vez, insistiendo en que le perdonara. Adelantábamos muy despacio por el camino hacia la carretera, y la oscuridad aumentaba.

—¿Pero qué debo hacer, Lorenzo?—pregunté temblando.—¿He de decir al señor Rayner,—¡oh, no puedo creer que él sea tan malvado!—he de decirle que tú has vuelto y no quieres que me marche?

—De ningún modo, mi vida—dijo él vivamente.—Nadie en Geldham, ni aun en mi casa, ha de saber que yo he regresado. Por eso tuve que enviar por tí con un pretexto y causarte un susto que por poco te mata. El muchacho que fué con el recado, no me conoce. Llegué aquí de la estación en un coche, pocos momentos antes de dar con él, y lo envié ofreciéndole un chelín si volvía contigo.

—Por eso tenía tanto cuidado en no perderme de vista, ni por un instante. Pero, dime, ¿á qué viene tanto misterio? ¿Por qué no vas á ver á tu padre?

—¡Ah! eso es un secreto. No te importa esperar hasta mañana para saber eso, ¿verdad, querida mía?

—¡Pues sí me importa! Lo quiero saber ahora,—dije en tono de súplica.—¿No quieres confiarme tu secreto?

Él no quería hacerlo; pero yo tenía curiosidad y estaba resentida por su negativa, y al ver las lágrimas asomar á mis ojos, cedió.

Le había causado tanta impresión la posdata de mi carta en que le decía que un hombre, de quien yo abrigaba sospechas y creía cómplice en el robo del castillo de Denham, rondaba la Mansión aquella noche y que había ofrecido volver por allá el miércoles, que telegrafió al Jefe de Policía de Londres y consiguió que éste destinara algunos individuos á ponerse en acecho alrededor de la Mansión aquella noche. Había, además, encargado á una persona de su confianza que los esperara en la estación de Beaconsburgh y los condujera á un punto de reunión en el parque, que él había determinado, donde tal vez lo esperaban en aquel instante. Él iba personalmente á apostarlos, aprovechando la neblina, entre los matorrales alrededor de la casa, donde estarían bien ocultos y al mismo tiempo dominarían los caminos que á aquélla conducen. La neblina tal vez les favorecería ó tal vez frustraría sus planes; podría hacer que los ladrones, si realmente se presentaban, cayeran en poder de la policía, y podría también ayudar á aquéllos á fugarse. Esto era cuestión de suerte.

—Y recordarás que en tu carta me decías que Sara, en su desvarío, hablaba de un sujeto, llamado Jaime Woodfall, que parecía ejercer gran influencia sobre ella y estar mezclado en todos los crímenes de que ella hacía mención. Pues bien, entre los policías que vienen de Londres, hay uno que conoció á Jaime Woodfall y que asegura que podría reconocerlo. Ese Jaime Woodfall era un falsificador muy astuto, á quien sólo una vez se pudo coger, cuando era muy joven, y del cual se ha perdido la pista hace años. Sería una casualidad que él estuviera metido en esto; pero yo se lo indiqué al Jefe de Policía y él dijo que valía la pena de intentar algo. Ya estás, pues, enterada de todo, vida mía, y debes guardar el secreto como si fueras una muerta. En cuanto á tu viaje, nada temas. Yo iré en el mismo tren en que tú vayas, y tu madre te esperará efectivamente en la estación de Liverpool street, porque yo le dije que estuviera allí á nuestra llegada.

Lorenzo se empeñó en acompañarme hasta casa. Habíamos adelantado por la carretera hasta llegar cerca de la casa más próxima de los Alisos, cuando oímos el ruido de ruedas y voces de hombres detrás de nosotros. Lorenzo me abrió la puerta del cercado de aquella casa y me hizo entrar, hasta que aquéllos hubieron pasado.

Era el *dog-cart* con el señor Maynard dentro, y el señor Rayner, á pie, conduciendo el caballo por la brida.

—Suerte que va usted á pasar la noche aquí,—decía el señor Rayner.—Yo no me comprometería á encontrar la puerta de mi propia casa esta noche.

CAPÍTULO XXVIII

SEGUIMOS el *dog-cart* á distancia suficiente para no ser vistos, la que en la neblina no necesitaba ser grande, hasta que aquél se detuvo delante de la entrada á las cocheras de los Alisos. Entonces nos deslizamos por el otro lado de la carretera, mientras el señor Rayner abrió la puerta del cercado. Lorenzo me dejó á la entrada de la alameda, la que recorrí tan aprisa como pude, y entré en casa unos minutos antes que el señor Rayner y su compañero. Como podía

contar con el silencio de la señora Rayner y de la cocinera, nada dije á nadie más sobre mi excursión.

Una hora después de la comida, el señor Rayner fué á la bodega, —no la terrible bodega debajo de la despensa,— á buscar una botella de vino de Oporto, y luego preguntó al señor Maynard si era aficionado á la música.

—Ya verá; no soy muy aficionado, aunque de niño solía soplar el cornetín un poco,—contestó el *detective*, cuyo lenguaje se hacía más fácil y menos escogido, á medida que nos conocía más.—Pero no me disgusta de vez en cuando una tonada.

—¡Ah! veo que no es usted un entusiasta,—dijo el señor Rayner.—Pues yo no puedo ser feliz por mucho tiempo sin música. ¿No ha probado usted nunca el violín?

—No.... ése es un instrumento que raspa mucho, para mi gusto. Á mí, déme la concertina—dijo el señor Maynard jovialmente.

—Entonces no pretenderé que me oiga usted tocar. No soy más que un.... rasca violines. Sin embargo, creo que esta noche necesito consolarme de lo desagradable del tiempo con una.... tonada. Pero seré considerado y cerraré las puertas. Mi mujer y la señorita Christie entretendrán á usted, y.... déjeme ver.... son las siete y media.... á las nueve volveré á imponerles mi compañía y podemos tener un juego de chaquete. ¿Le gusta á usted el chaquete?

El señor Maynard contestó afirmativamente y el señor Rayner entonces me pidió que fuera á la sala á sacar "La Favorita" y las "Melodías" de Moore. Obedecí y me hallaba de rodillas revolviendo el montón de música cerca del piano, cuando él entró y cerró quedamente la puerta. Antes de apercibirme de que él estaba cerca, sentí que pasaba algo alrededor de mi cuello y oí detrás el resorte de un cierre. Alcé las manos, sobresaltada, y me puse en pie. El señor Rayner con animada sonrisa, me cogió de la mano y me llevó delante del espejo. Un magnífico collar de piedras encarnadas, que me deslumbró por su hermosura, brillaba en mi garganta.

—¿Cumplo bien mis promesas? ¿No ofrecí á usted traerle unos granates? ¿Le gustan?

Pero no me gustaron absolutamente después de lo que Lorenzo me había dicho; el precioso regalo me causó horror. Cogí la gar-

gantilla con ambas manos; me la arranqué del cuello; la arrojé al suelo con mano temblorosa, y permanecí amedrentada ante mi acto de osadía, esperando ver qué me haría él en castigo.

No hizo nada. Después de contemplarme un rato que me pareció muy largo, mientras yo estuve de pie, al principio orgullosa, mas luego avergonzada de mí misma, él recogió la joya sin la menor demostración de enojo, se la metió en el bolsillo, y dijo tranquilamente:

—¡Bonito genio!... pero es una ingratitud, ¿no le parece? No importa... pronto me la pagará. ¿Quiere usted ir ahora á entretener á ese lince? Venga á buscarme á las nueve. Vaya, hija mía, vaya.

Me dió en la espalda un golpecito suave de despedida, y volví al comedor algo alicaída. Pero ni la señora Rayner ni yo tuvimos que hacer esfuerzo alguno para entretener al señor Maynard, pues noté que él estaba ya con mucha modorra. Después de murmurar soñolientamente:—¡Bravo; muy bien,—al apagarse en el violín del señor Rayner las últimas notas del “Adiós,” de Schubert, tuvo que hacer un esfuerzo para escuchar una fantasía sobre motivos del *Rigoletto*, y durante un trozo de *Martha*, que siguió á aquélla, se oyó en dirección del sitio que él ocupaba la respiración acompasada de una persona dormida. Más él absorbía entonces muy poco mi atención. Estando la puerta cerrada, fuí acercándome más y más á ella, como atraída por irresistible fascinación, pues me parecía que el señor Rayner tocaba el “Adiós” como nunca lo había tocado. Cada nota parecía vibrar en mi propio corazón, y sólo el temor de disgustarle si le interrumpía antes de las nueve, pudo detenerme de volver á la sala, donde podía haber oído cada nota apasionada y quejumbrosa, sin que la atenuaran las dos puertas que se interponían. Al terminar el “Adiós,” después que la ronca voz del señor Maynard hubo roto el encanto con su: “Bravo; muy bien,” esperé con afán la siguiente melodía y experimenté una impresión de contrariedad al empezar una aria del *Rigoletto*.

No es que no me gustara esa ópera, aunque no es una de mis predilectas; sino que cierta dureza en el modo de tocar, que en seguida me pareció muy diferente de los tonos ricos y llenos que el señor Rayner arrancaba de su querido violín, hirió mi oído y me

dejó perpleja. El señor Maynard, por supuesto, no notó diferencia alguna y daba, de vez en cuando, muestras de aprobación, fuesen ó no oportunas. Dirigí una mirada á la señora Rayner y observé que también á ella le llamaba la atención el extraño cambio en el modo de tocar de su marido. Era tan brillante como siempre; la ejecución de uno de los pasajes más difíciles del arreglo de *Martha* fué hábil y más perfecto que de costumbre; pero faltaba el alma, y la brillantez del trino ó de la cadencia no bastaba á suplir esa falta. Parecía como si no tocase el mismo hombre, así es que mi interés en la música fué disminuyendo, y, después de contemplar por algunos momentos á la señora Rayner y de observar el afán con que, incorporada en su silla, oía el violín y al mismo tiempo mantenía su mirada fija en el dormido *detective*, me entregué á mis propios agitados pensamientos.

¿Qué sucedía en la Mansión en esos instantes? Los individuos de la policía enviados desde Londres ¿habían logrado encontrar su camino al parque en tan espesa neblina? ¿Se presentarían los ladrones, después de todo? ¿Cogerían á Tomás Parkes? Y Gordon, ¿estaría mezclado en ello? Sobre todo, ¿cogerían al temido Jaime Woodfall, cuya influencia parecía ser tan grande y de cuyo nombre se conservaba tan vivo recuerdo, á pesar de que no se le había visto en muchos años? Me era terrible el pensar que yo, con mi carta á Lorenzo, había puesto á unos hombres á la caza de otros hombres. Principié á abrigar la esperanza, (aunque no estaba bien que yo lo deseara,) de que Tomás Parkes lograra escaparse, pues él nunca me había causado daño alguno, y me había inspirado cierta simpatía por su cara de bonachón. En cuanto al desconocido Jaime Woodfall, el caso era muy distinto. Por las palabras de Sara y por la prontitud con que la policía había aprovechado la menor probabilidad de cogerlo, parecía evidente que él debía ser un criminal empedernido, por el cual no se podía tener lástima. Con todo corazón deseaba que fuese cogido, y sentía verdaderos deseos de ver qué aspecto tenía un hombre tan malvado. Probablemente el pobre Tomás Parkes no era más que un juguete de ese bandido que había convertido á la temible Sara en humilde instrumento de maldad.

Luego me puse á pensar con tristeza en lo que Lorenzo me había dicho aquella tarde sobre el engaño de que se quería hacerme vícti-

ma, respecto al viaje á Mónaco, y recordé la advertencia de la señora Rayner. ¿Era posible—me preguntaba,—que el señor Rayner fuese realmente tan hipócrita; él, que siempre había sido tan bondadoso, tan paciente, que siempre me había tratado como si yo fuese una niña, y que acababa de soportar con tanta magnanimidad y buen humor mi rudeza al ofrecerme un valioso regalo? Debe haber una explicación á todo eso,—pensé—que dejará satisfecho aun á Lorenzo. Por lo menos, debe haberla para casi todo; pues en cuanto á aquella carta de mi madre, que ella nunca ha escrito, ¿cómo se puede explicar eso? Derramé abundantes lágrimas al presentarse ante mi mente esa prueba terrible. ¿Cómo podría el señor Rayner explicar eso? Pero no se pierde tan fácilmente la confianza en un amigo tan bueno como él se había mostrado, y ya me estaba secando los ojos y alentando la esperanza de que algunas palabras de su parte desvanecerían mis dudas, cuando de súbito rompió el silencio que reinaba alrededor de la casa, un gruñido de Nap, el perdiguero del señor Rayner, que estaba encadenado fuera, en la perrera.

La señora Rayner se sobresaltó. El señor Maynard aún dormía. Miré el reloj; eran las nueve menos siete minutos. Otro y otro gruñido del perro, y después ladridos furiosos. Las dos estuvimos contemplándonos una á la otra, sin pronunciar palabra. Yo hubiera hablado; pero la señora Rayner dirigió una mirada al *detective* y se llevó el dedo á los labios para imponerme silencio. La sonora voz del violín llegaba aún sin interrupción hasta nosotras desde la sala.

Cuando dieron las nueve me levanté, con gran alivio; abrí y cerré quedamente la puerta; crucé el recibimiento y dí vuelta al botón de la puerta de la sala. Estaba cerrada con llave. Llamé; pero no hubo respuesta. El señor Rayner tocaba una brillante pieza de concierto, y supuse que no me había oído. Llamé otra vez y dije:

—Señor Rayner, son las nueve. Usted me dijo que viniera á esta hora.

Tampoco obtuve respuesta, lo que me causó extrañeza, pues sabía que su oído era muy fino. Era inútil que yo estuviera allí llamando, si él no había de oirme ó no quería que lo molestara todavía; así es que después de otra tentativa infructuosa para llamar su atención, cogí el quinqué de la mesa del recibimiento y entré en el

cuarto de estudios. Eran las nueve y diez minutos. Nap ladraba más furioso que nunca. Por lo brumoso de la atmósfera dentro de la casa, comprendí cuán densa debía estar la neblina fuera; pero el insistente ladrar del perro me llamaba tanto la atención, que separé los postigos y abrí el balcón como una pulgada, para escuchar. La neblina era impenetrable. No podía ver ni á una vara de distancia. De momento no oí más que los ladridos de Nap; luego ví la opaca luz de un farol á través de la niebla y pude oír una voz muy queda.

—¿Quién hay ahí?

—Soy yo,.... Violeta. ¿Eres tú, Lorenzo?

—¡Psit!.... Está bien,—contestó aquél en voz muy baja.—Déjame entrar.

Penetró por el balcón sin el menor ruido, y con alarma ví que detrás de él entró un hombre de mediana edad, vestido sencillamente, que también llevaba un farol. El aspecto de Lorenzo era para causar más miedo que el de cualquier ladrón. Su cara estaba lívida, por efecto de la fatiga, y más sucia aún que cuando me sorprendió en el camino, á causa de haber estado tanto tiempo en la neblina. Escuchó por un momento el violín, y en seguida preguntó vivamente, pero siempre en voz baja:

—¿Quién toca?

—El señor Rayner,—contesté.

Se volvió rápidamente al otro sujeto, quien hizo un movimiento de cabeza, como para decir que eso era lo que él esperaba.

—¿Desde cuándo está tocando?—preguntó Lorenzo.

—Desde las siete y media.

De nuevo se volvió á su compañero.

—Un ardid,—dijo éste tranquilamente.

—¿Quién está con él?—preguntóme otra vez Lorenzo.

—Nadie,—contesté, sorprendida y asustada ante esas preguntas.

—La señora Rayner y el señor Maynard están en el comedor.

—¿Maynard?

—Sí; está dormido.

El desconocido dió un gruñido de disgusto.

—¿No ha estado el señor Rayner en el comedor en toda la noche, querida?—quiso saber Lorenzo.

—No ha estado desde después de comer. Yo le dejé en la sala

á las ocho menos veinte, y me encargó que volviera por él á las nueve.

—¡Pero ya son más de las nueve!

—Ya lo sé. Cuando volví á la sala hace poco, la puerta estaba cerrada; yo llamé, pero no me contestó.

—¿Quieres volver á llamarle y decirle que deseas hablarle, vida mía?—dijo Lorenzo con gravedad.

Titubeé, temblando de pies á cabeza.

—¿Por qué?—pregunté en voz muy baja.

—Porque tenemos que hablar con él personalmente—contestó el otro en tono áspero.

Dirigí una mirada á sus duras facciones y exclamé:

—Usted es un *detective*; lo sé. ¿Qué quiere usted con el señor Rayner?

—No le importe, señorita; no le haremos á usted nada. Sólo vaya á decirle que necesita hablar con él.

—¡No haré tal cosa!—exclamé, pero no en alta voz, pues ésta se me debilitó de repente.—Sea lo que fuere lo que usted crea que él ha hecho ó lo que él haya hecho en realidad, jamás contribuiré á perjudicar al señor Rayner.

El hombre se encogió de hombros, fué al balcón y silbó muy bajo. Lorenzo me condujo á una butaca.

—Buena muchacha, —me dijo al oído; pero en su semblante observé una expresión muy severa, á la par que de ansiedad.

Su compañero penetró de nuevo en el cuarto, seguido de un agente de policía armado.

—Tenemos que forzar la puerta,—dijo el primero.

Me levanté de la silla como por resorte. Quería correr hacia la sala y advertir al señor Rayner; pero Lorenzo me lo impidió, diciéndome con gravedad:

—Déjalo ahora para nosotros, mi querida Violeta.

Todo se había dicho en voz tan baja, y todos los movimientos se habían ejecutado tan quedamente, que la música continuó mientras ellos abrieron la puerta del cuarto en que nos hallábamos, y cruzaron el recibimiento. Permanecí vigilándolos, conteniéndome el aliento.

Los tres hombres, Lorenzo, el más fornido, en primer lugar, se colocaron contra la puerta de la sala y con un empuje poderoso, la

abrieron. Me adelanté hacia la puerta, á tiempo para ver á Gordon, el criado del señor Carruthers, arrojár al suelo el violín y echar á correr hacia el balcón opuesto, cuyos postigos estaban abiertos. Pero en aquel instante oí el estruendo de vidrios rotos y por las vidrieras, ya sin cristales, del balcón penetraron dos agentes de policía que sujetaron á Gordon y le pusieron esposas. Entonces quedó sin lucha, entre los dos, lívido é inmóvil.

—Es inútil. Sabemos que eres uno de la partida,—dijo el hombre de mediana edad.—Ya tenemos vuestro capitán.

—¿Qué capitán?—preguntó Gordon con impavidez.

—Jaime Woodfall.

—¡Mentira!—exclamó entonces el imperturbable Gordon.—Jaime Woodfall no se deja atrapar por tales entes como vosotros.

—¿Por qué no? ¿No te hemos cogido también?

Nada contestó hasta que al cabo de unos instantes, dijo:

—¡Él se tiene la culpa por ponerse meloso con una muñeca!
¡Quisiera tenerla aquí ahora!

Se apercibió de mí en el dintel de la puerta, y me dirigió una mirada como acerado dardo que me hizo estremecer. Mas no relacioné sus palabras conmigo misma. Me hallaba demasiado aturdida para poder pensar ó comprender claramente lo que sucedía, hasta que le ví, maniatado como estaba, sacar de su bolsillo un diminuto revólver que, sin levantar, apuntó á Lorenzo. Me lancé, con un chillido, hacia el interior de la sala y me coloqué delante de mi novio. Entonces oí una detonación y sentí algo,—de momento no sabía qué era—rozar mi brazo. Lorenzo se abalanzó con un rugido; pero mi cuerpo le sirvió de obstáculo y antes de que pudiese apartarme, Gordon había logrado escaparse á sus captores y se precipitó por el balcón, gruñendo:

—¡Quería acabar con ella!

Pronto comprendí que estaba herida en el brazo, porque la sangre manaba á través de la manga; pero la herida no me dolía mucho, pues estaba demasiado atribulada para sentir el dolor y demasiado conmovida por lo afligido que veía á Lorenzo. Él no intentó tomar parte en la inútil persecución del fugitivo Gordon; sino que me colocó en un sofá, desgarró la manga de mi vestido y él mismo vendó la herida.

—Díme qué significa todo esto, Lorenzo,—le dije.—No estoy muy herida, . . . de veras que no lo estoy, . . . y quiero saber lo que pasa. ¿Habéis cogido á los ladrones? ¿Es verdad que han cogido á Jaime Woodfall? ¡Espero que el pobre Tomás Parkes se habrá escapado!—dije en voz baja, porque el hombre que había entrado con Lorenzo no había salido con los demás, sino que permanecía en el balcón, medio dentro y medio fuera.

—Han cogido á Tomás Parkes y temo que Jaime Woodfall se habrá escapado.

—¿Luego él estaba ahí? Cuéntamelo todo,—dije con afán.

—¿No puedes esperar hasta mañana?—preguntó Lorenzo en voz suplicante.—Temo que si te excitas demasiado, se te va á inflamar el brazo, y además ya debería yo estar en busca del médico.

—No, no; esta noche no podrías llegar á Beaconsburgh. Sabes muy bien que no puedes ir; no sería prudente. Tu vendaje servirá muy bien hasta que el doctor Lowe venga á la hora de costumbre para ver á Sara. Ahora cuéntame pronto lo del robo. ¿Encontraste la policía en el parque?—De repente me incorporé en el sofá y exclamé:—¿Dónde está el señor Rayner? ¿Por qué estaba Gordon aquí en su lugar? ¡Ay, Lorenzo! ¡me parece que se me va la cabeza! . . . ¡No comprendo todo esto! . . . ¡Estoy mareada! . . . ¿Por qué era?

—Déjame contarte lo del robo. Todo lo sabrás y comprenderás á su tiempo,—dijo él con gravedad y afecto.—Encontré los policías en el parque y los aposté convenientemente entre las matas, quedándome yo, con ese hombre ahí y otro, tan cerca de la casa como fué posible, junto á la entrada de servicio. Allí esperamos hasta las siete y media, cuando un hombre se acercó y llamó á dicha puerta. Una de las criadas la abrió, según habían convenido, sin duda, puesto que ella lo estaba esperando, aunque no creo que la pobre muchacha sospechara el verdadero objeto que allí lo llevaba. Era Tomás Parkes. Cuando entraron, Tomás fué el último en pasar la puerta y la dejó entreabierta. Pocos minutos más tarde, otro hombre llegó y se deslizó por ella tan rápida y sigilosamente que no hubiéramos podido jurar si realmente había entrado. Al poco rato Tomás y la muchacha salieron. Él se despidió con menos dilación de la que ella hubiera sin duda deseado; marchó unos cuantos pasos hasta que ella

hubo cerrado la puerta ; volvió entonces atrás y se arrastró á lo largo del muro, hasta quedar debajo de la ventana del cuarto en que se guarda lo de más valor de la casa. Cuatro de nuestros hombres estaban apostados cerca de allí, y el jefe de ellos, que estaba conmigo, fué acercándose á ellos, ocultado por la neblina. Yo le seguí con el otro hombre. Al cabo de unos minutos, oímos un silbido muy débil que salía de dicha ventana, como yo había supuesto. Tomás contestó con otro silbido igual, y vimos á otro hombre juntarse con aquél. Yo me hallaba tan cerca que pude ver que desde la ventana dejaban descender cautelosamente un bulto atado con una cuerda. Tomás lo entregó á su compañero, á quien dejamos marchar—aunque seguido por dos policías,—á fin de poder observar los actos de los otros dos. Al poco rato bajó otro bulto, que el mismo Tomás se llevó. Entonces esperamos con ansiedad hasta ver qué haría el que quedaba en la casa. La citada ventana está á unos veinte pies de elevación ; sin embargo de lo cual, el hombre dió un salto y cayó de pies. En un instante cinco de nosotros estuvimos sobre él, y, aunque todos creímos que lo teníamos seguro, logró escurrírsenos y la neblina facilitó su fuga. Pero ése que está ahí en el balcón, y que hace tantos años está en el servicio, lo ha reconocido é identificado como Jaime Woodfall, y yo también lo he reconocido.

—¿Tú, Lorenzo? No sabía que jamás lo hubieses visto,—exclamé.

En ese instante el hombre que estaba en el balcón, entró de nuevo.

—Me temo que es inútil. Ese pillo se nos ha escapado lo mismo que el otro. ¿Puede usted decirme dónde está Maynard, señorita?

Me levanté del sofá y lo acompañé al comedor. La señora Rayner estaba aún incorporada en su butaca, pálida y con mirada llena de ansiedad. Maynard aún dormía. El otro *detective* lo sacudió y se fijó en la copa de vino.

—Está narcotizado,—dijo.

Con unas cuantas recias sacudidas logró despertar á Maynard, quien principió á mirar alrededor suyo con ojos extraviados. Entonces el otro le dijo bruscamente:

—Se ha lucido usted—¡como hay Dios!—en dejarse embaucar de esta manera, y beber y dormir tranquilamente bajo el mismo techo de uno de los pillos más notorios que se han salvado de la horca.

—¿Quién?—exclamó Maynard sobresaltado.—¿El señor Rayner?
—¿El señor Rayner! Sí; “el señor Rayner” para simples como usted; pero para mí y para cualquier *detective* que conoce su oficio, el falsificador Jaime Woodfall.

CAPÍTULO XXIX

AL pronunciar el *detective* el nombre de “Jaime Woodfall,” di un grito tan penetrante que todos se sobresaltaron. Aunque mi confianza en el señor Rayner había ya recibido rudos golpes, ese último fué tal que pareció cambiar para mí la faz del mundo entero. Retrocedí aun de Lorenzo, al ir éste á cogerme en sus brazos, y fijé mi mirada divagante en la señora Rayner que, con manos entrelazadas y cabeza inclinada, escuchaba la revelación del secreto que durante tantos años había pesado sobre ella. Al contemplarla, parecióme que la venda caía de mis ojos, que se me despejaba el entendimiento y se aclaró para mí parte del misterio que envolvía la casa del pantano.

Me dejé caer al suelo á sus pies, y ella pasó sus delgados brazos alrededor de mi cuello y me besó, sin pronunciar una palabra. Los tres hombres salieron de la estancia.

—¡Ay, señora Rayner! ¡qué terrible es esto para usted!—dije en voz baja.

—No lo es tanto para mí,—contestó en el mismo tono.—Hace años que lo sé; casi desde que nos casamos. Pero no hablemos más de esto,—añadió, mirando furtivamente hacia todos lados.—Él puede estar en la casa en este instante, y podrían buscarlo meses y años sin cogerlo jamás. Pero nos hará sufrir por esto; á mí y.... ¡ay! á usted también ahora. ¡Usted estaba tan inocente de todo! Y, sin embargo, debe haber sido usted quien ha puesto á Lorenzo sobre la pista....

—Pero no del señor Rayner. ¡Oh, jamás hubiera pensado en semejante cosa!—dije, estremeciéndome.

Entonces le expliqué las sospechas que tuve de Tomás Parkes; mi visita á la Mansión; mi carta á Lorenzo y cuánto le decía en ella.

—El señor Reade ha revelado energía y valor,—dijo la señora Rayner;—pero también sufrirá por ello. No conoce usted aún á ese hombre. Nunca dejará que se case usted con Lorenzo. Aunque estuviera en la cárcel, hallaría medios de impedirlo.

Afortunadamente, Lorenzo llamó á la puerta en ese instante, pues los tristes augurios de la buena señora sólo contribuían á aumentar la sobreexcitación de mi mente. Aquél entró á decir que los policías habían regresado sin hallar rastro de Gordon ni de . . . ninguno de los otros. Él iba con ellos á la Mansión, donde dormirían esa noche, dejando á Maynard que la pasara en los Alisos, según le había invitado el dueño, y dos policías vigilarían la casa, aunque no era probable que . . . los que faltaban volviesen á los Alisos aquella noche. Luego, dirigiéndose á la pobre señora Rayner, Lorenzo dijo con dulce acento:

—¿Me perdona usted, señora, por lo que he hecho con toda inocencia? Por razones que en otra ocasión explicaré á usted, tenía algunas vagas sospechas; pero nunca hubiera creído posible descargar semejante golpe sobre usted.

—No es un golpe para mí,—dijo ella, dirigiéndole su triste mirada.—Ese hombre . . . mi marido . . . se hubiera deshecho de mí hace tiempo á no impedírselo su horror y temor á los medios violentos. Todos menos éstos, los ha probado, y no es culpa mía si, á su pesar, mi desdichada existencia se ha prolongado.

Los dientes de Lorenzo rechinaron.

—¡Miserable!—dijo, como para sí.—Pero ahora sufrirá el castigo. He de revolver el mundo entero hasta dar con él en la cárcel.

—Nunca lo conseguirá usted,—dijo ella tranquilamente.—Él tiene demasiada osadía. No es ningún cobarde para permanecer oculto en un rincón,—prosiguió ella con un especie de orgullo instintivo por el hombre que hacía tiempo había dejado de amar.—Él les provocará de cerca y se les escapará siempre. Pero usted ha hecho lo que ha podido. Es usted un hombre valeroso, señor Reade. Sé que usted me ayudaría si estuviera en su poder. Buenas noches.

Ella le tendió la mano y se retiró. Él se volvió vivamente á mí, y dijo:

—Las dos tenéis que abandonar esta casa. Los continuos sufrimientos casi han trastornado la cabeza de esa pobre señora. Pero

ya está segura contra ese villano; y tú también ¡ya! vida mía.... gracias al Señor.

Llamaron á la puerta y el *detective* que fué con Lorenzo, dijo:

—¿Está usted listo, señor Reade?

—Sí, ya voy,—contestó Lorenzo, y luego añadió en voz baja, para que sólo yo lo pudiera oír:—Quisiera quedarme y consolarte. Cuida tu pobre brazo herido. Adiós, mi querida Violeta.

Le oí marchar con los demás. Entonces, abatida por los sucesos de aquel día, me encaminé con esfuerzo á mi habitación; me eché encima de la cama, sin desnudarme, y caí en profundo sueño, parecido más bien á un desmayo. Me desperté por la madrugada, sintiéndome enferma; me desnudé y me metí en cama. Cuando el sol estaba ya alto, me levanté con la cabeza ardiendo y sentí que el brazo principiaba á dolerme bastante.

Haidée y yo almorzamos solas, pues el señor Maynard había salido ya para Londres, según me dijo la cocinera. En el momento en que iba á ver cómo seguía la señora Rayner, llegó el doctor Lowe á hacer su cotidiana visita á Sara. En cuanto me vió, me ordenó que fuera á acostarme, y después de hacerle jurar que guardaría el secreto (lo que era bien inútil, puesto que de todos modos la noticia había de propalarse por la vecindad y en los periódicos de Londres), le dejé sacar de mí una relación de la mayor parte de los sucesos del día anterior. Como comentario, sólo dijo que yo había sido una simple en dejarme engañar tan fácilmente; que él siempre había desconfiado del señor Rayner; pero que ahora lo admiraba. Se marchó, prohibiéndome estrictamente que dejara la cama, hasta que él me hubiese visto al día siguiente.

Juanita subió al poco rato. Acababa de regresar de la hacienda de Wright y estaba ardiendo en deseos de saber lo ocurrido durante su ausencia, pues la cocinera, que era sorda y no había oído gran cosa, había excitado su curiosidad con una relación vaga de esos acontecimientos. Yo le dije que se había efectuado un robo en la Mansión; que aquel hombre que quiso hablar conmigo era un *detective*, y que éste y el señor Rayner se habían marchado.

Toda mi confianza en el último había desaparecido; pero el afecto que él había sabido inspirarme, recobraba paulatinamente su influencia. Sólo conocía sus maldades por referencia, y ¿cómo era posible

que una impresión de esa manera recibida, contrarrestara la otra más profunda, causada por sus continuas bondades para conmigo? Y la idea de que yo había hecho caer sobre él la acción de la Justicia—pues reconocía, aunque con tristeza, que era Justicia,—me producía amargo pesar.

Lorenzo me dijo, en una de las esquelas que durante aquel día entregó á las criadas para mí, que se creía que el señor Rayner se atrevería á todo y volvería á los Alisos tarde ó temprano, aunque no fuese más que para una corta visita, y que, por tanto, se había desistido por el momento de registrar la casa, la que sería vigilada, en cambio, desde fuera con la mayor cautela posible. Con dejar que la vida en los Alisos siguiese su curso normal, se creía que él volvería, engañado por la idea de que no se le esperaba allí. Lorenzo había teleografiado á mi madre, para calmar sus temores, diciéndole que yo estaba bien, y que se había aplazado nuestro viaje.

La señora Rayner me subió una de esas esquelas por la tarde. Además de su palidez usual, tenía profundas ojeras. En contestación á mis preguntas, me confesó que no había dormido en toda la noche.

—Tengo algo que decirle,—me dijo al oído.—La señora Saunders bebe y no es una enfermera propia para Sara. Ella teme al señor Rayner; pero anoche, sabiendo que él no estaba en casa, se puso tan excitada como su misma enferma y trató á ésta muy mal. La habitación de Sara está casi enfrente de la mía; yo abrí mi puerta y me pareció oír una lucha. Maynard, que ocupaba el cuarto contiguo al gabinete, nada oyó ó no quiso intervenir. Pero él ya se ha marchado, y aunque yo ya debería estar acostumbrada á todo, tengo miedo,—añadió, estremeciéndose.

—Pero ¿de qué puede usted tener miedo si cierra la puerta con llave, señora Rayner?

—No tengo llave. ¿Quiere usted dejar su puerta y la del pie de la escalera abiertas? Ya sé que no debe usted abandonar la cama; pero me tranquilizará la idea de que usted puede oírme.

Así se lo ofrecí, y cuando Juanita subió por última vez aquella noche, le encargué que dejara las puertas abiertas al bajar.

La idea de estar alerta me tuvo desvelada, y dos ó tres veces durante la noche me levanté y salí hasta la escalera de la torre, para

escuchar. Á la tercera vez oí algo en realidad. Oí un débil chillido y á los pocos instantes el cerrar cauteloso de una puerta; luego oí pasos en el corredor y alguien que murmuraba en voz baja. Descendí la mitad del tramo. Continuaba el murmullo. Llegué al pie de la escalera y reconocí la voz de Sara, que hablaba con incoherencia. Hubiera preferido encararme otra vez con Gordon y su revólver, que con esa mujer demente. Pero estaba con tanto cuidado por la señora Rayner, que después de breves instantes dedicados á implorar la ayuda de Dios, salí al corredor y ví á Sara acurrucada en un rincón, murmurando entre dientes. La desgraciada mujer se incorporó de un salto al verme; pero en vez de intentar acercármeme, retrocedió y, moviendo agitadamente la cabeza, que aún llevaba vendada, y el brazo que le quedaba libre, dijo:

— ¡Ya lo he hecho! ¡ya lo he hecho!... Él volverá ahora... he hecho lo que él quería. Ya puede casarse con la muchacha Christie. Ya está hecho... él volverá ahora.

Con terrible espanto, eché á correr hacia la habitación de la señora Rayner y entré sin detenerme. La atmósfera allí estaba asfixiante. Me acerqué á la cama. ¡La señora Rayner estaba tendida en ella con un trapo sobre la cara! Se lo quité al instante. Estaba empapado de algo que después supe que era clorofórmo. ¡Gracias al Cielo, ella aún vivía, pues respiraba aunque con dificultad! Corrí á las ventanas y las abrí de par en par; fuí al cordón de la campanilla y lo agité hasta que la casa resonaba con el repiqueteo, y sacudí, luego, los brazos de la señora Rayner. La cocinera y Juanita, terriblemente asustadas, se presentaron en sus batas de noche. Las dejé que cuidaran de la señora Rayner y fuí corriendo á buscar ron.

Recordé que había un poco en el aparador del comedor y volvía ya con la botella, cuando al salir al recibimiento ví á un hombre en la oscuridad, al extremo del pasillo. Había salido del despacho y desapareció en un instante. No me fué posible reconocerlo; pero no me cabía duda de que era el señor Rayner.

¿Adónde iba? ¿Pretendía escaparse por la puerta falsa? ¿Sabía él que la casa estaba vigilada? Me adelanté un paso, ansiosa de advertirle; pero ya había desaparecido, y no me atreví á seguirle.

Subí la escalera y entré en la habitación de la señora Rayner;

pero me sentía demasiado agitada para ser útil ya. Afortunadamente, ella volvía ya en sí, y el ron con agua le hizo recobrar por completo el sentido. Pasé el resto de la noche con ella, después de haber conseguido, con ayuda de la cocinera, hacer entrar á la infeliz demente en su cuarto, donde hallamos á la enfermera profundamente dormida, como me había figurado, con el cuerpo mitad apoyado en su butaca y mitad tendido al suelo. La cocinera no quiso quedarse á velar en su lugar; pero como medida de precaución cerró la puerta por fuera, y se llevó la llave.

—Ahora, si Sara quiere hacer alguna maldad, que la haga con la señora Saunders,—dijo ella.

No me pareció ése el mejor expediente; pero afortunadamente no resultó daño alguno de ello. La señora Saunders aprovechó la lección, y no volvió á emborracharse.

Esta mujer, enviada por el mismo señor Rayner desde Londres, había asumido hasta cierto punto la autoridad que antes ejercía Sara en la casa, y después del último incidente, insinuó que la señora Rayner debería volver á su antigua habitación en el ala izquierda, añadiendo que ella se encargaría de ese servicio, como lo había hecho Sara. El día siguiente lo pasé en cama, por haberseme empeorado el brazo á consecuencia de lo ocurrido durante la noche, y la pobre señora subió á darme ella misma la noticia.

—¿Y por qué lo hace, señora, si á usted no le acomoda?—pregunté.

—Porque supongo que el señor Rayner lo ha mandado,—dijo en voz baja.

Mis sospechas de que él se hallaba en la casa, ejercieron tal influencia sobre mi ánimo, que nada más objeté.

Sentía viva curiosidad por saber qué misterio encerraba ese dormitorio, en el cual sólo podían penetrar el señor Rayner, su mujer y Sara, y me propuse intentar, en cuanto me fuese posible, persuadir á la señora Rayner que me dejara entrar.

Mientras permanecía en cama, mi imaginación daba vueltas á los extraños y terribles sucesos de que yo había sido testigo últimamente, y la idea de que el señor Rayner se hallaba oculto en su propia casa, tal vez escondido en alguna cueva de cuya existencia sólo él estaba enterado, predominaba en mi mente sobre todo otro pen-

samiento. El golpe más rudo que jamás hube experimentado, fué el de que mi respeto y afecto por un amigo cariñoso fuese convertido de súbito en el horror que inspira un gran criminal. Mas yo no quería creer que él fuese enteramente perverso. ¿Cómo era posible que un hombre tan amable y de carácter tan dulce, no reuniera cualidad alguna buena? Y fuí yo, que había recibido sólo bondades de su parte, quien atrajo sobre él, aunque inocentemente, esa persecución. Sólo me cabía ya hacer dos cosas: rezar por él, como lo hacía con toda el alma, para que se arrepintiera de sus crímenes y llegase á ser en realidad tan bueno como yo le había creído; y tal vez hacerle saber cuánto me atormentaba la idea de que, por mi culpa, él se viese perseguido por la justicia.

Se me ocurrió un medio posible para comunicarme con él. A pesar de la prohibición del médico, salté de la cama, fuí á mi pupitre y escribí una esquila suplicándole me perdonara, y explicándole cómo, con toda inocencia, había escrito á Lorenzo la carta que dió por resultado su persecución. Le advertía que la casa estaba vigilada y que pronto la registrarían; y le pedía que cuando hubiese logrado marchar, buscara algún medio para hacerme saber que estaba seguro. En posdata, añadía: “Rezo por Vd. mañana y noche. No puedo olvidar todas sus bondades para conmigo, sea lo que fuere lo que usted haya hecho, ni deseo olvidarlas tampoco.” Me eché una bata y cuando no se oía á nadie por los corredores, me deslicé por la escalera de servicio al despacho. Coloqué la esquila en el cajón de su mesa-escritorio, de manera que la viera en el momento de abrirlo, y subí sigilosamente á mi cuarto.

La señora Manners estuvo á verme aquella tarde, pues Lorenzo le había contado todo lo ocurrido. Habló del señor Rayner con mucha severidad; me pareció de un modo hasta poco cristiano; y se enfadó conmigo porque yo no me expresaba contra él con tanto encono como ella.

—¿Pero no sabe usted, hija mía, que él quería que Sara matara á su mujer, para poderse casar con usted; y que cuando Sara cayó víctima de su propia perversidad, él pretendía huir con usted?

—Sí, señora; pero como no pudo realizar ninguno de esos planes, se hace más fácil el perdonarle. ¿No cree, usted, señora Manners, que yo debería tratar de perdonarle?

—No sé qué decirle, hija mía,—dijo, después de titubear un momento.—Pero me parece que eso debería costarle un esfuerzo.

Luego me dijo que cuando Lorenzo supo por Juanita, aquella mañana, lo que había ocurrido durante la noche anterior, él marchó inmediatamente á ver al doctor Lowe é insistió en que Sara fuese trasladada aquel mismo día al manicomio del distrito. Jamás volví á ver á la desdichada mujer.

Cuando la señora Manners se hubo marchado, Juanita me subió una taza de té, y yo insistí en levantarme y en que ella me ayudara á vestir, pues deseaba ver á la señora Rayner y averiguar si ella estaba enterada de que se habían llevado á Sara. Supe que ella se había trasladado á su antiguo dormitorio, y, habiendo tomado la precaución de envolverme bien en un chal antes de penetrar en aquel corredor largo y frío, abrí la pesada mampara, cuya sola vista me era odiosa, y entré en el ala izquierda.

Al pasar por delante de la despensa se abrió la puerta, y sin que yo pudiese ofrecer resistencia alguna, fuí arrastrada al interior de aquélla por el brazo de un hombre. Levanté la vista, creyendo encontrarme con el señor Rayner y con terror me ví en brazos de Gordon, el hombre que había disparado su revólver contra mí. Estaba tan oscuro ya en la despensa, alumbrada sólo por una pequeña ventana á lo alto de la pared, que hallándose él de espaldas á la luz, no pude ver bien su cara.

—No tiemble de este modo,—dijo con voz siempre dura, pero sin intención de ser rudo.—Me había propuesto acabar con usted antes de abandonar esta casa; pero esto la ha salvado,—añadió, mostrándome mi carta al señor Rayner.

—¿Sabe usted dónde está?—pregunté con afán.

—No, señora,—dijo en su tono respetuoso de criado;—pero supongo que está en camino de América, adonde pensaba llevar á usted.

—¿Llevarme á mí á América?

—Sí, señora. Su plan era dejar á Haidée en la estación de Liverpool Street, desde donde hubiera sido conducida de nuevo á los Alisos.

—¡Pero yo no hubiera ido!

—Usted perdone, señorita; mas su voluntad no le hubiera vali-

do contra la de Jaime . . . la del señor Rayner. Y si esta carta no me hubiese probado que le es usted leal, yo no la hubiera dejado á usted aquí con vida. Me sorprende mucho, sabiendo cuán empeñado estaba en tener la compañía de usted, que no haya vuelto para llevársela consigo. Pero supongo que lo pensaría mejor . . . con perdón de usted, señorita. Aprovecho esta ocasión para pedir á usted que me dispense el haber tomado, sin su permiso, una joya suya, cuando estuvo en el castillo de Denham. Pero como era una joya que yo mismo tuve el gusto de contribuir á que el señor Rayner obtuviera en casa de Lord Dalston, creí conveniente arrancar la plaquita con las iniciales, para evitar que fuese reconocida por el señor Carruthers, á cuyo servicio me hallaba cuando fuí por primera vez á la finca de Lord Dalston, en Derbyshire.

—¡ Mi medallón !—exclamé.—¿ Luego son verdaderos brillantes ?

—Sí, señora. Yo advertí al señor Rayner entonces que era una imprudencia el entregársela á usted ; pero nada le había salido mal á él jamás,—atrevido como es,—hasta que usted apareció en su camino. Él fué demasiado blando con usted. Si no estuviera convencido de que él se halla en estos momentos en camino de alcanzar aún mejor fortuna en el Nuevo Mundo, la dejaría á usted muerta aquí en este instante, sin conmiseración alguna.

Me estremecí, y al dirigir una mirada á sus manos, que eran pequeñas y delgadas como las de un hombre que jamás ha hecho ningún trabajo rudo, observé que había logrado quitarse las esposas.

—Ya no tengo aquí nada que me detenga ; así es que esta noche partiré, y si le interesa á usted saber cómo sigo, puede obtener noticias de mi último amo, el señor Carruthers.

Me condujo cortésmente á la puerta, me saludó al salir y se encerró de nuevo, mientras yo, temblando y aturrida, me dirigí á la habitación de la señora Rayner.

Llamé á la puerta. Al principio no hubo contestación. La llamé por su nombre y le supliqué que me dejara entrar. Por fin, ói su voz muy cerca, al otro lado de la puerta.

—¿ Qué quiere usted, señorita Christie ?

—¿ Puedo entrar, señora Rayner ? Tengo que decirle algo.

—No puedo dejarla entrar. ¿ Quiere usted decírmelo desde fuera ?

—No, no; tengo que ver á usted. He de comunicarle algo muy importante respecto al señor Rayner.

—¿ Está él aquí?—preguntó ella con voz desfallecida.

—No; ha marchado á América,—dije en voz muy baja.

Le oí lanzar un suspiro prolongado y profundo, y luego dijo:

—Ya la dejaré entrar.

Dió vuelta á la llave muy despacio mientras yo temblaba de impaciencia.

Cuando me hallé dentro de ese aposento, para mí misterioso, sólo me llamó la atención al principio su oscuridad y la impresión de frío que en él experimenté al instante. Sólo tenía una ventana con reja por la parte interior; la neblina aún envolvía la casa y la poca luz que había habido durante el día, se extinguía rápidamente, pues eran ya las cinco. Pero al adelantar más en la habitación, me sentí sobrecogida de horror. Me apercibí de un fuerte olor á podredumbre y humedad; me pareció que la madera debajo de la alfombra estaba podrida y que se hundía bajo mis pies; el papel caía á pedazos de las húmedas y mohosas paredes, y el agua se escurría por ellas en distintos rincones.

—¡ Ay, señora Rayner!—exclamé, atónita.—¿ Es ésta su habitación? ¿ es aquí dónde usted duerme?

—He dormido aquí durante tres años,—dijo ella.—Si mi marido hubiese podido realizar sus intentos, este cuarto hubiera sido mi tumba.

CAPÍTULO XXX

La desapiadada crueldad del señor Rayner, en tener á su pobre mujer, tan buena y sumisa, en un cuarto semejante, en que él no hubiere permitido de ningún modo que estuviera ni su caballo, ni su perro, ni aun su violín, me causó horror y repulsión, y me hizo exclamar:

—¡ Infame!

—¡ Calle!—dijo ella.—Él puede estar escuchándonos.

—¡ No me importa!—dije con vehemencia.—Me alegraría que él me oyese decir que aún esta mañana deseaba que lograra escaparse; pero que ahora quisiera que fuese cogido, pues no es posible darle

mayor castigo del que se merece. ¡Ay, señora Rayner! ¡y yo ocupando la torre, para estar fuera de la humedad! ¡Cómo ha debido usted odiarme!

—Confieso que en un tiempo sí la odiaba,—dijo, dejándose caer en una butaca y cogiendo la mano que le tendí.—Pero fué una tontería de mi parte, pues usted nada sabía. ¿Cómo podía saberlo?

—¿Pero por qué se quedaba usted? ¿Cómo no decía nada? Y ¿por qué se resistía usted á trasladarse arriba, y pedía que la dejaran aquí?

—Porque sabía que mientras permanecía en este cuarto, no acabarían de matarme,—dijo, presa otra vez de su excitación nerviosa.—No podían dejarme morir aquí y hacer entrar á los médicos y extraños en este cuarto, á indagar las causas de mi muerte. Yo sabía muy bien que un cambio de habitación era mi sentencia de muerte, y así hubiera sucedido, á no ser por la desgracia de que Sara fué víctima la misma noche en que yo debía trasladarme arriba, si usted no hubiese intervenido, donde hubiera estado á merced de esa terrible mujer.

Retrocedí horrorizada, recordando el encargo que el señor Rayner me había dado para Sara, en estas palabras: “Diga á Sara que no olvide lo que debe hacer durante mi ausencia.” También recordé el disgusto con que ella lo había recibido. ¿Se refería á eso?

La señora Rayner prosiguió:

—Él abomina los medios violentos. Todo debía haberse ejecutado antes de su regreso, para quedar él libre á fin de casarse con usted.

—Pero él no podía hacer tal cosa, pues yo estaba ya comprometida con Lorenzo.

Ella se sonrió amargamente.

—¿Y cree usted que estando él aquí, y hallándose Lorenzo ausente, hubiera usted podido resistirle? Á pesar de su trato dulce y afable, tiene una voluntad que subyuga. Le aseguro,—añadió, jugando nerviosamente con mis dedos,—que aun cuando usted dice que él está en camino de América, y no obstante lo que afirma Lorenzo Reade de que jamás volveré á estar bajo el poder de ese hombre, su influencia aún me domina. No habrá paz, ni libertad para mí mientras él viva.

—¿Quiere usted decirme, señora Rayner,—pregunté,—si es ver-

dad lo que él me contó, de que usted era rica y él pobre, y que él vivía del dinero de usted?

—No; no es cierto. Cuando nos casamos, yo tenía un pequeño capital; pero él lo gastó en muy poco tiempo.

—¿Y es cierto que usted había escrito algunos libros, y que tuvo un niño, cuya pérdida produjo un cambio muy grande en su espíritu?

—No; no he tenido más hijos que Haidée y Mona.

—Entonces ¿por qué me lo...?

—¿Por qué se lo contó? Porque disfrutaba inventando cuentos fantásticos de esa clase; y muchas veces tenía gusto en obligarme á atestiguar la verdad de sus invenciones; esos son rasgos de su humor caprichoso. Cuando él marchaba para realizar algún robo, me contaba todo lo que iba á hacer, sólo para atormentarme.

La impasibilidad con que ella me explicaba todo eso, me desesperaba.

—¿Por qué lo aguantaba usted? ¿Por qué no se rebelaba contra él, ó huía? ¿Cómo no iba á dar parte á la autoridad mientras él se hallaba ausente para cometer un robo?

—Si Sara me hubiese matado, y usted se hubiese casado con el señor Rayner,—dijo ella pausadamente, con la mirada fija en mí,—ya hubiera usted comprendido por qué no hice nada de eso.

El poder que ese hombre ejercía sobre cuántos llegaban á tener mucho roce con él, se me hizo patente al ver con qué distintos medios había logrado, por una parte, dominar su dócil mujer y la fiera Sara, y, por otra, adquirir poderosa influencia sobre mujeres tan diferentes como la señora Reade y yo. Pero esa revelación me dejó tan abatida, que tuve que decir:

—¿Puedo retirme á mi cuarto, señora Rayner? No me encuentro bien.

Y ella misma me ayudó á subir muy despacio á la torre, y á meterme en cama, pues realmente me encontraba débil y enferma, tanto por el dolor del brazo como por disgusto y pesar.

Por la noche, supe que la señora Saunders había desaparecido, en cuanto se llevaron á Sara, sin dar aviso ni solicitar la remuneración de sus servicios; pero nos aborrió toda pena por este último motivo, pues se llevó el reloj de la señora Rayner y el de la cocinera, que ellas habían dejado en sus respectivas habitaciones.

—Esto me demuestra que ella no espera volver á ver al señor Rayner; de lo contrario, no se hubiera atrevido á hacerlo,—dijo la señora Rayner, que había subido á darme la noticia.

No habiendo ya nada qué temer de parte de Sara, la señora Rayner tomó mi consejo de trasladarse nuevamente al aposento del piso principal, que por muy desagradable que lo hiciese el recuerdo del atentado contra ella cometido por la infeliz demente, siempre era más sano que aquel calabozo del ala izquierda. Verdaderamente, no había ya motivo alguno para que la pobre señora permaneciese en los Alisos, pues en una carta que escribí á Lorenzo aquella noche, le conté todo lo que Gordon me había dicho, y se arraigó la creencia de que el señor Rayner había marchado á América. Pero ella se obstinó en quedarse hasta que yo estuviera en estado de poderme trasladar, lo que yo misma retardé con mi imprudencia en abandonar la cama tres veces desde que se me había prohibido.

El día siguiente, sábado, Lorenzo me dijo en una carta que él mismo había registrado la despensa y el despacho, sin hallar más rastro de Gordon que un par de esposas muy bien colocadas sobre una pirámide de cajas de lata, para galletas, y de tarros para conservas, con una esquila diciendo que las devolvía con gratitud á la policía, la que tal vez lograría que quedasen por más tiempo en las muñecas de algún pillo menos listo que el humilde servidor, F. Gordon.

Los días que tuve que permanecer en cama, fueron bien desagradables para todos, por la incertidumbre de si el señor Rayner se hallaba realmente en camino de América, y por el temor de que aún se hallase oculto en la casa y, por tanto, cerca de nosotras. Aumentaban nuestro malestar las noticias que á cada rato nos subía la aterrorizada doncella, Juanita; unas veces de que se ofrecía un buen premio por la captura del señor Rayner; otras de que ya lo tenían preso, lo que siempre resultaba falso. Mezclados con esas noticias, la pobre muchacha nos transmitía los comentarios de la gente que iba únicamente á contemplar el exterior de la casa, respecto á la cual se decían cosas tan terribles. La realidad de lo sucedido quedaba muy pálida al lado de las versiones que se propalaban; unas de que debajo de la casa había una cueva llena de huesos, que se suponían ser de las víctimas del señor Rayner; otras de que la casa estaba habitada exclusivamente por mujeres, con las que él se había casado en

distintas épocas, y por este estilo eran los demás relatos que de lo ocurrido hacía el vulgo.

La neblina aún nos envolvía, y Nap, el perro, ladraba cada noche. El lunes, ansiosa de que el médico me declarase convaleciente lo más pronto posible, para aprovechar la invitación de la señora Manners, y trasladarme á la rectoría, pude persuadir al doctor Lowe que me permitiera abandonar mi cuarto de la torre. Sobre las doce bajé la escalera de caracol, y al llegar al corredor del piso principal, noté que algo extraordinario ocurría en la planta baja. Oí el abrir y cerrar de puertas y los sollozos de una mujer. Juanita y la cocinera hablaban, aunque en voz baja, con mucha viveza. Luego se oyeron fuertes pisadas de hombres en el recibimiento y por el corredor hasta el despacho del señor Rayner. Fuí á la escalera de servicio, bajé algunos peldaños y miré. El jardinero y Samuel llevaban una puerta, á manera de camilla, sobre la cual había un bulto cubierto con una sábana. La cocinera abrió la puerta del despacho, y ellos entraron. Un temor horrible se apoderó de mí y me dejó paralizada unos momentos. Después seguí el corredor y bajé la escalera principal, al pie de la cual se hallaba Haidée con el terror pintado en su semblante.

—¡Ay, señorita Christie!—me dijo, cogiendo mi brazo convulsivamente;—¡han encontrado á papá!

Juanita se adelantó y me cogió en sus brazos, en el momento en que me tambaleaba. Antes de recobrar suficientes fuerzas para ir á ver á la señora Rayner en la sala, llegaron Lorenzo y la señora Manners, á cuyos oídos había llegado ya la terrible noticia.

En seguida nos condujeron á la rectoría, y jamás volví á los Alisos.

Por la noche Lorenzo me contó cómo se había encontrado el cuerpo del señor Rayner. El jardinero, que durante los días anteriores se había ocupado únicamente en mantener cerradas las entradas al lugar, y en ahuyentar á los muchachos que, siempre que hallaban ocasión, saltaban las verjas “para dar una vista á la casa,” oyó aquella mañana unos chillidos de Mona, que, más abandonada á sí misma que nunca, se paseaba todo el día en el jardín, á pesar de la neblina. Él corrió hacia la laguna, donde era seguro encontrarla siempre y de donde salían sus gritos, temiendo que ella se hubiese

caído al agua. Pero la encontró de pie en el fango de la misma orilla, gritando: "¡Sal de ahí! ¡sal de ahí!" y tratando de alcanzar con un palo un bulto en el agua. Era el cuerpo de su padre cogido entre las cañas.

La yerba y juncos que se veían hollados en ese rincón de la laguna, cerca de la talanquera que unía la vereda á través del bosque con el atajo por el sembrado contiguo, explicaban como él debió desviarse al cruzar dicho sembrado en la densa neblina de la noche del miércoles, cuando regresaba de la Mansión á los Alisos, y caerse en la laguna donde se ahogó en medio de la oscuridad absoluta que reinaba, mientras Nap, oyendo sus gritos, trataba en vano, con sus aullidos y ladridos, de atraer socorro á su dueño.

Fué para mí terrible el estar desvelada aquella noche en mi extraña habitación de la rectoría, é imaginarme al señor Rayner muerto y tendido en los Alisos, sin más compañía que el de una mujer alquilada para velar su cuerpo, en aquella morada grande y triste en la que él, amante de la broma y de la risa, me había parecido el único rayo de luz que le prestaba alegría.

El día siguiente supe que él había tomado realmente dos pasajes, registrados con el nombre de "Señor Norris y esposa," en un vapor que salió de Liverpool para Nueva York, el mismo día en que debíamos haber emprendido nuestro viaje "á Mónaco." Se encontraron los billetes en su bolsillo, así como la gargantila que él me puso en la noche que halló su muerte, pero que yo arrojé al suelo, y que resultó ser una joya de mucho valor, perteneciente á la señora Cunningham. Ésa y el medallón de brillantes, que yo envié á su dueño, Lord Dalston, fueron las únicas joyas que se recuperaron de todos los efectos robados. Cuando la casa fué registrada, se encontró debájo del agua corrompida en la bodega de la despensa, la vela que cayó de mis manos en mi primera visita á ese lugar y la maleta parada, que resultó haber pertenecido á Sir Jonas Mills; pero las joyas habían desaparecido.

Tuve noticias de Gordon, según él me había dicho, por conducto del señor Carruthers, quien recibió una carta de aquél, en la que suplicaba de un modo muy respetuoso que se le perdonara cualquiera incomodidad que su repentina desaparición hubiese causado á su amo, quien conocería, sin duda, el motivo de semejante conducta

por las noticias de los periódicos. Le participaba, al mismo tiempo, que había satisfecho las cuentas que el señor Carruthers le encargó pagara en Beaconsburgh en la tarde de aquel desgraciado miércoles, y que hallaría adjuntos los recibos. Decía que había dejado de servir y que se había dedicado á otro oficio, porque consideraba imposible hallar en América un amo que, bajo todos conceptos, le satisficiera tanto como el señor Carruthers.

Nada más se ha sabido de Gordon bajo ese nombre; pero algún tiempo después, un representante en el Congreso de los Estados Unidos, de quien se dijo que era un comerciante acaudalado, llamó mucho la atención pública con su enérgico discurso sobre un asunto económico. Su retrato, publicado en un periódico ilustrado de Nueva York, vino á manos del señor Carruthers, quien se lo envió á Lorenzo, y, bajo el bigote bien recortado y el cabello partido muy á un lado, nos pareció reconocer las bien marcadas facciones y la expresión blanda de nuestro antiguo amigo, Gordon.

Yo me casé con Lorenzo antes de que se viera la causa del pobre Tomás Parkes y su compañero, que fueron cogidos al llevarse los efectos robados de la Mansión. Fuí llamada á dar testimonio y me afectó tanto al tener que hacerlo, que Tomás, en su imperturbable buen humor, exclamó:

—No se aflija usted así, señorita. No puede usted decirles nada peor de lo que ya saben. Es cuestión de forma.

Demostró un estúpido orgullo en confesarse culpable de los cargos que se le hicieron, como cómplice en los tres grandes robos, y se jactó especialmente de la habilidad con que fué realizado el del castillo de Denham, donde los distintos artículos robados fueron uno por uno sustraídos por Gordon, durante los dos ó tres días anteriores al martes, en que el señor Rayner y Tomás los llevaron á los Alisos y allí recibidos por Sara, según yo había visto.

De lo que se hizo después de todo lo robado, Tomás se declaró por completo ignorante. Pero, fuese esto verdad ó no, nadie lo quiso creer. Se le condenó á catorce años de presidio; sentencia que no pareció causarle con mucho, ni la impresión, ni el pesar que yo experimenté al oirla.

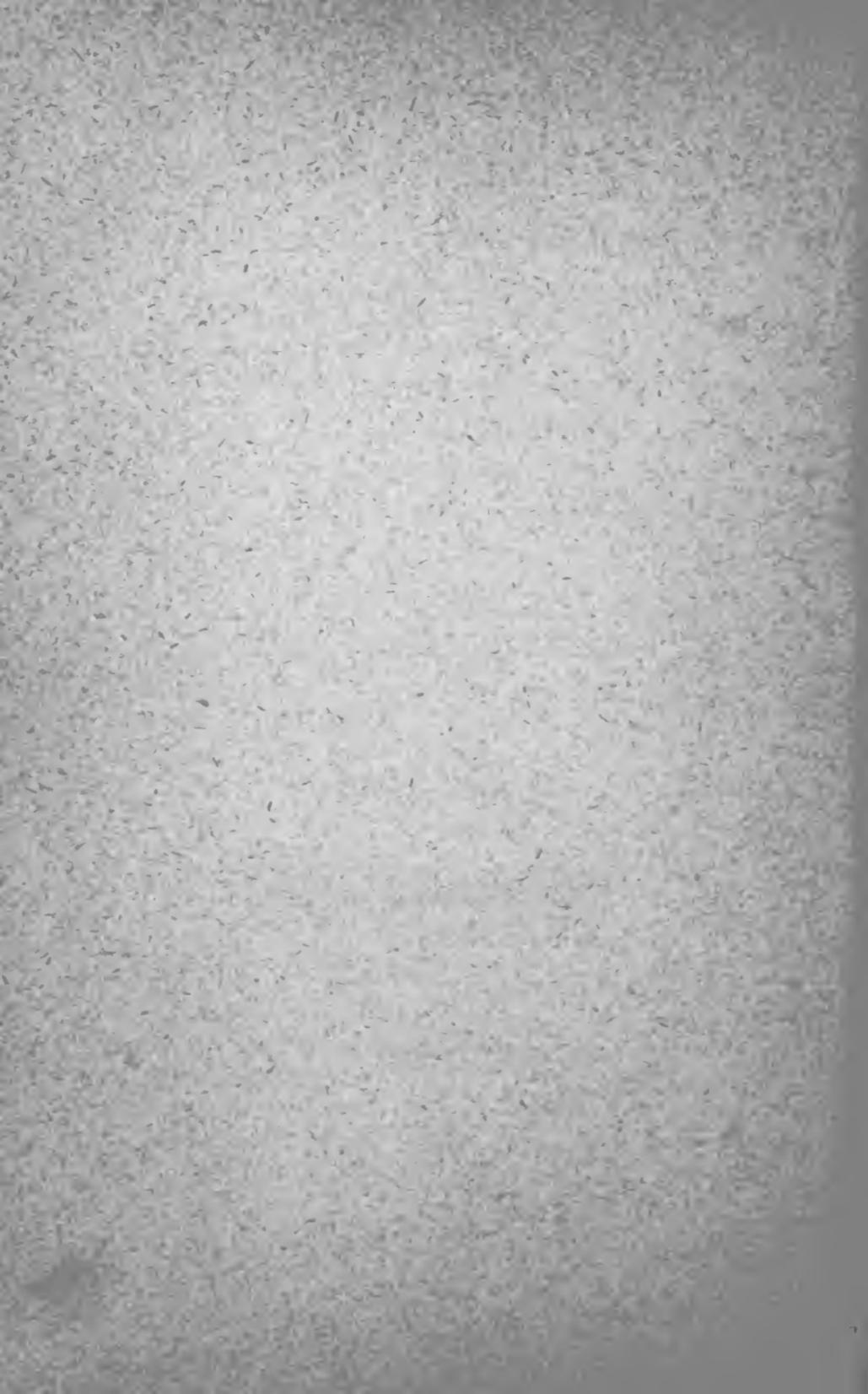
La pobre señora Rayner nunca pudo desechar por completo la tétrica reserva á que su espíritu se había acostumbrado durante los

largos años de su desdichado matrimonio. El bondadoso Sir Jonas fué de los primeros que se apresuraron á socorrerla; y gracias á su generosidad y á la de otros amigos, pudo ella trasladarse al extranjero con Haidée y Juanita, que se ha mostrado una servidora fiel y una buena amiga.

Lorenzo y yo, que ya nos habíamos casado antes de que ella se marchara de Inglaterra, nos encargamos de la pobrecita Mona, que se ha convertido en una niña casi tan agradable como su hermana. Y ahora, además de ella, tenemos también una hijita.

FIN





⇒ 1886. ⇐

ÍNDICE DE AUTORES Y DE MATERIAS

DE LAS PUBLICACIONES DE LA CASA DE D. APPLETON Y CA.,

POR ORDEN ALFABÉTICO.

A

	PRECIO
Album para sellos de todas las naciones, Tela	\$2 50
	Cartón. 1 50
Alfabeto en piezas.....	1 25
Anthony, H. T. El Rayo Solar.....	6 00
Appleton. Cartilla, Sistema Fonético.....	
Geografía Superior Ilustrada.....	
Arboleda, Julio. Poesías.....	3 00

B

Baldwin, J. P. Dirección de las Escuelas.....	1 50
Béquer, Gustavo A. Rimas.....	1 50
Belem, E. M. de. Frases Inglesas y Españolas.....	30
Belèze. Historia Sagrada.....	30
Bello. Gramática Castellana.....	38
Burnouf. Gramática Latina.....	75
Butler. El Maestro de Inglés y Español.....	50

C

Cáceres, José María. Cómputos Cronológicos y Eclesiásticos.....	15
Puntuación y Acentuación Ortográfica.....	15
Calkins, N. A. Manual de Enseñanza Objetiva.....	1 00
Colección de Cuadros Murales.....	14 00
Carreño. Manual de Urbanidad.....	50
Compendio del Manual de Urbanidad.....	20
Carreño, Juan de la C. Método de Inglés, Sistema de Ollendorff.....	1 00
Clave del anterior.....	75
Cartilla y Doctrina Cristiana.....	5
Catecismo Razonado.....	30
Celedón. Álgebra Elemental.....	40
Cervantes. Don Quijote de la Mancha.....	1 50
Edición de lujo.....	2 50
Compendio de la Gramática Castellana.....	25
Conocimiento de las tablas de sumar, restar, multiplicar y dividir.....	5
Conway, Hugh. Misterio * * * Novela.....	50
Cornell. Geografía Elemental.....	40
Cartones para el dibujo de mapas.....	50
13 Mapas mudos.....	15 00
Clave de los mapas mudos.....	50
Mapa Mudo n. 14 de la República Argentina.....	1 00
Clave especial del anterior.....	10
Creighton C. Historia de Roma.....	30
Cuentos á mis Niños. Un paquete de 8.....	45
Cuentos Morales. Paquetes de una docena surtida.....	1 25
Cuentos pintados para Niños. Paquetes con una docena surtida.....	60

D

Delapalme. La Infancia.....	20
-----------------------------	----

ÍNDICE DE AUTORES.—(Continuación.)

	PRECIO
Epítome de Analogía y Sintáxis de la Gramática Castellana. Rústica.....	\$0 12½
Pasta.....	15

F

Fitch, J. G. Conferencias sobre Enseñanza.....	1 50
Florian. Guillermo Tell y Andrés Hofer.....	1 25
Foster, Dr. M. Fisiología.....	30
Freeman, E. A. Historia de Europa.....	30
Fröbel. La Educación del Hombre.....	1 50
Fyfe, C. A. Historia de Grecia.....	30

G

Geikie, A. Geología.....	30
Geografía Física.....	30
Gibbons. La Fè de Nuestros Padres.....	1 50
Goodrich, S. G. Historietas Morales.....	1 25
Grand, P. M. Aritmética.....	20
Grove. Geografía Científica.....	30
Guiteras. Método de Francés.....	60
Cartilla.....	5

H

Herranz y Quiróz, Diego N. Gramática Castellana.....	20
Hooker, Dr. J. D. Botánica.....	30
Huxley, Dr. T. H. Fisiología é Higiene.....	1 75

I

Iriarte, Don Tomás de. Fábulas.....	30
-------------------------------------	----

J

Jevons, W. S. Lógica.....	30
Economía Política.....	30
Johonnot. Principios y Práctica de la Enseñanza.....	1 50

K

Krúsi. Dibujo Sintético. 4 cuadernos.....	50
Analítico. 6 cuadernos.....	1 25
Manual del Maestro.....	50
Perspectiva y Sombreado. 4 cuadernos.....	1 00
Manual del Maestro.....	50
Lecciones Fáciles de Dibujo, 3 series, cada una.....	15

L

La Casa del Pantano. Novela.....	50
La Isla Misteriosa. Novela.....	50
Larrazábal, Felipe. Vida de Bolívar.....	30
Lemly, H. Rowan. Gimnasia.....	30
Lenguaje de las Flores y de las Frutas.....	50
Le Sage. Gil Blas de Santillana.....	1 25
Libro Primario de los Niños, 1 docena.....	1 50
Libro Primario de Ortografía.....	45
Lockyer, J. Norman. Astronomía.....	30
Lupton, N. T. Agricultura.....	30
Lusk, Dr. Guillermo T. Ciencia y Arte de los Partos.....	4 00

INDICE DE AUTORES.—(Continuación.)

M

	PRECIO
Mahaffy, J. H. Antigüedades Griegas.....	\$0 30
Mándevil. El Nuevo Libro Primero.....	40
Libro Primasio.....	20
Libro Segundo.....	30
Libro Tercero de Lectura.....	45
Mantilla. Método de Inglés.....	1 00
Mapas. República Argentina, Isla de Cuba y Centro América.....	
Marchena. Historia Antigua.....	60
Márquez, J. A. Compendio de la Gramática de Bello.....	38
Marroquín, J. M. Diccionario Ortográfico.....	40
Ortología y Ortografía.....	40
Marsh, C. C. Teneduría de Libros, Partida sencilla.....	1 60
La Ciencia de la Teneduría de Libros, Partida Doble.....	1 60
Juego de Libros en blanco.....	1 25
Mi Abuela Fácil. Historias para Niños. 1 doc. surtida.....	1 50
Monsanto, H. M. Método de Español para los Alemanes, sistema de Ollendorff.....	1 00
Clave del anterior.....	75
Mühlbach, Luisa. María Antonieta y su Hijo. Novela.....	60

N

Nueva Biblioteca de la Risa.....	1 25
Nueva York Ilustrada.....	
Nuevo Tesoro de Chistes.....	1 25
Nuñez de Arce. Última Lamentación de Lord Byron.....	1 50
Nuñez, J. A. El Lector Americano:	
Silabario.....	10
Libro Primero.....	25
Libro Segundo.....	35
Libro Tercero.....	50

O

Ortiz, Pedro P. Educación Popular.....	1 50
Física.....	1 50
Ollendorff. (Véase Monsanto, Simonné, Palenzuela y Carreño).....	

P

Paez. Geografía Descriptiva.....	1 25
Palenzuela, Ramón. Método de Inglés, véase Carreño, Juan de la C.....	1 00
Clave del anterior.....	75
Perkins. Aritmética.....	40
Prendergast, Thomas. Método de Inglés.....	45
Prontuario de Ortografía Castellana.....	
Purón, Dr. J. G. Libro Primero de Zoología.....	
Purón, Dr. J. G. Enfermedades de las Mujeres, por Thomas.....	5 00

Q

Quackenbos. Historia de los Estados Unidos y países adyacentes de América..	1 50
---	------

R

Ramos Díaz de Villegas, A. Método de Inglés.....	60
Reid, Mayne. Casa en el Desierto. Novela.....	1 25
Ripalda. Doctrina Cristiana.....	18
Robertson. Curso de Inglés.....	2 50
Robertson. El Inglés al Alcance de los Niños.....	
Roemer, J. El Lector Poligloto, 5 tomos, en Inglés, Alemán, Español é Italiano, cada tomo.....	1 25

ÍNDICE DE AUTORES.—(Continuación.)

	PRECIO
Rojas, Pedro J. Método de Inglés, sistema Robertson.....	\$2 50
Rosales, Catón y Catecismo Cristiano.....	18
Roscoe, H. E. Química.....	30
Royo, Moral y Religión.....	75

S

Sarmiento, Domingo F. Aritmética.....	38
Método de Lectura.....	15
Biografía de Abrán Lincoln.....	1 50
Las Escuelas.....	3 00
Serie Nueva de Novelitas para Niños, 1 doc. surtida.....	1 50
Sheldon, F. A. Lecciones de Cosas.....	1 50
Simonné, Teodoro. Método de Francés, sistema de Ollendorff.....	1 00
Clave del anterior.....	75
Smith, Astronomía.....	1 75
Geografía Elemental.....	75
Spencer, W. J. Geometría.....	20
Stewart, Balfour. Física.....	30

T

Terradillos, Dr. Angel. El Evangelio para los Niños. Tela.....	40
Cartón.....	35
Tertulias de la Infancia.....	25
Therou. Catecismo Razonado.....	30
Thomas, T. Gaillard. Enfermedades de las Mujeres.....	5 00
Toro, Emilio. Aritmética.....	25

U

Uranometria Argentina, Tomo y Atlas.....	20 00
--	-------

V

Veltelle. Diccionario Mercantil.....	1 50
Velázquez. Diccionario Inglés-Español.....	5 00
Idem idem abreviado.....	1 50
Velázquez, M. Guía de Masones.....	1 50
Villegas, A. Ramos Diaz de. Método Práctico para aprender el Inglés.....	60

W

Wickersham, James Pyle. Métodos de Instrucción.....	1 50
Wiedemann. Aritmética.....	30
Wilkins, A. S. Antigüedades Romanas.....	30
Willson, Marcelo. Cuadros Murales. La colección.....	14 00
Wrage, H. D. Método de Español para los Alemanes, véase Monsanto.....	1 00
Clave del anterior.....	75

Y

Youmans, Eduardo L. Química.....	1 75
Youmans, Wm. Jay. Fisiología é Higiene (véase Huxley).....	1 75

MISTERIO

*NOVELA ORIGINAL ESCRITA EN INGLÉS BAJO EL
NOMBRE DE "CALLED BACK"*

Por HUGH CONWAY

TRADUCIDA AL ESPAÑOL POR

JOSÉ MARTÍ

NUEVA YORK

D. APPLETON Y CÍA., LIBREROS-EDITORES

CURSO DE HISTORIA NATURAL

LIBRO PRIMERO
DE ZOOLOGÍA

(REINO ANIMAL)

POR

EL DOCTOR JUAN GARCÍA PURÓN

SOCIO FUNDADOR Y EX PRESIDENTE DE LA "SOCIEDAD DE ESTUDIOS OBJETIVOS," AUTOR DE "LOS PROPAGADORES DE LA ENSEÑANZA OBJETIVA DESDE EL SIGLO XVI HASTA NUESTROS DÍAS," DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUGÍA, LICENCIADO EN FARMACIA, MIEMBRO DE VARIAS SOCIEDADES CIENTÍFICAS Y LITERARIAS

OBRA DE TEXTO.

NUEVA YORK
D. APPLETON Y CÍA., LIBREROS-EDITORES

CARTILLAS CIENTÍFICAS:

- NOCIONES DE FÍSICA Por BALFOUR STEWART, F. R. S.
30 centavos.
- NOCIONES DE QUÍMICA Por H. E. ROSCOE, F. R. S.
30 centavos.
- NOCIONES DE FISIOLOGÍA Por el Dr. M. FOSTER, F. R. S.
30 centavos.
- NOCIONES DE ASTRONOMÍA Por J. NORMAN LOCKYER, F. R. S.
30 centavos.
- NOCIONES DE GEOGRAFÍA FÍSICA Por A. GEIKIE, F. R. S.
30 centavos.
- NOCIONES DE GEOLOGÍA Por A. GEIKIE, F. R. S.
30 centavos.
- NOCIONES DE ECONOMÍA POLÍTICA Por W. S. JEVONS.
30 centavos.
- NOCIONES DE BOTÁNICA Por el Dr. J. D. HOOKER.
30 centavos.
- GEOMETRÍA INVENTIVA Por W. J. SPENCER.
20 centavos.
- NOCIONES DE LÓGICA Por W. S. JEVONS.
30 centavos.

CARTILLAS HISTÓRICAS:

- NOCIONES DE HISTORIA DE EUROPA Por E. A. FREEMAN.
30 centavos.
- NOCIONES DE HISTORIA DE GRECIA Por C. A. FYFFE.
30 centavos.
- NOCIONES DE HISTORIA DE ROMA Por C. CREIGHTON.
30 centavos.
- NOCIONES DE ANTIGÜE- }
DADES ROMANAS. } Por A. S. WILKINS.
30 centavos.
- NOCIONES DE ANTIGÜE- }
DADES GRIEGAS. } Por J. H. MAHAFFY.
30 centavos.

AGRICULTURA CIENTÍFICA, PRINCIPIOS ELEMENTALES DE.
Por N. T. LUPTON, Profesor de Química en la Universidad "Vanderbilt" de Nashville.

CONTIENE: El origen, composición, y clasificación de los terrenos; La composición de las plantas; Composición y propiedades de la atmósfera; El cuidado de los ganados; La manera de mejorar la condición de los terrenos, y multitud de materias relativas á la Agricultura como ciencia y como arte.

Clasificada y en orden numérico, con lenguaje sencillo y una tabla de preguntas útil y fácil de ser empleada por los maestros en general.

Un tomo encartonado, uniforme con nuestras otras CARTILLAS, de más de 100 páginas. 30 centavos.

La Historia Ilustrada de los Estados
Unidos del Norte y Países Ad-
yacentes.

Por G. P. QUACKENBOS.

Nueva edición. Forma ahora un tomo de 579 páginas en 12°, y está profusamente ilustrado, con láminas, mapas de colores y diagramas. Encuadernación de tela inglesa de color y con un bonito decorado. Precio, \$1.25.

Edición Económica de la

Nueva Biblioteca de la Risa, por
una Sociedad de Literatos de
Buen Humor.

Forma un arrogante tomo cerca de 500 páginas en 12°, con una cubierta de papel de color artísticamente decorada, y su precio es solamente de 70 centavos.

María Antonieta y su Hijo.

Por LUISA MÜHLBACH.

Novela histórica. Traducida del Alemán por O. VILLVERDE.
Un tomo de 173 páginas. A la rústica. Precio, 60 centavos.

La Educación del Hombre.

Por FEDERICO FRÖEBEL.

Traducida del Alemán por J. A. NÚÑEZ. Un tomo en 12°, pasta de tela inglesa, uniforme con las demás obras de la *Biblioteca del Maestro*, de cuya serie forma parte. Precio, \$1.50.

Métodos de Instrucción.

Por J. P. WICKERSHAM.

El primer tomo de la *Biblioteca del Maestro*. Precio, \$1.50.

Enfermedades de las Mujeres

(Tratado Práctico de las).

Por el Doctor T. GAILLARD THOMAS.

La segunda edición española, contiene: seis capítulos y setenta y cinco grabados nuevos; multitud de notas de la última edición inglesa; con un prólogo y un apéndice terapéutico por el Doctor J. G. PURÓN. Un tomo en 8° mayor de unas 900 páginas y 300 grabados intercalados en el texto y empastado lujosamente en tela inglesa. Precio, \$5.00.

Ciencia y Arte de los Partos.

Por el Doctor GUILLERMO THOMPSON LUSK.

Traducida de la segunda edición Norte Americana por FEDERICO TOLEDO, Licenciado en Medicina y Cirugía, Madrid. Forma un tomo en 8°, de unas 800 páginas y multitud de grabados intercalados en el texto y empastado en tela inglesa de color castaño claro. Véndese al precio de \$4.00.

Novelas Publicadas en Español

POR

D. APPLETON Y CÍA., NUEVA YORK.

María Antonieta y su Hijo.

Traducción del alemán. Un tomo de 173 páginas, con varias láminas y un retrato de María Antonieta, en el frontispicio. 60 centavos.

Misterio * * * *

Novela original, escrita en inglés bajo el nombre de CALLED BACK.

Por HUGH CONWAY. •

Obra dramatizada. 800,000 ejemplares vendidos de las ediciones inglesas. Forma un bonito tomo en 12° de unas 230 páginas, tipo claro, buena impresión, cubierta de papel de color artísticamente decorada. 50 centavos.

La Isla del Tesoro.

Una preciosa novela escrita en inglés

Por ROBERTO L. ESTEVENSON,

Con ilustraciones, y un mapa, uniforme con la novela Misterio * * * * un tomo de 342 páginas. 50 centavos.

734

La Casa del Pantano.

Una de las novelas más populares en Inglaterra y en los Estados Unidos. 50 centavos.





LIBRARY OF CONGRESS



0 014 494 114 7